

# ALMANAQUE

SUD-AMERICANO

---

Es propiedad de EL SIGLO ILUSTRADO

---



Almanaque  
SUD-AMERICANO  
para el año  
1896

DIRIGIDO POR  
CASIMIRO PRIETO Y VALDÉS

BUENOS AIRES  
EL SIGLO ILUSTRADO  
CERRITO, 170 Y 174

MONTEVIDEO  
ANDRÉS RIUS  
SORIANO, 157



## Colaboradores del Almanaque

EN 1896

### SEÑORAS

Doña Lastenia Larriva de Llona y doña Clorinda Matto de Turner

### SEÑORES

Aldana, Almafuerde, Antonio (J.), Arreguine, Becerra, Bermúdez, Fernández, Bolet Peraza, Campoamor, Cané, Casal, Castellanos (J.), Castellanos (M.), Cobos, Cuevas, Díaz (Leopoldo), Díaz Mirón, Domínguez, Echegaray, Egózcue, Esteva, Facio, Fariñas, Frexas, F. D., Gálcsfre, García (A.), García Cisneros, Godio, González (Joaquín V.), González (Ricardo A.), Granada, Gras y Elías, Gutiérrez (Ricardo), Gutiérrez Nájera, Herrera, Hugo (V.), Latasa, López Benedito, López Penha, Llona, Martínez, Matta, Mayorga Rivas, Mendes (Cátulo), Mera (L.), Mera (J. Trajano), Obligado, Ortiz (C.), Ordoño y Gallardo, Otaegui, Palacio (Ernesto O.), Palma (Clemente), Palma (Ricardo), Peón del Valle, Pérez (U. A.), Piquet, Prieto, Reina, Rivas Grande, Rodríguez, Roeber, Roxlo, Rueda, Ruiz, Sánchez (R.), Sánchez Pesquera, Santa Anna, Solar, Soler, Calvo, Tablada, Tobal, Uhrbach (Carlos Pío), etc., etc.

### ARTISTAS

Cabrinety, Cotanda (V. Nicolau), Mestres (Apel·les), Pellicer (J. Luis), Picolo, Ross (Paciano).

# ÍNDICE LITERARIO

Aldana (Ruperto J.). — Otoñal, poesía.. . . . .	106
Almafuerte. — Incontrastable, poesía. . . . .	247
Antonio (José). — Junto al Nilo. . . . .	81
Arreguine (Victor). — A Grecia, poesía. . . . .	187
Becerra (V.). — Como la espuma, poesía. . . . .	27
Bermúdez (Washington P.). — En los toldos, poesía.. . . .	135
Bernárdez (Manuel). — Columbia, poesía. . . . .	180
Bolet Peraza (Nicanor). — Abrahán Z. López Penha. . . . .	66
» » Manuel Gutiérrez Nájera. . . . .	138
» » El último abencerraje. . . . .	185
» » Primavera. . . . .	252
Campoamor (Ramón de). — Entre san Miguel y el diablo, dolora. . . . .	96
» » Contradicciones, dolora. . . . .	235
Cané (Miguel). — Ricardo Gutiérrez. . . . .	41
Casal (Julián del). — El torero, poesía.. . . .	133
» » Flores, poesía. . . . .	231
» » El fraile, poesía. . . . .	236
Castellanos (Joaquín). — Un adiós, poesía. . . . .	197
Castellanos (Moisés Numa). — En el abanico de Lía, poesía. . . . .	127
» » — En un álbum, poesía.. . . .	153
» » — Las moras, poesía.. . . .	219
Cobos (Francisco). — Los tres ramos. . . . .	110
Cuevas (Julio de las). — Miniaturas, poesía.. . . .	256
Díaz (Leopoldo). — Remember, poesía.. . . .	240
Díaz Mirón (Salvador). — Boedromion, poesía.. . . .	50
Dominici (Pedro César). — Las inconstantes. . . . .	237
Echegaray (José de). — De cómo hago mis dramas, poesía. . . . .	213
Egózcue (Carlos M.). — Remontando el Paraná, poesía. . . . .	118
Esteva (Adalberto A.). — El brindis del bardo, poesía. . . . .	255
Facio (Justo A.). — Crisálida, poesía. . . . .	239
F. D. — Árbol prohibido, poesía. . . . .	107
» Serenata indiana, poesía.. . . .	211
Fiallo (Fabio F.). — La apuesta. . . . .	37
Frexas (Enrique). — Gabriel Cantilo. . . . .	214
Galofre (Julio). — A mi esposa, poesía.. . . .	225
García (Adolfo). — Toque de alba, poesía.. . . .	35
García Cisneros (Francisco). — Misa de alba. . . . .	202
Godio (Guillermo). — La selva virgen. . . . .	164
González (Joaquín V.). — La negra Mica.. . . .	147
González (Pedro A.). — El monje, poesía. . . . .	154
Granada (Daniel). — La canchada. . . . .	244
Gras y Elías (Francisco). — Julio. . . . .	88
Gutiérrez (Ricardo). — La oración, poesía. . . . .	44
Gutiérrez Nájera (Manuel). — La serenata de Schúbert, poesía.. . . .	139
» » Para un menú, poesía. . . . .	262
Herrera (Dario). — Ritmos, poesía. . . . .	39
Hugo (Victor). — Sic semper. . . . .	24
Larriva de Llona (Lastenia). — A mi hija María Eugenia, en su álbum, poesía.. . . .	242
Latzina (F.). — Nota fonográfica. . . . .	116

López Benedito (F.).	— A mi patria, poesía.	77
»	» A un ateo, poesía..	218
»	» A un amigo, poesía.	265
López Penha (Abrahán Z.).	— Nimbo, poesía.	68
»	» Lira mística, poesía..	113
Llona (Numa Pompilio).	— El sábado de gloria; poesía.	115
Martinto (Domingo D.).	— Primeros versos.	29
»	» La tarde, poesía.	257
Matta (Guillermo).	— Dante en Lunigana, poesía..	183
Matto de Turner (Clorinda).	— Las antiparras de un escribano.	143
Mayorga Rivas (Román).	— Cuatro esbozos, poesía..	21
Mendes (Cátulo).	— La eglantina.	58
»	» La pesca maravillosa.	249
Mera (Juan León).	— La salve en una alquería, poesía.	124
Mera (J. Trajano).	— La gitana, poesía.	145
Obligado (Rafael).	— A Aurora Risso Patrón, poesía..	26
Ortiz (Carlos).	— La flecha, el ala y el corazón, poesía.	61
Ossorio y Gallardo (C.).	— Federico Chueca.	260
Otaegui (Tomás).	— El último mate.	48
Palacio (Ernesto O.).	— Florecimiento, poesía.	264
Palma (Clemente).	— Miedos..	129
Palma (Ricardo).	— Sic semper, poesía.	93
Peón del Valle (José).	— ¡Vano anhelo! poesía.	86
Pérez (U. A.).	— En el cementerio, poesía.	87
Piquet (Julio).	— Los desposorios del poeta.	174
Prieto (Casimiro).	— Rosas y abrojos, poesía.	38
»	» De sangre azul, poesía.	51
»	» Amores de loco, poesía.	54
»	» Un cuadro, poesía..	62
»	» Gentes supersticiosas..	97
»	» Transmigración, poesía..	114
»	» De balcón á balcón, poesía..	143
»	» ¡A la otra puerta! poesía.	170
»	» En el álbum de la distinguida señorita María Luisa Iturburu, poesía.	178
»	» Bodas de oro..	191
»	» Historia vieja, poesía..	206
»	» El zángano y la libélula, poesía..	233
»	» Amor de entre bastidores, poesía.	241
»	» Una bacante, poesía.	263
Reina (Manuel).	— Mi décima musa, poesía.	3
Rivas Groot (J. M.).	— El hombre, poesía.	131
Rodríguez (Guillermo P.).	— Pretéritas, poesía..	247
»	» Don Quijote, poesía.	207
Roeber (Christián).	— El sueño de Rohtz.	129
Roxlo (Carlos).	— Ritmos, poesía.	3
Rueda (Salvador).	— Versos de mecedora, poesía.	6
Ruiz (Aureliano).	— Axioma, poesía.	21
Sánchez (Ricardo).	— En el álbum de Anita Avengo, poesía.	28
Sánchez Pesquera (M.).	— Madrigal.	137
Santa Anna (J. Cecilio).	— En la sabana del Tinto, poesía.	137
Solar (Alberto del).	— Emilio Caraffa.	137
Soto y Calvo (Francisco).	— Dos tempestades, poesía..	137
»	» El tren, poesía.	137
Tablada (José Juan).	— Abanico Luis XV, poesía.	137
Tobal (Federico).	— El duelo.	137
Uhrbach (Carlos Pio).	— Busto regio, poesía.	137
Vivero (Domingo de).	— El viaje eterno, poesía.	137
* * *	— Don Juan León Mera..	137

# ÍNDICE ARTÍSTICO

## CABRINETY (F.)

Una fortaleza (variedad).	36
El aderezo (variedad).	109
Nota fonográfica (ilustración).	116
Entre novios (variedad).	184
Bodas de oro (ilustración).	190

## COTANDA (Vicente Nicolau)

La canchada (ilustración).	244
----------------------------	-----

## MESTRES (Apeles)

Los meses del año.	Del 9 al 20
Aspiraciones aristocráticas (variedad).	28
Ritmos (ilustración).	39
Ricardo Gutiérrez (alegoría).	41
Boedromion (ilustración).	50
La eglantina (ilustración).	58
La flecha, el ala y el corazón (ilustración).	63
Nimbo (inicial).	68
Apólogo clásico-romántico.	69
¡Vano anhelo! (inicial).	86
En el cementerio (inicial).	87
En la Rábida (variedad).	93
Gentes supersticiosas (ilustración).	97
Transmigración (ilustración).	114
Remontando el Paraná (ilustración).	118
Don Juan León Merá (alegoría).	121
La salve en una alquería (inicial).	124
Los terremotos de San Juan (variedad).	128
Un diletante (variedad).	134
Miedos (ilustración).	129
La serenata de Schúbert (ilustración).	139
El monje (ilustración).	154
Las perdices del señor cura (cuento).	168
¡A la otra puerta! (ilustración).	170
A Grecia (ilustración).	187
Un adiós (ilustración).	197
Entre rateros (variedad).	204
Las moras (ilustración).	219
Un hombre convencido, cuento vivo.	222
El zángano y la libélula (ilustración).	233
El fraile (ilustración).	236
Crisálida (ilustración).	239
Remember (inicial).	240
Incontrastable (inicial).	247

Abanico Luis XV (ilustración). . . . .	250
El brindis del bardo (ilustración). . . . .	255
La tarde (ilustración).. . . . .	257

### PELLICER (J. Luis)

Cuatro esbozos (alegoría). . . . .	21
Versos de mecedora (alegoría). . . . .	33
La gitana (ilustración). . . . .	145
Serenata indiana (ilustración). . . . .	211
Primaveras (ilustración). . . . .	252

### PICOLO (M.)

Amores de loco (ilustración). . . . .	54
Junto al Nilo (ilustración). . . . .	81
Los desposorios del poeta (ilustración). . . . .	174
El sueño de Rohtz (ilustración). . . . .	207
Un... infiel (variedad). . . . .	232
Embriaguez (variedad). . . . .	263

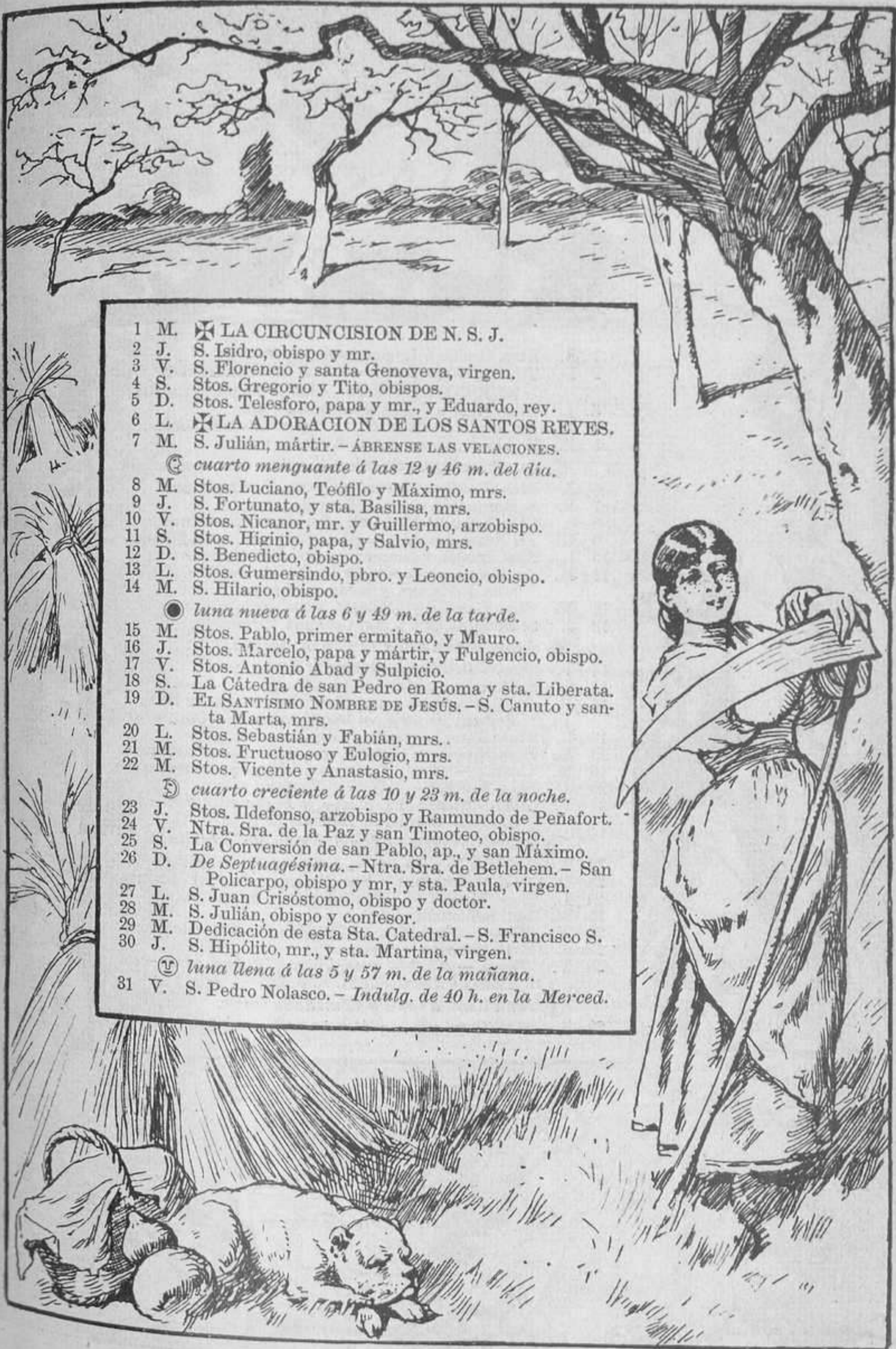
### ROSS (Paciano)

Srta Angélica Palma. . . . .	33
Ricardo Gutiérrez. . . . .	41
Dr. D. Antonio Atienza y Medrano. . . . .	49
Sr. D. Abrahán Z. López Penha. . . . .	65
D. Juan León Mera.. . . .	121
Sr. D. Manuel Gutiérrez Nájera. . . . .	137
Sr. D. Guillermo Godio. . . . .	163
Sr. D. Manuel Bernárdez. . . . .	179
Sr. D. Gabriel Cantilo. . . . .	213
Sr. D. Emilio A. Caraffa. . . . .	227
D. Federico Chueca.. . . .	259

EL ARTE EN AMÉRICA.—El genio de Colón, mostrándole el camino de América, grupo escultórico de la distinguida artista argentina doña Josefa Aguirre de Vassilicós. . . . .	25
El último mate, copia de un cuadro del reputado pintor español don Vicente Nicoláu Cotanda.. . . .	47
BELLEZAS AMERICANAS.—Uruguay.. . . .	57
BELLEZAS AMERICANAS.—Uruguay.. . . .	201
REPÚBLICA ARGENTINA: El 25 de Mayo en provincias, composición y dibujo del distinguido pintor argentino don Emilio Caraffa. . . . .	229
BELLEZAS AMERICANAS.—Uruguay.. . . .	241



# ENERO



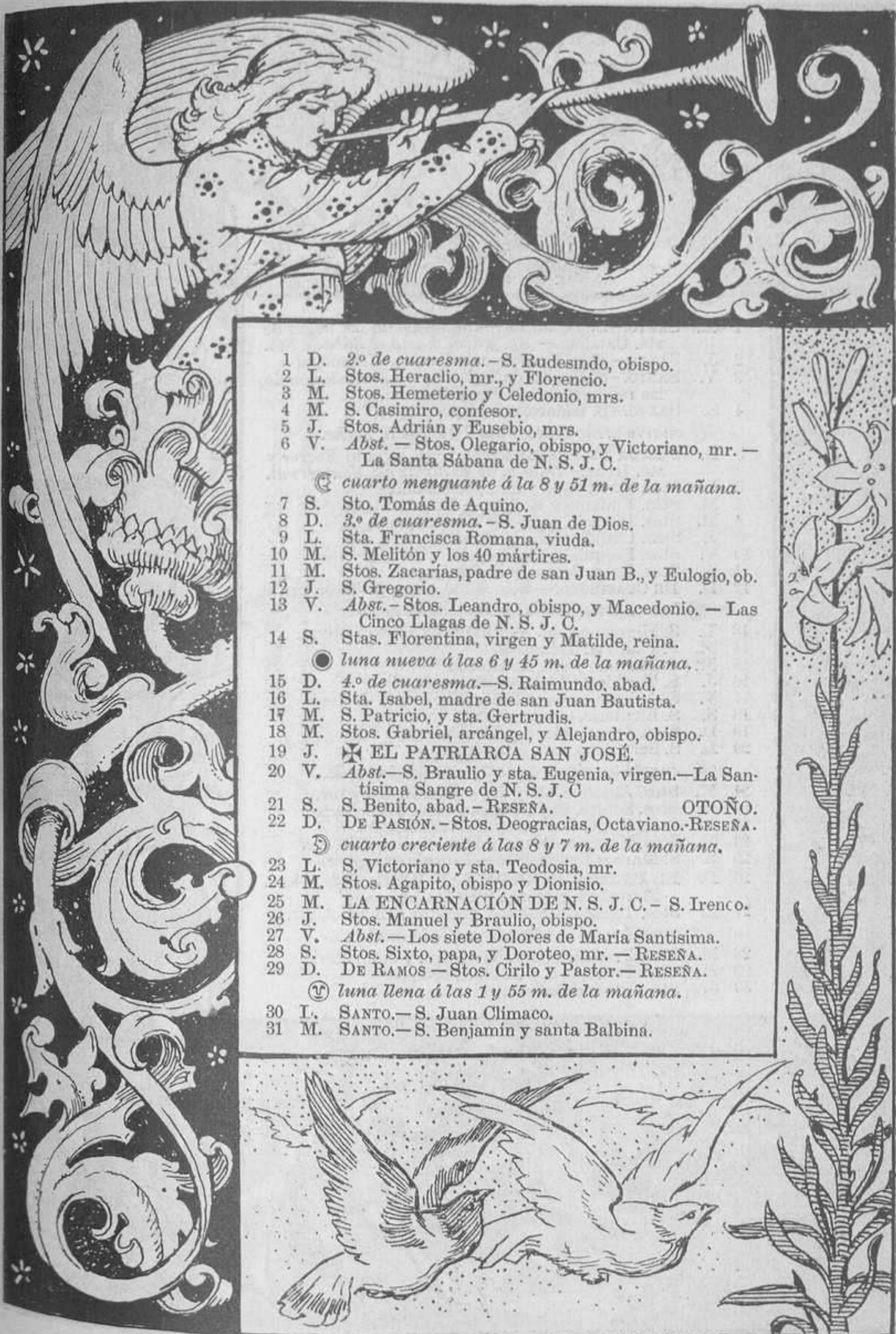
- 1 M. ✠ LA CIRCUNCISION DE N. S. J.
- 2 J. S. Isidro, obispo y mr.
- 3 V. S. Florencio y santa Genoveva, virgen.
- 4 S. Stos. Gregorio y Tito, obispos.
- 5 D. Stos. Telesforo, papa y mr., y Eduardo, rey.
- 6 L. ✠ LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES.
- 7 M. S. Julián, mártir. - ÁBRENSE LAS VELACIONES.  
 ☉ *cuarto menguante á las 12 y 46 m. del día.*
- 8 M. Stos. Luciano, Teófilo y Máximo, mrs.
- 9 J. S. Fortunato, y sta. Basilisa, mrs.
- 10 V. Stos. Nicanor, mr. y Guillermo, arzobispo.
- 11 S. Stos. Higinio, papa, y Salvio, mrs.
- 12 D. S. Benedicto, obispo.
- 13 L. Stos. Gumersindo, pbro. y Leoncio, obispo.
- 14 M. S. Hilario, obispo.  
 ● *luna nueva á las 6 y 49 m. de la tarde.*
- 15 M. Stos. Pablo, primer ermitaño, y Mauro.
- 16 J. Stos. Marcelo, papa y mártir, y Fulgencio, obispo.
- 17 V. Stos. Antonio Abad y Sulpicio.
- 18 S. La Cátedra de san Pedro en Roma y sta. Liberata.
- 19 D. EL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS. - S. Canuto y santa Marta, mrs.
- 20 L. Stos. Sebastián y Fabián, mrs.
- 21 M. Stos. Fructuoso y Eulogio, mrs.
- 22 M. Stos. Vicente y Anastasio, mrs.  
 ☽ *cuarto creciente á las 10 y 23 m. de la noche.*
- 23 J. Stos. Ildefonso, arzobispo y Ramundo de Peñafort.
- 24 V. Ntra. Sra. de la Paz y san Timoteo, obispo.
- 25 S. La Conversión de san Pablo, ap., y san Máximo.
- 26 D. *De Septuagésima.* - Ntra. Sra. de Betlehem. - San Policarpo, obispo y mr., y sta. Paula, virgen.
- 27 L. S. Juan Crisóstomo, obispo y doctor.
- 28 M. S. Julián, obispo y confesor.
- 29 M. Dedicación de esta Sta. Catedral. - S. Francisco S.
- 30 J. S. Hipólito, mr., y sta. Martina, virgen.  
 ☾ *luna llena á las 5 y 57 m. de la mañana.*
- 31 V. S. Pedro Nolasco. - *Indulg. de 40 h. en la Merced.*

# FEBRERO



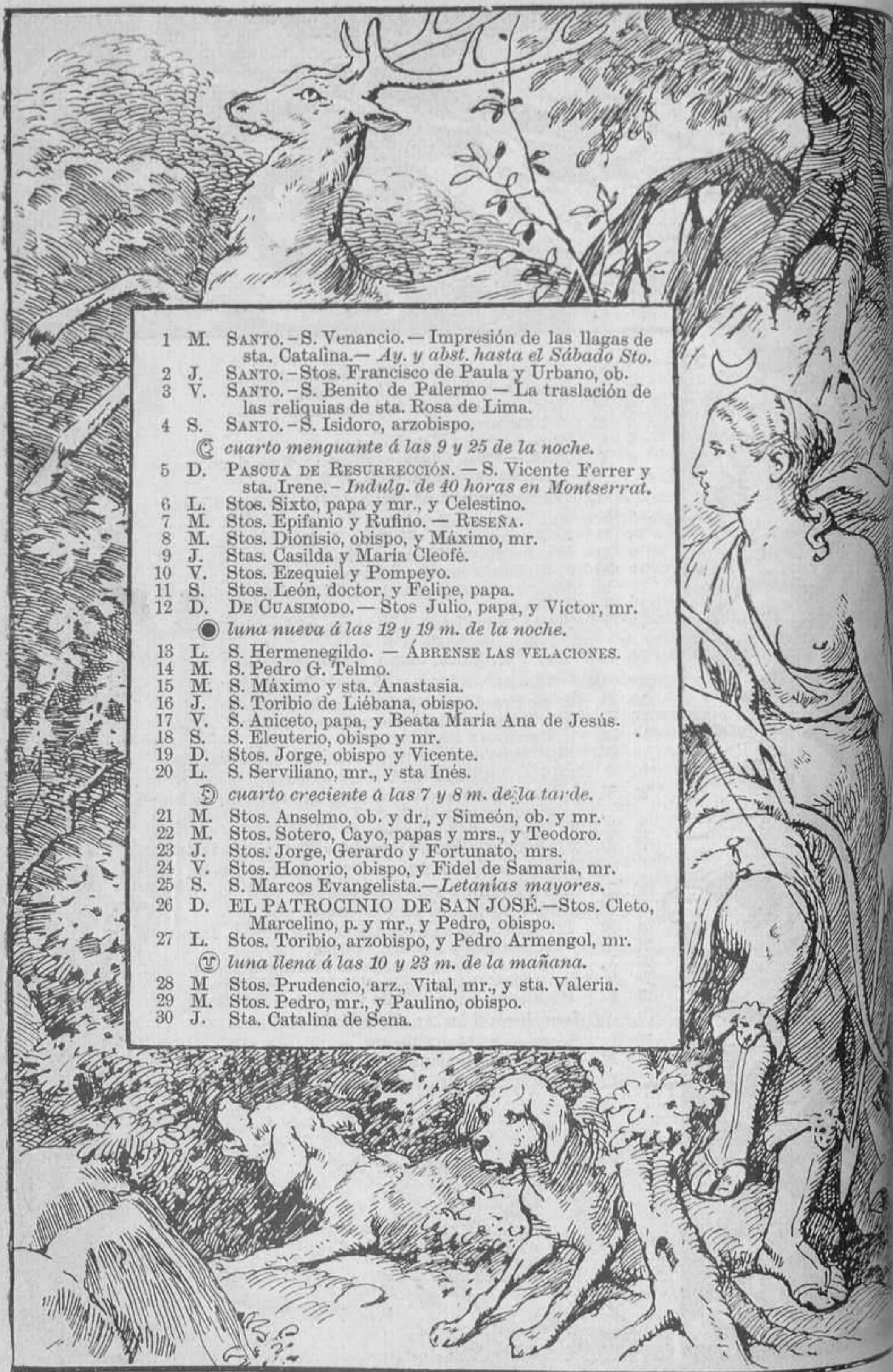
- 1 S. Stos. Cecilio é Ignacio, obispo y mr.
- 2 D. *De Septuagésima.* — LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA. — Stos. Firmo y Cándido.
- 3 L. Stos. Blas, obispo y Laurentino, mrs.
- 4 M. *La Oración de N. S. J. C. en el Monte Olivete.*
- 5 M. S. Albino, obispo y sta. Agueda, virgen.  
 ☉ *cuarto menguante á las 10 y 1 m. de la noche.*
- 6 J. Stos. Teófilo y Saturnino y sta. Dorotea, mrs.
- 7 V. S. Romualdo, abad, y Ricardo, rey.
- 8 S. Stos. Juan de Mata, cfr., Lucio y Ciriaco, mrs.
- 9 D. *De Sexagésima.* — S. Alejandro, mr. y sta. Polonia.
- 10 L. Stos. Ireneo y Amancio, y sta. Escolástica.
- 11 M. *La Conmemoración de la Pasión de N. S. J. C.* — Stos. Félix, mr. y Saturnino, papa.
- 12 M. Stos. Damián y Modesto, y sta. Eulalia, mr.
- 13 J. S. Benigno, mr. y sta. Catalina, virgen.  
 ● *Luna nueva á las 12 y 25 m. del día.*
- 14 V. Stos. Valentín, presbítero, y Zenón, mrs.
- 15 S. S. Faustino y sta. Jovita, mrs.
- 16 D. *De Quincuagésima.* — Stos. Gregorio, p., y Elías. — *Indulg. de 40 h. en las Catalinas.* — CARNAVAL.
- 17 L. Stos. Rómulo, mártir, y Julián.
- 18 M. Stos. Simeón y Claudio, mrs. — C. LAS VELACIONES.
- 19 M. CENIZA. — *Abst.* — *Principio del ayuno cuaresmal.*
- 20 J. Stos. Eleuterio, obispo, y Nemesio, mrs.
- 21 V. *Abst.* — Stos. Félix, obispo, y Fortunato, mr. — La Sagrada Corona de Espinas de N. S. J. C.  
 ☽ *cuarto creciente á las 5 y 10 m. de la tarde.*
- 22 S. La Cát. de s. Pedro en Antioquia y sta. Margarita.
- 23 D. *1.º de cuaresma.* — Stos. Damián, ob., y Policarpo.
- 24 L. Stos. Matias, ap., Modesto y sta. Primitiva, mr.
- 25 M. San Sebastián.
- 26 M. *Témp.* — Ntra. Sra. de Guadalupe. — S. Alejandro.
- 27 J. S. Baldomero, confesor.
- 28 V. *Témp.* — *Abst.* — Stos. Justo y Rufino, mrs. — La Lanza y Clavos de N. S. J. C.  
 ☾ *luna llena á las 4 y 41 m. de la tarde.*
- 29 S. Stos. Cayo y Serapión.

# MARZO



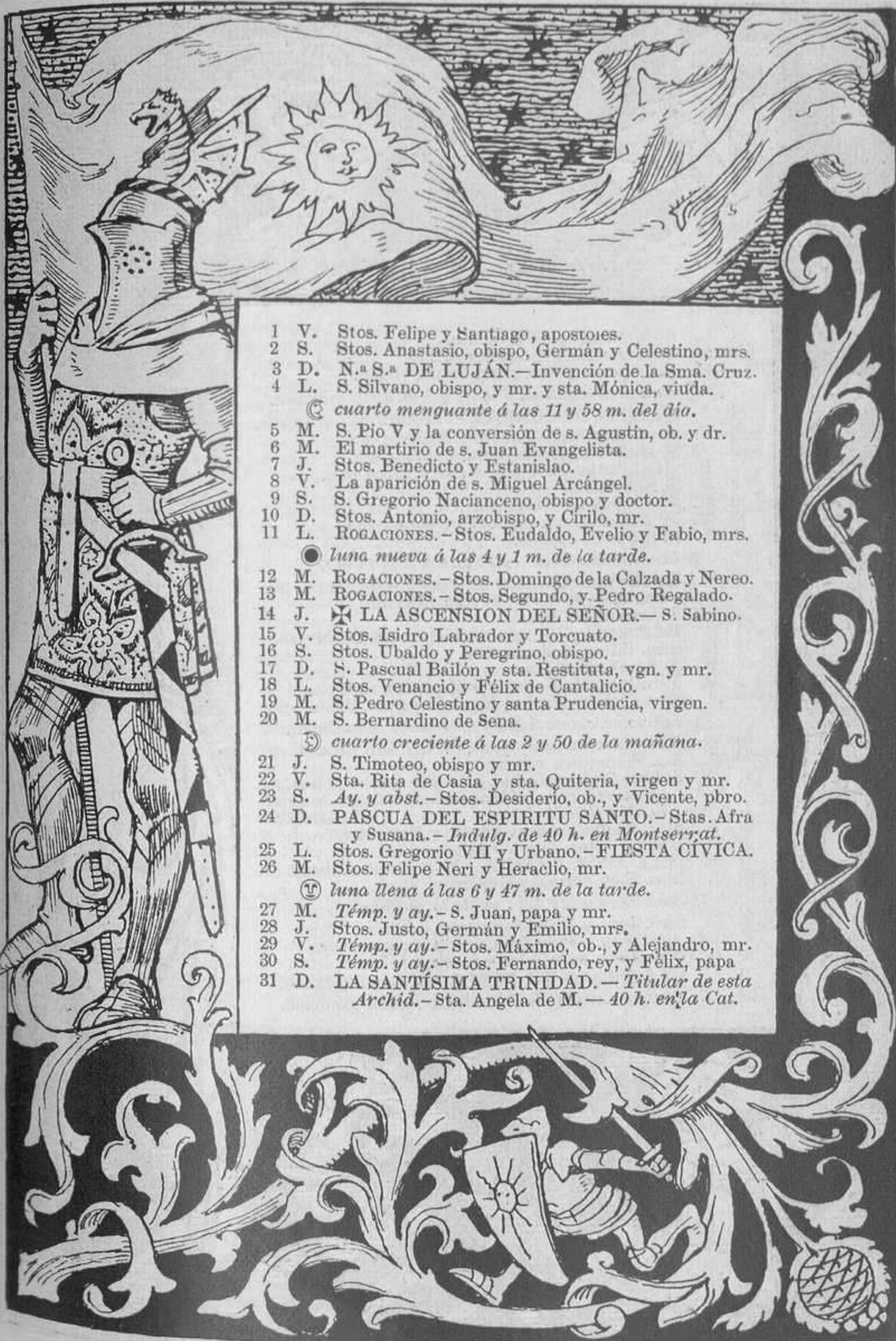
- 1 D. 2.º de cuaresma. — S. Rudesindo, obispo.
- 2 L. Stos. Heraclio, mr., y Florencio.
- 3 M. Stos. Hemeterio y Celedonio, mrs.
- 4 M. S. Casimiro, confesor.
- 5 J. Stos. Adrián y Eusebio, mrs.
- 6 V. Abst. — Stos. Olegario, obispo, y Victoriano, mr. — La Santa Sábana de N. S. J. C.
- ☾ cuarto menguante á la 8 y 51 m. de la mañana.
- 7 S. Sto. Tomás de Aquino.
- 8 D. 3.º de cuaresma. — S. Juan de Dios.
- 9 L. Sta. Francisca Romana, viuda.
- 10 M. S. Melitón y los 40 mártires.
- 11 M. Stos. Zacarias, padre de san Juan B., y Eulogio, ob.
- 12 J. S. Gregorio.
- 13 V. Abst. — Stos. Leandro, obispo, y Macedonio. — Las Cinco Llagas de N. S. J. C.
- 14 S. Stas. Florentina, virgen y Matilde, reina.
- luna nueva á las 6 y 45 m. de la mañana.
- 15 D. 4.º de cuaresma. — S. Raimundo, abad.
- 16 L. Sta. Isabel, madre de san Juan Bautista.
- 17 M. S. Patricio, y sta. Gertrudis.
- 18 M. Stos. Gabriel, arcángel, y Alejandro, obispo.
- 19 J. ✠ EL PATRIARCA SAN JOSÉ.
- 20 V. Abst. — S. Braulio y sta. Eugenia, virgen. — La Santísima Sangre de N. S. J. C.
- 21 S. S. Benito, abad. — RESEÑA. OTOÑO.
- 22 D. DE PASIÓN. — Stos. Deogracias, Octaviano. — RESEÑA.
- ☽ cuarto creciente á las 8 y 7 m. de la mañana.
- 23 L. S. Victoriano y sta. Teodosia, mr.
- 24 M. Stos. Agapito, obispo y Dionisio.
- 25 M. LA ENCARNACIÓN DE N. S. J. C. — S. Ireneo.
- 26 J. Stos. Manuel y Braulio, obispo.
- 27 V. Abst. — Los siete Dolores de María Santísima.
- 28 S. Stos. Sixto, papa, y Doroteo, mr. — RESEÑA.
- 29 D. DE RAMOS — Stos. Cirilo y Pastor. — RESEÑA.
- ☽ luna llena á las 1 y 55 m. de la mañana.
- 30 L. SANTO. — S. Juan Climaco.
- 31 M. SANTO. — S. Benjamín y santa Balbina.

# ABRIL



- 1 M. SANTO. — S. Venancio. — Impresión de las llagas de sta. Catalina. — *Ay. y abst. hasta el Sábado Sto.*
- 2 J. SANTO. — Stos. Francisco de Paula y Urbano, ob.
- 3 V. SANTO. — S. Benito de Palermo — La traslación de las reliquias de sta. Rosa de Lima.
- 4 S. SANTO. — S. Isidoro, arzobispo.
- ☾ *cuarto menguante á las 9 y 25 de la noche.*
- 5 D. PASCUA DE RESURRECCIÓN. — S. Vicente Ferrer y sta. Irene. — *Indulg. de 40 horas en Montserrat.*
- 6 L. Stos. Sixto, papa y mr., y Celestino.
- 7 M. Stos. Epifanio y Rufino. — RESEÑA.
- 8 M. Stos. Dionisio, obispo, y Máximo, mr.
- 9 J. Stas. Casilda y María Cleofé.
- 10 V. Stos. Ezequiel y Pompeyo.
- 11 S. Stos. León, doctor, y Felipe, papa.
- 12 D. DE CUASIMODO. — Stos Julio, papa, y Victor, mr.
- *luna nueva á las 12 y 19 m. de la noche.*
- 13 L. S. Hermenegildo. — ÁBRENSE LAS VELACIONES.
- 14 M. S. Pedro G. Telmo.
- 15 M. S. Máximo y sta. Anastasia.
- 16 J. S. Toribio de Liébana, obispo.
- 17 V. S. Aniceto, papa, y Beata María Ana de Jesús.
- 18 S. S. Eleuterio, obispo y mr.
- 19 D. Stos. Jorge, obispo y Vicente.
- 20 L. S. Serviliano, mr., y sta Inés.
- ☽ *cuarto creciente á las 7 y 8 m. de la tarde.*
- 21 M. Stos. Anselmo, ob. y dr., y Simeón, ob. y mr.
- 22 M. Stos. Sotero, Cayo, papas y mrs., y Teodoro.
- 23 J. Stos. Jorge, Gerardo y Fortunato, mrs.
- 24 V. Stos. Honorio, obispo, y Fidel de Samaria, mr.
- 25 S. S. Marcos Evangelista. — *Letanias mayores.*
- 26 D. EL PATROCINIO DE SAN JOSÉ. — Stos. Cleto, Marcelino, p. y mr., y Pedro, obispo.
- 27 L. Stos. Toribio, arzobispo, y Pedro Armengol, mr.
- ☾ *luna llena á las 10 y 23 m. de la mañana.*
- 28 M. Stos. Prudencio, arz., Vital, mr., y sta. Valeria.
- 29 M. Stos. Pedro, mr., y Paulino, obispo.
- 30 J. Sta. Catalina de Sena.

# MAYO



- |    |    |   |
|----|----|---|
| 1  | V. | Stos. Felipe y Santiago, apóstoles.   |
| 2  | S. | Stos. Anastasio, obispo, Germán y Celestino, mrs.   |
| 3  | D. | N. <sup>a</sup> S. <sup>a</sup> DE LUJÁN.—Invención de la Sma. Cruz.                        |
| 4  | L. | S. Silvano, obispo, y mr. y sta. Mónica, viuda.   |
|    | ☾  | <i>cuarto menguante á las 11 y 58 m. del día.</i>   |
| 5  | M. | S. Pio V y la conversión de s. Agustín, ob. y dr.   |
| 6  | M. | El martirio de s. Juan Evangelista.   |
| 7  | J. | Stos. Benedicto y Estanislao.   |
| 8  | V. | La aparición de s. Miguel Arcángel.   |
| 9  | S. | S. Gregorio Nacianceno, obispo y doctor.  |
| 10 | D. | Stos. Antonio, arzobispo, y Cirilo, mr.   |
| 11 | L. | ROGACIONES.—Stos. Eudaldo, Evelio y Fabio, mrs.   |
|    | ☉  | <i>luna nueva á las 4 y 1 m. de la tarde.</i>   |
| 12 | M. | ROGACIONES.—Stos. Domingo de la Calzada y Nereo.  |
| 13 | M. | ROGACIONES.—Stos. Segundo, y Pedro Regalado.  |
| 14 | J. | ✠ LA ASCENSION DEL SEÑOR.— S. Sabino.   |
| 15 | V. | Stos. Isidro Labrador y Torcuato.   |
| 16 | S. | Stos. Ubaldo y Peregrino, obispo.   |
| 17 | D. | S. Pascual Bailón y sta. Restituta, vgn. y mr.  |
| 18 | L. | Stos. Venancio y Félix de Cantalicio.   |
| 19 | M. | S. Pedro Celestino y santa Prudencia, virgen.   |
| 20 | M. | S. Bernardino de Sena.  |
|    | ☽  | <i>cuarto creciente á las 2 y 50 de la mañana.</i>  |
| 21 | J. | S. Timoteo, obispo y mr.  |
| 22 | V. | Sta. Rita de Casia y sta. Quiteria, virgen y mr.  |
| 23 | S. | <i>Ay. y abst.</i> —Stos. Desiderio, ob., y Vicente, pbro.                                  |
| 24 | D. | PASCUA DEL ESPIRITU SANTO.— Stas. Afra y Susana.— <i>Indulg. de 40 h. en Montserrat.</i>    |
| 25 | L. | Stos. Gregorio VII y Urbano.—FIESTA CIVICA.   |
| 26 | M. | Stos. Felipe Neri y Heraclio, mr.   |
|    | ☾  | <i>luna llena á las 6 y 47 m. de la tarde.</i>  |
| 27 | M. | <i>Témp. y ay.</i> — S. Juan, papa y mr.  |
| 28 | J. | Stos. Justo, Germán y Emilio, mrs.  |
| 29 | V. | <i>Témp. y ay.</i> —Stos. Máximo, ob., y Alejandro, mr.                                     |
| 30 | S. | <i>Témp. y ay.</i> —Stos. Fernando, rey, y Félix, papa                                      |
| 31 | D. | LA SANTÍSIMA TRINIDAD.— <i>Titular de esta Archid.— Sta. Angela de M.— 40 h. en la Cat.</i> |

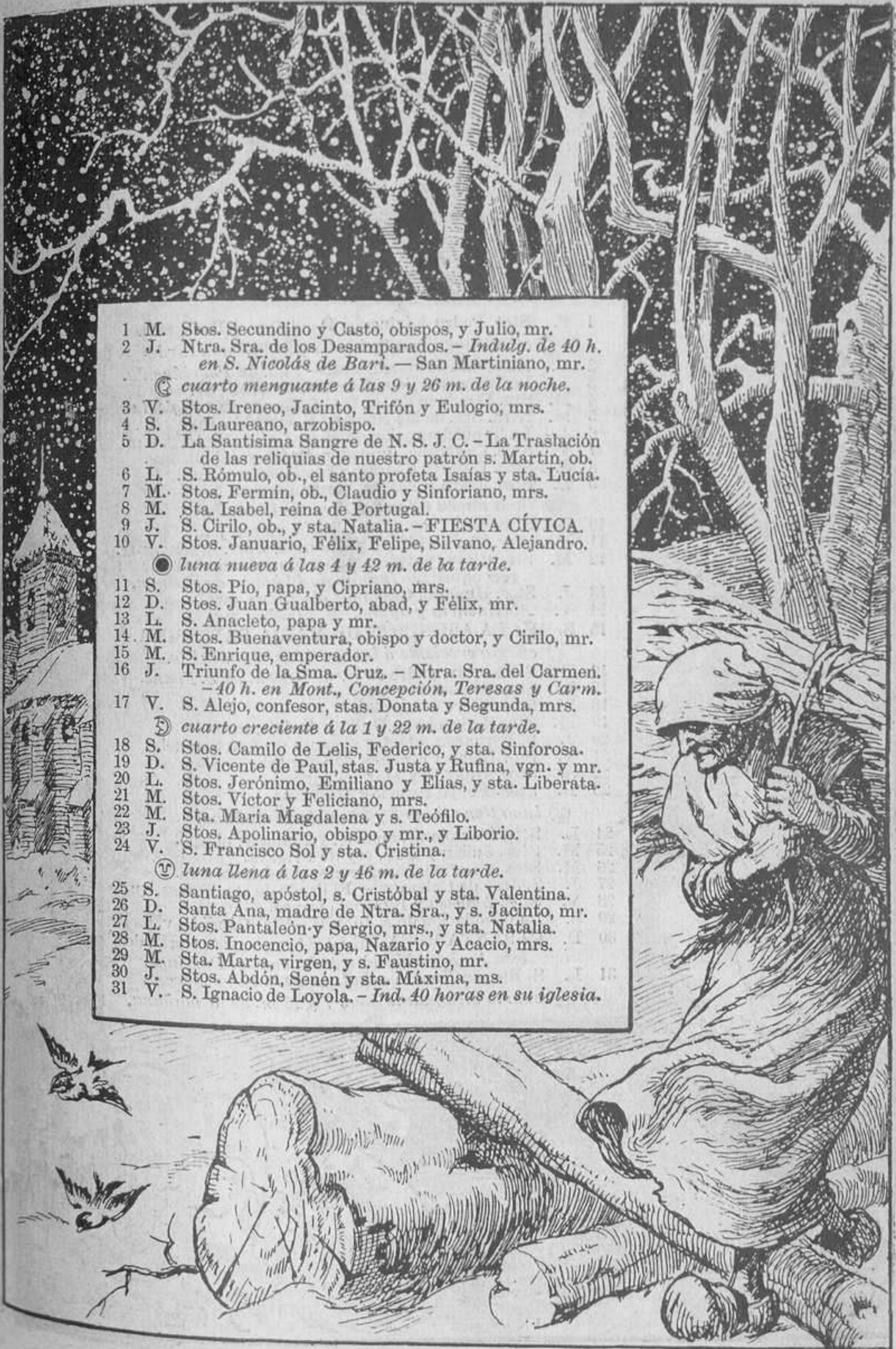
# JUNIO



- 1 L. Stos. Segundo y Fortunato.
- 2 M. S. Marcelino y compañeros, mrs.
- 3 M. S. Isaac, confesor, y sta. Paula, virgen.  
 ☉ *cuarto menguante á las 4 y 8 m. de la mañana.*
- 4 J. ✠ CORPUS CHRISTI. — S. Francisco Caracciolo.
- 5 V. Stos. Marciano, Doroteo y Nicanor, mrs.
- 6 S. S. Norberto, obispo, y sta. Paulina, mr.
- 7 D. Stos. Pablo, ob., Pedro y compañeros, mrs.
- 8 L. S. Salustiano.
- 9 M. Stos. Primo y Feliciano, mrs.
- 10 M. S. Zacarías, mr., y sta. Margarita, reina.
- 11 J. S. Bernabé, apóstol.  
 ☾ *luna nueva á las 5 y 29 m. de la mañana.*
- 12 V. EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS. — S. Juan de Sahagún. — 40 horas en San Ignacio.
- 13 S. S. Antonio de Padua.
- 14 D. EL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA. — S. Basilio, ob.
- 15 L. Stos. Vito y Modesto, mrs.
- 16 M. S. Aureliano, obispo.
- 17 M. Stos. Manuel, Nicandro y Marciano, mrs.
- 18 J. Stos. Ciriaco, Marcos, Marcelino y sta. Paula, mrs.  
 ☽ *cuarto creciente á las 8 y 27 m. de la mañana.*
- 19 V. Stos. Gervasio y Protasio, mrs., y sta. Juliana, vn.
- 20 S. Sta. Florentina, virgen.
- 21 D. S. Luis Gonzaga. — *Ind. plen. por asistir á la misa solemne que se celebra en honor del santo en la iglesia Catedral.*  
**INVIERNO.**
- 22 L. Stos. Paulino, obispo, Albano y Fabio, mr.
- 23 M. *Ayuno.* — Stos. Zenón y Apolinario.
- 24 M. NAT. DE S. JUAN B. — 40 horas en S. Juan.
- 25 J. Stos. Eloy, obispo, y Guillermo, abad.  
 ☽ *luna llena á las 4 y 6 m. de la mañana.*
- 26 V. Stos. Juan y Pablo, hermanos, mártires.
- 27 S. *Abst. y ay.* — Stos. Zoilo, mr., y Ladislao, rey.
- 28 D. Stos. León papa, é Ireneo, obispo.
- 29 L. ✠ S. PEDRO Y S. PABLO. — 40 h. en la Cated.
- 30 M. Conmemoración de s. Pablo, ap., y sta. Emiliana.

# JULIO

- 1 M. Stos. Secundino y Casto, obispos, y Julio, mr.  
 2 J. Ntra. Sra. de los Desamparados. - *Indulg. de 40 h. en S. Nicolás de Bari.* - San Martiniano, mr.  
 ☾ *cuarto menguante á las 9 y 26 m. de la noche.*  
 3 V. Stos. Ireneo, Jacinto, Trifón y Eulogio, mrs.  
 4 S. S. Laureano, arzobispo.  
 5 D. La Santísima Sangre de N. S. J. C. - La Traslación de las reliquias de nuestro patrón s. Martín, ob.  
 6 L. S. Rómulo, ob., el santo profeta Isaías y sta. Lucía.  
 7 M. Stos. Fermin, ob., Claudio y Sinfioriano, mrs.  
 8 M. Sta. Isabel, reina de Portugal.  
 9 J. S. Cirilo, ob., y sta. Natalia. - **FIESTA CÍVICA.**  
 10 V. Stos. Enero, Félix, Felipe, Silvano, Alejandro.  
 ☉ *luna nueva á las 4 y 42 m. de la tarde.*  
 11 S. Stos. Pio, papa, y Cipriano, mrs.  
 12 D. Stos. Juan Gualberto, abad, y Félix, mr.  
 13 L. S. Anacleto, papa y mr.  
 14 M. Stos. Buenaventura, obispo y doctor, y Cirilo, mr.  
 15 M. S. Enrique, emperador.  
 16 J. Triunfo de la Sma. Cruz. - Ntra. Sra. del Carmen. - *40 h. en Mont., Concepción, Teresas y Carm.*  
 17 V. S. Alejo, confesor, stas. Donata y Segunda, mrs.  
 ☽ *cuarto creciente á la 1 y 22 m. de la tarde.*  
 18 S. Stos. Camilo de Lelis, Federico, y sta. Sinfiorosa.  
 19 D. S. Vicente de Paul, stas. Justa y Rufina, vgn. y mr.  
 20 L. Stos. Jerónimo, Emiliano y Elías, y sta. Liberata.  
 21 M. Stos. Victor y Feliciano, mrs.  
 22 M. Sta. Maria Magdalena y s. Teófilo.  
 23 J. Stos. Apolinario, obispo y mr., y Liborio.  
 24 V. S. Francisco Sol y sta. Cristina.  
 ☽ *luna llena á las 2 y 46 m. de la tarde.*  
 25 S. Santiago, apóstol, s. Cristóbal y sta. Valentina.  
 26 D. Santa Ana, madre de Ntra. Sra., y s. Jacinto, mr.  
 27 L. Stos. Pantaleón y Sergio, mrs., y sta. Natalia.  
 28 M. Stos. Inocencio, papa, Nazario y Acacio, mrs.  
 29 M. Sta. Marta, virgen, y s. Faustino, mr.  
 30 J. Stos. Abdón, Senén y sta. Máxima, ms.  
 31 V. S. Ignacio de Loyola. - *Ind. 40 horas en su iglesia.*



# AGOSTO



- 1 S. Stos. Pedro Advincula, Domiciano y Rufo, mrs.  
☾ cuarto menguante á las 2 y 50 m. de la tarde.
- 2 D. Ntra. Sra. de los Angeles. — *Jub. de Porciúncula.*
- 3 L. La Invencción de s. Esteban, protomártir.
- 4 M. Sto. Domingo de G., f. — *40 horas en su iglesia.*
- 5 M. Ntra. Sra. de las Nieves. — S. Osvaldo, rey.
- 6 J. La Transfiguración de N. S. J. C., s. Sixto, p. y m.
- 7 V. Stos. Cayetano, fundador, Pedro y Julián, mrs.
- 8 S. Stos. Ciriaco, Eleuterio y compañeros mrs.
- 9 D. Stos. Justo y Pastor, hermanos mrs.  
● luna nueva á las 2 y 12 m. de la mañana.
- 10 L. S. Lorenzo, mr., y sta. Paula, virgen y mr.
- 11 M. Stos. Rufino, obispo y Tiburcio, y sta. Susana, mrs.
- 12 M. Sta. Clara, patrona menor de esta ciudad por su  
reconquista. — *Indulg. de 40 horas en S. Juan.*
- 13 J. Stos. Hipólito, Casiano y sta. Elena, mrs.
- 14 V. *Abstinencia y ayuno.* — S. Eusebio, mr.
- 15 S. ✠ LA ASUNCIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA.  
☽ cuarto creciente á las 6 y 47 m. de la tarde.
- 16 D. S. JOAQUÍN, padre de N.ª S.ª — *10 h. en S. Franc.*
- 17 L. Stos. Anastasio y Bonifacio.
- 18 M. Stos. Floro y Agapito.
- 19 M. Stos. Luis, obispo, Julio y Andrés, mrs.
- 20 J. S. Bernardo, abad, y el santo profeta Samuel.
- 21 V. Sta. Juana Francisca de Chantal.
- 22 S. Stos. Hipólito y Marcial, mrs.
- 23 D. Stos. Felipe Benicio y Restituto.  
☽ luna llena á las 3 y 38 m. de la mañana.
- 24 L. Stos. Bartolomé, apóstol, y Romano, obispo.
- 25 M. Stos. Julián y Luis, rey de Francia.
- 26 M. Stos. Ceferino, papa, Ireneo y Adriano, mrs.
- 27 J. S. José de Calasanz. — El dardo de sta. Teresa, vn.
- 28 V. Stos. Agustín y Bibiano, obispos.
- 29 S. La degollación de s. Juan B. — Sta. Cándida, v.
- 30 D. ✠ SANTA ROSA DE LIMA, vgn., patr.ª pral. de  
esta América Merid. — *40 h. en Sto. Domingo.*
- 31 L. S. Ramón Nonato. — *Ind. de 40 h. en la Merced.*  
☾ cuarto menguante á las 7 y 25 m. de la mañana.



# SEPTIEMBRE



- 1 M. Stos. Sixto, obispo, y Gil, abad.
- 2 M. Stos. Antonino, mr., Esteban, rey, y sta. Máxima.
- 3 J. S. Sandalio, stas. Serapia y Eufemia, mrs.
- 4 V. Stas. Rosa de Viterbo y Rosalia, v., y s. Silvano, m.
- 5 S. Stos. Lorenzo, Justiniano y Victoriano, obispos.
- 6 D. Stos. Fausto y Eugenio, mr.
- 7 L. S. Juan, mártir, y sta. Regina, virgen y mr.
- ☉ *luna nueva á las 10 y 48 m. de la mañana.*
- 8 M. LA NATIVIDAD DE MARÍA SANTÍSIMA. —  
40 h. en S. Juan, S. Francisco y Montserrat.
- 9 M. S. Jerónimo, mr, y sta. Maria de la Cabeza.
- 10 J. Stos. Nicolás de Tolentino, Félix y Lucio, obispo.
- 11 V. S. Emiliano, obispo y mr.
- 12 S. Stos. Serapio y Leoncio, mrs.
- 13 D. EL DULCE NOMBRE DE MARÍA.—S. Eulógio, obispo.
- 14 L. Exaltación de la Sma Cruz.—40 h. en el Socorro.
- ☽ *cuarto creciente á las 1 y 59 m. de la mañana.*
- 15 M. Aparición de sto. Domingo de Guzmán, en Soria.
- 16 M. *Témp. y ay.*—Stos. Cornelio y Cipriano, mrs.
- 17 J. S. Pedro de Arbués.
- 18 V. *Témp. y ay.*—Sto. Tomás de Villanueva y sta. Sofía.
- 19 S. *Témp. y ay.*—S. Genaro y compañeros mrs.
- 20 D. La Conmemor. de los Dolores de la Sma. Virgen.—  
S. Eustaquio.
- 21 L. S. Mateo, apóstol y evangelista. PRIMAVERA.
- ☾ *luna llena á las 6 y 56 m. de la tarde.*
- 22 M. S. Mauricio y compañeros mrs.
- 23 M. Stos. Lino, papa y mr., y Constancio, obispo.
- 24 J. Ntra. Sra. de las Mercedes. — *Indulg. de 40 horas  
en su iglesia.*— S. Gerardo, obispo y mr.
- 25 V. Sta. Maria de Cervellón (ó del Socorro).
- 26 S. S. Cipriano y sta. Justina, mrs.
- 27 D. Stos. Cosme y Damián, hermanos, mrs.
- 28 L. S. Wenceslao, mr., y el beato Simón de Rojas.
- 29 M. Dedicación de S. Miguel Arcángel. — *Ind. de 40  
horas en su iglesia.*
- ☾ *cuarto menguante á la 10 y 31 m. de la noche.*
- 30 M. Stos. Jerónimo, doctor, Honorio y sta. Sofia, viuda.

# OCTUBRE

- 
- 1 J. S. Remigio, obispo  
2 V. Santos Angeles Custodio y s. Eleuterio, mr.  
3 S. Stos. Maximiano y Cándido, mrs.  
4 D. *Jubileo.*—*Ntra. Sra. del Rosario.* — S. Francisco de Asís, fundador.—*Ind. de 40 h. en su iglesia.*  
5 L. S. Froilán, obispo.  
6 M. S. Bruno, fundador.  
● *luna nueva á las 7 y 17 de la tarde.*  
7 M. S. Marcos, papa, y sta. Justina, virgen y mártir.  
8 J. S. Demetrio, mr., y sta. Brigida, viuda.  
9 V. S. Dionisio, ob. y mr., y el sto. Patriarca Abrahán.—*40 h. en Sto. Domingo del Smo. Rosario.*  
10 S. Stos. Francisco de Porja, Luis Peltrán y Paulino.  
11 D. *La Maternidad de María Sma.* — S. Nicasio, ob.  
12 L. *Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza y s. Alfredo.*—*Indulgencia de 40 horas en la Recoleta.*  
13 M. Stos. Eduardo, rey, y Fausto, mártir.  
☽ *cuarto creciente á las 12 y 2 m. del día.*  
14 M. Stos. Calixto, Evaristo y sta. Fortunata, hermanos.  
15 J. Sta. Teresa de Jesús, y stos. Bruno y Fortunato.  
16 V. Stos. Martiniano, Saturnino y Nereo, mrs.  
17 S. S. Florentino, ob. y mr., y sta. Eduvigis, viuda.  
18 D. *La Pureza de María Santísima.* — S. Lucas, ev.  
19 L. Stos. Pedro de Alcántara y Lucio, mr.  
20 M. Stos. Feliciano, ob. y m., Juan Cancio y sta. Irene.  
21 M. S. Hilarión, ob., sta. Ursula y comps. vgs. y mrs.  
☾ *luna llena á las 12 y 14 m. del día.*  
22 J. Stos. Felipe, obispo, Severo y sta. María Salomé.  
23 V. Stos. Pedro Pascual, ob. y mr., y Donato, ob.  
24 S. S. Rafael Arcángel.  
25 D. Stos. Gavino, Crisanto y sta. Daria, mrs.  
26 L. Stos. Evaristo, papa, Servando y Germán, mrs.  
27 M. S. Fruto y sta. Sabina, mártir.  
28 M. Stos. Simón y Judas Tadeo, apl., y sta. Cirila, vgn.  
29 J. Stos. Narciso, ob., Cenobio y sta. Eusebia, mrs.  
☾ *cuarto menguante á las 11 y 43 m. del día.*  
30 V. Stos. Marcelo y Claudio, mrs.  
31 S. *Ayuno.*— S. Nemesio y su hija sta. Lucila.

# NOVIEMBRE

- 1 D. FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.-S. Cesáreo.
- 2 L. La Conmem. de los fieles difuntos.-S Ciriaco.
- 3 M. Los innum. Mártires de Zaragoza, sta. Eustoquia.
- 4 M. Stos. Carlos Borromeo, arz., y Nicandro, ob. y mr.
- 5 J. Stos. Félix y Eusebio, ms. y el B. Martín de Porres.

☉ luna nueva á la 4 y 24 m. de la mañana.

- 6 V. Stos. Severo, obispo y mr., y Leonardo, confesor.
- 7 S. Stos. Florencio, obispo, y Amaranto, mr.
- 8 D. *El Patrocinio de Ntra. Sra.*-Stos. Severo y Victorino.- 40 horas en Balvanera de su Titular.
- 9 L. Stos. Teodoro y Alejandro, mrs.
- 10 M. Stos. Andrés Avelino, Trifón y sta. Ninfa, mrs.
- 11 M. ✠ S. MARTIN, obispo, Patrón principal de esta Archidiócesis.-*Indulg. de 40 h. en la Catedral.*
- 12 J. Stos. Martín, papa, Rufo, ob., y Diego de Alcalá.

☽ cuarto creciente á las 12 y 9 m. del día.

- 13 V. Stos. Antonio, Germán, mrs., y Estanislao de K.
- 14 S. Stos. Clementino y Serapio, mártires.
- 15 D. Stos. Eugenio, ob. y mr., Leopoldo y sta. Gertrudis.
- 16 L. Stos. Rufino, Marcos y Valerio, mrs.
- 17 M. Stos. Gregorio Taumaturgo y Victor.
- 18 M. S. Máximo, obispo.
- 19 J. S. Ponciano, papa y mártir, y sta. Isabel, reina.
- 20 V. Stos. Félix de Valois y Octavio, mrs.

☾ luna llena á las 6 y 34 m. de la mañana.

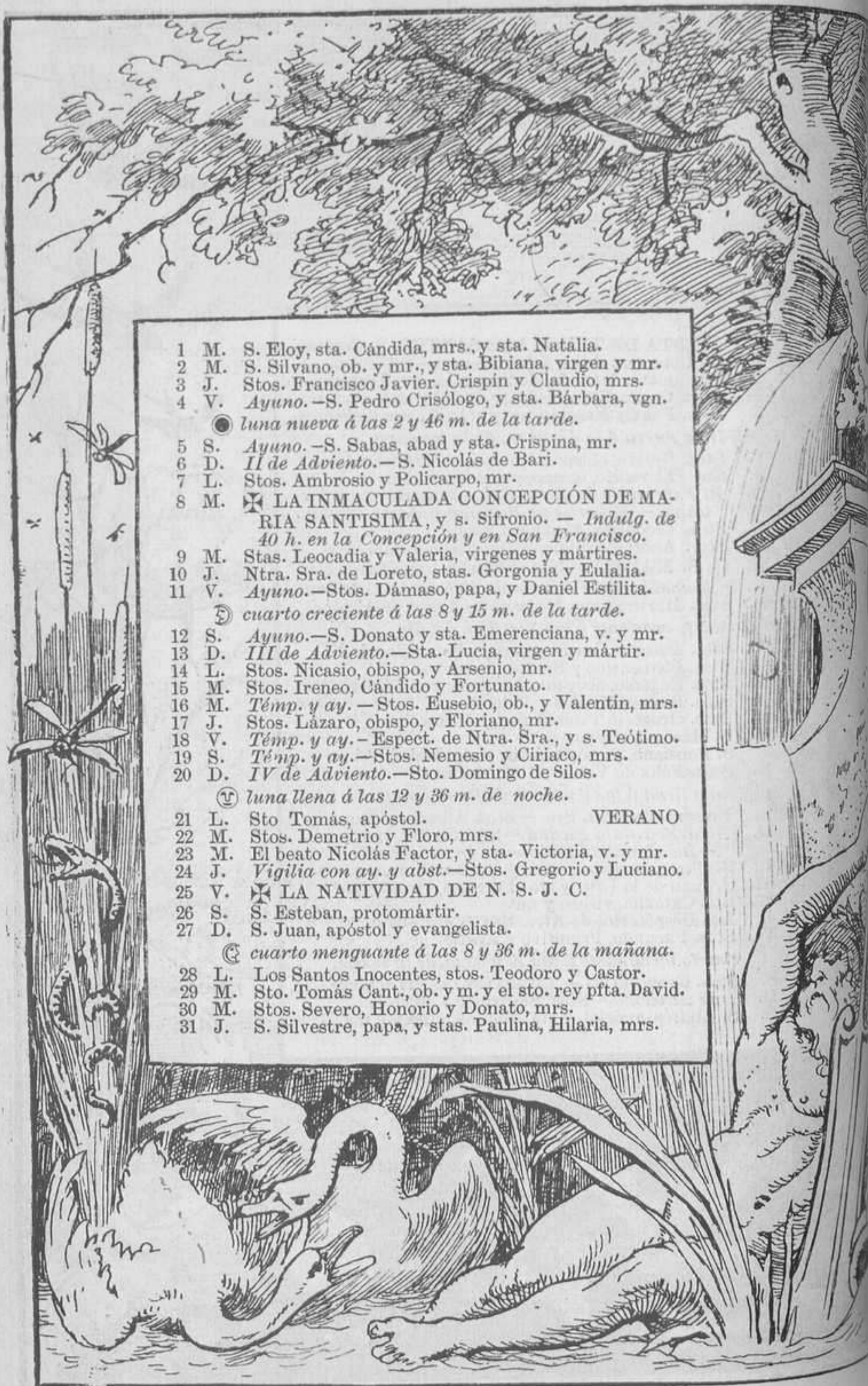
- 21 S. Present. de Ntra. Sra. - Stos. Alberto y Honorio.
- 22 D. *Ntra. Sra. de la Piedad.*- Sta. Cecilia, vgn. y mr. -*Indulgencia de 40 horas en su iglesia.*
- 23 L. S. Clemente, papa y mr., y sta. Lucrecia, v. y mr.
- 24 M. S. Juan de la Cruz y sta. Fermina, virgen y mr.
- 25 M. Sta. Catalina, virgen y mr.
- 26 J. Los Desposorios de Ntra. Sra., y s. Fausto.
- 27 V. Stos. Facundo, Primitivo y Acacio.

☾ cuarto menguante á las 10 y 55 m. de la noche.

- 28 S. Stos. Gregorio III.- CIÉRRANSE LAS VELACIONES.
- 29 D. *I de Adviento.*- Stos. Saturnino y Filomeno.
- 30 L. S. Andrés, apóstol, y sta. Justina, virgen y mr.



# DICIEMBRE



- 1 M. S. Eloy, sta. Cándida, mrs., y sta. Natalia.
- 2 M. S. Silvano, ob. y mr., y sta. Bibiana, virgen y mr.
- 3 J. Stos. Francisco Javier. Crispin y Claudio, mrs.
- 4 V. *Ayuno.*—S. Pedro Crisólogo, y sta. Bárbara, vgn.  
 ● *luna nueva á las 2 y 46 m. de la tarde.*
- 5 S. *Ayuno.*—S. Sabas, abad y sta. Crispina, mr.
- 6 D. *II de Adviento.*—S. Nicolás de Bari.
- 7 L. Stos. Ambrosio y Policarpo, mr.
- 8 M. ✠ LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARIA SANTISIMA, y s. Sifronio. — *Indulg. de 40 h. en la Concepción y en San Francisco.*
- 9 M. Stas. Leocadia y Valeria, virgenes y mártires.
- 10 J. Ntra. Sra. de Loreto, stas. Gorgonia y Eulalia.
- 11 V. *Ayuno.*—Stos. Dámaso, papa, y Daniel Estilita.  
 ☽ *cuarto creciente á las 8 y 15 m. de la tarde.*
- 12 S. *Ayuno.*—S. Donato y sta. Emerenciana, v. y mr.
- 13 D. *III de Adviento.*—Sta. Lucia, virgen y mártir.
- 14 L. Stos. Nicasio, obispo, y Arsenio, mr.
- 15 M. Stos. Ireneo, Cándido y Fortunato.
- 16 M. *Témp. y ay.*—Stos. Eusebio, ob., y Valentin, mrs.
- 17 J. Stos. Lázaro, obispo, y Floriano, mr.
- 18 V. *Témp. y ay.*—Espect. de Ntra. Sra., y s. Teótimo.
- 19 S. *Témp. y ay.*—Stos. Nemesio y Ciriaco, mrs.
- 20 D. *IV de Adviento.*—Sto. Domingo de Silos.  
 ☾ *luna llena á las 12 y 36 m. de noche.*
- 21 L. Sto Tomás, apóstol. VERANO
- 22 M. Stos. Demetrio y Floro, mrs.
- 23 M. El beato Nicolás Factor, y sta. Victoria, v. y mr.
- 24 J. *Vigilia con ay. y abst.*—Stos. Gregorio y Luciano.
- 25 V. ✠ LA NATIVIDAD DE N. S. J. C.
- 26 S. S. Esteban, protomártir.
- 27 D. S. Juan, apóstol y evangelista.  
 ☽ *cuarto menguante á las 8 y 36 m. de la mañana.*
- 28 L. Los Santos Inocentes, stos. Teodoro y Castor.
- 29 M. Sto. Tomás Cant., ob. y m. y el sto. rey pfta. David.
- 30 M. Stos. Severo, Honorio y Donato, mrs.
- 31 J. S. Silvestre, papa, y stas. Paulina, Hilaria, mrs.

CUATRO ESBOZOS.



Primavera.



Verano.



Otono.

A mi Amigo.  
ISMAEL  
ARNEAS



Invierno.

Roman Mayorga Rivas.

## I

Ya rompe el sol las nieblas invernales  
y baña en luz la gran Naturaleza;  
y el río helado al fin se despereza,  
en perlas deshaciendo sus cristales.

La mano del Creador vierte á raudales  
sus fecundos tesoros de belleza,  
y ya de nuevo á germinar empieza  
la vida con sus glorias inmortales.

Al nacimiento hermoso de esta aurora,  
se estremece la tierra de alegría  
y entona un himno colosal, sin nombre;

Torna feliz el ave emigradora,  
y el amor, la esperanza y la poesía  
vuelven también al corazón del hombre.

## II

Natura fecundada, se doblega  
de sus frutos al peso, alegre, hermosa,  
y ebria de savia, ardiente y voluptuosa,  
del regio sol á la pasión se entrega.

Hay orgía de luz que casi ciega,  
y hondos misterios en la selva umbrosa,  
y la atmósfera, clara y bochornosa,  
sensual beleño hasta en las flores riega.

Gotea sangre la uva entre la parra;  
desgrana el viento á la dorada espiga,  
y el mar ruge magnífico y profundo;

La hiedra al olmo con placer se agarra,  
y Eva y Adán, bajo su sombra amiga,  
se rinden al amor, alma del mundo!

## III

De entre apiñadas nubes de oro y grana  
despide el sol sangrientos resplandores;  
y son más apagados los rumores  
de la tarde, del viento y la fontana.

Verde ayer la arboleda, hoy se engalana  
para morir, de múltiples colores,  
ostentando sus hojas como flores  
de variado matiz y pompa vana.

Parece que Natura, conmovida,  
copioso llanto de ternura vierte  
porque el Estío emprende la partida;

Y por doquiera el corazón advierte,  
cómo la exuberancia de la vida  
es el germen fecundo de la muerte!

## IV

Tras el nublado gris que apenas dora,  
muestra su faz el sol. El cierzo helado,  
como se queja, y vuela tan callado,  
alma en pena, creyérse, que llora.

La niebla se descuelga abrumadora;  
duerme la fuente en el desnudo prado;  
cubre al mundo un sudario, iluminado  
por un triste fulgor de extraña aurora.

Hay vida artificial en los salones,  
olvido afuera, y soledad, y frío,  
y una desolación como ninguna;

Cae la nieve en las tumbas á montones,  
y, lámpara de Dios en el vacío,  
la muerte alumbra pálida la luna...

ROMÁN MAYORGA RIVAS.

Wáshington.

## SIC SEMPER

Aparece un hombre de genio. Es bondadoso, fuerte, magnánimo; es útil para todos.

Como el alba las ondas del Océano, dora con los rayos de su ilustración las frentes de la multitud; aporta una idea al siglo que le espera, cumple su misión; trata de engrandecer los espíritus; de disminuir las miserias; desea el progreso, y es feliz si consigue que se piense algo más y se sufra algo menos.

¿Creéis que le van á coronar? Pues le silban. Escribas, sabios, retóricos, aristocracia, populacho, todos le silban á la vez con siniestra algarabía. Si es orador, le silban; si es poeta, todos exclaman en coro: — Es absurdo, falso, monstruoso; causa indignación!

El poeta, sin embargo, — mientras babea sus laureles, — de pie, cruzado de brazos, erguida la frente y serena la mirada, contempla tranquilamente el ideal y piensa. Y de vez en cuando sacude una antorcha que á sus pies y en lo obscuro, deslumbrando al odio, alumbra de repente el fondo del alma humana.

Para sus contemporáneos y para las generaciones vivientes va sembrando la gloria y recoge la afrenta. El progreso es el fin que persigue. El bien le sirve de brújula, y, piloto, se aísla en el puente del navío. Los marinos para domar los vientos y las corrientes ponen la proa hacia distintos puntos y para llegar al puerto dijérase que se desvían de él. El poeta hace lo mismo, y oye vituperios é imprecaciones. La ignorancia, que todo lo sabe, lo denuncia todo. Si se dirige hacia el norte, comete un error; si se dirige hacia el sur, se equivoca; si la tempestad le sale al paso... ¡cuántos se alegran! Bajo tan enorme peso dobla al fin la cabeza; van pasando los años y muere... Entonces la envidia, ese demonio vigilante, se le acerca, le reconoce, le cierra los ojos y cuida de clavarle las manos en el ataúd; se inclina, escucha para espiar si verdaderamente está muerto, y, enjugándose los llorosos ojos, exclama:

— ¡Era un grande hombre!

VICTOR HUGO.



EL ARTE EN AMÉRICA



EL GENIO DE COLÓN, MOSTRÁNDOLE EL CAMINO DE AMÉRICA

Grupo escultórico de la distinguida artista argentina doña Josefa Aguirre de Vassilicós

## Á AURORA RISSO PATRÓN

Tu carta recibí, niña hechicera,  
allá por Junio, en la estación más fría,  
y no la contesté porque debía  
escribirte al llegar la primavera.

Los poetas tenemos raras cosas,  
y yo, entre ellas, (y es caso de conciencia),  
gusto hablar con la límpida inocencia  
al entreabrirse las primeras rosas.

Dejo allá en el invierno los pesares,  
y entrego el corazón á los engaños  
cuando están con las almas de quince años  
hablando sin hablar los azahares.

Hoy mismo, á despertarme, ahijada mía,  
trayendo margaritas y verbenas,  
rojas como la sangre de tus venas,  
vino á mí la celeste Poesía.

Y evocó en su lenguaje tantos sueños  
de hermosura sin par, al darme flores,  
recordóme tan íntimos amores,  
que son por siempre de mi vida dueños,

Que he querido contártelos á solas,  
para que guarde tu inocente oído  
el de este corazón hondo latido,  
como es hondo, en la mar, el de las olas.

—«¿No la ves, no la ves?» díjome entonces,  
y me enseñó á mi madre, dulce y buena,  
con su cándida frente de azucena  
y su actitud como fundida en bronce.

Más allá, con estrépito festivo,  
en el paterno Paraná vogaban  
mis hermanas pequeñas, y embarcaban  
la flor del camalote y el seíbo.

Ya más cerca de mí, mi noble esposa,  
alta la frente, el corazón en calma,  
me envolvía en las luces de su alma  
con su tranquila majestad de diosa;

Y jugando en redor, el hijo mío,  
Carlos, risueño, charlatán, nervioso,  
se arrojaba en sus brazos bullicioso,  
como se arroja el arroyuelo al río.

¡Cuadro de amor, inenarrable y santo,

que me pintó la excelsa Poesía,  
y que es verdad, verdad, ahijada mía,  
en este mundo en que mentimos tanto.

Después la misma diosa, sonriendo,  
como suele reír si se encariña,  
me habló, Aurora, de tí cuando eras niña,  
de tal manera que te voy siguiendo

Allá por mis barrancas, donde ufanos,  
por tus débiles plantas mal seguidos,  
llorosa en tu impotencia, tras los nidos  
despeñábanse al vuelo tus hermanos.

Adolescente ahora y hechicera,  
te damos los de ayer la bienvenida,  
y alzado como pórtico á tu vida  
tiende su arco triunfal la primavera.

Tu padrino, mi ahijada, en vivo anhelo,  
te desea por hoy cintas y moños,  
mañana verte esposa, y, si hay retoños,  
que á la patria los des, los des al cielo;

Y al bendecir tu juventud lozana,  
ruega al Dios que á los buenos ilumina,  
que corone tus sienes de argentina  
el esplendor de la mujer cristiana.

Como estas flores, de que tengo llenas  
las manos, son muy tuyas, hija mía,  
á nombre de la dulce Poesía  
te entrego margaritas y verbenas.

RAFAEL OBLIGADO.

## COMO LA ESPUMA

Sobre la öla embravecida y fiera  
tranquila va la espuma,  
como va sobre mi alma tu memoria  
de mi existencia en la agitada lucha.  
Debajo, los horrores del abismo;  
encima, la alba espuma:  
en mi pecho el enojo y la soberbia,  
en mi mente tu imagen dulce y pura.  
¡Oh! ¡no te desvanezcas, sombra amada,  
como ligera espuma;  
si se rompe la ola en el peñasco,  
que al volver al abismo tú la cubras!

V. BECERRA.

## ASPIRACIONES ARISTOCRÁTICAS



— El vizconde del Pinar...  
 ¡quién le pudiera atrapar!  
 pero á mi afán no responde...  
 — ¡Cómo! ¿te basta un vizconde?  
 yo quisiera ser de un *Par*.

## EPIGRAMA

Escéptico siempre fué,  
 ¿y se hizo escribano Anglada?  
 pues, francamente, no sé  
 cómo ha de dar fe de nada,  
 quien en nada tiene fe.

## PRIMEROS VERSOS

AL POETA CASIMIRO PRIETO

«Aquella casa me parecía un templo. Con la profunda devoción del creyente, me deslicé por el zaguán estrecho, y al encontrarme en el ancho patio de baldosas, frente á una puerta pintada de verde, sobre cuyo dintel se leía «Redacción,» sentí que me temblaban las piernas, que el corazón me latía fuertemente y que, á pesar de todas mis resoluciones, me entraban deseos irresistibles de volver á la calle y abandonar la empresa.

»Detúveme un rato para respirar, y después, como obedeciendo á un movimiento reflejo, llamé con las manos. Acudió el sirviente, un gallego de cara asombrada, ancho de hombros, de figura tosca; uno de esos individuos nacidos para los rudos trabajos de la tierra, á quienes el hambre arroja á extraños centros, y que parecen hallarse en ellos siempre fuera de quicio.

»—¿El señor Velázquez? pregunté.

»—Pase usted, contestóme el gallego, y tendiendo la mano vellosa hacia la puerta abrió ésta con un golpe rudo y me hizo seña de que entrara.

»Obedecí, y me hallé de pronto en un pequeño despacho, en cuyas paredes, empapeladas con un papel claro, de dibujos caprichosos, dormían, suspendidos de un clavo, multitud de periódicos.

»Una mesa-escritorio, llena de papeles y libros; una pequeña biblioteca, dos sillones de cuero y media docena de sillas, formaban todo el mueblaje. Delante de la mesa, inclinado sobre ella en actitud de escribir, la pluma en una mano y en la otra el cigarrillo, se hallaba don Justo Velázquez, el conocido literato, recién llegado de España, y redactor de *El Marcos de Obregón*, periódico satírico-literario.

»Al verme, levantó su enorme cabeza calva, fijó en mí sus grandes ojos negros y pensativos, inclinóse ligeramente, y después de colocar la pluma junto al tintero, se pasó la mano por la barba blanca y se puso en actitud de escucharme.

»—Señor, le dije con voz trémula, que en vano trataba de parecer tranquila, sé que usted es amigo de la juventud, que protege sus aspiraciones, y vengo á traerle unos versos por si le parecen dignos de publicarse.

»—¿Versos?... Ya sabe usted que esas cosas no se leen; pero déjemelos; necesito verlos despacio, y ahora estoy muy atareado.

»—¿Y podría saber la contestación?

»—Pase mañana y la tendrá usted.

»Al decirme esto, se levantó de su asiento, me tendió la mano, y como comprendí que, aunque cortésmente, se me despedía, le saludé y salí dando tropezones. Las lágrimas parecían querer desbordar de mis ojos. No era ese el recibimiento que había imaginado, la recompensa de mis largas horas de labor, de mis noches pasadas en vela, buscando consonantes y puliendo la frase rebelde, que al fin, sumisa, se prestaba á guardar los sentimientos más íntimos de mi corazón, ó por lo menos, los que entonces me parecían tales.

»Los que nunca han sentido el martirio de la producción, ese dolor de la maternidad cerebral que ha desesperado á tantos, á Baudelaire y á Flaubert, arrastrándolos hasta la locura, no podrán tampoco comprender nunca el amor de la obra propia, de ese hijo que, perfecto ó deforme, lleva siempre en sí lo mejor de nosotros mismos.

\* \* \*

»Todo ese día, toda la noche que le siguió, no tuve más preocupación que la de imaginar cuáles serían los resultados de mi visita; y cuando, á la mañana siguiente, abandoné el lecho, un fuerte dolor de cabeza parecía punzarme el cráneo.

»Las horas no marchaban para mí. El reloj, que consultaba á cada minuto, parecía tener agujas inmóviles.

»Sin embargo, el momento esperado llegó, como llegan

todas las cosas. Volví á la redacción, donde don Justo, con una sonrisa amable, que me presagiaba mucho de bueno, me hizo sentar á su lado.

»—He leído sus versos, me dijo. Hay cualidades allí que, bien dirigidas, pueden dar algún día sus frutos. Publicaré, pues, sus versos; pero antes hay que cambiar el título, demasiado vago, y corregir algunas cosas.

»Los tales versos se titulaban *Vacío*; eran, como los de todo principiante, del género amatorio; y como no hay por qué recordarlos, diré solamente que cantaba en ellos mi primer desengaño.

»Seguí las indicaciones de don Justo, y me retiré, no ya como la primera vez, triste y cabizbajo, sino feliz, orgulloso, lleno de ese contento irresistible, que, á no contenerse, desbordaría en gritos, abrazos y otras mil manifestaciones tan peligrosas como ellas para el prójimo, víctima siempre en semejantes circunstancias.

»Cuando me ví en la calle, me pareció que todas las caras sonreían, que el sol brillaba con más fuerza, que había más calor en el aire y más profundidad en el cielo.

»El mundo acababa de sufrir para mí profundas transformaciones; y de allá, del fondo de mi alma, surgía algo así como perfumes de primavera y cantos de aves.

\* \* \*

»Pocos días después *El Marcos de Obregón* daba á luz mis versos. ¡Con qué placer tomé ese número y cuántas veces leí las líneas desiguales que encerraban mi trabajo! Éste, con su nueva vestidura, bajo la esmerada forma tipográfica, no parecía el mismo; creo que hasta me asombré de mi producción y la admiré como si fuera de persona extraña.

»Compré varios números del periódico y me puse á vagar por las calles más frecuentadas de la ciudad.

»Un fenómeno extraño se producía en mí: todos me miraban, y cuando, conversando, pasaba algún grupo, creía que se pronunciaba mi nombre; si alguno me fijaba los ojos, era que había adivinado en mi persona al autor de los versos.

»Cuando divisaba algún amigo, me dirigía hacia él con fingido aire de indiferencia, en espera de calurosas felicitaciones. Si éstas no llegaban, ó porque aquél no había leído el periódico ó porque no las juzgaba oportunas, mi vanidad de autor se sentía profundamente herida, y, al retirarme, me dejaba de murmurar entre dientes:—;Ignorante!

»En casa la cosa pasó de otro modo. Leí en la mesa mis versos, y á su lectura, mi madre, que ya me juzgaba un portento, sentía llenársele de lágrimas los ojos; mis hermanos sonreían; y mi padre, aunque íntimamente halagado por mi triunfo y los plácemes que también le cupieron, hacía lo posible para conservar una actitud digna y severa. Concluida la lectura, el periódico volvía á circular de mano en mano hasta llegar á la de mi padre, que rechazándolo, me decía:

»—Ocúpate en estudiar y no pierdas así tu tiempo.

»Yo callaba, pero en el fondo de mi ser sucedían cosas extrañas; sentía algo como una ola que subía hasta mi garganta; mis ojos se cerraban con delicia, y mi imaginación aguijoneada por el vino, soñaba con futuras apoteosis...

\* \* \*

»Después de estos versos, muchos otros llevo escritos y publicados; pero esa impresión primera, que dió á mis labios el sabor de la gloria, no se ha reproducido, no se reproducirá acaso nunca.

»Y lo siento, porque es con esas sensaciones con las que el hombre construye su endeble felicidad, y cuando ya no se perciben, la vida vale poco.»

\* \* \*

Al concluir la historia de sus primeros versos, nuestro amigo Julio se levantó de la mesa, dirigióse al sofá, recostóse en él, y después de encender un cigarrillo y lanzar una gran bocanada de humo, cerró los ojos y se quedó dormido, saboreando quizás en sueños su primero y único triunfo.

DOMINGO D. MARTINTO.

Buenos Aires, 1894.





## VERSOS DE MECEDORA (1)

### Á UNA LIMEÑA

Yo me figuro á Lima tendida en una hamaca  
tramada con las sedas de túnica sutil,  
y en esa red del sueño, bellísima destaca  
sus formas, una diosa de cuello de marfil.

Es esa diosa Lima, que entre sus siestas de oro  
duerme en la urdimbre bella su casto ensueño azul,  
tiene una voz de timbre gratísimo y sonoro  
y amor de sus pestañas tras el sedoso tul.

Entre las manos lánguidas sostiene un libro abierto  
del cual lee una estrofa para pensar después,  
hay en sus ojos vagas perezas del desierto  
y dos almendras de oro parecen sus dos pies.

En alambreras áureas aves extrañas presas,  
miran el ritmo blando del dulce mecedor,  
y abren sus alas vivas en las que van impresas  
las tintas que en las plumas sinfonizó el color.

Es esa diosa culta, suavísima, indolente;  
adora á los poetas, que son seres de luz;  
tiene el reposo griego de un mármol en la frente,  
y en el hablar la gracia del ámbito andaluz.

Que eres tú esa belleza, limeña, que me inspira,  
pienso, cuando contemplo tu risa y tu bondad;  
¡y en una red tramada con cuerdas de mi lira  
meciéndote estaría por una eternidad!

SALVADOR RUEDA.

Madrid.

(1) Composición dedicada á la bella é inteligente señorita Angélica  
Palma, hija del eminente autor de las *Tradiciones Peruanas*.

## TOQUE DE ALBA

¡Despertad! ¡despertad! una voz clama:  
y en tanto, viento, que cantando llevas  
soplos de vida á la enfermiza dama,  
un olor capitoso á flores nuevas  
por el cálido ambiente se derrama.

Clava el rey Febo sus saetas de oro  
en las crestas del monte, y reposado  
rumia el robusto y corpulento toro,  
mientras que el ágil potro por el prado  
salta y afina su clarín sonoro.

Bajo las altas y floridas frondas  
raudo rueda el arroyo, en cuyas linfas  
mojan sus largas cabelleras blondas,  
entre risas y estrépitos, las ninfas  
de curvaturas amplias y redondas.

Y por la verde y húmeda sabana  
cruza cantando la zagala airosa,  
mientras tocan los pájaros su diana,  
y en su lecho de mimbres, voluptuosa,  
duerme la joven musa americana.

ADOLFO GARCÍA.

Panamá.



## MI DÉCIMA MUSA

Es mi décima musa la esplendente,  
la feraz primavera perfumada.  
Oigo su plácido idilio en la cascada  
y una ronca epopeya en el torrente.

Boca de fuego pura y sonriente  
es para mí la flor de la granada:  
verde nido de amor toda enramada,  
cielo azul el cristal de toda fuente.

Y al blando arrullo de la brisa leda,  
sueño con la feliz reja moruna,  
el dulce beso en la floresta umbrosa,

la Alhambra, las escalas de oro y seda,  
y el callado jardín lleno de luna,  
donde suspira una mujer hermosa.

MANUEL REINA.

## UNA FORTALEZA



— ¿*Fortaleza* la virtud  
de quien, sin sentir bochorno,  
permite que de ella en torno  
se agite la juventud?  
— Aunque pienses lo que quieras,  
*fortaleza* debe ser  
mujer que se deja ver  
tan rodeada de *troneras*.



## EPIGRAMA

—  
¿Que es un talento Vicente?  
no me explico, francamente,  
por qué, no viniendo á cuento,  
se emplea la voz *talento*,  
para designar *tal ente*.

## LA APUESTA

### I

Un día, el viejo monarca de los Gnomos me dijo:

—Pagado estás, ¡oh, poeta! del carmín que bulle en los labios de tu amada; mas, si quieres hacer una apuesta, te convencerás de que un rubí de mi corona humillaría el rojo de ese carmín.

—¿Y qué apostaríamos, señor?

—Mi espada de combate que ostenta por empuñadura un solo diamante, extraído de mis dominios de Golconda; mi lecho de amores donde recibo á la Luna, tallado en una amatista, y mi carro de topacio, que en irradiaciones vence al sol.

—¿Y cuál de mis tesoros exiges ¡oh poderoso monarca! para compensar el valor de tu apuesta? ¿Quieres el velo impalpable de mi musa; ó bien, el ritmo arrullador de mis estrofas que hace palpitar de amor el corazón de las vírgenes; ó la copa de oro en que los sueños me escancian la bebida inmortal que ahuyenta la tristeza?

—No, poeta, guárdate esas miserias indignas de mi cetro y mi corona. Yo tengo por velo el manto de la tierra cuajado de pedrerías; por estrofa, el ritmo atronador de los torrentes, y son los volcanes mi inmensa copa, donde bebo el licor de llamas que enciende mi sangre y ahuyenta mis tristezas. Quiero...

—¡Habla! cualquiera que sea el tesoro que me exijas, queda aceptada la apuesta.

—Pues... tu amada misma.

—Mucho pides, señor, y no alcanzarían las riquezas todas de tus arcas subterráneas á compensar el más leve átomo del tesoro que me exiges; pero, la apuesta está hecha.

## II

¡Ay! Era muy hermoso aquel rubí formado de gotas de sangre, arrancadas á la frente del infeliz obrero por el trabajo abrumador de las minas. Y razón tenía el viejo monarca de los Gnomos para mostrarse tan orgulloso de la roja, brillante luz que irradiaban las mil facetas de la preciosa piedra.

¿Fué la timidez, la emoción de la apuesta, ó fué el amor? No lo sé. ¡Ay! lo cierto era que mi amada aquel día estaba temblorosa y pálida como nunca, y que sus labios, en vez de flor de granado, parecían pétalos de magnolia. Perdida estaba para siempre, y en vano la infeliz se debatía llorosa y suplicante. El viejo Gnomo la reclamaba con acento que su repugnante pasión hacía más odioso.

Trastornado de rabia é impotencia, me arrojé á ella, y en un beso de amor supremo le expresé mi infinito dolor y mis angustias infinitas.

Y el viejo Gnomo prorrumpió en un grito, grito horrible de desesperación y cólera, y huyó despavorido á su caverna.

Mi beso nos había salvado, caldeando con su fuego los labios de mi amada, que aparecieron más que nunca rojos y lucientes!

FABIO F. FIALLO.

Santo Domingo, 1895.

---

## ROSAS Y ABROJOS

---

— ¡Qué noche aquella! en los rojos  
labios de Flérída oí  
la palabra *¡tuya!* y ví  
llamas de amor en sus ojos.

Rosas ayer... ¡hoy abrojos!  
no hay pena como la mía...

— ¿Acaso la infiel mentía?  
¿fué su amor vano capricho?

— ¡No, no es eso!... ¡es que me ha dicho  
que me quiere todavía!

CASIMIRO PRIETO.



## RITMOS

(PARA EL ÁLBUM DE VIRGINIA AMBROGI)

Una noche feliz, en que la luna,  
 toda envuelta en la túnica opalina  
 de vaporosa nube,  
 por el azul purísimo ascendía,  
 cual virgen desposada  
 que pudibunda, tímida,  
 al misterioso lecho  
 de la nupcial alcoba se encamina,  
 en el jardín, que al soplo fecundante  
 de Mayo, florecía,  
 posado en la corola de una rosa,  
 cuyos pétalos rojos se entreabrían,  
 cual labios de mujer adolescente,  
 al aura de la risa,  
 Puck, mi amigo Puck, el duendecillo  
 vagabundo y travieso, me decía:

«Queda cumplido tu deseo, he visto

á la adorable niña,  
 que del país lejano  
 en que dichosa habita  
 para su álbum, precioso florilegio,  
 una flor de tu musa sollicita.  
 Asomada esta tarde en la ventana  
 miraba, pensativa,  
 el sol, que desde ocaso,  
 como mágico artista,  
 por el azul profundo derramaba  
 de su paleta las rojizas tintas.  
 Yo, oculto en el alero,  
 absorto la veía.  
 ¡Qué hermosa estaba la gentil doncella,  
 la virgen pensativa,  
 con su níveo corpiño, que escorzaba  
 sus formas exquisitas;  
 con su sedaña cabellera obscura  
 sobre la airosa espalda descogida:  
 con su edénica boca,  
 al beso ardiente del amor propicia;  
 con su cutis moreno y transparente  
 como la tenue sombra vespertina,  
 y con sus ojos negros,  
 do irradian las pupilas  
 cual dos vívidos astros desde el fondo  
 del cielo en noche lóbrega y tranquilo!  
 Todo en ella es hechizo subyugante.  
 Te juro, á fe de Puck, que no es más linda  
 la esposa de Oberón, ni más hermosa  
 la blanca, rubia y triunfadora Cipria.»  
 Calló Puck; de la rosa dirigióse  
 á un boscaje de lilas;  
 mientras que yo, meditabundo, triste,  
 y con la mente fija,  
 al través de la niebla del ensueño,  
 en vagas, ideales lejanías,  
 quedé envidiando al vagabundo duende,  
 que en el país que habitas,  
 una tarde te viera en la ventana  
 mirando, pensativa,  
 el sol, que desde ocaso,  
 como mágico artista,  
 por el azul profundo derramaba  
 de su paleta las rojizas tintas.

DARÍO HERRERA.

Panamá.





## Ricardo Gutiérrez

Mi viejo amigo Casimiro Prieto me pide unas líneas para acompañar el retrato de Ricardo Gutiérrez. No se trata, por lo tanto, de un trabajo crítico, porque si hay algún hombre en tierra argentina que sea absolutamente incapaz de criticar á Ricardo Gutiérrez, es el que esto escribe. No he tenido con el poeta, desde que abrí los ojos del espíritu, sino relaciones de admiración y cariño; y quiero, al cerrarlos sobre la escena del mundo, llevar su recuerdo en el alma, por si

ésta, como lo afirman gentes de peso, con tan buenas razones como otras lo niegan, sigue su peregrinación por nuevas y desconocidas regiones. Porque si, en efecto, algo de nosotros sobrevive, creo que *allá* será más grato recordar que sobre esta gota de barro perdida en el vacío, amamos las artes, la poesía y los nobles caracteres, que memorar con tristeza los ásperos afanes en que se consumió nuestra actividad, en míseros postulados de riqueza y poderío.

Creo que la primera música de palabras que acarició mi oído, el primer pensamiento que en alas del ritmo llegó á mi inteligencia, fueron los sonoros, llenos y viriles versos de Ricardo Gutiérrez. Sus «lágrimas,» quejidos intensos sobre las desventuras humanas, gritos de infinito amor para los desheredados de la tierra, herían mi imaginación en su severa forma bíblica, iracundos á veces como salmos, amargos y llenos de desesperanza como una lamentación.

Más tarde, el corazón del poeta se engrandeció, y conservando toda su simpatía por los dolores de la raza, cantó también lo que la ennoblece, lo que la enaltecerá por los siglos de los siglos, si alguna vez la conciencia universal alcanza á conocer y á juzgar las ínfimas existencias planetarias, esto es, el heroísmo, la abnegación, la caridad. Nadie como él, en ninguna lengua, ha levantado más arriba, en el mundo moral, la figura del misionero, y pocos han tenido acentos más generosos para el que da la vida por un amor sagrado ó por una idea sublime.

Su lira tiene pocas cuerdas, lo sé; es, entre los argentinos, el poeta subjetivo por excelencia. Mira al mundo al través de su alma y sólo refleja la impresión que le produce. Por lo demás, no concibo ni he podido concebir nunca la poesía de otra manera. Fuera de nosotros, nada hay en el universo; si él existe, es porque le sentimos existir, y las condiciones generales de su modalidad no se caracterizan sino por nuestro modo de percibir las. La naturaleza, en sus múltiples aspectos; el mundo moral, más hondo y variable que el Océano; las ideas madres, como las llamaría Goethe, la especulación, la esperanza, la duda y la fe, todo viene al fin á concentrarse

en el alma del hombre. Es cuando esa alma es luminosa y sonora, que atrae, llama y seduce á las almas opacas que sufren en la sombra y el silencio y que escuchan la voz de oro, con el vago instinto de que el verso del poeta es el quejido de la raza entera...

Después de aquella gloriosa generación que nos legó una patria libre é independiente y cuyos altos representantes murieron casi todos en el destierro ó la miseria; después de la que la sucedió en el orden intelectual, de ese espléndido núcleo al que pertenecieron Sarmiento, López, Echevarría, Gutiérrez, Vélez, Frías y tantos otros, se coloca naturalmente la generación de que forma parte Ricardo Gutiérrez y en cuyas filas mirábamos con orgullo á hombres como Goyena, Estrada, Andrade, Encina, Gallo, desaparecidos en pleno vigor y en plena esperanza y de la que aún nos quedan hombres del valor de Pellegrini y del Valle. ¿Por qué Ricardo Gutiérrez, entre las mil sendas abiertas á su actividad, eligió, al salir del claustro universitario, la ciencia médica? Vago instinto de su alma que le empujó á la sola profesión en que el ideal puede coexistir con la realidad; fué más lejos aún y se encerró, como en un círculo de oro, en la más noble de las especialidades humanas, aquella en que la ciencia es nada si el corazón no la ilumina: Ricardo fué el médico de los niños. Concluída su carrera fuése á Europa ávido de saber, y sólo volvió cuando tuvo conciencia de sí mismo. Ante su palabra, su ejemplo, su abnegación, la caridad hizo un milagro, y hoy el hospital de niños de Buenos Aires es un título de honor para nuestra tierra.

Así, entre la admiración de todos los espíritus y la bendición de todas las madres, corre su vida silenciosa y augusta. Los que le amamos, le vemos rara vez; pero en los duros momentos de la vorágine que nos arrastra, más de una pensamos en la serena existencia del poeta, tan alta y noble en su doble aspecto, que no parece una vida humana.

MIGUEL CANÉ.

Julio de 1895.

## LA ORACIÓN

Oye la voz con que á los cielos llama  
el universo que en la tarde gime,  
y alza al Creador sublime  
la oración que en tu labio se derrama:  
siente la estrofa que la mar murmura,  
contempla el sol que su corona humilla,  
oh mortal criatura,  
y dobla sobre el polvo la rodilla!

Madre Naturaleza,  
¡cómo se temple enternecida el alma  
en tu hora de calma  
al eco universal de tu tristeza!  
¡Cómo en el hondo anhelo  
que el inmortal espíritu remueve  
en tu misterio la esperanza bebe  
la majestad que le sublima al cielo!

Todo en la tarde á la oración levanta,  
todo en el alma universal se anida,  
y la creación en éxtasis caída  
como arpa eólea su plegaria canta!

Rueda la mar sus gigantescas olas  
con manso y perezoso movimiento  
hasta el desierto de las playas solas  
donde dormita el viento:  
el último crepúsculo que baña  
con el color de fúnebre desmayo  
la inmensidad del infinito ambiente,  
apaga el tornasol de la montaña  
que levanta la frente  
para mirar el rayo, último rayo,  
del sol que se derrumba al occidente!

El desierto sereno  
tiembla al paso del bruto, que se abriga  
entre la selva amiga,  
de extraño afán y mansedumbre lleno:  
el bosque bullicioso  
repliega en el silencio su follaje  
sobre el ave salvaje  
y el pájaro medroso;  
y como un alma tímida y errante  
la sombra sale que en la selva espía

el último crepúsculo del día  
para tender su ala vacilante.

¡Soledad, soledad! sobre tu mundo  
cruza veloz la brisa pasajera,  
leve como el aliento estremecido  
que arranca el estertor al moribundo:  
parece que dijera  
«¡silencio!» á la creación con su gemido.  
Entonces en la bóveda azulada  
abre como las flores el lucero  
y allá, sobre su límpida mirada,  
en el zenit del orbe,  
vaga armonía suena  
que el espíritu absorbe  
y con sublime adoración le llena!

Alza la frente que la angustia vana  
abisma en el infierno de tu duelo,  
oh criatura humana,  
y oye ese canto que te llama al cielo!

¡Oh tarde majestuosa,  
cómo muestras á Dios en tu grandeza,  
cómo brota la vida misteriosa  
bajo tu aliento de inmortal tristeza!

En el eco lejano  
habla una voz que al corazón halaga  
como la voz del padre y del hermano,  
y en el suspiro de la brisa vaga  
que entre el cabello de la frente anida  
su secreto murmullo,  
¡oh! de la madre el cariñoso arrullo  
parece hablar al alma conmovida!

Sobre la cuenca lóbrega retumba  
el salvaje alarido del torrente  
que cuelga en la pendiente  
y al antro pavoroso se derrumba,  
brama y se precipita,  
su golpe tiembla en el abismo hueco,  
y horrorizado el eco  
se asoma á las vorágines y grita!

La hoja que se mueve  
hace temblar el corazón con ella;  
parece el rumor leve  
de una sombra evocada,  
y en la luz temblorosa de la estrella  
hay alguien que nos manda una mirada.

Hay una planta que se tuerce y gime  
 y la piedad invoca  
 bajo el pie cauteloso que la oprime:  
 hay una rama que al pasar nos toca,  
 una tímida rama:  
 hay una flor que se abre con delicia  
 y su lluvia de pétalos derrama  
 bajo el ojo mortal que la acaricia:  
 en las quimeras de la errante sombra  
 se borra y se diseña  
 una pálida mano que hace seña  
 y un labio sonriente que nos nombra...  
 Sobre el mundo desierto  
 la soledad como un fantasma mira  
 y resucita y se estremece y gira  
 la vida de lo muerto!

¡Oh mortal criatura!  
 ¿no siente á Dios la esencia de tu vida?  
 Es que en el alma universal fundida  
 aspira á Él tu alma con tristeza;  
 es que la majestad de la grandeza  
 el corazón inunda de ternura!

¡Oh tarde, tarde bella,  
 que vuelcas sobre el mundo el firmamento  
 en el fulgor de tu primer estrella,  
 tú me templas el alma solitaria:  
 siento en su seno una armonía, siento  
 como un ángel que llora!...

¡Oh Dios! es la plegaria  
 con que en la tarde la Creación te adora!

RICARDO GUTIÉRREZ.

Buenos Aires.

— — — — —

## EPIGRAMA

— ¿Te acuerdas, esposa amada,  
 de aquellos versos de amores  
 que improvisé en la enramada,  
 y que escuchaste, abrasada  
 la tez en castos rubores?  
 Aunque me infundía aliento  
 tu mirada angelical,  
 ¡cómo temblaba mi acento  
 al leerte mi madrigal!...  
 — ¡Y cómo *silbaba* el viento!



EL ÚLTIMO MATE

Copia de un cuadro del reputado pintor español don Vicente Nicolau Cotanda

## EL ÚLTIMO MATE

Cae la tarde, y en esa hora triste y poética, cuando el sol lanza sus postreros rayos y se esconde tras pequeña loma, enrojeciendo el tranquilo horizonte, en el que las negras siluetas de los animales se destacan vigorosamente, un silencio melancólico envuelve la inmensa pampa, bañada ya por las primeras tintas del crepúsculo, que acalla sus ruidos y vela poco á poco la luz que alegra el inmenso prado.

Allá lejos... muy lejos, perdido en la vasta llanura, se distingue el frondoso *ombú*, el solitario de nuestras pampas, cubriendo con su tupido ramaje el modesto *rancho*, y también allá lejos, en esa hora en que las sombras avanzan lentamente, se acrecienta el ambiente poético que envuelve el rústico albergue con las melancólicas armonías de una guitarra que hace gemir el enamorado *gaucho*, acompañando la triste *décima* que canta cariños del alma á la *china* hermosa, la cual escucha arrobada, mientras sus pupilas brillan al calor de tanto sentimiento...

Los cantares son querellas de amor que la linda criolla interrumpe invitando al rendido galán con sabrosos *mates*, y así, entre *estilos* y dulces coloquios, se desarrolla el idilio, mientras las primeras sombras de la noche empiezan á condensarse.

Entonces (y este es el momento que el distinguido pintor Nicolau Cotanda ha escogido para su bello cuadro, tratándolo de un modo admirable, con mucha verdad y saturándolo con esa extraña poesía que emana de nuestras pampas), entonces, repito, el gaucho, con paso tardío, se dirige al *palenque* donde ató su *flete*, y acariciándolo, lo monta con sin igual donaire; hasta allí le acompaña la *china*, ofreciéndole el último *mate*, y mientras él, entre sorbo y sorbo, la contempla amoroso, ella, irguiendo su flexible talle, que serpentea entre los pliegues del vestido, le abrasa con el fuego de sus negros ojos...

TOMÁS OTAEGUI.

Buenos Aires, Julio de 1895.





**Dr. D. Antonio Arienza y Medrano**

DISTINGUIDO LITERATO ESPAÑOL



## BOEDROMION

A Y. M. LUCHICHI

¿Gemís?—¿No hallaron entre rojas piras  
 á través de las bárbaras saetas  
 claros laureles vuestras justas iras?  
 Coronados de adelfas los poetas  
 cantan fausto loor, digno de liras  
 hechas á celebrar triunfos de atletas!

La griega sangre que purpura el suelo  
 por la lucha convulso y escarbado,  
 es propicia á la patria y grata al cielo.  
 ¡Gloria eterna al que ardiente y arrojado  
 se adelanta en la lid con noble anhelo  
 y en la primera fila es inmolado!

Por el que torna invicto, satisfecho  
al dulce hogar, la admiración curiosa  
sale á la puerta y se encarama al techo;  
y bajo el casto peplo de la hermosa  
virgen, el puro y culminante pecho  
hincha y erige su botón de rosa!

Cejar, descolorida la mejilla,  
turbia la vista y erizado el vello,  
en la pugna viril, es gran mancilla.  
¡Indeleble baldón pone vil sello  
al que, cual manso buey, tiende y humilla  
al tiránico yugo el dócil cuello!

El que al abrigo de cerrado muro  
se quede atrás cuando la hueste fiera  
parta en bélico alarde al trance duro;  
y el que, sensual ó tímido, prefiera  
al riesgo heróico el bienestar seguro,  
¡viva de oprobio y de vergüenza muera!

¡No os lamentéis!—La combatida nave  
«echa al airado mar todo un tesoro»  
para salvarse en la tormenta grave.  
¡Corred al templo en jubiloso coro,  
y dejad sobre el dórico arquitrabe,  
en honra al dios, las éjidas de oro!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

Méjico.

## DE SANGRE AZUL

—En noble cuna nací  
¿y eterna pasión me jura  
un... plebeyo? ¡qué locura  
querer subir hasta mí!  
¡Aún no sé cómo le oí  
hablarme con tal ardor!  
No es para galanteador  
de su obscuro nacimiento,  
tan *alta dama*...

—Pues siento  
que no tenga usted *ascensor*.

CASIMIRO PRIETO.

## EL DUELO

No matarás. — (*El Decálogo*).

El pueblo hebreo se impuso á sí mismo este santo precepto, en nombre de Dios. Fué el único pueblo, en lo antiguo, que se elevara á tan alto nivel moral; su voz aún perdura en la conciencia humana, pero la sangre de Abel clama al cielo todavía.

En presencia de la civilización altísima que la humanidad ha alcanzado, sorprende que este resto de barbarie y de brutalidad primitiva mantenga sus raíces con tanto vigor en las costumbres, al punto de ser considerado como *dogma de honra*. Los griegos gentiles reconocían tanta belleza en la persona humana, que para no alterarla, ejecutaban á los condenados por la justicia con una copa de cicuta; y los estoicos romanos, por igual concepto, se picaban las venas en un baño tibio. Nosotros, los cristianos, á pesar de nuestras creencias elevadas y á pesar de pensar, con el Apóstol de las gentes, que el verdadero templo de Dios es el hombre, nos abrimos el cráneo ó las entrañas de un tajo ó de un balazo, creyendo en esto cumplir con Dios, con la sociedad y con nosotros. — ¡Triple necedad! — ¿Cómo podemos cumplir con Dios, si arrebatamos la vida de sus hijos, á Él, padre, y le quitamos el derecho de juzgar, á Él, juez? ¿Cómo podemos cumplir con la sociedad, si destruimos sus miembros, si atacamos sus intereses y sumimos en el infortunio á familias enteras? ¿Cómo podemos cumplir con nosotros, si nos manchamos con sangre y nos ponemos con nuestra propia mano el estigma oprobioso de *fratricida*?

Fuerza es pensar que esta bárbara preocupación descansa en un concepto también bárbaro.

En los antiguos tenía su disculpa esta costumbre por lo elevado de la idea que á ello presidía. Se creía que el duelo era un *juicio de Dios*, cuyo fallo el mismo Dios lo daba. Pero

nosotros no pensamos así. Nuestra religión, nuestra ciencia y nuestros conocimientos no consagran este extravío de la razón humana. Nuestra religión nos dice: *Ama á tu prójimo como á tí mismo.* — ¿Y cómo podemos amarlo si lo destruimos? — Nuestra ciencia jurídica nos prescribe: *Fus suum cuique tribuere; alterum non lædere.* ¿Y cómo podemos reconocer su derecho y no dañarlo, si le matamos, si le quitamos la vida que tiene derecho á gozar y deber de conservar?

Hoy sabemos que el honor, que la gloria, que la verdad, que la moral están en no quebrantar las leyes divinas y santas de Dios. Como Juan Bautista Rousseau apostrofaba al suicida, también podemos hoy apostrofar al duelista, diciéndole con desprecio: «Filósofo de un día, fratricida, ¿dónde está tu hermano Abel?»

Un hombre ilustre, una honra viva de las letras argentinas que lloran las musas patrias, el doctor Lucio Vicente López, ha caído, en plena flor, al golpe de la barbarie de una preocupación social.

En presencia de este suceso lamentable y nefando, hagamos votos porque todo hombre quiebre sus armas como las quebró Emilio Girardin sobre el cadáver fresco de Armand Carrel.

FEDERICO TOBAL.

Buenos Aires, 1895.

## MADRIGAL

Todo tiende á su fin: el manso río  
va á sepultarse al piélago bravío;  
el rayo tiende al imantado acero;  
del rocío la gota cristalina  
al tierno corazón de una violeta  
ó al clavel hechicero;  
la inspiración divina  
á la ardorosa frente del poeta;  
el águila del cielo  
al nido tiende en la encumbrada roca;  
y el beso de mi amor, con blando vuelo,  
al nido tiende de tu dulce boca.

M. SÁNCHEZ PLSQUERA.

Caracas.



## AMORES DE LOCO

---

### I

Insensible á la lisonja  
que á las frívolas esponja  
y seduce con su acento,  
le dió por hacerse monja  
y se encerró en un convento.  
Llamábase Filomena,  
y era su hermosura tanta,

que aun en sus ratos de vena  
más de un poeta chirle canta  
su blanca tez de azucena;  
y sus cabellos, tesoro  
de hechizos, que por decoro  
soltaba su mano breve  
sobre sus hombros de nieve  
como regio manto de oro.  
Por sus ojos celestiales  
hubo lances personales  
y crismas hechas añicos,  
pues donde había dos chicos,  
resultaban dos rivales.  
Y sin conseguir jamás  
lauros de amores terrenos,  
quedaban, del lance tras,  
uno con un ojo menos  
y otro con un chirlo más.  
Al sentirse requebrada,  
la vista alzaba del suelo,  
y, del pecado espantada,  
su alma, puesta en su mirada,  
se refugiaba en el cielo.  
Y aunque al ver rigores tales  
fácil era hacer pronósticos,  
para las musas, fatales,  
¡qué lluvia de madrigales...  
y qué epidemia de acrósticos!  
Fué el estrago tan completo,  
que, según cuenta la fama,  
hubo lector indiscreto  
que tuvo que guardar cama  
de resultas de un soneto.

## II

Entre tanto adorador,  
hay un loco desdichado  
que, con sacrílego amor,  
ni olvida ni ha renunciado  
á la esposa del Señor.  
—Verá usted, me dijo un día,  
cómo Filomena es mía;  
logre yo hablarla, y después...  
le juro que antes de un mes  
la llevo á la vicaría.  
Ya casi la dicha toco

y mi júbilo no es poco...  
— Por lo que escucho, malicio  
que ha perdido usted el juicio,  
dije, riendo, al pobre loco.  
¿Cuándo unirse á ella podrá,  
si es de Dios y le ama tanto?  
Y el infeliz dijo:— ¡Bah!  
cuando enviude... que será  
el próximo Viernes Santo.

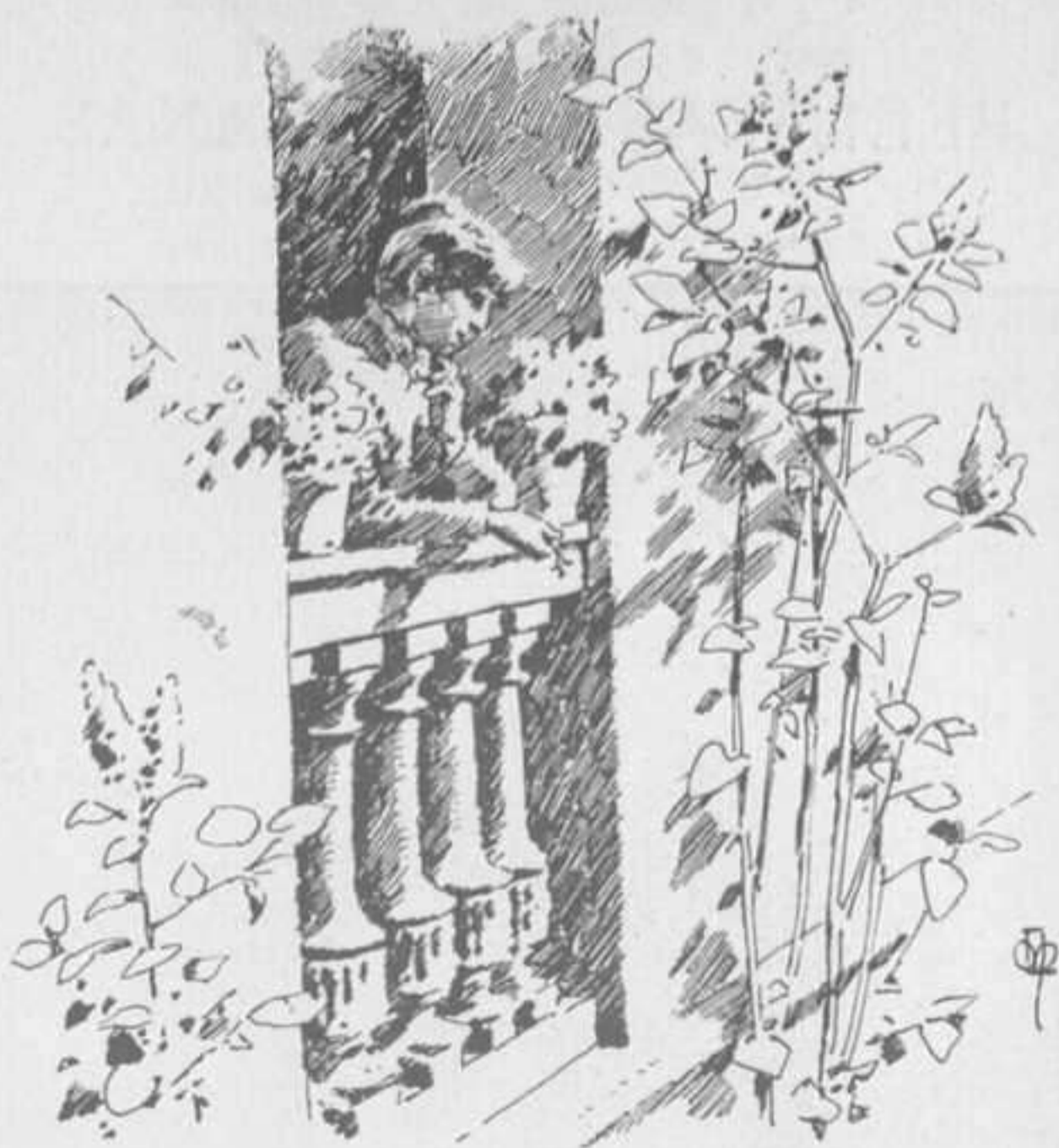
CASIMIRO PRIETO.





BELLEZAS AMERICANAS





## LA EGLANTINA

### I

Con sus diez y seis años, rubia, con sus sonrojadas mejillas, Clara es linda como una primavera al nacer. Se apoya de codos sobre la ventana baja de la casa de ladrillo, que se levanta aislada al borde del agua, entre las temblorosas ramas de lilas pobladas de pájaros y bañadas por el sol. No piensa, no sueña, no sigue con la mirada á la golondrina que vuela, que torna y que desaparece; no escucha la corriente del río que se desliza.

Está allí, sin saber por qué, vagamente feliz en una inconsciencia que sonríe. En la ventana y en medio del paisaje, sin darse cuenta, completa el cuadro, agregándole una gracia, un encanto, un esplendor más; ignora que es adorable y es necesaria al delicioso conjunto de la mañana de primavera, como la rosa ignora que se entreabre, como la brisa ignora que murmura. En aquel rincón de la naturaleza,

formado por el artista invisible que combina los efectos de las auroras y las puestas del sol, completa, sin que nada la impulse ni se lo advierta, la belleza misteriosa.

De repente, mientras está asomada á la ventana, el viento le arrebató de sus cabellos una pequeña eglantina rosada, á la que está atada una cinta; lleva la flor, la deja caer en el río y se sonríe de su travesura. La eglantina con la cinta, que deja tras sí una fina estela, sigue la corriente del agua, entre los inclinados sauces, y una pintada mariposa, posándose sobre ella en un continuo aleteo, parte para un largo viaje.

## II

Toda la noche, en una de las más pobres casas de la ciudad, un joven ha llorado, con los puños en las sienes, y



Jp

apoyados los codos en una pequeña mesa de madera en donde hay algunas cartas esparcidas.

La luz del alba que disipan las sombras del cielo no ahuyentan las tristezas de su corazón dolorido. El joven se levanta, va, viene, parándose á intervalos, ceñuda la frente, mordiéndose los labios. ¡Ella ya no le ama! Aquella encantadora niña, en quien él tenía cifradas todas sus alegrías, que le

hacía olvidar las miserias de la vida, ha partido para no volver más, ¡y ha partido con otro! — Después de tantas promesas tan llenas ¡ay! de ternuras; después de tantos besos embriagadores, jura á otro amor eterno y le ofrece sus labios humedecidos todavía por las recientes aventuras.

¡Oh, la infame! ¿Qué será ahora de él tan solo y sin esperanza? Las gentes ricas ó notables, que tienen los consuelos del lujo ó de la gloria, no deben sufrir tanto cuando los abandonan de repente aquellas á quienes adoraban.

Pero él, pobre, desconocido, sin amigos ni familia, ¿qué hará en las horas ociosas, y cuál será el mañana que le haga perder el amargo recuerdo del adorable ayer? Cuando piensa que no volverá á verla, que no la oirá, que todo ha concluído por completo, que nunca tornarán á resonar sus pasos en aquella pobre estancia, donde con ella penetraban las delicias y todas las sonrisas; cuando piensa que ella no se despertará ya por la mañana, entreabriendo los labios, como se entreabre la rosa, sobre la almohada de un angosto lecho, para siempre desierto, le asaltan los deseos de despedazar los muebles, de poner fuego á las cortinas y de morir bajo los escombros y las cenizas. Al menos no vivirá ni un instante más en la tan querida y odiosa estancia.

Empuja la puerta y sale atravesando la ciudad, todavía dormida. Mira las celosías cerradas. Golpea el suelo con el pie, se muerde los puños, se agita como el que huye. Llega á la orilla del río que, muy profundo, corre entre los inclinados sauces; pero ni el fresco rocío de la mañana, ni la alegría de las hierbas removidas por la corriente, ni el espacio iluminado por el sol, tranquilizan al pobre joven.

Medita por mucho tiempo con la vista fija en el agua. No puede separar sus miradas de la límpida superficie, plana como la losa de una tumba. ¡Morir! Este es el pensamiento que le asalta. ¡Sí, morir! Y ¿por qué no? — ¿Qué hará de la vida ahora?

Todos los hombres son malos, todas las mujeres son perversas. Toda dicha tiene por hermana gemela á la desilusión. No es cierto que existan ternuras eternas y lazos jamás rotos.

La felicidad que no ha de ser duradera, ¿vale la pena de ser deseada? ¡Para qué sonreír si habrá que llorar! ¡Ah! ¡Esa vida es espantosa, y cuánto mejor es la muerte! No cree ya en las tiernas palabras; detesta los apretones de manos bajo las enramadas de noche, maldice los besos de todos los labios. Ya no vacila: ¡morirá! Sí, allí, en las profundidades del agua, hallará eterno reposo, y el olvido de las traiciones y los recuerdos. ¡Cuán grato debe ser dormir sin malos sueños! Justamente la hora es propicia.

Está solo junto á la ribera. Se inclina después de un sacudimiento de hombros como despreciando la vida, se inclina una vez más; va á lanzarse en el cristalino río, acariciado por la luz en la verde tumba, iluminada por los rayos del sol. Pero ¿qué es aquello que ve allí, á flor de agua, cerca de él? Es una eglantina, á la cual se anuda una cinta rosada que deja fina estela, y sobre ella una mariposa que viaja en un continuo sacudimiento de alas.

### III

No se ha arrojado al agua. Ha cogido la flor á su paso, la flor y la cinta, y ahora se encamina á lo largo del río, mirando la eglantina con melancolía. ¿Por qué? No lo sabe; la contempla y á veces la besa.

¿De dónde puede venir esa flor? ¿De qué cabeza, de qué talle ha caído? A él le parece que ha estado allí expresamente para recordarle que la vida no es tan amarga, y que el hombre no debe, por razón de una picadura en el dedo ó en el corazón, dejarse abatir por las rosas ó por las mujeres. No se ha atrevido á morir en el agua por donde ella pasaba. Pero este enternecimiento dura poco. Rehusa la idea de vivir. La ira y las angustias le asaltan con más violencia. Aquella flor miente como las bocas. Y con un gesto que dice adiós á todas las miserias, á todos los perjurios, á todas las desesperaciones, se inclina de nuevo hacia el río. Está completamente resuelto. Ahora, nada le detiene. Va á lanzarse ya.

— ¡Ah, mi flor y mi cinta! dice una vocecita parecida á una nota lanzada por un pajarillo.

El joven retrocede, ve en la ventana baja de una casa de ladrillo, entre la espesura de grandes lilas, reclinada una niña linda como la primavera, con sus diez y seis años, rubia la cabeza, frescas y sonrosadas las mejillas.

— ¿Esta flor es vuestra, señorita?

Y porque al devolvérsela ha rozado con su mano los temblorosos dedos de la doncella, siente que su corazón sigue la flor y se posa sobre ella, en un estremecimiento, como una mariposa que parte para un largo viaje.

CÁTULO MENDES.



## UN CUADRO

— Calcule usted mis enojos cuando, al entrar de improviso, contemplo al bello Narciso ante mi mujer, de hinojos. Echando llamas los ojos y presa en tan dulce red, la infiel estaba á merced del que mi honra así manchara...

— ¡Magnífico cuadro!...

— ¡Para colgarlo... de la pared!

CASIMIRO PRIETO.



## LA FLECHA, EL ALA Y EL CORAZÓN

(SOBRE UN PENSAMIENTO DE CÁTULO MENDES)

Tuvo una apuesta mi hechicera amiga,  
 la de gentil belleza;  
 es una apuesta extraña  
 que la ingrata ganó. Nada mitiga  
 desde entonces la fúnebre tristeza  
 que tenaz por doquiera me acompaña.

Un arquero decía:— En este mundo  
 nada existe más raudo que mi flecha:  
 en menos de un segundo  
 atraviesa el espacio velozmente  
 y al blanco llega rápida, derecha.  
 ¿Hay algo, por ventura, más ligero?—  
 Así dijo el arquero  
 y mi amiga sonrióse alegremente.

Dijo una golondrina:— Bajo el cielo,  
 bajo ese cielo de un azul profundo,  
 donde el astro fulgura  
 brillante, envuelto en luminosas galas,  
 nada iguala á mi vuelo,  
 al vuelo raudo de mis negras alas  
 que atraviesan en menos de un segundo  
 de un extremo hasta el otro la llanura.—

Así repuso el ave,  
y alzó los hombros desdeñosa, grave,  
mi amiga, la de espléndida hermosura.

— ¡Pues qué! dijo el arquero,  
¿algo á mi flecha en rapidez se iguala?  
¿qué existe que mi flecha más ligero?  
— ¡Pues qué! también la golondrina agrega,  
¿algo existe más rápido que el ala  
que con el viento á su destino llega?  
— Sí, respondió mi amiga sonriente,  
mi dulce amiga—sueño del poeta—  
hay algo más veloz que la saeta,  
más rápido que el ala en el ambiente.

Apostaron. Partió rauda la flecha,  
partió rápida el ala,  
veloz como la bala,  
veloz como los vientos silbadores  
que en las ramas entonan triste endecha;  
pero antes que la flecha vibradora  
el blanco hubiese herido  
con lúgubre silbido,  
y mucho antes que el ala voladora  
rozara sin esfuerzo ni fatiga  
de la pradera las fragantes flores,  
el corazón de mi hechicera amiga  
volado había en pos de otros amores.

CARLOS ORTIZ.

Buenos Aires, 1895.

## AXIOMA

El que quiera conocer  
los misterios del Creador  
tiene en el mundo que ser  
astrólogo indagador.

Porque en el mundo, á mi ver,  
todo gira en derredor  
de un astro, que es la mujer,  
de un cielo, que es el amor.

AURELIANO RUIZ.

Nueva York.



## NUESTROS COLABORADORES



**Sr. D. Abraham B. López Benha**

DISTINGUIDO POETA COLOMBIANO

## ABRAHÁN Z. LÓPEZ PENHA

El clasicismo era de una sola pieza. Cuando se le arrojó del Parnaso abajo, quedó sepultado, pero no estalló. No así el romanticismo, ese precioso kaleidoscopio con que jugaron los genios, y que al hacerse pedazos desparramáronse sus mágicas joyas. Acudió al destrozo el arte, recogió las migajas de iris, y de cada una de ellas hizo un regalo á las nuevas sectas decadentes. Simbolistas, parnasianos, coloristas, místicos, impresionistas, todos tuvieron su pedacito de maravilla en que va contenida la belleza. El naturalismo no quiso entrar en el reparto. Le bastaba su diamante blanco, á través del cual busca la verdad.

La juventud americana se ha prendado de los primores nuevos, de los prodigiosos juegos de luz y color que el moderno arte ha ingeniado, y he ahí que ninguna época literaria ha despertado tan grandes entusiasmos ni fecundado tantos talentos como la presente época eminentemente liberal, sublimemente anárquica, en que el pensamiento, con atrevimientos y rebeldías que habrían llenado de pasmo á los menos asustadizos conservadores del extinto clasicismo, destroza los yesos de las antiguas formas y crea nuevos modelos; insurrecciona las cláusulas del discurso y los ritmos del verso; les da á beber champagne y pólvora á los vocablos para que saquen de la lengua nuevos y más vigorosos acentos, y en suma, declara que si la ciencia es la Revolución, el arte es la Reforma.

A esa juventud entusiasta y poderosa pertenece el escritor y poeta que nos inspira las presentes líneas. Abrahán Z. López Penha vió la luz primera en la isla holandesa de Curaçao y es de raza israelita, de aquella raza patriarcal que al mundo dió poetas excelsos, cuyos cantos sublimes tienen como ninguna otra poesía humana el simbolismo profético

que los hace inmortales. El idioma que en la cuna aprendió este joven americano no fué el de Castilla, que ahora labra con tanta gracia y primor, y que por un efecto atávico brotó en sus labios á poco de haberse puesto en contacto con la raza de amplio espíritu que España dejó en América. Los ascendientes de López Penha fueron de aquellos laboriosos hijos de Israel que con el sudor de sus frentes hicieron fértil y rica la tierra española, y que al regarla con las lágrimas de su forzosa despedida de proscritos la dejaron estéril.

López Penha es un temperamento esencialmente artístico y su educación literaria la ha hecho adorando el genio francés, descubierta la noble frente bajo la lluvia de oro y pedrería en que se desgaja la nube azul que sobre París se cierne. Su verso es rico, primoroso y sensual; su prosa brillante y prismática. Como Gómez Carrillo en un principio, se le ve allegarse á los tesoros que encierra la gruta encantada del Sena, y ya le seducen las preciosas esmeraldas, ya los topacios con áurea luz, ya los rubíes encendidos, sin acertar con cuál de aquellas riquezas ha de formar al fin su propio caudal; pero quien observe con atención las obras de López Penha, podrá advertir, como á nosotros nos ha sucedido, que el joven literato, con altivez muy laudable, rehuye la limitada órbita del satelitismo y busca girar en la exclusiva y libre de la espontaneidad. Con talento, juventud y ambición se va muy lejos, si el estudio es discreto y si no se esteriliza el alma, dejando morir en ella el ideal.

Abrahán Z. López Penha ha fundado en Barranquilla una preciosa publicación de literatura que lleva por título *Revista Azul*; y sabemos que en París se edita en estos momentos un libro suyo de prosa y verso que ha intitulado *Cromos*, el cual habrá de contribuir, no lo dudamos, á acrecentar la estima en que á su autor se tiene como uno de los vigorosos talentos que vienen á continuar con prestigio la edificación del gran monumento de las modernas letras americanas.

N. BOLET PERAZA.

Nueva York, 1895.



## NIMBO

Á APELES MESTRES

Es la inmortal pasión que me enardece  
 cual flor maravillosa que, nutrida  
 con la savia del áspero terruño  
 y cercada de breñas y de espinas,  
 eterna desposada de la aurora,  
 jamás las glorias de la luz olvida  
 y por siempre sujeta al agrio suelo,  
 mezcla su aroma al céfiro del cielo.

¡Oh, virgen eucarística, la blanca  
 de mis noches de azur! ¡Cómo eres bella!  
 En tí la realidad ¡cuál se ennoblece!  
 exúltase la forma, y á la esencia  
 de tu hermosura corporal añade  
 más ritmo y mayor suma de belleza,  
 el milagro de luz de tu alma pura  
 que la carne idealiza y transfigura...

En los blondos ensueños de mis noches  
 ví flotar como un nimbo de hermosura  
 sagrada y divinal, que deshacía  
 del alma las recónditas negruras.  
 Halléme envuelto en resplandores de ortos,  
 é hirióme el corazón secreta música  
 que de esa luz brotara, y su armonía  
 mis lúcidos sentidos suspendía.

Y adiviné tu rostro y la blancura  
 de tu espíritu-luz, ¡oh, dulce Amada!  
 y el calor de los besos ideales  
 que regia y compasiva me enviabas,  
 en corriente vital se trasfundía  
 por mis nervios y arterias, y en la alada  
 noche nupcial bendita y misteriosa,  
 mi alma en tí floreció como una rosa.

ABRAHÁN Z. LÓPEZ-PENHA

Barranquilla, Mayo 1894.

# Apólogo clásico/romántico

POR

APELES MESTRES



Deseando ver nuevos horizontes, un Satirillo travieso abandona los asoleados viñedos de la Magna Grecia.



Y no sin cierta emoción se detiene en las brumosas selvas de la Germania.



En donde el bullicioso morador del país del Sol da de manos á boca con el Gnomo, grave morador de los bosques del Norte.



Repuestos el Gnomo y el Sátiro de la natural sorpresa, el primero obsequia á su huésped ofreciéndole su pipa.



Y mientras piensa maliciosamente: «¡Ya verás la pítima que te llevas!» el Satirillo empieza á tomarle gusto al humo.



Y vencido el primer mareo, siente en las nubes que le envuelven una voluptuosidad desconocida.



Voluptuosidad que le sume en el más profundo y patético de los sueños.



Y altamente agradecido se despide del Gnomo, invitándole a que vaya á verle en sus viñedos y á regalarse con sus mostos.





Aburrido un día el Gnomo de las brumas de su patria, se decide á darse un atracón de sol y á devolver de paso la visita á su huésped.



Grande fué la alegría de uno y otro al encontrarse un día en plenos viñedos de la Grecia.



Y con la mejor gracia del mundo ofrecióle el Satirillo una copa del ardiente y purísimo vino griego.



« ¡ Ahora me vas á pagar la pítima que me hiciste coger! » piensa el hijo del Sol, mientras el hijo de las brumas acerca los labios al licor para él desconocido.



Y el Gnomo se siente remozado; por primera vez siente hervir su sangre y como si los rayos del mismo Sol se deslizaran por los más recónditos senos de su cerebro...



hasta sumirle en un sueño encantador, luminoso, olímpico.



Al despertar abrazó á su huésped y le pagó con lágrimas de agradecimiento los goces que le había revelado.



Y de entonces acá, deleitándose el hijo del Sol con la misteriosa humareda septentrional, y el hijo del Norte con el cálido néctar del Mediodía, han sellado la más fecunda de las amistades.

## A MI PATRIA

---

¡España, España! bendecido nombre  
que mágico resuena en mis oídos  
como resuena al espirar el hombre  
la voz de sus recuerdos más queridos.  
¡España idolatrada! no te asombre  
este doliente son de mis gemidos,  
que lejos de tu suelo, patria mía,  
ni el cielo tiene azul ni luz el día.

---

Yo ví desde las playas españolas,  
dorada por el sol en lontananza  
y allá, detrás de las gigantes olas,  
la dulce realidad de mi esperanza;  
quise alcanzarla navegando á solas,  
ya en revuelta tormenta ó ya en bonanza,  
y en alas de engañoso desvarío  
tendí mi vuelo sobre el mar bravío.

---

Iba buscando el bien que ambicionaba  
de la ilusión cegado por el velo,  
iba buscando el bien y atrás quedaba,  
en los jardines de mi patrio suelo;  
la dicha que en su seno disfrutaba  
sólo al perderla la aprecié en mi anhelo,  
que siempre el hombre trueca, torpe y vano,  
por el lejano mal el bien cercano.

---

¡Ah! los halagos de mujer hermosa,  
la feliz inquietud de los amores,  
hogar tranquilo, hermana cariñosa,  
fiestas, amigos, pájaros y flores,  
y la tumba también donde reposa  
una madre á quien llamo en mis dolores,  
¡todo! fué abandonado por un suelo  
sin flores, sin amor, sin luz, sin cielo.

---

Suelo infecundo, sí, por más que abrigo  
le preste al extranjero que quisiera  
á cada paso hallar mudo testigo  
de la fugaz infancia placentera;  
si en éi no vive su primer amigo  
ni recogió su lágrima primera,

aunque de flores véale cubierto  
es para el corazón campo desierto.

—  
No suena lejos de la patria amada  
tan armonioso el mundanal rüido,  
ni tiene tanta luz una alborada  
ni voz tan dulce el pájaro en su nido;  
mata el dolor con furia exagerada  
y el placer no es siquiera apetecido...  
¡Oh, España idolatrada! ¡España, España!  
¡hasta el placer es triste en tierra extraña!

—  
Patria querida, cuyo nombre encierra  
el recuerdo de todos los amores,  
¡ay! recuerdo que al ánima se aferra  
y es el mayor dolor de los dolores,  
al adorarte así en lejana tierra  
amo en tí á mi pasado, á mis mayores,  
á mis amigos, á la madre mía,  
á cuanto adoro y adoré algún día.

—  
¿Y quién puede olvidarte? ¿quién no ama,  
si ha tenido una madre cariñosa,  
esa voz que parece que nos llama  
á descansar al lado de su fosa?  
¿Qué pecho de entusiasmo no se inflama  
al oírte nombrar? ¡Patria dichosa!  
¿cómo ha de haber para tu amor traidores  
si el conjunto eres tú de los amores?

—  
¡España! Esta palabra bendecida  
allá en el fondo de mi alma suena,  
cual música fugaz recién oída  
que á un tiempo expresa amor, contento y pena;  
conserva su recuerdo el alma herida  
y entretiene el dolor que la envenena  
repitiendo esa música que el viento  
se llevó con suave movimiento.

—  
Nombrar la patria en medio del destierro  
es decir ¡libertad! al que amarrado  
gime en estrechas cárceles de hierro;  
es pensar en un sueño ya pasado,  
es comprender el cometido yerro  
después de estar al fuego condenado,  
es muriendo mirar en lontananza  
todo lo que se quiere y no se alcanza.

¡Oh, pensamiento mío! ¡con qué anhelo,  
cruzando como ráfagas el orbe,  
tiendes hacia la patria el raudo vuelo  
sin que haya tierra ó mar que te lo estorbe!  
¡y cómo al alma das triste consuelo  
cuando el recuerdo de la patria absorbe!  
¡Oh, pensamiento mío, quién pudiera  
acompañarte en la veloz carrera!

—  
Vuela, vuela á mi patria, pensamiento;  
haz viviendo tú en ella que yo viva  
mezclado en su confuso movimiento;  
y que los besos de mi amor reciba,  
y que escuche otra vez su dulce acento;  
y mientras del dolor la copa liba  
el alma enferma y triste, recordando  
viva en mi patria y en mi amor soñando.

—  
Mas ¡ay! el recordar es cosa triste  
la ventura perdida; el bien perdido,  
cuando de luto el corazón se viste  
y nada queda ya de lo que ha sido;  
si el pensamiento en recordar insiste  
del alma arranca al fin hondo gemido,  
y ¡ay! más valiera la pasada historia  
no poder conservar en la memoria.

—  
Pero no, porque entonces, patria mía,  
si para tí muriera el pensamiento  
este amor que te tengo moriría,  
y forma él mi orgullo y mi contento;  
amor que va en aumento cada día,  
pues lo que al tiempo vence, va en aumento,  
amor que en vano de apagar tratara  
todo el inmenso mar que nos separa.

—  
¿Olvidarme de tí? ¡Con qué amargura  
pasaría esta vida transitoria!  
Yo templo mi dolor con la lectura  
del magnífico libro de tu historia.  
Es ponderar tu fama mi ventura,  
porque el que dice España dice gloria,  
y nadie tener puede ni esperanzas  
de alcanzar el renombre que tú alcanzas.

—  
Déjale al corazón vivir contigo  
aunque en tierras lejanas y escondidas,

y solo, de mis penas sin testigo,  
 deja que en mi dolor tenga dos vidas:  
 una la triste que en el mundo sigo,  
 otra la de ilusiones tan queridas;  
 déjame así vivir para que vaya  
 á ver de nuevo tu risueña playa.

—  
 ¡Ay! ¿cuándo volveré, patria amorosa,  
 á mezclarme en tu ruido y tus placeres,  
 á ver el sol desde tu playa hermosa  
 y á visitar tus vírgenes mujeres?  
 Después de una existencia borrascosa,  
 seco ya el corazón, muertos los seres  
 á quienes adoré, mi síno austero  
 me hará en mi propia patria un extranjero.

—  
 Mas quiera el cielo y mi destino quiera  
 que sea el puerto de la patria amada  
 el término feliz de mi carrera;  
 y aunque allí el corazón no encuentre nada  
 de cuanto amó en el mundo, feliz muera  
 en la de mi niñez dulce morada,  
 y ¡ay! descanse por fin de mi agonía  
 durmiendo al lado de la madre mía.

F. LÓPEZ BENEDITO.

## EL VIAJE ETERNO

—  
 Cuando la audaz y frágil carabela  
 que el genio guía de Colón divino,  
 en mar ignoto abriéndose camino,  
 tiende á los vientos la gallarda vela,

Vulgo mezquino de pavor se hiela,  
 recordando á aquel nauta peregrino  
 que, venciendo á los hombres y al destino,  
 marca ese Atlante la primera estela.

« ¿Dónde á perderse va, dónde? decía,  
 en medio de la mar alborotada,  
 no hallará tierra en su tenaz porfía... »

Así cobarde arrédrase el impío  
 cuando penetra el alma afortunada  
 de la muerte en el piélago sombrío!

DOMINGO DE VIVERO.

Lima.





## JUNTO AL NILO

Cleopatra, la bella, la reina del Egipto, rodeada de esclavas, da la última mano á su regio tocado. Desde el balcón de su palacio de recreo, gallarda y varonil, vese la flota romana. Marco Antonio llega en ella.

En la terraza, de intercolumnios de jaspe y balaustrada de mármol, reclinada en muelle triclinio y envuelta en el real manto, está la hermosa Cleopatra, el mórbido brazo

hundido en el almohadón, mientras una de sus manos ensortija, distraída, la ondulante cabellera. Sus pies, blandamente aprisionados en babuchas cuajadas de piedras preciosas, rasgan con el claveteado de oro la solicromática alfombra de Esmirna. Y flotante y sedosa túnica con orlas argentadas y franjas exóticas, modela los encantadores escorzos de sus carnes de diosa.

A su alcance, y pendiente del corolítico ábaco de una columna salomónica, se balancea á impulsos de la brisa florestal un grandioso abanico de plumas extrañas; Cleopatra lo abre, contemplando aburrida el bello paisaje. Su gacela, mimosa y ágil, penetra en la estancia, derriba dos ó tres negrillos y de un salto sube al triclinio, apelotonándose á sus pies; ella acaricia el suave y mullido pelaje del animal, palmotea su coposa cabeza y en un instante de locura la besa.

A su rededor reina sepulcral silencio. El enjambre de esclavas, sentadas sobre pieles, las cabezas inclinadas, esperan silenciosas las órdenes de su señora. Tres griegas hermosísimas, semidesnudas, destrenzadas las cabelleras, renuevan el aire con anchurosos abanicos, mientras la guardia nubia, fornida y hercúlea, pasea por los anchos corredores. A Cefis, la tebana, su esclava favorita, le hace un signo, y al punto multitud de braserillos tintinean al chocar contra el piso de pórfido, y voluptuosas azulinas en caprichosas espirales ascienden lentamente embalsamando la estancia.

Luego, chirriando al correr sobre metálicas anillas, se pliega una cortina, dejando ver un proscenio, donde esclavas egipcias, reclinadas sobre pieles, vestidas con albas túnicas, desnudo el torso y las sienes ceñidas por diademas, pulsán unas grandes arpas, con camaleones curvados, con cabezas de cariátides; otras, címbalos y flautas; mientras varias de pie, extendidos los brazos en actitud dramática y con voz suave, canturrean extrañas canciones impregnadas de melancolía. Aquella música parece apropiada para un país como el Egipto, donde todo se distingue por ese sello de monotonía que le dan sus graníticas construcciones, siempre las mismas, vaciadas en un molde común.

Al poco rato, otro signo de Cleopatra hace cesar la música. Y su vista entretiénesse contemplando los antiguos tapices de color sombrío decorados con las fantásticas luchas de Osirio y Tifón, con los guerreros de Sesostris. Las dos esfinges que, mudas, inmóviles, reposan en sus pedestales de piedra, se doran con los últimos rayos del sol. Y los bajo relieves, las cornisas egipcias de líneas frías y severas destacan mejor.

Aquella tarde Cleopatra está hondamente preocupada y en sus contraídas cejas se adivinan los sombríos pensamientos que la torturan. Sus crispadas manos acarician el cincelado pomo de un puñal, pendiente de su rico cinturón, y, nerviosa, clavada la vista en el camino real, que partiendo de la ciudad viene á terminar en su palacio. Después, de un cofrecillo cercano, saca un rollo de papiro, lo desenvuelve, y al concluir su lectura, quédase pensativa y fija la vista en la flota romana que blandamente mecen las olas del Mediterráneo.

Marco Antonio no disimulaba sus propósitos; venía por la corona de Egipto. Ella, aunque bastante animosa para defender su cetro, no contaba con súbditos leales. A cada instante los mercenarios se insurreccionaban. ¿Entregarse, abandonada por todos? ¡No! Y al pensar en esto se sonreía; era bastante hermosa para subyugar sin necesidad de ejércitos. Y solapadamente, fingiendo resignarse, solicitó una entrevista con el orgulloso jefe romano. Esta cita era para ella su batalla decisiva. Si triunfaba no temía á Augusto, pero si fracasaba su plan, entonces la muerte antes que la esclavitud.

Impaciente veía transcurrir las horas sin que llegara el general romano. A su izquierda el Nilo, manso y límpido, se deslizaba espejeante y murmurador, lamiendo las cultivadas orillas y las escalinatas que rizaban su brillante superficie. Reclinada contemplaba, al través del bosque, de las fachadas y techumbres, el descenso del sol, que teñía con tonos de oro pálido todo el paisaje. Y trirremes amarrados á la orilla se columpiaban, haciendo inflamarse los pabellones de seda. Allí también estaba su trirreme de bandas argentadas, todo de

ébano, con su camarín forrado de ricas telas recamadas de pedrería. Y algunos ibis, posados en el escamoso dorso de los cocodrilos, pisaban con el pie su espléndido plumaje. A lo lejos, confusas, confundiéndose con el vaporoso azul, veíanse las gigantescas pirámides.

De pronto, en la galería que daba acceso á sus habitaciones, sintióse rumor de voces, ruido de armas, como si se empeñara una lucha; luego un grito de agonía. A poco, apartáronse bruscamente las cortinas, y un hombre jadeante precipitóse en la estancia. Sobresaltada, irguióse al pronto Cleopatra apretando el puñal; mas el intruso, antes de que ella hablara, murmuró inclinando la frente:

—Perdón, Cleopatra. Tus servidores me impedían la entrada; grandes nuevas tenía que comunicarte; ellos no escuchaban mis razones, y entonces, espada en mano, tuve que llegar hasta tí.

Cleopatra, indiferente:

—Habla.

—Tu pueblo, á la vista de los romanos, se ha sublevado pidiendo tu cabeza. Vitorea á Marco Antonio. En las plazas y calles gritan ebrias las chusmas.

—Que mis mercenarios asalten á esos perros.

—¡Imposible! Ellos secundan el movimiento. Sólo te quedan fieles los nubios y etíopes.

—Al instante vé á la ciudad, y á la cabeza de ellos ataca á los insurrectos.

Una vez sola dejó de fingir, cayendo desfallecida en el triclinio. ¡El pueblo por Marco Antonio! Estaba perdida. Y sumergiendo el rostro en un almohadón, dió rienda suelta á su dolor, llorando su impotencia. Entonces oyéronse á lo lejos, confusos, apagados, los sonos de un clarín. Cleopatra enjugó su llanto y serenó su rostro, murmurando:

—Aún es tiempo.

En apretado pelotón, destellando al sol las bruñidas armaduras, avanzaba una cohorte romana, escoltando á Marco Antonio. Instantes después apeábanse en el vestíbulo, haciendo resonar con sus pisadas las baldosas del pavimento.

Entretanto la reina de Egipto, de pie, majestuosa en su porte, radiante la mirada, espera al general romano, jugueteando con un pequeño cetro de oro. Sin conmoverse escucha los pasos del centurión que apartando las cortinas anuncia á su jefe. A poco llega Marco Antonio, la espada en la diestra, marcial el talante y con aire de vencedor; mas al ver á Cleopatra, se apaga en sus labios la altanera frase de triunfo, y ofuscado inclina la cabeza murmurando respetuoso:

— ¡A vuestros pies, señora!

Mientras que de la ciudad, y atraído por la brisa, llegaba á sus oídos, como un reproche, el ensordecedor clamoreo de las turbas egipcias que vitoreaban á los romanos.

JOSÉ ANTONIO.

Puerto Rico.





## ¡VANO ANHELO!

Á IGNACIO M. LUCHICHI

H mística monja de tocas muy blancas  
y de hábito pardo,  
que de noche muy quedo te acercas  
y ante mí te detienes temblando!

¡Oh quimera, oh fantasma, que á un tiempo  
acaricio y rechazol  
Eres tú nada más, en el mundo,  
quizás porque no eres lo único que amo.

Te contemplo llegar y en mi pecho  
el fuego satánico  
de sacrílego amor se enardece,  
y caigo de hinojos y busco tus manos.

Y recorren mis dedos los rígidos  
pliegues de tu hábito,  
y llegan á su orla, y buscan bajo ella  
tus pies, que en el suelo deslizas descalzos.

Tú me ves altanera y esquiva,  
y el negro rosario  
interpone sus cuentas de piedra  
entre mi alma, tu carne y mis labios.

¡Amas mucho á otro ser, amas mucho  
al Hombre Increado,  
y desprecias por Él la criatura,  
fermento del lodo, mezquino gusano!

¡Cómo al verte ante mí desdeñosa,  
de amante me cambio  
en verdugo y destrozo tus carnes,  
y quemo tus plantas, y tuerzo tus brazos!

¡Con qué torpe fruición te atormento,  
con qué dulce halago  
acarician tus ayes mi oído!...  
¡A mirra me huele tu cuerpo quemado!

¡Ay de mí, que mi encono es inútil,  
que todo es en vano;  
que no logran ni amor ni torturas  
que reniegues de aquel que amas tanto!

¡Oh mística monja de tocas muy blancas  
y de hábito pardo;  
¡por qué si no me amas tenaz me persigues!  
¡por qué si te odio, te busco y te llamo!

JOSÉ PEÓN DEL VALLE.

Méjico



## EN EL CEMENTERIO

Á JORGE ISAACS, AUTOR DE «MARÍA»

LA última luz del sol amarillea  
de la vecina selva en la espesura,  
mientras calla, tendido en la llanura,  
el viejo campo santo de la aldea.

Allí, bajo el follaje que sombrea  
de María la humilde sepultura,  
con cariñoso abrazo, sin ventura,  
de hinojos, Efraim, la cruz rodea.

¡Es su postrer adiós al bien perdido!...  
luego, abandona el triste cementerio,  
y mientras lanza fúnebre graznido  
siniestro buho que en la cruz acampa,  
de la callada noche entre el misterio  
cruza á caballo la desierta pampa.

U. A. PÉREZ.

Maracaibo.

# JULIO

## I

«Venga Julio fresco, el Carmen claro y Santiago abrazado.»

Estamos conformes con el refrán.

Antes de entrar en materia, justo es tributar un recuerdo á Julio César.

Este gran conquistador de mundos y de mujeres, que se llamaba hijo de Venus; que manejaba las armas con más destreza que todos los soldados romanos; que vestía suntuosas telas con magníficas franjas; que ponía todos sus cinco sentidos en el cuidado de su hermosura; que en catorce años conquistó el mundo; que se ocultaba la calva con la corona de laurel; que á todas horas corría tras del amor y los placeres; que á los cincuenta años de su edad no se resignaba á hallarse viejo, reformó con mucho acierto el calendario romano y produjo una modificación en las edades.

El mundo estuvo de enhorabuena. Gracias á César, desaparecieron por algunos días las primeras canas.

¡Oh! ¡qué gran conquista!

Marco Antonio obró cuerdamente, tal vez á instancias de las matronas romanas y de los viejos verdes, en sustituir el quinto mes del año de Rómulo llamado *Quintilis*, por el de *Julius* en honor de Julio César.

Basta de historia.

## II

Julio es un mes espléndido, fecundo, exuberante, adorador del sol como los persas, amante del calor y pródigo por naturaleza.

Abril es una chiquitina que llora por la causa más sencilla; Mayo una encantadora joven con una canastilla de flores



sobre la cabeza; Junio un arrogante joven que gusta de amoríos y verbenas; pero Julio es el varón fuerte, el rey de la creación, que avanza en medio de una vega espléndida y vigorosa desafiando los rayos solares y las tormentas y luchando con las olas embravecidas como un titán de los mares.

El mes de Julio también se adorna con flores. No le cautivan las rosas, los claveles y las lilas, porque Mayo y Junio han hecho un derroche de ellas. Sus flores favoritas son las magnolias de flor grande, la preciosa flor del naranjo, el hermoso arrayán, la medicinal balsamina, el aromático comino y la ensalzada manzanilla romana. Con todas estas flores y con el ajenjo y el oloroso espliego forma un precioso ramo y lo destina á la dama de sus pensamientos, quedando ella muy agradecida de tal distinción, por constarle que aquellas flores son las últimas del año.

### III

¡Qué cara de pascua pone el agricultor en este mes!

Los trabajos en el campo se ven coronados por un lisonjero éxito.

El labrador se levanta con el alba, empuña la hoz ó echa mano de las máquinas segadoras y trilladoras y se ocupa con afán, con entusiasmo, desafiando el calor, el cansancio y la fatiga, en las operaciones de la siega. El prado, las eras, las alquerías se llenan de cantos, de vida, de alegría, de animación. El amor juega al escondite entre los trigos, sin prestar oídos á los soñolientos cantos de las cigarras, sin cuidarse de los zumbidos de los mosquitos, de los saltos de los lagartos, de las voces de las ranas y de las *caricias* de millares de insectos que nacen espontáneamente en este fecundo mes.

Los animales durante el mes de Julio están de enhorabuena; se les trata á cuerpo de rey. El ganado duerme horas enteras en los barbechos más ventilados; echa un paseíto por la mañana, otro por la tarde, y á majadear, como dicen ellos, pues la tierra arde, el sol abrasa y el aire es fuego y no es cosa de pillar un tabardillo.

Las aves de corral y las acuáticas siguen la moda; dejan sus casas, buscan agua y sombra, y siguiendo el ejemplo de sus dueños se bañan á discreción. No hablaremos de la monta, pues esto constituye muchas veces un espectáculo repugnante, gracias á la avidez de los hombres encargados de ellos. El amor ha de obrar con entera libertad.

#### IV

La religión en este mes desempeña un importante papel.

El día 10 pasa á visitarnos un varón de gentil disposición, de grande estatura, que atrae por ello los ojos de los que le miran. Trae una vara en la mano y el Niño Jesús en el hombro. Es un hombre nacido en Cananea, que libra de ladrones, granizo, fuego, hambre y otras pestilencias á los que le quieren bien. Todos le agasajan y le llaman el valeroso y glorioso mártir San Cristóbal. Él es el santo tutelar de mi calle: veinticuatro horas permanece entre nosotros y se le obsequia de lo lindo. Se le coloca en una capilla adornada con flores y cirios, y desde ella contempla vistosas enramadas, salvas de morteretes, bailes, juegos de cucaña, carreras de hombres y de terneras, un ramillete de fuegos artificiales, y escucha los acordes de músicas y dulzainas. Y como hasta los santos se alegran al ver una cara buena, el buen cananeo mira con muy buenos ojos á las chicas del barrio, las juguetonas sacristanas que, elegantemente ataviadas y del brazo de afectuosos mancebos, reparten al son de la música azucaradas tortas á los vecinos. El santo se interesa por ellas y les proporciona novio. En este día el agua obra también milagros, como en la alborada del buen San Juan, y al dar las doce del medio día muchos se lavan los pies, pues en aquella hora cuenta la tradición que San Cristóbal con el Niño Jesús á cuestas pasó un río, y como el calor aprieta de lo lindo principian los baños de mar.

San Cristóbal es muy galante. Sabiendo que está en camino la Virgen del Carmen, le cede el puesto.

¡Qué nombre tan poético lleva esta Virgen! Carmen en

latín significa poesía, en lengua árabe, florido verjel, y el monte Carmelo es el más bello del Asia y está alfombrado de rosas todo el año.

Las verbenas españolas son un cuadro de amor y de poesía. La noche espléndida, hermosa y con luna. Un gentío inmenso invade las calles. Allí brillan fogatas, más allá se escuchan melodiosos instrumentos; el pueblo baila y canta; unos toman refrescos al aire libre; otros comen tortas, buñuelos y dulces; se disparan cohetes y carretillas; los salones de baile abren sus puertas; los teatros se toman por asalto; los cafés colocan sus mesas en las aceras; las confiterías, pastelerías y horchaterías aparecen profusamente iluminadas; lindas muchachas, ataviadas con vaporosos trajes de verano, platican amores con sus galanes; el transpirenaico sombrero se confunde con la juguetona mantilla y con el mantón de Manila, como la levita con la chaqueta, y el cielo, la tierra y el aire respiran gozo, alegría, entusiasmo y animación.

Bien dijo el dulce Antón, el de los cantares, como le llamaba el pueblo:

¡Ay! ¡quién tuviera  
cada veinticuatro horas  
una verbena!...

La Virgen del Carmen se va; pero no nos quedamos tristes y solos en este valle de lágrimas. Santa Magdalena viene á hacernos compañía regalándonos tiernas avellanas.

¡Qué hermosa es! A pesar de haber vivido tantos años sola y oculta en una cueva, entregada á la oración y á la penitencia, parece aún aquella hermosa pecadora que era el encanto y la ilusión de Galilea. Las chicas enamoradas, todos los que penan del mal de amores, colocan coronas de flores á sus pies, le cuentan sus cuitas, le piden consejo y reclaman su amparo y protección, que siempre se ve otorgado.

En muchas villas y ciudades la reciben con repique de campanas, con disparos de fusilería y con enramadas. Pero ella no gusta de la pompa, del bullicio y de la fiesta; recuerda que ellas fueron el escándalo de su vida, y triste y temerosa,

da la vuelta á su cueva. En medio del camino da con Santiago cargado de melones y sandías.

El pueblo le recibe con regocijo. En medio del calor tropical que se siente en todas partes, ¡con qué placer despacha aquellos frescos frutos que calman el ardor de la sangre y parecen prestar nueva vida al organismo!

A este santo se le obsequia con fiestas taurinas. No sabemos que este venerable apóstol fuera amigo de tan bárbaro y asqueroso espectáculo.

Chitón. Ved cuántas hermosas damas ataviadas con la graciosa mantilla se dirigen á pedir á Santa Ana feliz alumbramiento. Nueve días consecutivos encaminarán sus pasos á la iglesia. ¡Oh! ¡qué tentadoras están! Las casaditas jóvenes son muy temibles. Bien lo sabía Moisés cuando dijo: «No desearás la mujer ajena.»

## V

El calor me impide proseguir. Bien desearía deciros que en este mes tuvo lugar el incendio del campamento de los Reyes Católicos, en la vega de Granada en 1491; que nació el historiador y poeta Antonio de Solís; que tuvo lugar la célebre batalla de Arapiles, y fué fusilado el general Lacy, por su mucho amor á la libertad; pero es de todo punto imposible. El cuerpo me pide ejercicio y agua, y hay que complacerle. ¡Oh! ¡qué bien se vive en el mar!

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

## EPIGRAMA

—¿Y el te? ¡cualquiera adivina  
cuándo llega! estoy cansado  
de esperar... ¿ó es que has mandado  
por él, acaso, á la China?  
—Hombre, basta de alboroto  
y de conmover la casa.  
—No es raro con lo que pasa:  
se trata de un *te... remoto*.

## EN LA RÁBIDA



— Desengáñate, Pascual:  
 hasta que Colón florece,  
 ni un solo genio merece  
 que se le llame *inmortal*.

— ¿Y Colón?

— Él sí, y me fundo  
 en que, tras de heroica hazaña,  
 fué el primero á quien España  
 vió volver *del otro mundo*.

## SIC SEMPER

Una estatua de corcho y otra de oro  
 del mar cayeron en el hondo abismo:  
 se hundió la que valía gran tesoro  
 y la otra se salvó del cataclismo.

De la santa justicia con desdoro,  
 entre los hombres ví pasar lo mismo:  
*aquel que vale, se hunde en mar ignota;*  
*pero el hombre de corcho siempre flota.*

RICARDO PALMA.

Lima.

## EL HOMBRE

¡Oh gran Naturaleza, que Madre Tierra un día  
llamó quien profanara de madre el santo nombre!  
¡Tú siempre indiferente, siempre callada y fría  
te muestras á las ansias indómitas del hombre!

¡Oh gran Naturaleza! tus olas encrespadas,  
tus hórridos abismos, tus atrevidas rocas  
al hombre le opusiste: la sombra á sus miradas,  
y tus silencios graves á sus preguntas locas.

De tus entrañas salgo famélico y desnudo,  
y trémulo, encorvado, debo empapar el suelo  
con el sudor y el llanto; «para el trabajo rudo  
nacé, como nacieron tus aves para el vuelo.»

¡Oh Tierra! no distingues los ayes de los cantos;  
la cava de las tumbas, de rústicas labores;  
ni al hijo que se entierra regado con los llantos,  
del grano que se siembra mojado con sudores.

Soñando con tus dádivas, el sembrador escoge  
un campo, y labra, y suda sobre las anchas eras;  
y al cabo le regalas, para llenar su troje,  
con enfermizos pámpanos y con espigas huera.

Y el campo misterioso de la callada muerte,  
donde entre amadas sombras por último dormimos,  
profana en sus orgías, tu mano lo convierte  
en campo de altas mieses y cárdenos racimos.

Si á tí nos acogemos, con rabia nos sacudes,  
guardando tus furores volcánicos despiertos;  
y si tus senos buscan hambrientas multitudes,  
te imploran,—y se abaten llorando en los desiertos.

Sobre nosotros vierte tu colosal clepsidra  
la escarcha, el rayo, el viento, la nieve de las cumbres  
y el soplo de la peste, que transformado en hidra,  
con sus anillos diezma las vastas muchedumbres.

Tu voz, en montes y ondas, es grito que amedrenta,  
clamor de estrago, trueno de omnipotencia brava;

y con tartárea cólera tu enorme boca ostenta  
espuma en tus Océanos, en tus Vesubios lava.

Y luego, como restos de aquellos tus festines,  
los blancos esqueletos se tienden colosales  
de una Pompeya triste volcada entre jardines,  
y de una muda Nínive perdida entre arenales.

Y si indignado clamo al ver tus elementos  
cubrir los horizontes de piedras funerarias,  
el huracán, mofando, se lleva mis acentos,  
y el taciturno espacio devora mis plegarias.

De hinojos interrogo la bóveda sombría  
que alumbras tristemente con pálidas estrellas:  
y sube, y sube trémula la voz de mi agonía,  
llevando de astro en astro las místicas querellas.

Mas no levanta un eco la religiosa queja:  
todo es misterio y sombras en tus callados cielos;  
los astros, mudas cifras; la Cruz del Sur semeja  
la *equis* de esa incógnita que ocultas con tus velos.

¿Dónde el materno arrullo? ¿En dónde tu sereno  
abrigo? ¿ó las respuestas á mi angustiado grito?  
Abajo, el terremoto, la peste, el hambre, el trueno;  
arriba, la implacable mudez del infinito.

¡Qué sorda, oh Madre-Esfinge, á mis febriles dudas!  
¡Cómo al dolor ofende tu imperturbable calma,  
cuando, las alas rotas contra tus leyes rudas,  
palpita en mí, como águila en su prisión, el alma!

Y á par del alma, hieres la carne: en la pupila  
vas opacando, noche tras noche, los destellos;  
otoño tras otoño, cansado el pie vacila;  
invierno tras invierno, argentas los cabellos.

¡Qué abrazo el tuyo, oh Tierra! Entre tus garras toscas  
destruyes, nervio á nervio, los miembros infelices.  
Nos tragas en la tumba, y allí cruel enroscas  
al corazón llagado tus ávidas raíces.

¡Y al fin soy tuyo, oh Tierra! Tras amarguras tantas  
descenderé á tu seno, cansado peregrino;  
y entregarás mis venas al jugo de tus plantas,  
y volverás mis huesos al polvo del camino;

Y absorberá mi nombre tu olvido indiferente,  
y borrará tu mano mis fugitivos rastros,

y luego oirás, por siglos, y tú alzarás, potente,  
el himno de tus olas y el himno de tus astros...

¡Mas no tendrás,— oh Tierra, do todo se derrumba,—  
el Alma, que rindiendo su carga abrumadora,  
abre las grandes alas á orillas de la tumba,  
y sube á los espacios de la inmortal Aurora!

J. M. RIVAS GROOT.

Bogotá (Colombia).

## ENTRE SAN MIGUEL Y EL DIABLO

(DOLORA)

I

Despertando en sus vecinas  
la más piadosa ternura,  
les dijo así un día, el Cura  
de San Miguel de Salinas:

II

«La que á Dios quiera ser fiel,  
que ponga con gran cuidado  
sus donativos al lado  
del busto de San Miguel.

»Pues cuando el Diablo, el direro  
mira á su lado caer,  
se llega él mismo á creer  
tan santo como el primero.

»Jamás olvidéis que Dios  
os concede un solo amante,  
y que el Diablo os da, inconstante,  
¡más de un novio... y más de dos!»

III

¡Más de dos!... El día aquel  
tan sólo al Diablo se honró,  
pues ni un céntimo cayó  
del lado de San Miguel.

Y es que, sin duda, hay vecinas  
que en cuestiones de ternura,  
creen más al Diablo que al Cura  
de San Miguel de Salinas.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Madrid.





GENTES

## SUPERSTICIOSAS

A raza de los *supersticiosos* amenaza no extinguirse nunca, y es probable que ni el día del juicio final se atrevan algunos á casarse... como ese

día sea viernes ó martes.

El origen de las supersticiones se pierde en la negra noche de los tiempos, y, lejos de desaparecer éstas en el transcurso de las edades, han venido echando tan hondas raíces en el espíritu del hombre, que ahí nos tienen ustedes en las postrimerías del siglo de las luces creyendo todavía en agüeros y en otra porción de absurdos sin pies ni cabeza.

La palabra *superstición*, inventada por los gentiles, sirve todavía á maravilla, después de tantos siglos, para expresar preocupaciones subsistentes aún, y que son como manchas que obscurecen el sol de nuestra inteligencia. Porque no es sólo el vulgo el que cree en esas cosas, pues gentes ilustradas conocemos que las toman también á lo serio y dan crédito á todos esos signos ó señales que presagian tal ó cual suceso infausto, según los arúspices contemporáneos, y no pueden reprimir un instintivo movimiento de terror al ver derramarse la sal sobre la mesa, por ejemplo, ó que alguna persona querida se casa en viernes... ó en domingo.

—Yo no soy supersticioso, nos decía un filósofo rural, á quien conocimos en el cuarto menguante ó menguado de una *diva* de provincias; pero en cuánto oigo el canto de la lechuza ó el lúgubre aullido de algún perro insomne, ya me tienen

ustedes más blanco que la pared, pues sé que algo desagradable va á sucederme.

— ¡Pero, hombre! exclamó la *diva*, riendo; ¿es posible que abrigue usted tan ridículos temores?

— Repito que no soy supersticioso, pero lo cierto es que la casualidad dispone á veces las cosas de tal modo, que el más despreocupado se queda perplejo, y acaba por participar



de las absurdas ideas del vulgo. Aquí donde ustedes me ven, añadió bajando la voz y con aire solemne; no he oído nunca *llorar* á un perro que no me haya sucedido algo lamentable. Anoche mismo, sin ir más lejos, hirió mis oídos el aullido lastimero de uno de esos simpáticos animalitos, que lloraría, quizá, alguna... *perrería* amorosa, y esta mañana, no bien salí á la calle, cuando todavía resonaban en mis oídos aquellos aullidos desgarradores, como fatídico enigma que en vano trataba de descifrar, se me acercó un amigo de la infancia y

de mi mujer, y echándome los brazos al cuello, me dijo con acento que me estremeció de pies á cabeza... ¿qué dirán ustedes que me dijo?

— ¿Que se había muerto algún pariente de usted?

— ¡Que le prestase veinte pesos!

El número trece es, de todas las combinaciones aritméticas, la que inspira más terror, é individuo hay capaz de quedarse sin comer antes que sentarse á la mesa donde los convidados formen ese número siniestro.

— Yo siempre he tenido horror en la mesa al número trece, nos decía cierta vez un gastrónomo; sobre todo cuando no hay comida más que para doce.

La sal derramada en la mesa significa desgracia, según los augures domésticos. En cambio el vino vertido sobre el mantel es seguro indicio de suerte y alegría... Y es cierto: para la lavandera.

No hace mucho, yendo un día por la calle con un caballero supersticioso, se nos acercó una pobre mujer con los ojos llenos de lágrimas.

— ¡Ah, don Rafael! exclamó dirigiéndose á nuestro compañero; sin duda Dios le ha puesto á usted en mi camino.

— ¿Pues qué ocurre, mujer? dijo nuestro amigo, deteniendo el paso.

— ¡Una desgracia! contestó la infeliz; en un descuido la máquina del taller donde trabaja mi marido le ha pillado la mano y le ha cortado los dedos.

— ¡Horror! exclamó nuestro amigo poniéndose pálido.

— ¡Ya ve usted, don Rafael, qué desgracia! Mi marido quedará inútil para el trabajo, ¿y qué va á ser de nosotros?

— Vamos, hija, murmuró con acento bondadoso don Rafael, tratando de consolar á la desgraciada; no hay que desesperarse... Dios no abandona nunca á los que sufren... ¡al contrario! el dolor es el que más eleva nuestra alma, y el alma que llora es la que más cerca está de Dios. Además, ya sabes que puedes contar conmigo; si la adversidad os arroja á la calle, no faltará quién os recoja y atienda vuestras necesidades.

La buena mujer miró con expresión de gratitud á nuestro amigo y se alejó más tranquila, más resignada, llevando el bálsamo de sus palabras en la herida de su corazón.

—Verá usted, nos dijo después nuestro interlocutor, cómo no va á ser esta la única desgracia que aflija á esos infelices.

—Si la máquina ha cortado los dedos del marido, se



explica la desesperación de esa pobre mujer, dijimos, vivamente impresionados por el relato de aquel accidente.

—¡Y en qué día! exclamó don Rafael, con expresión de supersticioso terror. ¡Mire usted que *cortarse las uñas en viernes!*...

La superstición tiene también sus refranes, y el que de más crédito goza es aquel que dice: *ni en viernes ni en martes, no te cases ni te embarques.*

—Yo me casé en viernes y me embarqué el martes siguiente, decía la otra noche en casa de las de Pérez el amigo

de quien acabamos de hablar, y estoy convencidísimo de que el refrán no puede ser más sabio.

— Pues yo creo, observó un filósofo de afición, casado, que pasaba las penas del purgatorio con su esposa, que para casarse todos los días son viernes.

— ¡Con decir á ustedes que el día que me embarqué, mi mujer se escapó con otro! agregó el primero.

— ¿A los cuatro días? replicó el filósofo; pues, hombre, con una mujer de ese... temperamento, eso no es ninguna



DTP

desgracia, y á ser más común el hecho, el refrán debiera aconsejar, por el contrario, que se embarcasen todos los maridos del tenor de usted.

Supersticiosos hay que ni siquiera tratan de disimular que lo son, aun cuando las miradas burlonas y los epigramas punzantes de los que no participan de sus creencias, les envuelvan como en un torbellino de alfileres. A esa clase pertenece otro amigo nuestro, que con sus preocupaciones trae á mal traer á su familia, y al que fuimos á visitar la otra noche.

— ¿Y su esposo? preguntamos á su señora, que es la que salió á recibirnos.

— ¡Ah, caballero! contestó la interpelada, tomando nuestras manos con la expansiva franqueza del que necesita desahogar en un pecho amigo la pena que roe sus entrañas; ¡soy muy desdichada!

— Pero... ¿qué ocurre?

— Una gran desgracia... en perspectiva.

— Serénele usted, señora... ¿acaso don Cirineo?

— Figúrese usted, amigo mío, que hace poco nos sentamos á la mesa, y el chiquitín, que es muy travieso, derramó la sal sobre el mantel...

— Bueno, ¿y qué?

— Ya sabe usted que Cirineo es muy supersticioso, de resultas de su matrimonio...

— ¿Cómo de su matrimonio?

— ¡Como que se casó en viernes!

— ¿Y le ha ido tan mal?

— No sé, pero el caso es que dice que no volverá á casarse... en viernes. Ahora bien, mi marido tiene la manía de que si se derrama la sal, no tarda en acontecer algo grave, y de ahí que tome todo género de precauciones con esa sustancia, como si se tratase de una materia explosiva. Tiene horror á la *sal* y á todos sus *derivados*, como él dice; por eso nunca le verá usted en la *sala*; en música le gustan todos los instrumentos, menos el *salterio*; en literatura es enemigo del género festivo, por su *sal ática*; en culinaria pasa por todo, menos por las *salsas*; en política dice pestes de la ley *sálica*, y lejos de excluir á las hembras del gobierno... de la casa, deja que yo mande en la suya á mi antojo; en amores... ¿querrá usted creer que estuvo á punto de emigrar no sé á dónde, sólo porque andaba persiguiéndole una andaluza que se había enamorado de él y á quien Cirineo miraba con disgusto?

— Sería fea.

— ¡Al contrario! era una Venus de ojos negros y desvergonzados, con todo el fuego del sol de Andalucía.

— ¿Y por qué la desairó?

— Porque andaba por esas calles derramando... *sal*.

— ¡Qué *sal*... *vaje*!

— ¡Buenos disgustos me ha dado la tal andaluza!

— ¿Y dónde está don Cirineo?

— ¡Qué sé yo! casi al mismo instante que el niño vertía la sal, llamaron á la puerta, y mi esposo se puso pálido. — ¿Quién es? pregunté á la sirvienta, que entró azorada en el



comedor. — Señora, dijo ésta, más muerta que viva; ahí está el acreedor del otro día, el del escándalo... — ¡Y luego no sea usted supersticioso! murmuró Cirineo con voz apagada, pero... agregó, ¿trae la cuenta? — ¡Lo que trae es una pistola! contestó la doméstica. — ¿Sólo trae una pistola? exclamó mi esposo, más tranquilo al parecer. — ¡Es que dice que si no le paga usted el pico que le debe, le mata ahora mismo! observó la criada. — Pero, Cirineo, dije entonces yo, no sin sobresalto, ¿por qué no arreglas ese dichoso pico? ese hombre nos va á dar un disgusto. — ¡Jamás! gritó mi esposo, no

OP

quiero *sal-dar* ninguna cuenta. — Pero no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando apareció en el hueco de la puerta la imponente silueta del acreedor. ¡Usted no sabe el mal rato que he pasado, caballero!

— Vamos á ver, ¿y qué sucedió?

— Pues nada, que Cirineo se negó rotundamente á pagar lo que debía, no sé si por sobra de *superstición*... ó por falta



de costumbre, en lo que hizo mal, pues podía haberle dado á cuenta, cuando menos... algunas excusas, y el acreedor, ante aquella negativa, sacó su pistola y apuntó á mi marido. ¡Ay! todavía me tiemblan las carnes al recordar aquella escena.

— ¿Y don Cirineo?

— Pues, como usted comprenderá, mi esposo no esperó que el otro hiciese fuego, y con la servilleta puesta y sin sombrero, se lanzó en dos saltos á la calle.

— Pero, ¿cómo tuvo la cobardía de echar á correr?



— Lo ignoro; lo único que sé es que echó á correr como á él le gusta: *desalado*.

— ¿Y el acreedor?

— El infame se rió en grande al ver correr á Cirineo, y me dijo que no temiese nada, pues la pistola estaba descargada y no había pensado matar *todavía* á mi marido.

— ¿Por qué no lo dijo antes, el muy salvaje? exclamó el



mismo don Cirineo, entrando, sudoroso y jadeante, en la habitación donde nos encontrábamos.

Y luego, ya más repuesto y volviéndose á nosotros, agregó:

— Hay gentes que se ríen de las creencias supersticiosas del vulgo, y no obstante, yo creo que en ocasiones son fundadas y todo razonamiento y toda lógica tienen que callar ante la elocuencia de los hechos. ¡Vea usted lo que me ha sucedido á mí con la sal! Afortunadamente acaba de ocurrírseme una idea, que no sé cómo no he tenido antes. Puesto que es tan peligroso el manejo de esa sustancia, desde hoy

queda suprimida del todo en mi casa. De este modo, si no evito las cuentas, que esto es imposible, me evitaré, al menos, muchos disgustos.

— ¿Y quién traga la comida así? exclamó indignada la señora de nuestro amigo, ante aquella verdadera *salida*.

A lo que contestó don Cirineo con viveza:

— ¿Pues no la trago yo á usted, que no puede ser más... *sosa?*

CASIMIRO PRIETO.

## OTOÑAL

A M...

Ya del añoso fresno entre las frondas  
se oyen gemir las ráfagas heladas,  
y en busca del maizal de espigas blondas  
van los alegres tordos en bandadas.

Ya dejando los viejos torreones  
emigran las viajeras golondrinas,  
y en parejas los gárrulos gorriones  
hacen nido de amor entre las ruinas.

Ya cuando el sol se aleja por Ocaso  
la tristeza se posa en el celaje,  
y vestida de nieblas, paso á paso,  
llega la reina-noche hasta el boscaje.

Ya se acerca el invierno ¡oh mi adorada!  
pronto su beso cuajará las olas;  
hoja tras hoja en la corriente helada  
van cayendo las últimas corolas...

No quiera Dios que nuestro amor, bien mío,  
se amengüe al soplo de la vida breve;  
¡qué hiciera el corazón, muerto de frío,  
entre tanta tristeza y tanta nieve!

Vén, hagamos un nido entre lo espeso  
del bosque de los sueños escondido,  
y allí arrullados por eterno beso  
desafiemos al tiempo y al olvido.

Vén, que nos cubra con su hielo inerte  
el triste invierno en perezosa marcha;  
que brille nuestro amor entre la muerte  
como chispa de fuego entre la escarcha!

RUPERTO J. ALDANA.

Tegucigalpa (Honduras).

## ÁRBOL PROHIBIDO

### I

Con su ángelico rostro de virgen  
y el himno en los labios,  
de mañana, en el huerto, es el hada  
de los sueños blancos.

Su radiosa pupila le finge  
que es concha el espacio,  
de albo nácar que, leves, coloran  
celajes rosados.

Colibríes de amor, á su oído  
jamás murmuraron  
el lenguaje que, en cambio de mieles,  
escuchan los nardos.

Ella es, del tesoro paterno,  
joyel destinado  
para el claustro, del cual le separan  
tan sólo dos años.

Y por eso, en su alcoba, se mira  
místico retrato  
de una monja que vuelve á los cielos  
el semblante pálido.

### II

Le han prohibido, sus padres, que lea  
el libro dorado,  
donde apuesto galán, á una joven  
se mira besando;

En el cual hay cupidos que cazan  
tal vez en vedado,  
y á las ninfas, que salen del bosque,  
les tienden los brazos.

En la mesa, una vez, por descuido,  
el libro dejaron  
y el recreo en sus láminas bellas,  
le costó un regaño.

## III

Nunca sale, y tan sólo permiten  
que mueva sus pasos  
por el huerto, que es todo inocencia  
sin pérfido halago.

Mas, la niña, descubre un secreto  
del huerto en un árbol;  
un secreto que, cerca del nido,  
publican dos pájaros.

Y no sabe por qué, desde entonces,  
la escena observando,  
á su pecho, anhelante y medrosa,  
se lleva la mano.

Y, más viva que el sol de los trópicos  
que alumbra los prados,  
y encendiendo las rosas andinas  
derrite los páramos,

Las graciosas mejillas le quema,  
con ardor extraño,  
una llama que sube del pecho  
ó baja del árbol.

## IV

Desde entonces, á la niña le aterran  
la monja y el claustro  
y, al soñar que la arrancan del huerto,  
despierta llorando.

F. D.

Caracas, 1895.

## EPIGRAMA

—¿Aún conservas el reloj?  
—Hombre, aún no me lo he comido.  
—¿Y anda bien?  
—¡Vaya si *anda!*...  
camino del Monte-pío.

## EL ADEREZO



— ¡Qué aderezo!...

— ¡Adiós, tesón!

si se lo niego, arde Troya).

— ¡Oh! ¡cuánto te quiero, León!

— Ya sé que en viendo una joya...  
recrudece tu pasión.

— ¿Crees tú?... ¡qué malicioso!

— Lo que á sospechar empiezo  
es que, como amor de esposo  
siempre fué en extremo soso...  
necesita de aderezo.

## LOS TRES RAMOS <sup>(1)</sup>

### I

#### EL RAMO DE FLORES

—¡Vamos, vamos, hábil florista; hazme un ramo de flores, para ofrecerlo á mi amor! Hazme un ramo que diga á mi amada lo que siente mi corazón inquieto y lo que pienso de ella. Diz que las mujeres ven en las flores el símbolo de su hermosura, y en los primores de la naturaleza, su retrato.

Tú eres hábil, tú eres sagaz; hazme un ramo en que ella vea la verdad de mi amor. Pon en el centro rojos claveles, pues ese es el color de sus labios, frescos aún con las gotas de rocío, pues esa es la frescura de su boca; pon á su lado campanillas azules, pues ese es el color de sus ojos; ponlas de modo que se agiten y ondulen al menor movimiento, pues así se agitan sus ojos con la vivacidad de la juventud; haz los contornos de negros tulipanes, pues este es el color de sus cabellos, de negros tulipanes que sean aterciopelados, pues su cabellera es tan fina como el terciopelo de los pétalos; no te detengas ahí: une esas flores con nardos y rosas, pues sus colores se mezclan y unen, en armonioso tono, para deslumbrar al mundo con el matiz sonrosado de su tez sin igual. No has concluído aún: llena los huecos de temblorosas sensitivas, pues este es el símbolo de la mujer que ama.

Mas ¿qué es lo que haces? ¿pones tan sólo flores marchitas? Yo quiero expresarle que mi amor será eterno, ¿acaso se extingue una hoguera que siempre arde?

—Toda hoguera se apaga, toda belleza se marchita. El corazón se apaga como la hoguera, la hermosura de la mujer se marchita como las flores. El tiempo lo une todo, todo lo consume, todo lo gasta. No esperes mañana vivir del mismo modo que ayer; cada día que pase te llevará algo que no

(1) Del libro que se publicará próximamente, titulado: *Autoriales*.

encontrarás jamás. Esa es nuestra suerte y cambiarla es imposible. Si vives de mentiras, llévale blancos jazmines, olorosos nardos, rojos claveles: mañana toda esa belleza rodará por los suelos mustia, amarillenta, seca. Si la verdad es tu encanto, llévale este ramo de flores secas y dile que cuando su hermosura se marchite, y en lugar de las gracias de la juventud soporte penosamente las injurias de la vejez, la amarás del mismo modo que hoy; si no tienes tanto valor, no la ofrezcas más de lo que puedas cumplir y deja á la naturaleza seguir su obra segura.

## II

## LA OFRENDA Á LA GLORIA

—¡Vamos, vamos, hábil florista; hazme un ramo que simbolice la inmortalidad, para ofrecerlo á la Gloria! Hazme un ramo que contenga la palma bendita, el verde laurel, la rama de encina: yo quiero expresarla que consagraré mi vida á sus esplendores. Mas ¿qué es lo que haces? ¿secas hierbas, ramas desgajadas, cenizas funerarias! Yo no pienso en la muerte; yo amo la vida.

—Ama la vida, pero no esperes la gloria. ¿Eres acaso un genio? Sea; ¿has transformado el mundo? sea; ¿has superado á la inteligencia humana? bien; pero ¿tienes poder? nadie te admira, mas los débiles te obedecen; ¿obedeces en vez de mandar? nadie te admira, todos te mandan. Ni los gusanos que comerán tu cuerpo alcanzarán tu triunfo.

Para ser inmortal es necesario: primero, que mueras; después que la posteridad quiera acordarse de tí; después, que la nación en que has nacido, sea la que prepondere en el mundo. Cuando todo esto se realice, te levantarán una estatua, remedo de tu figura, que azotará la lluvia, calentará el sol y servirá de sitio predilecto, para posarse, á los pájaros de la comarca. ¿Confías, acaso, en la justicia de la humanidad? ¿crees, por ventura, que Homero es admirado entre los indios, Brahma por los católicos y Cristo por los judíos? Desecha vanas ilusiones: si aspiras á la gloria, ofrécele una

antorcha apagada y un blanco sudario. Muere, después, en el sacrificio, que la posteridad te consagrará una losa funeraria y colmará á tus nietos, que serán imbéciles, con todos los privilegios que deben acordarse á la inteligencia.

Mientras que la humanidad busque tus huesos, para hacerte justicia póstuma, otros genios, tan excelsos como tú, morirán olvidados en la miseria. Mientras tanto, ¡qué gran día será para tí aquel en que no puedas gozar del renombre alcanzado por tus hechos, ni de la admiración que inspiran tus obras, ni del legítimo provecho obtenido por el trabajo de tu espíritu! ¡Conságrate, conságrate á la gloria, que la humanidad es generosa y justa con las cenizas de los muertos!

### III

#### LA OFRENDA Á LA PATRIA

— ¡Vén, vén, sin tardanza, hábil florista, y teje una corona con tus gajos lozanos y tus flores hermosas para ofrecerla á la patria! La patria es el símbolo del regazo materno; de la cuna que recibe nuestros primeros sueños; de la sustancia que nos nutre; de la religión que nos consuela; de la esperanza que nos alienta, y del lenguaje, en que el espíritu se deshace, por la expresión de las afecciones y la elocuencia del pensamiento. La patria es todo, y yo quiero consagrarme al esplendor de mi patria.

Busca aquel ramo que por su frescura indique la fuerza de la vida, pues las naciones son más poderosas mientras más fuertes son sus hijos; busca aquellas flores que por su color indiquen la generosa sangre que se vierte defendiendo su libertad, y añade el gajo de laurel y la palma de la victoria y la rama de olivo y las verdes hojas de la fuerte encina, símbolos de la gloria, de la paz y del progreso de las artes. Mas, ¿qué es lo que tejes? ¡una corona de espinas! Yo quiero consagrarme al esplendor de mis contemporáneos y entregar mi obra á su justicia.

— Conságrate al esplendor de tus contemporáneos, pero no esperes otra cosa que tu sacrificio: esta corona que tejo



será para tí. ¿Vives, acaso, entre ángeles? Si todos llegan á ser poderosos, ¿querrán ser menos poderosos que tú? Si todos llegan á ser ricos, ¿querrán ser menos ricos que tú? Si todos llegan á ser famosos, ¿querrán ser menos glorificados que tú, patriota sin egoísmo? Conságrate, conságrate al esplendor de tus contemporáneos: es noble tarea y tus compañeros de la vida se aprovecharán de ella.

Hazlo sin tardanza, que bien pronto tendrás tu recompensa: esta corona que tejo será para tí.

FRANCISCO COBOS.

Buenos Aires.

---

## LIRA MÍSTICA

---

A ARTURO A. AMBROGI

Soy la lira gigante de cuerdas de oro  
que al ronco viento lanza sus ritornelos;  
en mí halla el sentimiento rico tesoro  
y las secretas ansias celestes vuelos.

¿Qué son ya los dolores, sino una nota?  
¿Qué los *modos* del alma, sino una escala?  
En mi armonioso imperio la vida flota  
cual sobre una invisible, vibrátil ala.

Yo soy la musa incógnita, en cuyo acento  
vibran extraños ritmos, raras cadencias  
que hasta las altitudes del pensamiento  
llevan el sueño informe de las conciencias.

El protoplasma impuro trueco en crisálidas  
y hago surgir del fiemo las mariposas,  
y al beso de mi aliento las almas pálidas  
florecen como místicas, vivientes rosas.

Hija de los ensueños y la armonía,  
flor de luz que el infando vulgo desdeña,  
soy el sagrado verbo, soy la Poesía,  
el arte que cincela, que esculpe y sueña.

ABRAHÁN Z. LÓPEZ PENHA.

Barranquilla (Colombia).



## TRANSMIGRACIÓN

— ¡Esto es inicuo!

— ¿Por qué?

— Vengo á cobrar el sombrero  
y me dice el majadero  
del criado, que no está usted.  
Grito fuerte; él grita más  
y me apostrofa; le insulto;  
él quiere írseme al bulto;  
yo levanto el palo...

— Y ¡zás!

me deja usted el cráneo roto  
de un golpe certero y rudo,  
cuando á averiguar acudo  
la causa del alboroto.

— La culpa es del fementido  
del sirviente, que mintió.

— Pues, lo crea usted ó no,  
el sirviente no ha mentado.

—Esto ya de burla pasa  
y me asombra su cinismo;  
¿cómo puede, á un tiempo mismo,  
estar... y no estar en casa?  
De argucias y sutilezas  
no entiendo.

—¡Ya se comprende!  
por lo visto, usted no entiende  
más que de romper cabezas.

—La cólera me cegó,  
y aunque usted me crea malo,  
siento haberle dado un palo.

—¡Hombre! más lo siento yo.

—En suma, usted estaba aquí.

—¡Ni estaba... ni estoy!

—¡Moler!

—¡Es que ha huído mi mujer  
y aún estoy... *fuera de mí!*

CASIMIRO PRIETO.

---

## EL SÁBADO DE GLORIA

---

Silencio melancólico y profundo  
reina bajo la gótica techumbre,  
donde los cirios su amarilla lumbre  
con resplandor esparcen moribundo...

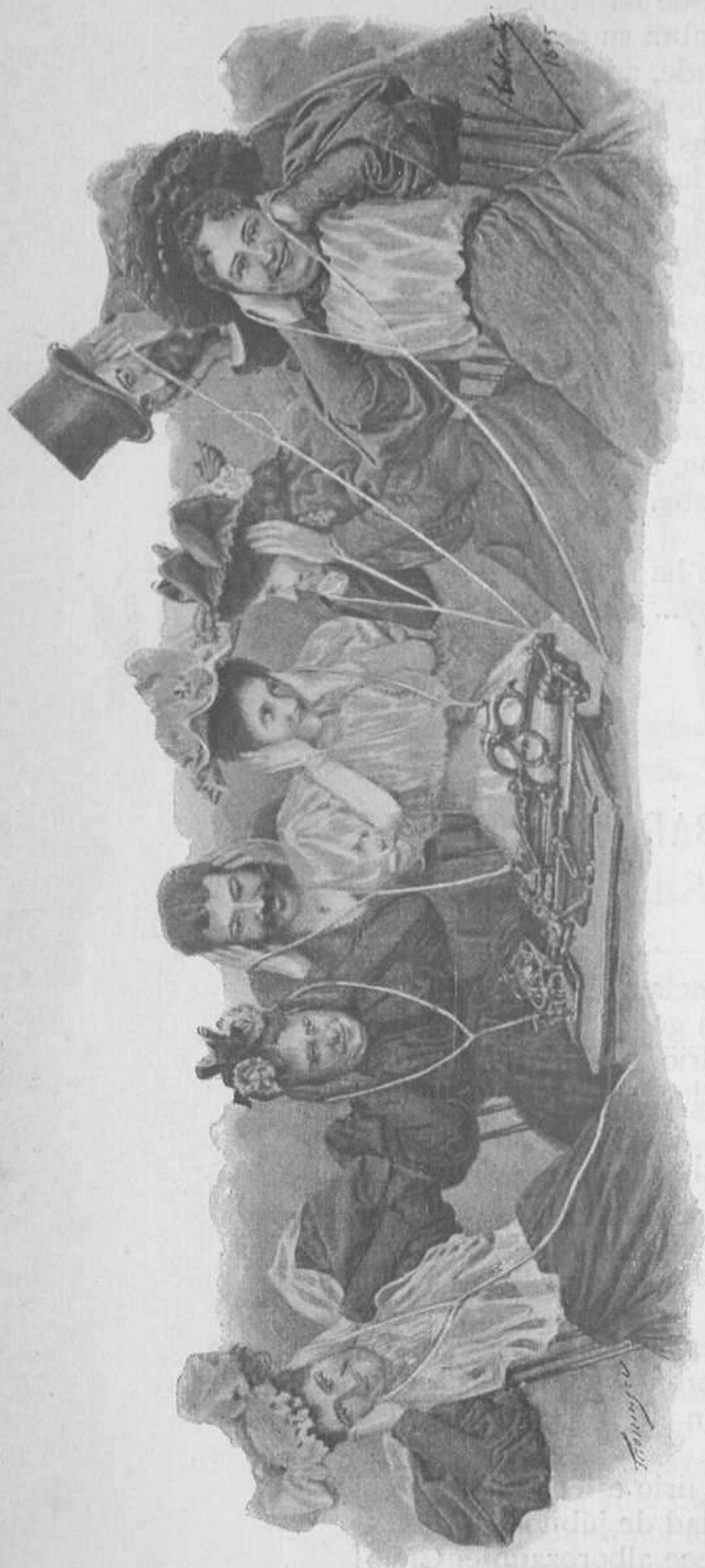
En la ancha nave, rezo gemebundo  
murmura la postrada muchedumbre:  
afuera, en congojosa pesadumbre,  
llorar parece al Hacedor el Mundo...

Mas de repente en gloria resucita:  
suenan los bronces en la torre, á vuelo,  
y aclamación elévase infinita:

Como un lirio oriental florece el suelo,  
la Humanidad de júbilo palpita  
y se estremece alborozado el Cielo!

NUMA POMPILIO LLONA.

Guayaquil.



## NOTA FONOGRAFICA

ESCRITA PARA EL FONÓGRAFO DEL PABELLÓN ARGENTINO, CON MOTIVO DE LAS FIESTAS DE NAVIDAD DE 1894

¡Buenos días, ó buenas tardes, ó buenas noches, ó lo que sea del caso! ¡Que Dios les conserve á ustedes, estimables oyentes, la vista, ó el estómago, ó el órgano, ó la víscera que ustedes aprecien más.

Bien han hecho ustedes en venir al Pabellón para gozar de aire puro, deleitar los oídos con buena música y alegrar la vista con esa *farra* endiablada que celebran los colores en las paredes del coqueto palacio, que recuerda nuestros triunfos exhibicionistas de París.

El ambiente horrendo de vuestras habitaciones, poblado por innumerables millones de micrococos, bacterias, micrófitos y demás protistas infinitamente pequeños, que invaden vuestros pulmones, para alojarse en vuestra sangre y descomponerla, encuentra su neutralización en las auras ozonadas de este hermoso sitio.

La música suaviza las ferocidades del egoísmo y aplaca las ansias de la codicia; esto, por supuesto, no reza con ustedes, estimables oyentes, porque ustedes ni son egoístas ni codiciosos, y al expresarme en tales términos, ha sido sólo para hacer una figura de retórica.

La susodicha baraúnda de los colores alegra el espíritu; el espíritu alegre ahuyenta las dispepsias y el estómago agradecido tiñe las mejillas de un hermoso color rosado, signo de salud.

De noche, la caritativa luz eléctrica protege las bellezas adobadas, porque no traiciona sus afeites, y beneficia las hermosuras frescas ó naturales, porque suaviza sus colores y subraya los rasgos de la expresión fisonómica. La pálida luz que se roba al cielo para aprisionarla en un arco voltaico, apaga los colores *guarangs* de la buena digestión y los sustituye por ese aspecto lánguido de los ayunos prolongados, que, á creer á los zonzos, es propio de la gente romántica. Si ustedes no opinan lo contrario, estimables oyentes, pueden creerme que la palidez tiene tanto que ver con el romanticismo ó el idealismo como el habitual mutismo con la prudencia. En mil casos, novecientas noventa y nueve veces el callado no habla por bruto, porque sospecha, y con razón, que si abre la boca ha de ser para soltar un *macanazo*, y en mil casos, novecientas noventa y nueve veces, el pálido tiene ese color por enfermo, ó por entregarse al vicio, ó porque posee una epidermis opaca que no trasluce la sangre, y no porque sueñe con ideales sublimes ó no sublimes.

Buenos Aires.

FRANCISCO LATZINA, para servir á ustedes.



REMONTANDO  
EL  
PARANÁ

A la gentil y distinguida señora  
HAYDÉE D. A. DE C. ROPES

Del ancho río de sagrado nombre  
que retrata florestas y arenales,  
donde arrancó el espíritu del hombre  
su vuelo á los espacios ideales,

Del Nilo vienes, de inmortal memoria;  
que asombrado escuchó, ó enternecido,  
de Moisés, al triunfar, himno de gloria,  
de Pompeyo, al caer, ¡ay! de vencido.

En esa tierra mísera de esclavos  
el sol de fuego caldeó tu cuna,  
mas eres de la raza de los bravos  
que tuvieron esclava á la fortuna.

Por eso, hija del Nilo, eres viajera  
que has bebido también el agua santa,  
á cuya margen yérguese, altanera,  
del Coliseo audaz la regia planta.

Sol y agua que la historia bendecía  
como genios tu cuna presidieron;

tu espíritu inundaron de armonía,  
y el arte y el amor alas te dieron.

De otros climas y edades compendiando  
lo grande y bello que el pasado encierra,  
avecilla gentil, pasas cantando,  
viajera de los cielos y la tierra!

Mas hoy que al porvenir tiendes el vuelo  
entre costas que visten de esmeralda,  
bajo este hermoso americano cielo,  
del Paraná sobre la fuerte espalda,

Sea tu noble espíritu, valiente,  
amoroso, y gentil, y delicado,  
nuevo lazo de unión en lo presente,  
entre este porvenir y aquel pasado.

El fuego del amor y el de la idea  
una vez más por tí llamen *hermana*  
en tierra americana á la europea,  
y en Europa á la tierra americana.

Viajeros somos que en la misma nave  
bogamos con la frente pensativa,  
con la inquietud efímera del ave,  
y siempre cielo arriba... cielo arriba!

Y así como la luna nacarada  
que platea las ondas de este río  
brilla también en tu ciudad sagrada,  
llena de majestad y señorío,

Así también donde hoy nos ilumina,  
en lugar de estas regias soledades,  
mañana alumbrará su luz mezquina  
estatuas, y palacios, y ciudades...

Y sus ruinas después. Como en otrora  
iluminó grandezas, hoy escombros;  
no cuida de la carga abrumadora  
que el mísero mortal lleva en sus hombros.

Carga de los dolores de la vida  
que el resumen serán de nuestro viaje,  
y va arrastrando el alma en su partida  
como lleva el viajero su equipaje.

Vapor es el planeta, y pasajeros  
somos de ese vapor; todos hermanos,  
como hoy, surcando el Paraná, sinceros,  
ya nos tendimos amistosas manos.

Y tú, que fuiste el lazo cariñoso  
que trabó entre nosotros la armonía,  
el puerto has merecido más dichoso  
á que arribar tu espíritu querría.

Y por lo bondadosa y hechicera

que Dios formarte en sus arcanos quiso,  
 ¡sea tu nuevo hogar tu dicha entera,  
 y esta tu nueva patria el paraíso!

CARLOS M. DE EGÓZCUE.

—♦♦♦—  
 RITMOS  
 —

Si tu nombre bendito procuro  
 borrar del cerebro,  
 y borrar de mis ojos tu imagen,  
 y borrar de mis labios tus besos,  
 con angustia miro,  
 con espanto veo,  
 que es mi amor como mar sin riberas,  
 lo mismo que el cielo.

Detrás de las olas  
 más verdes las olas se ven á lo lejos,  
 y la espuma es vanguardia de espumas  
 que agitan el yodo que hierve en su centro.  
 Detrás de los soles  
 hay soles sin término,  
 y de azul y de púrpura y de oro  
 se viste el enjambre de los universos.

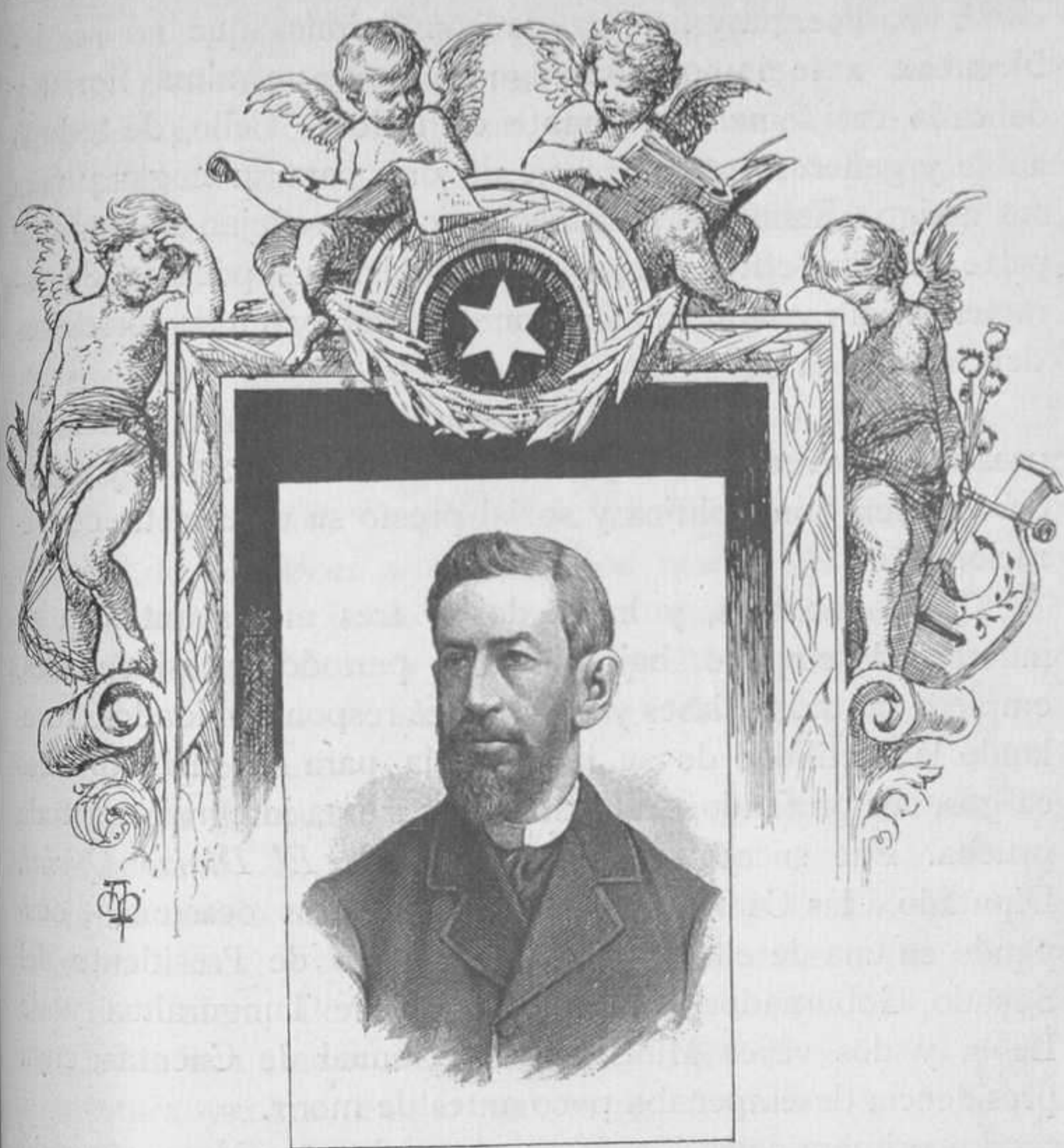
Las olas caminan detrás de las olas,  
 miriadas de soles hay tras los luceros,  
 y al recuerdo, que ansío negarte,  
 siguen infinitas ondas de recuerdos.

La idea me dice  
 con frases de fuego:  
 — « Cuando ya te encuentres  
 dormido en el féretro,  
 cada átomo tuyo,  
 cada fibra de esas que forman tu cuerpo,  
 aun después de libre  
 y unida á la ronda de los elementos,  
 del cariño tuyo guardará las huellas  
 mientras dure el tiempo,  
 ¡ como, roto el odre, sus pedazos guardan  
 el perfume suave del licor añejo! »

CARLOS ROXLÓ.

Buenos Aires, 1895.





## DON JUAN LEÓN MERA

Nació don Juan León Mera en la pintoresca ciudad de Ambato el 28 de Junio de 1832. No era, pues, viejo cuando el 13 de Diciembre pasado le sorprendió casi inesperadamente la muerte.

Los primeros años de su vida los pasó apaciblemente en las márgenes del río que baña su ciudad natal, y á la cual da su nombre. Jamás entró en escuela alguna, ni recibió más instrucción primaria que la que, huérfano de padre, pudo darle su buena madre. De escritor alguno con más razón ha podido decirse que fué hijo de sus propios esfuerzos.

A una energía y firmeza de convicciones que no se doblegaban ante imposición alguna, unía un alma tierna y delicada, casi femenina, amante de todo lo bello, de todo lo noble y generoso, un corazón de oro para su hogar y para sus amigos, hermosos sentimientos que se reflejan en la mayor parte de sus escritos, principalmente en sus poesías de carácter íntimo y familiar, que son muchas, y en su correspondencia privada.

Sus raras condiciones de carácter y de inteligencia no pasaron inadvertidas al famoso García Moreno, á cuya obra de regeneración política y social prestó su entusiasta cooperación.

Desde entonces, y hasta dos ó tres meses antes de su muerte, desempeñó, bajo distintos períodos presidenciales, empleos de todas clases y de grandes responsabilidades, revelando la ductilidad de su inteligencia para los más difíciles cargos, sus profundos conocimientos y una integridad á toda prueba. Fué sucesivamente redactor de *El Diario Oficial*, Diputado á las Cámaras legislativas en varias ocasiones, ocupando en una de ellas el altísimo puesto de Presidente del Senado, Gobernador de las provincias de Tungurahua y de León, y dos veces Ministro del Tribunal de Cuentas, cuya presidencia desempeñaba poco antes de morir.

La primera colección de poesías del señor Mera apareció en 1858, y luego vió la luz pública *La Virgen del Sol*, leyenda del género incásico, de la que hace cosa de cuatro años se hizo una nueva reimpresión en Barcelona. Siguiéron la leyenda titulada *Mazorra*, el libro de *Melodías indígenas* y multitud de composiciones sueltas que aparecieron en folletos, hojas sueltas y en las páginas de la *Revista ecuatoriana*, trabajos todos que demuestran la riqueza literaria del poeta.

Sus obras en prosa forman asimismo una numerosa serie, y eso que sólo una parte de ellas están coleccionadas. De esta enorme producción dispersa conocemos únicamente la que vió la luz en la *Revista ecuatoriana*.

Se distinguió, además, y de un modo muy notable, como crítico y como erudito, consagrando casi por entero su inteli-

gencia y su aplicación á la literatura patria. Todo su afán cifrólo en darla á conocer á sus propios paisanos, y más que á ellos todavía á los extranjeros, mostrándose en éste su propósito tan infatigable como en los restantes que llenaron su vida. A este fin obedeció su *Ojeada crítico-histórica sobre la poesía ecuatoriana*, que con los retoques y apéndices que le añadió en la última edición de Barcelona de 1893, constituye una verdadera historia del Parnaso de su patria desde sus orígenes hasta nuestros días.

Quédannos todavía por citar *La Historia de la Restauración en el Ecuador*, obra inédita, la *Escuela doméstica*, la colección de las *Obras selectas* de Sor Juana Inés de la Cruz, con una biografía y juicio crítico, y su serie de novelitas, tan celebradas por Valera, y que bien pudiéramos calificar de ejemplares, *Los novios de aldea*, *Entre dos tías y un tío*, *Por qué soy cristiano*, etc.

Por cima de todas sus obras en prosa de imaginación, se alza *Cumandá*, la novela hispanoamericana que más resonancia ha tenido fuera del Sud-América, después de la *María* de Jorge Isaacs, y que ha valido á su autor entusiastas encomios de Valera, Pereda, Alarcón y Menéndez Pelayo, los honores de una traducción alemana, y hasta los del plagio en la literatura yankee, en la cual corre entre la gente moza como obra original, sin otras modificaciones que los cambios de nombres indispensables.

Muchas ilustres sociedades del extranjero solicitaron su docto concurso y le enviaron el honorífico diploma de correspondal suyo, entre ellas las dos Reales Academias españolas de la Lengua y de la Historia, las de Buenas Letras de Barcelona y Sevilla, y otras de Bélgica, República Argentina, etc., etc.

Basta con lo dicho para que nuestros lectores se formen idea de la notable personalidad literaria, cuya desaparición lamentamos hoy cuantos amamos las glorias del rico Parnaso castellano, en cuyos dominios, por fortuna, todavía no se pone el sol.

## LA SALVE EN UNA ALQUERÍA



**E**L monte, no ha media hora,  
ocultó la gran lumbrera,  
cuyo fulgor de los cielos,  
huyendo va con presteza.

Tan sólo por las roturas  
de nubes pardas y negras,  
se ven espacios de nácar  
en que la luz reverbera,  
como si de ángeles fuesen  
pechos y frentes risueñas  
que un breve instante asomasen  
del Paraíso á las puertas.

A envolver de la montaña  
la mole se alzan las nieblas,  
cual si del frío nocturno  
pretendiesen defenderla.

El cierzo las alas bate  
por campiñas y praderas,  
y el humo de las cabañas  
en desparcir se recrea.

Con el cierzo y con la sombra  
el grave silencio llega,  
que con el dedo en los labios  
toda voz y ruido veda.

La creación enmudece  
perezosa y soñolienta;  
la noche triunfa; en su manto  
luce ya tal cual estrella.

Ya el tùmulo de la tarde  
cobijó manta funérea;  
la diosa que la ha extendido  
verterá llanto sobre ella.

¡Qué hora, qué sombra, qué calma!  
¡Qué tristeza en cielo y tierra!  
pero no tan brumadora  
como la que en mi alma impera.

La luz que hoy se fué del cielo  
mañana vendrá risueña,  
¡nunca jamás mi alegría,  
que no está ida, sino muerta!

De la alquería la casa  
puede divisarse apenas,  
como en un caos sombrío  
grupo de sombras más negras.

Bajo el alero de paja  
que cual flocadura cuelga,  
y suspiros imitando  
al soplo del viento suena,

los hijos de la desdicha,  
labriegos indios, se sientan,  
silenciosos cual las nubes  
que en los espacios vaguean.

Tosca cruz delante se alza  
sobre peana de piedra,  
símbolo de redención,  
mas también de humanas penas.

Al pie de la cruz, al viento  
la rugosa frente expuesta,  
un indio anciano se postra,  
pobre de ropa y de fuerzas.

Los demás, á ejemplo suyo,  
hincan la rodilla en tierra,  
y las frases repitiendo  
del viejo, devotos rezan.

Susurro de agua entre guijas  
la unísona voz semeja,  
ó al que hace al despedazarse  
de un molino entre las ruedas.

Luego los labios silencio  
de breves instantes sella,  
y después en pío canto  
las sonoras voces sueltan:

cantan la sencilla Salve,  
Salve de campos y aldeas,  
á la cual oído atento  
la Virgen sin duda presta:

«¡Salve, oh Hija de Dios Padre! (1)  
¡Salve Emperatriz del cielo,  
del Salvador virgen madre,  
del hombre guía y consuelo!  
¡Salve, refugio seguro  
de míseros pecadores,

(1) Los conceptos y las frases de estas cuartetas son los mismos de la *Salve* que cantan nuestros indios en el campo. El autor ha visto muchas veces la escena que describe.

contra tentaciones muro,  
remedio á nuestros dolores!

¡Salve, Estrella matutina  
de incomparable belleza!

¡Salve, Azucena divina  
de castidad y pureza!

¡Salve, de gracias tesoro,  
claro espejo de justicia,  
de los cielos puerta de oro,  
de los ángeles delicia!»

Silvestres son los acentos,  
desigual es la cadencia,  
pero ¡ah! ¡qué conmovedora  
de ese canto la tristeza!

Ni de tórtola el lamento,  
ni el de huérfana ovejuela,  
ni el grave rumor del río  
allá en su lecho de piedras;

ni la vaga voz del cierzo  
entre ramas y hojas secas:  
nada á esas tétricas notas  
hay que compararse pueda:

son gritos del infortunio,  
son ayes de la miseria,  
que en nuestros campos y montes  
há más de tres siglos suenan:

salutación del dolor  
á quien del dolor fué reina,  
por el mundo coronada  
del Calvario en la eminencia.

—  
¿Queréis algo más profundo  
y de acción muy más intensa  
que aquella melancolía  
de la Salve de la aldea?

Hallar lo podréis acaso  
en las regiones internas  
del ser que en el mundo vive,  
porque á vivir se le fuerza;

¡ay! sí: en el alma buscadlo  
mal avenida en la tierra;  
en el alma que comprende  
más que otras su suerte adversa;  
que siente más que otras almas,  
que más que otras almas piensa,  
que ama cual no ama ninguna,

que cual ninguna desea;  
 que un rastro de luz siguiendo  
 hacia otro mundo se eleva,  
 donde la patria columbra  
 en cuyas delicias sueña;  
 pero luego, como el ave  
 en cordel infame presa,  
 cae al suelo, do la aguardan  
 centuplicadas miserias:  
 buscad, buscad la inaudita,  
 la inenarrable tristeza  
 en el alma solitaria  
 que en su destierro lamenta;  
 en el alma que amontona  
 sólo para otras riqueza,  
 que á otras sus panales dando  
 apura el acíbar ella;  
 en el alma que de ardientes  
 cantares el mundo llena,  
 en tanto para ella el mundo  
 hielo de desdén reserva;  
 buscadla en el misterioso  
 ser, de afectos raros mezcla,  
 mas de Dios obra sublime—  
 ¡en el alma del poeta!

JUAN LEÓN MERA.

Abril 10 de 1886, al pie de los Andes.

---

## EN EL ABANICO DE LÍA

---

Puso la noche en tus ojos  
 la tiniebla y el misterio,  
 su inmensidad el espacio,  
 sus resplandores el cielo,  
 su timidez la inocencia,  
 el corazón sus ensueños,  
 el paraíso del alma  
 penas, nostalgias, recuerdos,  
 el amor, afán, ternura,  
 llamas, caricias y besos...  
 y yo, vida mía, puse  
 toda mi esperanza en ellos.

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

4 de Mayo de 1895.

## LOS TERREMOTOS DE SAN JUAN



— ¿Conque estuvo usted en San Juan cuando el terremoto, Soto?  
¿y qué es eso?

— ¿Un *te-remoto*?  
¡casi, casi un *te-dansant*!

## EPIGRAMA

— ¿Usted aquí?

— Sí, monona...

— ¿Y su mujer?

— De paseo  
con el dichoso primito,  
y pues en vano protesto  
y ella se va por un lado...

¿qué he de hacer? yo aquí *me vengo*.





## MIEDOS

**L** salón estaba obscuro, muy obscuro. Los espejos cegados por la obscuridad no reflejaban en sus colosales pupilas los buques chinos de marfil, los dorados muebles, las sedosas cortinas ni las caprichosas licoreras y chucherías que adornaban los chineros.

En la puerta del salón, como dos ujieres medioevales, estaban reflexionando, de pie sobre sus pedestales de mármol, envueltos en la gasa intangible de las tinieblas, Dante, en su actitud hierática, con el dedo sobre los labios, y Petrarca recostado sobre su lira. La araña, como una inmensa plomada de cristal, se descolgaba largamente del techo, y cada vez que un carruaje estremecía el salón con su escandaloso rodar sobre las piedras de la calle, interrumpía el silencio con el tintineo de sus prismas sonoros. El riquísimo Pleyel, abierta su boca de madera, reía sin ruido haciendo jugar sobre su larga hilera de dientes ese átomo de luz que siempre existe disuelto en toda obscuridad. Parecía una inmensa cabeza de hotentote risueño. Lejanos relojes daban campanadas cuyos ecos se colaban por las junturas de puertas y ventanas, y resbalando sobre la alfombra de Bruselas iban á perderse en las demás habitaciones. Luego... nuevamente el silencio.

Dieron las tres, y una de las puertas se entreabrió y penetró en el salón una sombra, lentamente, arrastrándose como

un gnomo curioso que camina con precaución para no hacer ruido. Subió al piano, y caminando sobre el teclado, produjo una escala imperfecta. Probablemente le disgustó al gnomo su poca disposición para la música, porque inmediatamente se alejó y fué á esconderse á uno de los sillones.

Poco después se estremeció el aire encajonado del salón con unos ruidos extraños que venían del sitio en que se había ocultado el gnomo: un frou frou constante y desesperado, sollozos ahogados, gritos de dolor que se revolvían en un gruñido sordo. Se hubiera creído que el gnomo, herido de muerte, se revolcaba sobre la seda en una agonía lenta y dolorosa.

Dante hundió su mirada de águila en la obscuridad y Petrarca levantó la cabeza; pero no se veía nada. El sillón estaba á sus espaldas, y en la imposibilidad de ver, volvieron á su actitud meditabunda.

En la habitación contigua una muchacha, rubia como los trigos, estaba en un lecho adornado con angelitos, temblando de miedo. Se despertó á los gritos del piano mortificado con las pisadas del gnomo.

— ¡Oh, Dios mío! pensó; ¡ladrones!

Y se quedó fría, inmóvil, conteniendo la respiración, sin atreverse á hacer el menor movimiento para no atraer la atención de los ladrones. ¡Si se movía, la matarían para que no avisase!

De pronto llegó á sus oídos un prolongado gemido, extra-humano, como los que la imaginación popular supone que salen de los *labios* de las almas en pena. La muchacha se estremeció, presa de indecible espanto; quiso gritar:

— ¡Abuela, abuela .. luz... están penando en el salón!

Pero se le ahogó la voz, movió los labios; mas la lengua ni la garganta quisieron obedecerla. Con los cabellos erizados y los ojos desmesuradamente abiertos, esperaba á cada segundo sentir la impresión de frialdad de una calavera que se acostara sobre su misma almohada; veía en el aire canillas que se cruzaban, largas túnicas por cuyas mangas voladas salían brazos y manos óseas. Aterrorizada se tapó la cabeza

y se estuvo así, escuchando gemidos y rodeada de horribles visiones, hasta que por el tejido de la sobrecama vió colarse un estirado rayito de luz matinal como un alambre de oro.

Eran las seis de la mañana. Se destapó medrosa aún, pero poco á poco se tranquilizó: de día las ánimas en pena vuelven al cementerio. A las siete su abuela, una viejecita de andar ligero á pesar de sus setenta años, estaba ya levantada y caminando por toda la casa.

—Buenos días, hija, ¡á levantarse!

—Buenos días, abuelita, contestó la linda rubia, besando la mano de la anciana.

Tenía la muchacha quince años y unos labios frescos y rosados, bajo los que había una nidada simétrica de perlas. Sus senos virginales, duros y redondos, comenzaban á darla aspecto de mujer y levemente levantaban la alba camisa de dormir, menos blanca que su piel suavísima. El miedo y el insomnio de la pasada noche habían dejado una línea azulada bajo sus rasgados ojos de cielo. La abuela notó las ojeras de la doncella y se lo dijo; ella iba á referirla lo de las penas, pero se contuvo: sabía que su abuela se reiría de sus miedos y no la creería...

Levantóse, y después de bañarse, entró en el salón á repasar una lección de piano...

El salón estaba claro, muy claro. Grandes haces de luz se precipitaban por las ventanas teatinas en el afán de penetrar todos á la vez. Luego se desbandaban sobre los muebles haciendo brillar la seda. Los espejos se hacían todos ojos y, ansiosos de ver, reflejaban en las lunas venecianas los buques chinos, las mesas, las chucherías que llenaban los chineros, todo, todo cuanto podía caber en sus colosales pupilas. Dante, bañado en esa inundación de luz que daba tintes y brillos amarillentos á su gran túnica de bronce, continuaba en su actitud hierática, con el índice recostado en su labio inferior, y Petrarca se preparaba á tañer la lira. Sobre los cuadros de

las paredes, sobre las alfombras y los muebles celebraban la fiesta de la luz, la apoteosis del Sol, una infinidad de espectrillos solares despedidos de los irisados prismas de la araña, que revoloteaban inquietos como alegres pajecillos de Febo vestidos con túnicas policrómicas, en tanto que el piano con la risa congelada dejaba jugar francamente sobre sus dientes de marfil la luz que se precipitaba de las ventanas...

Entró la rubia con la cabecita despeinada y húmeda, de la que caía sobre sus espaldas una muda catarata de oro. Había olvidado ya sus terrores y sólo pensaba en repasar su lección: una linda melodía de Godefroy, que debía saber á las once, cuando viniera el profesor. Se sentó en el banquillo de altura variable, recorrió el teclado y comenzó á brotar del marfil un raudal de armonías encantadoras. ¡Oh! el hotentote estaba contentísimo, y al sentir la caricia de esos blancos dedos diminutos y ágiles rompía en la más melodiosa de sus risas.

— ¡Miau! ¡miau! oyó la rubia á sus espaldas, y giró rápidamente; luego dió un grito de repugnancia y sorpresa y corrió gritando:

— ¡Abuela, abuela, venga usted á ver!...

Sobre el sillón estaba echada una gata dirigiendo á todas partes la mirada de sus redondos ojazos amarillos. Tres gatitos con los ojos cerrados, grises, cabezones, estaban prendidos por el hociquillo rosáceo de las hinchadas ubres de la Mirriña.

Regresó la rubia con su abuela y una sirvienta. La señora refunfuñó, riñó á la Mirriña por sucia y sin vergüenza, como si la gata pudiera comprenderla; la amenazó con arrojarle los hijos á la alcantarilla, y á punto seguido la buena viejecita ordenó á la sirvienta que la llevara á otro cuarto, con sillón y todo, para que no se maltrataran los hijuelos. El lujoso asiento de valiosa seda y talladuras trabajosas sirvió en adelante de lecho mullido á la Mirriña.

Siguió la doncella tocando su melodía de Godefroy, después del incidente. De pronto, la idea de la gata se asoció al

recuerdo de las penas y terrores que no la dejaron dormir: entonces se sonrió, y dos hileras de perlas se reflejaron en la charolada caja del piano...

CLEMENTE PALMA.

Lima.




---

## EL TORERO

---

Tez morena, encendida por la navaja,  
pecho alzado de eunuco, talle que aprieta  
verde faja de seda, bajo chaqueta  
fulgurante de oro, cual rica alhaja.

Como víbora negra que un muro baja  
y á mitad del camino se enrosca quieta,  
aparece en su nuca fina coleta  
trenzada por los dedos de amante maja.

Mientras aguarda oculto tras un escaño,  
y cubierta la espada con rojo paño  
que, mugiendo, á la arena se lance el toro,

sueña en trocar la plaza febricitante  
en purpúreo torrente de sangre humeante  
donde quiebre el Ocaso sus flechas de oro.

JULIÁN DEL CASAL.

Habana.

## UN DILETANTE



TP

—¿Aún nos sigue el tal cantante?  
 ¡mujer, ponle mal semblante!...  
 ¡diablo! ¡ni omite el *racconto*!  
 —Debe ser un diletante...  
 —¿Dile-tante? ¡dile tonto!

— DIC —

## PRETÉRITAS

Es así ¡oh dulce amada!  
 así que te contemplo,  
 en las horas de amor de nuestras citas,  
 esas citas de amor que aún son... un sueño.

Así: el semblante pálido,  
 bajo el negro dosel de tus cabellos,  
 con el calor ardiente de la grana  
 dejado en tus mejillas por mis besos!

GUILLERMO P. RODRÍGUEZ.

Montevideo.

## EN LOS TOLDOS

## EL CACIQUE Y LA FAVORITA

(FRAGMENTO DE UNA LEYENDA INÉDITA)

Reclina, kuná, tu frente (1)  
sobre mí,  
aquí corre fresco ambiente  
y el grato aroma se siente  
de las cuchillas aquí.  
Reposa, bella cautiva,  
delicada sensitiva  
en brazos de Alborebí,  
que te ama con ansia ardiente;  
reclina, kuná, tu frente  
sobre mí.

—  
Flor de ceibo perfumada,  
roja flor,  
son tus labios, mi adorada,  
como nido en la enramada  
lentos de suave calor.  
Y es el murmullo del río  
en las noches del estío,  
el acento seductor  
de tu boca enamorada,  
flor de ceibo perfumada,  
roja flor.

—  
Si tus ojos son ardiente  
resplandor,  
tu pupila es transparente  
como el agua de la fuente  
de clarísimo color.  
¿Quién no goza en tu mirada,  
quién, al verte, dulce amada,  
no suspira por tu amor  
y cautivo no se siente,  
si tus ojos son ardiente  
resplandor?

—  
Las cristianas hechiceras  
del aduar,  
cual calandrias prisioneras,

(1) *Kuná* ó *kuñá* significa mujer, favorita, en guaraní.

van cantando lastimeras  
 su infortunio y su pesar.  
 El cacique no las mira,  
 por tu amor, kuná, delira  
 y á tí sólo quiere amar,  
 aunque vivan plañideras  
 las cristianas hechiceras  
 del aduar.

—  
 El altivo y afamado  
 paladín,  
 que aún de sangre salpicado  
 vuelve al toldo, coronado  
 de laureles y botín,  
 no encarece tu belleza;  
 y no dobla su cabeza,  
 blanca flor de mi jardín,  
 cuando pasa por tu lado,  
 el altivo y afamado  
 paladín?

—  
 Cuando vierta su armonía  
 el tuyú (1)  
 estaremos, garza mía,  
 en la verde selva umbría  
 bajo el fresco guaviyú,  
 y en la hamaca columpiados,  
 yo en tus brazos regalados  
 y sobre mi seno tú,  
 al ardiente mediodía,  
 cuando vierta su armonía  
 el tuyú.

—  
 ¿Qué más quieres, mi cristiana,  
 para tí,  
 si tu frente se engalana  
 con la pluma soberana  
 del cacique Alborebí?  
 Tienes perlas y collares,  
 ricas telas á millares,  
 que en la lucha conseguí  
 entre sangre castellana;  
 ¿qué más quieres, mi cristiana,  
 para tí?...

WASHINGTON P. BERMÚDEZ.

Montevideo.

(1) *Tuyú*, ave de dulce canto, parecida al canario.





# Sr. D. Manuel Gutiérrez Nájera

EMINENTE POETA MEJICANO

## MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

Suspenso el ánimo, oprimido el corazón, prestos á brotar del pecho la acción de gracias ó el airado apóstrofe, hemos seguido las peripecias de la ominosa lid que ha terminado por una victoria más para la muerte. ¡Y qué victoria! ¡Dejar sin alegría y sin ventura un hogar riente y feliz; sumir la patria en duelo, á la poesía en honda pena, al arte excelso vertiendo amargo lloro, á todo lo noble, grande y bello tocado de dolor!

Muerto está el poeta que más voluptuosamente cantó la vida; inerte el artista que jamás quitó sus ojos de los hechizos de la naturaleza; silente el pensador que más risueño buscó entre brumas la verdad ignota; frío el corazón que más calor tuvo para amar cuanto es amable en lo animado de la tierra y en lo ideal de los cielos.

Joven, entusiasta, soñador, era como un hijo de la Esperanza. Vivía haciendo luz como un sol, ó esparciendo colores como el iris. Su bella alma no conoció jamás la tiniebla de la noche. Viajaba ella siempre por lo azul estrellado é infinito, y de allá traía á la tierra aquellas estrofas divinas, aquellos cantos inimitables, aquel polvillo de astros con que esmaltaba las joyas de su pensamiento y la primorosa orfebrería de su imaginación. Él oyó y puso en dulces estancias y en vibrante estilo la música misteriosa de los orbes, las notas delicadas en que se dice su amor el Universo; la sinfonía eterna y sublime de cuanto brota, crece, siente y se desposa en los senos maternales de la adorable naturaleza.

En esta desgracia no hay quién recoja los tristes tributos del pésame. Todos somos doloridos, todos deudos amantísimos del hombre grande é ilustre. No hay privilegiados de mayor dolor en este duelo de las letras, de los afectos, del patriotismo, de la civilización y del orgullo de Méjico y de América.

¡Ah! sí que los hay. Aquellos seres para quienes no es el poeta glorioso ni el escritor egregio quien ha desaparecido, sino el compañero y padre, el centro de amor á cuyo derredor revoloteaban sus almas.

Las letras mejicanas preparan fúnebres homenajes á la memoria de Gutiérrez Nájera, en los que oficiarán las Artes doloridas.

Si en esos actos de familia cabe un extraño, un triste enamorado del gran poeta, hágasenos sitio en la última fila de los inconsolables, que allá va nuestro espíritu disuelto en nuestras lágrimas.

N. BOLET PERAZA.

Nueva York, 1.º de Marzo de 1895.

---

## LA SERENATA DE SCHÜBERT

---

¡Oh, qué dulce canción! Límpida brota  
esparciendo sus blandas armonías,  
y parece que lleva en cada nota  
muchas tristezas y ternuras mías!

¡Así hablara mi alma... si pudiera!  
¡Así, dentro del seno,  
se quejan, nunca oídos mis dolores!  
Así, en mis luchas, de congoja lleno,  
digo á la vida: «¡Déjame ser bueno!»  
¡Así sollozan todos mis amores!

¿De quién es esa voz? Parece alzarse  
junto del lago azul, en noche quieta,  
subir por el espacio y desgranarse  
al tocar el cristal de la ventana  
que entreabre la novia del poeta...  
¿No la oís como dice: «Hasta mañana»?

«¡Hasta mañana, amor!» el bosque espeso  
cruza, cantando, el venturoso amante,  
y el eco vago de su voz distante  
decir parece: «¡Hasta mañana, beso!»

¿Por qué es preciso que la dicha acabe?  
¿Por qué la novia queda en la ventana,

y á la nota que dice: «¡hasta mañana!»  
el corazón responde: «quién lo sabe?»

¡Cuántos cisnes jugando en la laguna!  
¡Qué azules brincan las traviesas olas!  
en el sereno ambiente ¡cuánta luna!  
mas las almas ¡qué tristes y qué solas!

En las ondas de plata  
de la atmósfera tibia y transparente  
como la Ofelia náufraga y doliente,  
va flotando la tierna serenata!...

Hay ternura y dolor en ese canto,  
y tiene esa amorosa despedida  
la transparencia nítida del llanto  
y la inmensa tristeza de la vida!

¿Qué tienen esas notas? ¿por qué lloran?  
Parecen ilusiones que se alejan...  
¡Sueños amantes que piedad imploran  
y como niños huérfanos se quejan!

Bien sabe el trovador cuán inhumana  
para todos los buenos es la suerte...  
que la dicha es de ayer... y que «mañana»  
es el dolor, la obscuridad, la muerte.

El alma se compunge y se estremece  
al oír esas notas sollozadas...  
¡Sentimos, recordamos, y parece  
que surgen muchas cosas olvidadas!

. . . . .

¡Un peinador muy blanco y un piano,  
noche de luna y de silencio afuera...  
un volumen de versos en mi mano  
y en el aire y en todo primavera!

¡Qué olor de rosas frescas en la alfombra!  
¡qué claridad de luna! ¡qué reflejos!  
¡Cuántos besos dormidos en la sombra,  
y la muerte, la pálida, qué lejos!

En torno al velador, niños jugando...  
la anciana, que en silencio nos veía,  
Schúbert en tu piano sollozando,  
y en mi libro Musset con su «Lucía.»

¡Cuántos sueños en mi alma y en tu alma!  
¡cuántos hermosos versos! ¡cuántas flores!  
En tu hogar apacible ¡cuánta calma!  
y en mi pecho ¡qué inmensa sed de amores!

¡Y todo ya muy lejos! ¡todo ido!  
 ¿En dónde está la rubia soñadora?  
 ¡Hay muchas aves muertas en el nido,  
 y vierte muchas lágrimas la aurora!

Todo lo vuelvo á ver... ¡pero no existe!  
 todo ha pasado ahora... ¡y no lo creo!



¡todo está silencioso, todo triste...  
 y todo alegre, como entonces, veo!

Esta es la casa... ¡su ventana aquélla!  
 ése, el sillón en que bordar solía...  
 la reja verde... y la apacible estrella  
 que mis nocturnas pláticas oía!

Bajo el cedro robusto y arrogante,  
que allí domina la calleja obscura,  
por la primera vez y palpitante  
estreché con mis brazos su cintura!

¡Todo presente en mi memoria queda!  
¡la casa blanca y el follaje espeso,  
el lago azul... el huerto... la arboleda,  
donde nos dimos, sin pensarlo, un besol

Y te busco, cual antes te buscaba,  
y me parece oírte entre las flores,  
cuando la arena del jardín rozaba  
el percal de tus blancos peinadores!

¡Y nada existe ya! Calló el piano...  
cerraste, virgencita, la ventana...  
y oprimiendo tu mano con mi mano,  
me dijiste también: «¡Hasta mañana!»

¡Hasta mañana!... Y el amor risueño,  
no pudo en tu camino detenerte!...  
y lo que tú pensaste que era sueño,  
fué sueño, ¡pero inmenso! ¡el de la muerte!

¡Ya nunca volverás, noche de plata,  
ni unirán en mi alma su armonía,  
Schúbert, con su doliente «serenata»  
y el pálido Musset con su «Lucía!»

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

Méjico.



## DE BALCÓN Á BALCÓN

- ¿Qué tiene usted en la cara?  
— Una erupción... cosa leve.  
— ¿Y á salir usted se atreve  
con esa figura rara?  
— ¡Y lo pregunta usted, Sara!  
¿cómo perder la ocasión  
de ver á usted en el balcón,  
si estoy, cual otro don Juan,  
por usted hecho un volcán?  
— Verdad: en plena *erupción*.

CASIMIRO PRIETO.

# LAS ANTIPARRAS DE UN ESCRIBANO

—  
TRADICIÓN

A ABRAHÁN Z. LÓPEZ PENHA

## I

Tiempos de la ruda en maceta eran aquellos en que se cultivaba la honradez á campo raso y, con todo, hubo un escribano cuyas antiparras dejaron *archivada* la fe pública.

Y vaya la tradición con haches y erres para corrección de propios y extraños.

Era el año 1721. Campeaba en la ciudad del Cuzco un notario mayor, de nombre Juan de la Cruz y de apellido Sahuaraura, no sé si pariente del prójimo, su colomboño, que después de 1884 servía el despacho de fe pública en la ciudad de Sicuani.

Juan de la Cruz, recién advenido al oficio, escribano flamantito, dióla de escrupuloso, puntual, pundonoroso y demás comas que hacen respetables á los hombres, pero que así hablan de lo que se llama el *cedacito nuevo*, como no dejan, en el día, tela para vestir un San Benito, ni, mucho menos, abren gotera de metal acuñado.

Cierto día le entró el comején de la codicia, y la uña de Judas rascó el corazón del hombre por mano de un rematista de sisa de Chilques; y así, antaño pasó en pellejo de escribano lo que hogaño se repite en estómago de mandatario.

Parece increíble la influencia que en nuestros días ha venido á ejercer la mesa. La elocuencia del padre Torres ha sido trocada con la de los banquetes para asegurarse la estimación de los que, en grande ó en pequeño, manejan el bastón de la autoridad, que, sea dicho de paso y en puridad de experiencia, ya no es tampoco la vara del Patriarca para dar azucenas sino la penca que produce abrojos.

Y bien. Era preciso que el escribano de este cuento firmase y sellase un protocolo sin ver las letras para no enterarse del contenido, y como el escribano tenía ojos, el interesado creyó prudente asegurarse de que ellos no vieses. El tal rematista mandó fabricar un par de antiparras de oro bruñido con dos solitarios de brillantes que lucían como grandes pupilas en ojos parleros y picarones. Con esta valiosa prenda se encaminó á la notaría de Sahuaraura.

Que el rematista supo acomodarse para traer á tela de codicia las antiparras, está muy claro, porque el escribano al calárselas declaró, con sorna sobreentendida, que aumentaban la visual de tal manera que era capaz de ver las orillas del río Apurímac donde vuelan moscas de cuatro patas. En tal momento el rematista presentó el protocolo, diciéndole:

— Es de estas antiparras que vuesa señoría necesita para los arduos trabajos de la escribanía.

Nuestro hombre quedó convencido y estampó una cruz y una rúbrica más larga que la de don Agustín Álvarez Sánchez Pérez de Caria González Ferreti Andino Moreno Mérida y Wite, autor de un tratadito de veterinaria que tal vez hayan tenido ocasión de hojear los lectores del ALMANAQUE de Prieto.

## II

¡Quién lo creyera!

El brazo del enemigo debió trabajar, pues desde aquella fecha es fama que no pocos escribanos miran á través de grueso *crystal* metálico que aumenta las proporciones de la fe, que reparten con más abundancia que bendiciones de obispo.

Lo peor del caso es, todavía, que las antiparras del escribano han dejado descendencia numerosa, cayendo sobre los ojos de los que más claro debían ver en materia de administración y de justicia pública, conservándose la moda por más que los croniqueros protesten y griten.

CLORINDA MATTO DE TURNER.

Lima.





## LA GITANA

(DE APELES MESTRES)

Segando van el trigo  
 los segadores,  
 uniendo sus cantares  
 á sus labores,  
 cierta mañana  
 mientras cruzando el campo  
 va una gitana.

Como entre ellas es uso  
 corriente y fijo,  
 lleva ésta, dentro el saco,  
 cargado á su hijo,  
 que el cuello estira  
 risueño y sus miradas  
 en torno gira.

Y así á su madre dice,  
con voz de grillo,  
señalando los campos  
y el amarillo  
trigo segado  
que aquí y allí se encuentra  
ya agavillado:

— Todos sus campos siegan  
menos nosotros,  
¿por qué no hacemos, madre,  
como los otros;  
por qué no vamos  
y cual los segadores  
no agavillamos? —

Y su madre responde:

— Mira, hijo mío,  
todo cuanto contemplas  
del monte al río  
nos pertenece,  
tu dote es todo cuanto  
de aquí aparece;

Deja que ahora cosechen  
los hacendados,  
y que á dormir se vayan  
muy descuidados;  
luego vendremos,  
si te place esta noche,  
y espigaremos...

J. T. MERA.



## LA NEGRA MICA

(FRAGMENTO DE UN LIBRO INÉDITO)

### VI

Cuando Carlos y Juanita fueron á dar á los demás niños la noticia de la licencia para salir de paseo por las calles del pueblecillo, una gritería infernal de alborozo se levantó de la turba, la cual se alejó de carrera dando vivas á todo el mundo, como que ellos podían derrocharlos sin miedo. La luna había convertido en día la noche, y los menores detalles del suelo eran patentes, y así aquellos diablos sueltos pudieron correr, brincar y tumbarse de cabeza sin riesgo sobre la blanda y limpia alfombra de arena de los vastos callejones.

— ¡A hacerle una visita á mama Mica! fué la voz de orden.

Y encadenados de las manos y cantando en coro, en mezcolanzas imposibles, las alabanzas del Niño Jesús con los primeros versos del Himno Nacional, se alejaron derramando sobre la silenciosa aldea torrentes de alegría y de gracia. A la bulla se ponían en movimiento las gentes labradoras, disponiéndose á recibir con agasajos á los amitos, sabiendo muy bien que nunca despreciaban regalos si habían de ser para el paladar. A cada rancho donde llegaban de paso, canturreaban saludos y bromas á los viejos y se resistían con todo heroísmo á las invitaciones de pasar adelante y de servirse de sus golosinas, porque tenían resuelto llevar el ataque devastador á la casa de mama Mica, la negra contemporánea de la abuela, pero de pura sangre indígena y sin una cana en el bosque de pelo de su cabeza motosa. Seguro era que la mulata estaría ya durmiendo á pierna tendida sobre su catre de cañizo, en medio del patio y á la plena luz de la luna, que brillaría reflejada en el azabache de su cara de

escoria, y los pilluelos forjaban las travesuras con que la obligarían á levantarse y hacer los honores de la casa. Pero la pícara negra era de esas que hacen una apuesta peliaguda al diablo y se la ganan, y aquella noche estaba en su palacio de *quincha*, de gran *perungundin* y boda con mozos y muchachas de las cercanías, todos gente de la servidumbre agrícola, arrendatarios de las fincas ó peones de confianza. El gustazo que se dió al ver la cadena de los chicos empezando á entrar por su tranquera, ó sea, un vestíbulo embovedado de parras, no es para descrito. Saltó de la silla de baqueta, desde donde presidía la fiesta, y se fué dando gritos de alegría á recibir á los numerosos visitantes, quienes, al ver tanta gente reunida y oír preludios de guitarras, hicieron un receloso ¡alto! para dar la vuelta; pero la Mica no se lo permitió, porque con mimos, caricias y dicharachos de buen humor les hizo entrar y sentarse en la rueda, para que viesen el baile.

Cada uno se apropiaba el huésped de su predilección, reclamándolo como á cosa propia. Aquellas gentes, contentas porque el trabajo y los frutos les rendían buena ganancia, se pusieron tan alegres con la inesperada visita, que ya no pudieron resistir más y pidieron á la vieja que soltase la casa por la ventana, aunque allí no había ni una ni otra cosa; el caso era pagar lo mejor posible el cariño de los amos. Las mujeres se desparramaron por la hortaliza y el jardín á recoger meloncitos de olor y ramos de albahaca, los dos obsequios predilectos del amor aldeano; y cuando el alboroto de la sorpresa y los primeros alhagos se concluyeron, comenzaron de nuevo las guitarras á bordonear preludiando aires que en la clarísima noche se difundían sonriendo sobre la ráfaga olorosa de los sembradíos y viñedos.

A Carlos se le hizo un gran recibimiento; los hombres se lo disputaban, las mozas le dirigían requiebros, y sin reparo alguno — ¡qué habían de tenerlo con él! — le abrazaban á más y mejor. La Mica, sacada de su poltrona de cuero por el deber de dueña de casa, andaba por ahí, farol en mano, bajo el parrón reservado, eligiendo los mejores racimos, y luego en la despensa los macitos y cuanta cosa podía ofrecer

á los muchachos de agradable é inofensivo; los años se le fueron de encima como por obra de encantamiento, y era la que más removía el cotarro con risas, bromas y aplausos á los bailarines. Hizo sentar á su lado al «niño Carlito» y á la novia, y con toda picardía le obsequió á la vista de Juanita con un par de uvas gemelas, *amichas*, como por allí se las llama, simbolizando la unión que toda la gente de la hacienda tenía como cosa mandada por la Virgen.

— ¡Bailen! ¡bailen! ¡á la salud de los amitos! gritaba la negra con su voz chillona. Y ella misma indicó la pareja que mejor supiese desempeñarse en una chacarera, y sin poder aguantarse callada, se puso á acompañar á los que cantaban la copla:

Chacarera de mi vida,  
chacarera de mi amor, etc.

metía bulla con las manos, palmoteando al compás de la música y con exclamaciones de aprobación á cada vuelta graciosa que daba alguno de los danzantes. Estaba la negra Mica hecha el mismo demonio de puro gusto; habríase dicho que los niños le hubiesen traído savia juvenil realizando el milagro de Fausto sin brujería, aparte de que, nacida en aquella tierra, parecía como si los años la pasasen de uno por diez, engañando á ese implacable contador que se llama el tiempo.

A ratos se bailaba y á ratos convertíase la reunión en torneo lírico, porque los hombres, las chinitas y la vieja se empeñaban en dedicar á cada uno de los niños una canción perfumada de flores silvestres é impregnada de sencillo y rústico amor; las palabras, toscas y desaliñadas expresaban siempre algún dulce afecto, y á fuerza de ser naturales é ingenuas tenían un encanto irresistible. Por aquel entonces gozaba de asombrosa popularidad en aquel pedazo de tierra bendito de Dios, la Dolores, nieta de la Mica, como cantora en la guitarra de cosas muy elevadas con que muchas veces solía deleitar á los señores en sus tertulias nocturnas; ella sabía unas historias tristes, de palabras *escrebidas*, conservadas en su excelente memoria, y cuya procedencia nadie podría averiguar, pero sí que no eran del lugarejo. Fué uná-

nime la votación para que la guitarra pasase á manos de la cantante renombrada, que se estuvo calladita escondiéndose de los otros, porque además de ser linda y muy decente en sus maneras, se pasaba de humildad y de modestia. Buen rato se pasó afinando y poniendo en el tono requerido el clásico instrumento de la música nacional, y durante esta indispensable operación, que suele apurar la paciencia de los oyentes, todos guardaban el más religioso silencio, pues sabían que de allí no habían de salir sino perlas y diamantes. Carlos fijó una atención profunda en la melodía y en la letra, y la refinada cantatriz, al propio tiempo que pulsaba la bordona con maestría y sentimiento incomparables, daba á la voz la misma entonación baja y gemebunda que más bien hacía pensar en dos almas que se abrazasen para volar del mundo é hiciesen el mismo ruido sus alas al hender el espacio. Fué una historia de amor desgraciado: una bella pastora que al caer de una tarde vió partir, para nunca más volver, al amado de su corazón, y ella se quedó llorando, llorando... y así parecían decirlo también las cuerdas, que sollozaban juntas, á duo, una despedida desgarradora. Los dos noviecitos tuvieron una misma impresión: se les anudaron las gargantas y dos lágrimas rodaron de sus ojos, que resplandecieron con luz apenas perceptible al claro de la luna llena.

Sólo la negra Mica, para quien no había salida imposible, tuvo sangre fría para desvanecer aquella atmósfera de tristeza que el canto difundió sobre la reunión; comprendió que aquello, siendo muy hermoso, como que á ella misma le había ablandado las callosidades del corazón, no estaba bien en ese momento, y pidió á la romántica Dolores que cantase una letra más alegre.

— ¡Pero, mama, respondió la *diva* montañesa, usted sabe muy bien que yo no sé cantar cosas alegres!

— ¡Bueno, que toquen un *gato*, entonces, para que siga el baile! ordenó la vieja.

Y la *vihuela* hizo otro viaje á manos del cantor oficial de la fiesta, menos pulcro en punto á poesía, pero impagable

para lo que era hacer sacudir el polvo de las chancletas y repicar en el suelo los zapateados más caprichosos. Los espectadores, al despuntar los primeros rasgueos de la picaresca danza, desatábanse en exclamaciones gauchescas de su renacido entusiasmo, y haciendo todos con los dedos las castañuelas al compás de la música, animaban á la pareja y le comunicaban esa gracia y brío esenciales á este curioso baile, de cuya animación participan por igual los mirones y los danzantes.

La dueña de casa repartía sus atenciones, sin descuidarse un instante, entre los de la tertulia y sus queridas visitas, á quienes no sabía cómo expresar su agradecimiento por haberse acordado de la negra Mica. Por eso, cuando hubieron de emprender la caminata de vuelta, les entregó á cada uno, por separado, un regalo distinto, de flores, frutas, dulces y demás primores que su fundo le producía. Y luego vinieron los mensajes para los amos grandes, mensajes de cariño sincero, que conducirían ó dejarían por el camino aquellas cabezas alborotadas de los muchachos.

— ¡No me hagan cuento de negro! les repetía; á misia Leonor muchos recuerdos, y á la señora vieja, de parte de la negra Mica; que les estoy guardando muchas cosas para cuando vengan á visitarme; que ya mis huesos no me dejan llegar hasta allá.

Era nutrido el diluvio de palabras y dichos cariñosos que al despedirlos les cayó encima de parte de toda la gente, y señalábanse más con Carlos y Juanita, deseando al uno las más grandes conquistas en los nuevos mundos que iba á conocer, y á la otra las mismísimas gracias de la Virgen María para que siguiese siendo la criatura mimada de los pobres, la palomita sagrada del pueblo, y del fondo de aquellas almas candorosas salía el voto más ferviente porque Dios la conservase para poder verla esposa del niño Carlos, cuando volviese de *dotor* y un hombre hecho y derecho.

— Yo no me he de morir sin verlos hincaditos delante del cura, recibiendo la bendición. ¡Ay! ¡qué bonita va á estar ese día la Señora! ¡Le hemos de regar con flores la

puerta de la iglesia! ¡Ay! ¡mi ama, que el Señor me la conserve! decía la negra, quitando la palabra á los demás que, por su parte, se la arrebatában cuando podían para derramar también sobre los chiquillos todo el tesoro de sus almas ingenuas y amorosas.

Al emprender la vuelta, el cotarro de chiquillaje tenía mucho más paño sobre que bordar profusión de comentarios; todo eran alabanzas para la bondad de la Mica, y discusiones sobre el mayor cariño que cada uno se atribuía de su parte, juzgándolo por la belleza ó consistencia del obsequio caído en suerte. Prendidos de la mano marchaban delante, siempre juntos, Carlos y Juanita, sin hacer gran caso de los asuntos que en el grupo se discutían y contestando en frase breve y evasiva las preguntas á ellos dirigidas en el curso del paseo. Tenían mucho que decirse, y el romántico galán iba esa noche sumido en una vaga tristeza y empeñado en hablar solamente de cosas serias, que á su prima la llevaban preocupada, ó bien de los detalles poéticos del paisaje terrestre ó sideral, vistos con la imaginación y con los ojos, y bañados de la misma melancolía, que en Carlos despertaban los grandes cuadros de la naturaleza. La luna, inmóvil sobre su inmenso campo azul, sobre el cual no asomaba el más sutil encaje de una nube, alumbraba la calle de blanca arena, asemejándola á un río manso y dormido, proyectando sobre ella las agudas sombras de los álamos y dejando ver al occidente, á lo lejos, la deslumbradora cima de la montaña de nieve y en torno las indescriptibles curvas que los árboles y colinas destacaban sobre el cielo. Después venían á aumentar el encantamiento de aquellas dos almas dispuestas á los ensueños y á las fantasías, los múltiples cantares de las aves nocturnas, que, como las gentes, no podían resignarse á perder la contemplación de tanta maravilla. Ellas expresaban en sus melodías agrestes esa inquietud extraña que las sobrecoge cuando la Naturaleza está de magna apoteosis, y los niños enamorados, imitándolas inconscientes, se arrullaban también en diálogos dulcísimos, en los cuales fulguraba la luz serena del astro reinante; difundíase ese fuego misterioso que im-



pulsa al brote de las plantas, junta dos pájaros en un nido y levanta ese rumor difuso de las selvas, cual si fuese la música de todas las cosas creadas.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

## EN UN ÁLBUM

Densa la nube y sombría  
su vaporoso oleaje  
rueda en la extensión vacía;  
pierde su esplendor el día  
y su belleza el paisaje.

Avanza y extiende el velo  
que más y más se ennegrece;  
cubre de sombras el suelo,  
y al fin llena y obscurece  
todo el ámbito del cielo.

Mas cuando á enlutar la esfera  
se extiende tempestiosa  
y al fin sin límite impera  
como si el reinado fuera  
de la noche pavorosa,

La ilumina de repente  
un rayo del sol poniente  
que, al rasgar el pardo tul,  
deja ver el esplendente  
cristal del espacio azul.

Fingen sus orlas brillantes  
velos de espuma albicantes  
que ruedan por el confín  
entre irisados cambiantes  
y franjas de oro y carmín...

Mi vida es la nube obscura  
que, bajo el amplio dosel  
del cielo, rueda insegura,  
empañando la hermosura  
de monte, río y verjel.

Mas si al fulgor se esclarece  
de tus ojos, la sombría  
nube, una aurora parece...  
¡dijérase que amanece  
de nuevo en el alma mía!

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

Buenos Aires, 1895.

## EL MONJE

### FRAGMENTO PRIMERO

#### I

oche.—No turba la quietud profunda con que el claustro magnífico reposa, más que el rumor del aura moribunda que en los cipreses lóbregos solloza.

Mustia la frente, la cabeza baja, negro fantasma que la fiebre crea; cadáver medio envuelto en su mortaja, un monje por el claustro se pasea.

De cuando en cuando de sus ojos brota un súbito relámpago sombrío: el trágico fulgor del alma rota que gime y se retuerce en el vacío.

No lo acompaña en su mortal desmayo más que la luna que las sombras ama; que una lágrima azul en cada rayo sobre las frentes pálidas derrama...

#### II

Es joven. Es su edad la del *allegro*; la del himno, el sueño y el efluvio; en que es terso azabache el bucle negro; en que es oro bruñido el bucle rubio.

Sin conocer placeres ni pesares, se alejó del hogar siendo muy niño, y fué á poner al pie de los altares un corazón más puro que el armiño.

Algún recuerdo de la infancia, acaso, rompe tenaz su místico sosiego; y desata en su espíritu á su paso huracánicas ráfagas de fuego.

Acaso las borrascas de la tierra traspasan las barreras de su asilo; y van con ronco estrépito de guerra á desgarrar su corazón tranquilo...

#### III

Un día vió en el templo, de rodillas, desde un triclinio de solemne coro,



una virgen de pálidas mejillas,  
de pupilas de cielo y trenzas de oro.

Y su gallarda imagen tentadora  
le persiguió con incesante empeño;



turbó su dulce paz hora tras hora;  
en el recreo, y la oración y el sueño.

¡Cuántas veces, orando en el santuario,  
no veía flotar en su ansia viva,  
envuelta en la espiral del incensario,  
su fantástica sombra fugitiva!

¡Cuántas veces, con hondo desvarío,  
allá en sus noches de nostalgia loca,

no despertaba, trémulo de frío,  
buscando el beso ardiente de su bocal ..

## IV

De súbito interrumpe su paseo,  
y lívido y extático se queda.  
Y mira con extraño devaneo  
la blanca luna que á lo lejos rueda.

Y en la cúpula azul de pompa fídica,  
del templo secular de estilo mágico,  
ensaya el ritmo de su voz fatídica  
el ave de Satán, el cuervo trágico.

Y los cipreses lóbregos se quejan,  
y al vaivén de sus copas que se alcanzan,  
sus siluetas se acercan y se alejan  
como espectros fantásticos que danzan.

Y tras los horizontes de Occidente  
la luna melancólica se escombra,  
y allá en su corazón el monje siente  
crecer la soledad, crecer la sombra!...

## FRAGMENTO SEGUNDO

## I

¿Por qué, por qué, sin fe para el combate,  
el alma alada que á la cumbre vuela,  
olvida que es espíritu y se abate  
cuando la frágil carne se rebela?

¿Por qué, ludibrio de borrasca loca,  
la conciencia vacila y gime y calla,  
cuando el brutal instinto la provoca  
á sostener con él recia batalla?

¿Qué hondo misterio es el que el hombre encierra,  
que el cuerpo vence al alma en el gran duelo,  
siendo el cuerpo una sombra de la tierra,  
siendo el alma un relámpago del cielo?

## II

Ante el sol inmortal que se levanta,  
y tiñe el éter de ópalo y de rosa,  
el himno eterno de la vida canta  
con magnífico ritmo cada cosa.

Mas ¡ay! El monje en su nostalgia muda  
oye sólo zumbiar el ala incierta

con que el lóbrego cierzo de la duda  
bate las ruinas de su fe ya muerta.

Envuelto en el fantástico sudario  
de su austera y flotante saya mística,  
se arrodilla temblando en el santuario,  
delante de la lámpara eucarística.

Es insondable, es infinito el velo  
de la fúnebre noche que le ofusca.  
Es un fantasma, es un sarcasmo el cielo:  
huye más lejos cuanto más le busca!

### • III

Después de orar al borde del abismo,  
siempre sin esperanza, siempre en vano,  
y de sentir la nada de sí mismo,  
le abre su corazón á un monje anciano.

Lleno de santa unción y amor profundo,  
el viejo monje largo tiempo le habla  
de que busque en el piélago del mundo  
sólo en la Cruz su salvadora tabla.

—¡Ay! le dice, del alma que blasfema,  
y que se olvida de su excelso rango,  
y que arrastra su fúlgida diadema  
y sus cándidas alas por el fango!

El alma que á sí misma se abandona,  
y que entre el alma y el bien, el mal prefiere,  
rompe el lazo que al cielo la eslabona:  
vive para Satán: para Dios muere!

### IV

Y él le oye. Y en su celda solitaria,  
armado de una férula sangrienta,  
á compás de una lúgubre pleglaria,  
verdugo de sí mismo, se atormenta.

En su místico anhelo de vencerse,  
lleno de santa cólera se azota,  
y de dolor su carne se retuerce,  
y roja sangre de su carne brota.

Es inútil su bárbaro martirio.  
La fiebre estalla en su cerebro luego,  
y á través de las sombras del delirio  
él ve flotar una visión de fuego.

Es la visión de la mujer que adora;  
que con su carne pone su alma en guerra;  
que le acosa tenaz hora tras hora;  
que le hace al cielo preferir la tierra!

## FRAGMENTO TERCERO

## I

Tiende la noche sus flotantes tules.  
Y se envían los astros desde lejos,  
á través de los ámbitos azules,  
dulces besos de amor en sus reflejos.

Y hunde el monje en el éter infinito  
los tristes ojos con afán profundo.  
Acaso escruta lo que Dios ha escrito  
allá en el corazón de cada mundo.

Y bajo el nimbo de su luz risueña,  
la blanca luna en cada rayo exclama:  
«¡Soy una virgen pálida que sueña,  
soy una virgen que se arroba y ama!»

Y ensaya el aura tibia sin sosiego,  
en las trémulas copas de los álamos,  
ritmos lejanos de ósculos de fuego  
de bocas que se encienden en los tálamos.

## II

Hace instantes no más.—¡Con qué inocencia,  
la blonda virgen pálida que adora,  
le abrió ante el tribunal de la conciencia  
por la primera vez su alma de aurora!

Hondas huellas de horror en él dejaron  
los recios golpes de la lid sin nombre  
que en su lóbrego espíritu trabaron  
el ministro del cielo con el hombre.

Cada revelación que ella le hacía  
era un tremendo vendabal deshecho  
que sin piedad crispaba y retorció  
las recónditas fibras de su pecho

## III

—Padre, le dijo, perdonad mi queja;  
siempre que caigo ante el altar de hinojos,  
mi pensamiento del altar se aleja  
y se llenan de lágrimas mis ojos.

Al mismo altar, con una audaz porfía  
que hace que los sentidos se me arroben,  
sigue mis pasos, tras la sombra mía,  
la sombra melancólica de un joven.

Busco la soledad. Y en ella vago,  
y de amor cada cosa me habla en ella:

me habla de amor la música del lago;  
me habla de amor el ritmo de la estrella.

Dadme, pues, padre mío, algún consuelo.  
Es ya inútil luchar. Estoy vencida.

¿No es verdad que el amor brota del cielo?

¿No es verdad que sin él no hay sol, no hay vida?

## IV

Y él exclamó:—No es éste un gran problema:  
Dios manda que ame cuanto ser existe;  
y su mandato es una ley suprema  
á cuyo imperio ningún ser resiste.

Pero el amor su fin tan sólo alcanza  
cuando con la conciencia se concilia;  
cuando es su aspiración y es su esperanza  
fundar el santo hogar de una familia.

Mas el amor que ofende á la conciencia,  
dando pábulo á instintos que la oprimen,  
deja de ser sagrado, y es demencia;  
deja de ser sagrado, y es un crimen!

## V

Y el monje suspendió súbitamente  
su evangélica plática sencilla,  
y una lágrima trémula y ardiente  
resbaló sin rumor por su mejilla.

La virgen núbil, por su rostro mudo,  
desde el humilde sitio de su alfombra,  
ver rodar esa lágrima no pudo,  
porque esa lágrima rodó en la sombra.

## FRAGMENTO CUARTO

## I

Tarde estival.—El cielo se dilata  
por el gigante piélagos sonoro  
como una inmensa túnica de plata  
cuajada de soberbias flores de oro.

Habla todo de Dios: la limpia onda  
que su albo nimbo por la playa tiende:  
la casta estrella que en la bruma blonda  
del pálido crepúsculo se enciende.

## II

Cubierto el monje con su tosca saya,  
murmurando en silencio: — Dios lo exige,

hacia una agreste aldea, por la playa,  
bajo el sol que ya muere, se dirige.



Él allá en sus salvajes horizontes  
olvidará tal vez sus agrias penas;  
respirará la brisa de los montes;  
recobrará la sangre de sus venas.

III

Sirve la humilde aldea un cura anciano  
que cumple su misión con santo anhelo;  
que en cada feligrés ve un tierno hermano  
que Dios le ordena conducir al cielo.

Mas ya no puede soportar la carga  
de su labor de apóstol y profeta.  
El peso de la edad ya le aletarga.  
Ya toca el linde de su vida inquieta.

IV

Le dice el monje:—Serás tú el baluarte  
de la grey que Dios puso á mi cuidado:  
tú empuñarás el místico estandarte  
que yo abandono, porque estoy cansado.

Y el monje le oye y le obedece y calla.



Y con fervor á la labor se entrega,  
y mayor goce en la labor él halla,  
mientras mayor abnegación despliega.

## V

Allá, cuando á lo lejos ya declina  
el blanco sol entre celajes rojos,  
el monje hacia la playa se encamina,  
trémulo el paso y húmedos los ojos.

Sus olas á sus pies el mar prosterna  
con ritmo á un tiempo unísono y diverso,  
y le habla sin cesar del alma eterna  
que difunde la vida al universo.

Del alma que es efluvio en la laguna,  
y en la undívoga brisa, ritmo eólico;  
y en la serena, temblorosa luna,  
lágrima azul del cielo melancólico.

Del alma que es visión que canta y vaga  
allá en la nube trémula y bermeja;  
y que en la mustia estrella que se apaga  
es recuerdo que llora y que se aleja!...

## FRAGMENTO QUINTO

## I

En la capilla de la aldea tosca  
denso gentío, de entusiasmo lleno,  
se agita como el piélagos que enrosca  
á la luz del relámpago su seno.

Ante el altar del monje se dibuja,  
lívido el rostro; la mirada triste;  
extraño al gran tumulto que se empuja;  
extraño á todo cuanto en torno existe.

## II

Avanzan al altar con pie seguro,  
y reflejando en la pupila el cielo,  
un apuesto doncel de traje obscuro  
y una niña gentil de blanco velo.

El monje les contempla un corto instante  
con el hondo y supremo paroxismo  
de quien se ve de súbito delante  
de la inmensa pendiente de un abismo.

En la diáfana tez de nieve y rosa,  
y los bucles aurinos y sedefios,  
y el talle de palmera de la esposa,  
él descubre á la virgen de sus sueños.

En su fatal, desgarradora cuita,  
 en vano, en vano, en su interior batalla  
 con el volcán de su pasión que grita,  
 con el volcán de su pasión que estalla!

## III

Se absorbe. Se transporta. Y á lo lejos,  
 desde el místico altar al lecho cálido,  
 ve marchar bajo un nimbo de reflejos  
 una novia gentil y un novio pálido.

Y oye entre raudos y variados giros  
 de misteriosas y argentinas brisas,  
 aleteos de besos y suspiros,  
 y músicas de arrullos y de risas.

Y ve jugar, bajo la luz eterna,  
 al umbral de un hogar, lleno de efluvios,  
 sobre el regazo de una madre tierna,  
 un enjambre auroral de ángeles rubios.

## IV

Y tiende á otro horizonte la mirada,  
 y allá en el pálido confín divisa  
 una lóbrega celda abandonada  
 donde una triste lámpara agoniza.

Forman su techo, que jamás se alegra,  
 ásperas tablas de nudosos troncos,  
 siempre cubiertas por la noche negra,  
 siempre azotadas por los cierzos roncros.

Y á la luz de la lámpara que oscila,  
 ve arrodillarse un monje ante el vacío;  
 le ve enjugarse á solas la pupila,  
 y en su abandono tiritar de frío!

## V

Y domina su bárbaro tormento,  
 y la hiel de sus lágrimas devora;  
 y á un hombre que no es él, con dulce acento,  
 desposa él mismo la mujer que adora.

Y al soplo del dolor con que está en guerra,  
 siente su sangre transformarse en hielo;  
 huir veloz bajo sus pies la tierra;  
 sobre su frente derrumbarse el cielo.

Y entonces ¡ay! á su pupila asoma  
 la noche allá en su espíritu escondida.  
 Y al pie del ara santa se desploma,  
 rígido el cuerpo, la razón perdida!

PEDRO A. GONZÁLEZ.

Santiago de Chile.

NUESTROS COLABORADORES



**Sr. D. Guillermo Godio**

REPUTADO LITERATO ITALIANO,  
AUTOR DEL LIBRO DE LA ÓPERA «TARASS-BULBA,» DEL MAESTRO ARGENTINO  
ARTURO BERUTTI

## LA SELVA VIRGEN

(FRAGMENTO)

¡La selva virgen!

¿Queréis que penetremos en ella?

¿Estáis prontos á renunciar á todas las comodidades á que os ha acostumbrado la civilización, á nutrirnos exclusivamente de lo que os dé el bosque, á volver á lo que eran nuestros antiquísimos padres, salvajes, ó si mejor os place, monos? ¿Estáis preparados para todo género de peligros y privaciones? ¿Os sentís aguerridos contra las intemperies? ¿Tenéis el pulso firme y los músculos de acero, el cuerpo elástico y probada resistencia para la fatiga?

Pues bien, ¡ánimo! Toma tú el hacha, tú el fusil... y tú, que vas delante, toma la brújula...

¡Arriba todos! ¡armad vuestra diestra del tajante machete!...

Tenemos tres enemigos que combatir; tenemos tres selvas en la misma selva; la vegetación arbórea, secular, gigantesca, alrededor de la cual hay que girar ó abatirla con el hacha; — los árboles jóvenes, los arbustos, los cañaverales, las malezas, las lianas entrelazadas y colgantes, contra las cuales debemos usar el machete; tenemos, finalmente, los gigantes herbáceos, las plantas lacustres de los bajos fondos, el *cresimal cerrado* en los lugares húmedos, las plantas grasas punzantes, las tajantes hojas, que nos envuelven á cada momento, que nos cierran el camino y nos condenan á hacer á cada paso el movimiento del que asciende por un enorme peldaño de interminable escalera.

Es una gimnasia continua de los brazos, de las piernas, de la cabeza, del dorso...

Aquí os veis obligados á dar un salto para pasar por sobre un colosal árbol caído por decrepitud, que os intercepta el camino; allá á deslizaros como una víbora; aquí el pie se

hunde, allá tropieza; ahora os halláis con un tronco extendido á lo largo, que tenéis que pasar á fuerza de equilibrio, llevando el fusil á modo de balancín, como los funámbulos.

Por fin encontráis un pequeño espacio abierto, casi limpio, y os aprovecháis de él para acelerar el paso, pero he ahí que una liana traidora os envuelve el cuello: ¡zás! ¡un machetazo! El golpe de machete hace que la liana se deslice por vuestro cuello, y os deja en él un collar sanguinolento: sobre él cae el polvo menudo de los árboles sacudidos por el arma, lo que aumenta vuestra delicia!...

Si vais delante, doble trabajo, doble fatiga, y la responsabilidad de la dirección: si seguís detrás del primer picador, las cañas y ramas cortadas, á modo de plumas, se os entran traidoramente en las carnes, como lanzas en ristre, enmascaradas por los follajes, y aunque retiréis hacia atrás el cuerpo á la primera embestida, sacáis siempre una mancha negra por equimosis.

He aquí otro tronco gigante de árbol caído malamente al sesgo, mitad colgante, mitad en tierra, que os interrumpe el paso. ¿Salvarlo?... No: se puede pasar por debajo agachados.

De súbito os sentís asidos por la espalda. Creéis que es un viejo acreedor y os volvéis con inquietud. El acreedor no os deja andar, y entonces le pagáis con un robusto golpe de machete, dado hacia atrás, con el cual poco falta para heriros á vosotros mismos.

Aquí un espeso cañaveral, por en medio del cual se ve que ya ha pasado un animal grande, os ofrece un pequeño túnel. Os internáis en él, con la espalda encorvada durante algunos minutos, hasta que sentís la música crujiente de las ramas que se deslizan por vuestro dorso... La música cesa... ¡Oh! podéis enderezaros y alzar los ojos...

Pero al levantar la cabeza, una varilla aguda os embiste y poco falta para que os salte un ojo...

¡Adelante, *pionneer*, siempre adelante!

Y he aquí que el bosque clarea, he aquí un andrajo de cielo descubierta... ¡Ah! desde ahora podremos andar más

libre y rápidamente!... No, señores, porque la escasez de grandes árboles, á causa de la más activa y directa acción del sol, ha dado mayor desarrollo á las pequeñas vegetaciones!

Y entretanto, el sudor ardiente os ciega los ojos, y corre sobre las heridas producidas por los mosquitos como gotas de fuego...

Un profundo y caudaloso torrente os corta bruscamente el camino.

¿Qué hacer?

Se derriba con el hacha un árbol vecino á la orilla, de modo que la punta caiga sobre la orilla opuesta, y el grueso del tronco quede del lado nuestro. ¡Ya está el puente improvisado!

¡Y se pasa por él triunfalmente!

¡Adelante! ¡adelante!

El bosque se ralea otra vez. Una anchísima corona de cielo se descubre...

¿Será el límite de la selva?

No; es una laguna. Hay que girar á su alrededor, hay que sondear donde el fondo no ofrezca peligro, puesto que el pantano también podría tragarnos... Se gira, se gira, y se cortan cuerdas de arco para enganchar...

¿Zapato bajo?... ¡Hay el peligro de las víboras!...

¿Botas altas?... ¡Se llenan de agua y pesan como el plomo!...

El fusil, que al principio era simplemente incómodo, ahora parece haberse convertido en un cañón de 100 toneladas...

El machete se desploma sin cortar... creéis que ha perdido el filo... no, el filo está todavía en muy buen estado: es el brazo el que ya no tiene vigor... son las piernas las que ya no pueden moverse.

El sol declina... se ha ido ya el día... ¿Habremos andado mucho camino?... — Sí; una legua. ¡Sólo una legua!... ¡Y haber andado tanto!... ¡y haber trabajado tanto! Bueno, ahora descansaremos: aquí tenemos un lugar á propósito para hacer nuestro pequeño vivac. Hay un fresco arroyuelo que serpea con dulce rumor á nuestro lado...

Y, ¡ved qué cortesía! los habitantes del lugar, las abejas, los mosquitos y las hormigas, como buenos huéspedes, se apresuran á venir á darnos la bienvenida, á hacernos compañía y á refrescar los picotones que el sudor había lavado y cicatrizado!...

Os recostáis para descansar...

¿Qué hay?

El indio que os acompaña os grita, espantado, que os levantéis. ¡Ha descubierto una enorme serpiente que os mira con los ojos llameantes! — ¡Arriba! ¡de pie!

El cansancio ha pasado como por arte de encanto. Se afila un palo á modo de horquilla, se asesta bien el golpe, y se pincha en medio del cuerpo al peligroso reptil, que se retuerce y lanza espantosamente hacia adelante la cabeza, moviendo en todas direcciones su terrible lengua de saeta, que parece la lanceta de un cirujano... ¡y qué cirujano! ¡Un cirujano que da la muerte con el bálsamo que derrama sobre la herida!...

Ahora un buen golpe de machete... Pero ¡cuidado! ¡por caridad! no cortéis demasiado debajo de la cabeza... Ha habido caso, según el indio, «en que la víbora ha lanzado la cabeza tronchada contra el rostro del hombre...»

Será una fábula vulgar y tonta, pero... ¿quién sabe? bien pudiera ser verdad... El bosque misterioso os inclina á la superstición...

¡Así!... ¡eso es! ¡por el lomo!... ¡bravo!... ¡Respiremos! Ahora ya podemos descansar.

Pero, no, señores, porque donde hay una serpiente siempre suele haber otras!...

Entonces, otra vez mano al machete, y á buscar ¡lugar más seguro...

Mientras tanto, el hambre aprieta.

Y á propósito, ¿qué comemos esta noche?

*E qui comincian le dolenti note!*

GUILLERMO GODIO.

Buenos Aires.

# Las perdices del señor cura



— ¡Qué bien huelen estas perdices! ¿No sería mejor que en lugar de comérselas el señor cura y su convidado, me comiese yo las dos? ¡Meditemos!



— ¡Qué horror! ¿conque dice usted que esa sarta?  
— Son orejones, ¡digo, no! son las orejas de los convidados del señor cura. Conque, ¡ojó! ¡en cuanto vea usted que afila el cuchillo!...





—¿Qué mosca ha picado á ese hombre? ¿por qué huye? ¿qué pasa?...

—¿Qué pasa? ¡que se lleva las perdices!



—¡Pero, hombre! ¡no se lleve usted las dos! ¡al menos déjeme usted una!

—¿Una? ¡un demonio!

SP

9 Jul 95



## ¡A LA OTRA PUERTA!

AL EMINENTE ESCRITOR VENEZOLANO

GENERAL DON NICANOR BOLET PERAZA

¡Tan! ¡tan! ¡tan!

—¿Quién?

—(No me arredro).

Un humilde servidor...

—¿Quién es usted?

— Un pecador

que quiere hablar con San Pedro.

—¿Pecador é irreverente

llama á esta puerta? ¿qué busca?

—(¡Vaya una manera brusca  
de recibir á la gente!)

—Yo soy San Pedro.

—¿De veras?

al verle tan conservado

no lo hubiera sospechado...

¡por usted no pasan eras!...

—Conque explíqueme en buena hora á qué vino.

—Vine á ver si estaba aquí mi mujer.

—¿Y quién es... esa señora?

—Una santa.

—¿De verdad?

—¡Hombre! no lo sé de cierto, pero me han dicho que ha muerto en olor de santidad.

—¿No vivía usted con ella?

—No, señor; me cansé pronto de su amor, y fui un tonto, porque era joven y bella.

¡Qué carnes!... ¡lirios y rosas!

¡y qué curvas!... ¡un primor!

—Hombre, hágame usted el favor de no hablarme de estas cosas.

—Ciego de amores quedé al ver un día su talle...

—¡Le digo á usted que se calle, que me compromete usted!

—Aunque era mi amor sin maca, subsistir en mí no pudo, pues amor quiere ir desnudo y detesta la *casaca*.

Como amante, nunca olvido ni hay quién en lealtad me iguale; pero ella... ¡dale que dale con que quería marido!...

—¿Y cómo, si su querer olvidó y burló su anhelo, se descuelga ahora en el cielo en busca de su mujer?

¿No estaba usted en sus glorias lejos de ella? (¡Ya me carga!)

—Es una historia muy larga...

—Pues déjeme usted de historias.

—¡Qué quiere usted! los placeres tienen atracción de imán; yo ardía como un volcán y en pos de hermosas mujeres me lancé á probar fortuna...

—¿Teniendo una? ¡grave ha sido la falta!

—¡Bah! ¿qué marido se satisface... con una?

— El que no peque de lelo;  
 ¡como que por una sola  
 hay quién luce la aureola  
 de mártir, aquí en el cielo!  
 — Pues quien, de sobra bolonio,  
 tenga varias, se salvó  
 con más razón...

— ¡Ese no,  
 porque ese... se da al demonio!

— En fin, déjeme usté entrar  
 á ver si está mi mujer.

— ¿Pecador y pretender  
 en el cielo penetrar?

— Como se me ponga ..

— ¡Un cuerno!

es inútil su porfía.

— ¡De tamaña grosería  
 me quejaré al Padre Eterno!

— ¡Bah! el Señor no se desdora  
 oyendo á maridos tales.

— Es que llego á estos umbrales  
 arrepentido...

— ¡A buena hora!  
 Cuando, del placer cansado,  
 ya el hastío en su alma siente...

¡Si alguien aquí se arrepiente,  
 soy yo, de haberle escuchado!  
 Conque ¡largo! y su consuelo  
 no busque en esta mansión.

— Yo creo que no hay razón  
 para alborotar el cielo.

— ¡Hombre! ¡eso es! cierro el pico,  
 le dejo entrar, Dios le ve,  
 y me suelta aquello de:

« ¡Buena la has hecho, Perico! »

— Dios es bueno...

— ¡Demasiado!  
 — Y si le hablo...

— ¿A qué insistir?  
 no le puede recibir,  
 porque está muy ocupado.

Su esperanza es ilusoria  
 y no sé por qué aún vacila ..  
 váyase y deje tranquila  
 á su mujer en la gloria.

¡Digo! si en la gloria está,  
 que es lo que falta saber.

— ¿Quién lo duda? ¡una mujer tan devota!...

— ¡Bah! ¡bah! ¡bah!

— En su fervor extremado,  
jamás del templo salía...  
¡hombre! hallándome yo un día  
en la cama, y amagado  
de una fuerte congestión,  
que era urgente combatir,  
me dejó casi morir  
por no faltar al sermón.

— ¡Hum!

— Su devoción no escasa  
citábase como ejemplo.

— Y cuando estaba en el templo,  
¿quién cuidaba de su casa?

— Nadie... es decir, las sirvientas,  
y es lo que no la perdono,  
pues gracias á su abandono  
ví pronto menguar mis rentas.

— ¡Hum! ¿y á su cara mitad  
busca usted aquí?

— ¿Por qué no?

ya le he dicho que murió  
en olor de santidad.

— ¡Hombre! nada lo revela;  
su fervor será infinito,  
mas, lo que es aquí, amiguito,  
esa santidad no cuele.

Santa es la esposa sumisa  
que en tierna pasión se abrasa  
y que cuida de su casa,  
aunque vaya poco á misa.

¿Cómo á Dios no ha de gustar  
que profese la mujer  
la religión del deber  
en el templo del hogar?

— ¿Conque el mundo me ha engañado?

— ¡Claro! lo mismo que á un chino,  
y ha hecho usted un desatino  
en haber aquí llamado.

— Y ahora, ¿quién, ¡oh, Dios eterno!  
á dar con mi esposa acierta?  
¿dónde llamo?

— ¡A la otra puerta!  
pregunte usted en el infierno.

CASIMIRO PRIETO.



## LOS DESPOSORIOS DEL POETA

Noche de Otoño. Una luna hermosísima ilumina el jardín, prestándole el encanto de los mundos imaginarios.

En el fondo álzase solemne, con la blancura del mármol y el brillo de la plata, el pórtico de un templo griego.

A la derecha, sobre el azul del cielo, apenas salpicado de estrellas, se destaca un inmenso ciprés, y á la izquierda desemboca un sendero semioculto entre el follaje.

A mitad de la escalinata del templo y como sorprendida en el instante de descender sus peldaños, yérguese una figura de extraordinaria belleza, cubierta de blanco traje que ciñe al talle un cinto de oro, recamado de ópalos, rubíes y turquesas.

¿Es una mujer? ¿Es una estatua, levantada allí por el capricho de un artista soberano?

De la estatua tiene la inmovilidad pétrea al par que la sobrehumana belleza de las obras modeladas por el genio; pero sus ojos, en vez de ser blancos y muertos, tienen un fulgor felino, cual si sus pupilas fueran transparentes y vivas esmeraldas.

Reina un silencio religioso; la creación entera parece poseída por el éxtasis lunar, y sólo de tiempo en tiempo una ráfaga de viento, que apenas mece las hojas, conduce los acordes de una música dulcísima.

La visión blanca siempre permanece inmóvil, los verdes ojos fijos en el espacio y los brazos alzados como si esperase que alguien fuera á precipitarse en ellos. Su faz, argentada por la luna, tiene una sonrisa vaga, indefinible.

En el sendero de la izquierda óyese un leve rumor de pasos y luego surge de la sombra una extraña silueta.

Es un joven todo vestido de negro. Cubre su cabeza un birrete, su busto un jubón de terciopelo y modela sus piernas apretada malla. Largos rizos cáenle hasta los hombros; luce en su cintura el cabo cincelado de una daga y del brazo izquierdo cuélgale una capa que arrastra por el suelo.

Camina distraído, como abismado en graves pensamientos, moviendo tristemente la cabeza.

De pronto se detiene, fija sus ojos profundos, llenos de singular extravío, en la blanca visión, pásase las manos por la frente, como queriendo recordar, y cual si cediese á un impulso irresistible, vase luego, paso á paso, aproximando á aquélla.

Detiénese al llegar al pie de la escalinata, hinca en tierra una rodilla, quítase el birrete, como si estuviera en presencia de una imagen sagrada y, con acento ferviente, dícele á la blanca aparición estas palabras:

— Esta noche va á brillar en los tiempos con fulgores de aurora. En ella se va á cumplir una nueva redención.

Mañana la humanidad desesperada despertará gozosa, alentada por nuevos ideales.

Desde hace siglos, vago, alma desesperada, por el mundo, condenado á seguir peregrinando en él, por haber dudado siempre, por haberme negado á amar ciegamente á una mujer.

Mas, por fin, te he hallado; tú eres, sí, la desposada que me deparaba el cielo, y nuestro consorcio ha de marcar una era nueva en los destinos humanos.

Sí, tú eres Realidad. Tú no eres buena ni eres casta; tú no tienes corazón; pero eres hermosa y eres fuerte. Te ríes de la razón de los débiles, te burlas de la justicia y del derecho; la equidad te parece una quimera y sólo crees en la lógica fatal de la dinámica. Virtud y fuerza son para tí una misma cosa, y la bondad una bajeza.

Yo me prosterno ante tí, Verdad hermosa, apenas entrevista en los días magníficos de Atenas; yo te proclamo la diosa vencedora de una religión hipócrita y cobarde, y te pido que des á mi ser, todo vibrante, la soberana inercia de la piedra!

El joven dijo estas últimas palabras con exaltado acento, y luego, poniéndose de pie, calló, fijando sus ojos en la diosa.

La visión seguía impasible, en su perpetua actitud mármorea.

— ¡Habla! ¡respóndeme! ¿Me aceptas por esposo? ¿Quieres que redimamos la mísera humanidad que se enloquece al ver desvanecidos todos sus quiméricos ideales? ¿No quieres, Realidad, ser la novia del poeta?

La impasibilidad de estatua, al par que aquella sonrisa de los ojos verdes, parecieron enloquecerle.

Mesóse los luengos cabellos y con acento airado volvió á gritar:

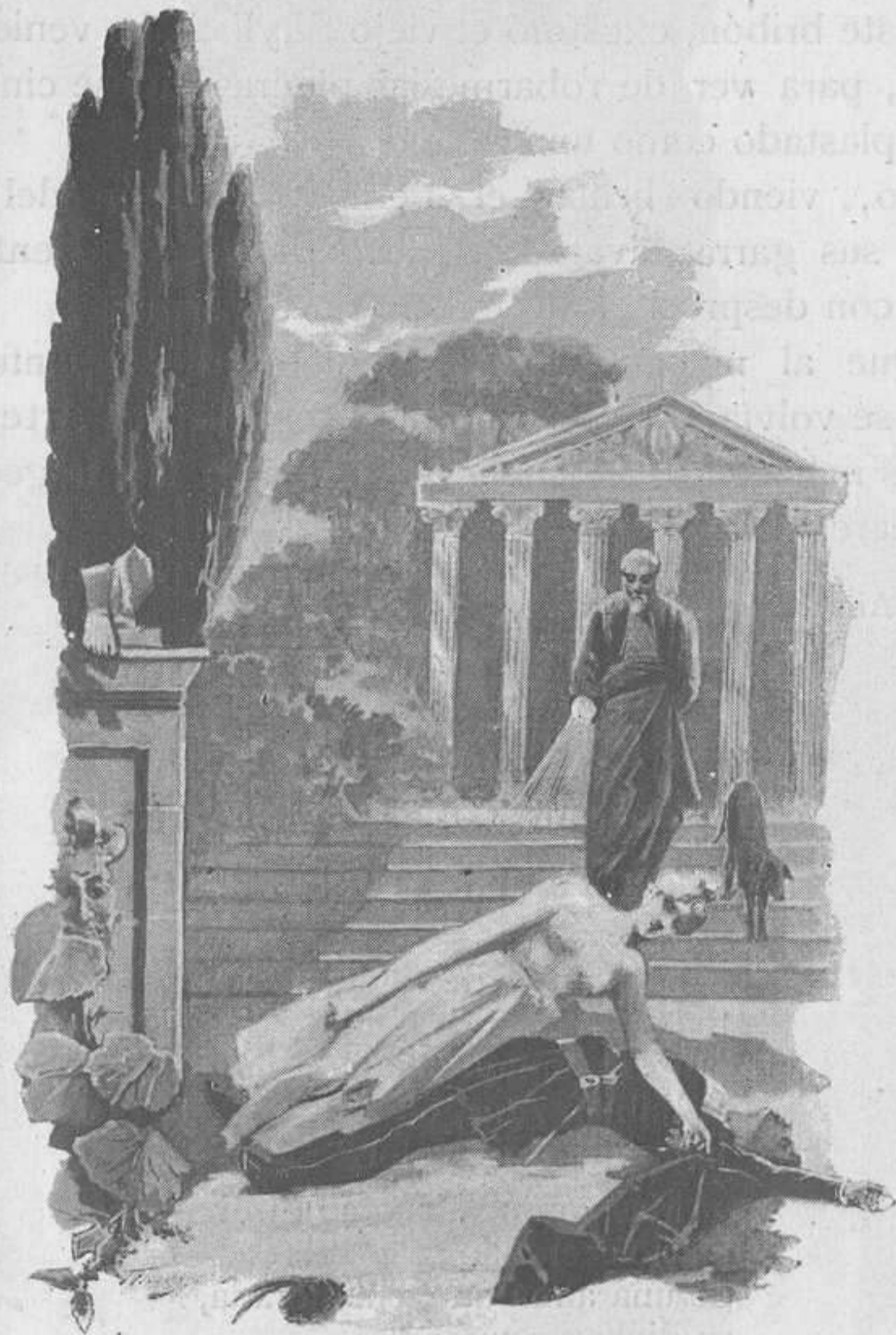
— ¡Respóndeme! ¿quieres ser mía?

Y precipitándose con ímpetu furioso ascendió la escalinata,



y tomando á la blanca aparecida de los extendidos brazos, la atrajo á sí con un violento esfuerzo.

La impasible, entonces, vaciló; se inclinó hacia adelante, y, de pronto, como una estatua que pierde el equilibrio, rodó por la escalinata arrastrando al poeta en su caída.



Oyóse el grito breve, sofocado, del hombre á quien abre el pecho una artera puñalada, y luego, absoluto, reinó el silencio...

Trémulo de miedo, con una linterna en la mano, apareció entonces en el atrio un anciano de larga barba, calvo y de enzarzadas cejas.

Descendió la escalinata con paso vacilante, recogiendo los pliegues de su amplio traje hebreo, y miró con sus ojos de buho el grupo que formaban la estatua y el poeta. El índice de Realidad había penetrado como un puñal en el pecho del joven, abriéndole horrenda herida. El corazón había salido fuera y palpitaba todavía.

— ¡Este bribón, exclamó el viejo Shylock, ha venido aquí, sin duda, para ver de robarme las piedras de ese cinto y ha muerto aplastado como una rata!

Luego, viendo brillar el bermejo corazón del joven, extendió sus garras avarientas, arrancó la noble entraña y la arrojó con desprecio á un mastín que le seguía.

— ¡Que al menos sirva para algo! dijo refunfuñando, mientras se volvía presuroso hacia el templo del Arte, donde realiza los más pingües beneficios editando las tragedias de Shakespeare.

JULIO PIQUET.

Buenos Aires, Abril de 1895.

— DIC —

## EN EL ÁLBUM

DE LA DISTINGUIDA SEÑORITA

MARÍA LUISA ITURBURU

El símil es de rigor:  
toda niña es una *flor*;  
por eso, aunque de él te mofas,  
te llaman *rosa*, en estrofas  
llenas de luz y color.

Mas yo que... ¿cómo diré?  
cierto secretillo sé  
de una alma que, enamorada,  
su dicha próxima ve...  
(no te pongas colorada),

Con el *lirio*, en lo amorosa  
y abnegada hasta el martirio,  
te comparo, niña hermosa,  
porque tu amor no es de rosa,  
porque tu amor es *de-lirio*.

CASIMIRO PRIETO.

9 de Julio de 1895.

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Manuel Bernárdez

EXIMIO ESCRITOR URUGUAYO

## COLUMBIA

(FRAGMENTOS DE UN POEMA INÉDITO)

Limpio está. Fijeza tiene.  
En busca de esplendor viene.

Grave, lento el andar, meditabundo,  
inspirando á la vez iras y asombros,  
de dulce voz y adolorido ceño,  
—cual si sintiera ya sobre los hombros  
el formidable peso de su mundo—  
el viejo soñador marcha á su sueño.  
Él es el destinado, y Dios lo sabe!  
¡Hable Dios! ¡calle el mar! ¡paso á la nave!  
¿No está el mundo?... ¡Estará! ¡Si no estuviera,  
para premiar tal fe y audacia tanta  
de los abismos de la mar surgiera!...

Mas ya huella su planta  
la virgen playa; el triunfador levanta  
pendón de las Castillas; y resuelta  
del globo la unidad, que el héroe ignora,  
pone al Oriente la atrevida prora  
en jubilosa vuelta.

Como la aureola de una testa santa  
orna su frente un círculo de gloria;  
las marinas legiones  
de crinados tritones,  
echando fuera el pecho le miraban,  
y en sus torcidas trompas resoplaban  
bramidos de victoria,  
cuyos broncos acentos,  
cabalgando en los vientos  
que al chocar en las velas, resollantes,  
inflamaban sus vientres, con caricia  
de lascivos amantes,  
conducían la insólita noticia  
á las playas distantes.

La noticia que el viejo, victorioso,  
con una mezcla extraña  
de gratitud, de audacia y de cariño,

magnífico y triunfal como un coloso,  
 ingenuo como un niño,  
 iba á dar, elocuente y respetuoso,  
 á la austera Isabel.

—«Reina de España,  
 (dice, sin ver que la pupila huraña  
 que sondeó el porvenir, se nubla y llora):  
 —la Quimera á mis pies cayó vencida;  
 vos fuisteis, que no yo, la vencedora!  
 Por vos mi sueño *ful*, surgió á la vida,  
 y el sueño es para vos; ¡tened, señora!  
 ¡es todo vuestro! saben el camino  
 las naves y el valor: ¡siempre á Occidente!  
 donde se oculta el sol, un gran Destino  
 se alza, como otro sol, sobre la frente!  
 ¡y allá un eterno azul en los espacios!  
 ¡las regiones de Ofir, maravillosas!  
 ¡el oro en ríos, montes de topacios  
 y almas ingenuas, gentes candorosas  
 que gozan, de la selva en los palacios,  
 la santa mansedumbre de las cosas!»

· · · · ·  
 · · · · ·  
 —«Este pueblo viril y valeroso  
 que ora en eterno batallar ansioso  
 su gigantesca actividad espande,  
 tiene, bajo aquel cielo religioso,  
 campo de flores donde ser dichoso,  
 donde vivir en paz, donde ser grande!  
 Allí del torvo genio de la guerra  
 el resonante grito no se escucha:  
 vuela el germen fecundo, cae en tierra,  
 prende y revienta en flor: ¡todo sin lucha!  
 ¡Allí sólo es preciso  
 amor! ¡tan sólo amor! ¡sobra el desnudo  
 para triunfar!.. Sumiso  
 se entrega el encantado paraíso  
 sin esquivar ni miedo  
 al grito victorioso del coraje,  
 que sonrío y se amansa  
 al sentir el candor con que descansa  
 aquel mundo infantil! Y se anda quedo  
 para gozar el himno de los picos  
 vibrando en la espesura del ramaje,  
 y la brisa balsámica y salvaje,  
 que agitando invisibles abanicos  
 como un soplo de amor besa la frente,

y mece blandamente  
 las verdes cañas de cabezas blondas,  
 como un piélago de ondas  
 movidas á los rayos del Poniente!»

—« La cimitarra de Almanzor desnuda  
 no más la espada de la cruz contrasta.  
 ¡Y aguarda el porvenir! Rauda y aguda  
 la quilla de las naves españolas  
 vuela saltando la barrera de olas,  
 y el fiero pabellón fatigue el asta  
 suelto al rencor del vendabal marino  
 en busca del camino  
 que sigue el rumbo de la tierra casta!  
 Y llévele su afán la noble ciencia;  
 su defensa y su gloria el estandarte;  
 la radiante palabra su elocuencia,  
 el trabajo su pan, su luz el arte,  
 la fe sus fuerzas y el amor sus lazos!  
 La redentora cruz tienda los brazos  
 para estrechar en ellos la inocencia  
 de aquella tierra, donde todo es bueno,  
 todo dulce y sereno,  
 todo lleno de gracia!

De aquel mundo que late como un seno  
 bajo el fogoso beso de la audacia!  
 donde vivir es una dulce suerte,  
 ¡y no es pena morir! ¡Hay en la muerte  
 una actitud de actividad dormida!  
 A lo grande, á lo trágico, á lo fuerte,  
 á lo dulce, á lo hermoso, á lo pequeño,  
 al sauce triste y á la cierva herida,  
 los ví salir de la risueña vida  
 y descansar en la tranquila muerte  
 sin otra pena que cambiar de sueño!  
 Llenan bosques, cien veces seculares,  
 nubes de aves de vívidos matices  
 y cálidos cantares!

Llameando de pasión mueren felices  
 los rápidos insectos febricantes  
 entre los viejos árboles durmientes,  
 gigantes con raíces  
 que levantan la pompa de sus frentes  
 á la montaña que el azul recorta,  
 por donde el río, como enorme aorta  
 del salvaje organismo

baja, latiendo, en efusión de plata,  
 choca en la peña que su marcha corta,  
 ruje, espumea, y roto en catarata  
 con salto colosal rueda al abismo,—  
 del abismo resurje á la campiña,  
 su tocado de flores desaliña  
     enarbolando el iris  
     como pendón de estrago,—  
     hasta que al fin, vencido  
     por su propia violencia,  
 turbando el sueño de cristal del lago  
 que refleja al azul vasto y bruñido,  
 se va á tender con plácida indolencia  
 á los pies de los árboles aduncos,  
     y se queda dormido,  
 en un tranquilo sueño de inocencia,  
 sobre el movable lecho de los juncos! »

MANUEL BERNÁRDEZ.

Montevideo.

## DANTE EN LUNIGANA

(CONVENTO DE SANTA CROCE DEL CORVO)

A la puerta del convento  
 llama un fatigado anciano:  
 — ¿Qué quiere? ¿Qué busca, hermano?  
 — Quiero paz y busco paz.—  
 Y el sublime pensamiento  
 de una mente creadora,  
 por esos labios implora,  
 resplandece en esa faz!

¡Era Dantel! ¡Era el profeta  
 de la Italia! El astro errante,  
 en ese mundo ignorante,  
 juguete siempre del mal.  
 ¡Era Dantel! ¡El gran poeta  
 que á esa celda solitaria,  
 como una sacra plegaria,  
 trae un poema inmortal!

GUILLERMO MATTA.

Santiago de Chile.

## ENTRE NOVIOS



—¡Quita, por Dios! satisfechos no esperes ver tus... caprichos.

—¿No nos tomamos los *dichos*? ¡pues pasemos á los *hechos*!

## EPIGRAMA

—Mi padre dice que quiere que me dedique á las armas y á mí me gusta el comercio...

—Pues esta cuestión se zanja fácilmente, con abrir una *tienda... de campaña*.



## EL ÚLTIMO ABENCERRAJE

Perucho el viejo le llamaban, para distinguirlo de Peruchín, su hijo; y cumplía años por San Pedro, como es natural.

Como era rico de diez burras, un ciento de gallinas ponedoras y unas cuantas cabras regadas por el orégano del lugar, todo el mundo sabía que ese día Perucho el viejo sumaba sesenta eneros cabales, pues no nació bajo la advocación del Apóstol, sino bajo la de su tocayo el de Nolasco; por lo que en el pueblo vecino le preparaban una serenata cuatro ciegos filarmónicos de la murga comunal.

Pero ocurría el conflicto de que la casa del amo del santo estaba fuera de poblado, tras de una ceja de monte con mucha maraña, gracias al gran respeto que por la belleza natural tenía la honorable junta de caminos y ejidos. Enterados de lo cual, deliberaron los ciegos musicantes, sobre el modo de arribar á lo de Perucho sin peligro de romperse la crisma en un resbalón ó escarbarse la ceguera con alguna rama; dada la carencia absoluta que el cuarteto padecía del órgano visual.

A socorrerles en su necesidad acudió Paquito el Tuerto, quien puso á la disposición de los ciegos su último Abencerraje, que así llamaba él al ojo que le quedaba; y á la hora convenida, las nueve de aquella noche, que lo era de perros, emprendieron marcha, cogidos los ciegos de las faldas de sus chupas, y el primero de ellos prendido á la mano del lazarillo cíclope.

Este indispensable funcionario, al topar con la casa del festejo, debía avisarlo á los murguistas, y éstos romper de sopetón y sin templaduras ni preludios la cencerrada petronal.

Caminaban así, de reata, los ciegos en aquella obscuridad en que el único candil era el ojo del tuerto, y á la voz de ¡rama! se bajaban, y á la voz de ¡zanja! se echaban á un lado de la trocha; cuando en esto, y en lo más cerrado de

las malezas, Paquito, á quien hizo traición su último abencerraje, no advirtiendo la respetable presencia de un palo que se lo destripó como desyemar un huevo, se llevó la mano á la tortilla, y echando adelante un terno de los buenos, gritó con furor adolorido: — ¡Agora sí, demonches, que llegamos á onde íbamos!

Tomaron los ciegos el grito por la señal convenida, y dando por seguro que ya estaban *mirando* la casa de Perucho, rascaron las barrigas á sus guitarras y rompieron á cantar en esta guisa:

«Desde aquí te estamos viendo  
Con la fortuna tu amiga;  
A quien Dios se la depara  
San Pedro se la bendiga.»

NICANOR BOLET PERAZA.

Nueva York.

---

## DOS TEMPESTADES

---

— ¡Jesús! — mi madre, sentada  
junto al viejo velador,  
exclama al ver los relámpagos  
penetrar por el balcón.

El agua cae á torrentes.  
Continua detonación  
turba el cielo, y los cristales  
bate el viento con furor.

— ¡Jesús! — repite mi madre,  
y en sus labios la oración  
aparece entremezclada  
con la piedad y el temor.

¡Pobre madre! te da miedo  
de la tormenta el fragor,  
y quieres ¡madre del alma!  
que te abra mi corazón...

FRANCISCO SOTO Y CALVO.

Buenos Aires.



## Á GRECIA

Sobre la fría envejecida tierra  
vierte la luna llena un baño de oro,  
¡oh inspiración! en el silencio augusto  
desciende á mí como en los días griegos  
á ungir bajabas despejadas frentes!  
El cielo azul limita á la distancia  
al mar, llanura de plateadas ondas,  
y la visión de la Belleza surca  
rápida y noble la región del aire.  
Faunos y ninfas el callado bosque  
finge en las muelles plácidas penumbras,  
y esperan los sentidos oír el eco  
de la festiva danza organizada  
bajo los toldos de la larga sombra.  
Serena y joven como casta virgen  
la gran naturaleza se recrea  
en el espejo de sus propias galas.  
No la corona de sus soles usa,  
abandonada la dejó, pues huye

en esta noche ostentación y pompa.  
 Sola, cual Venus misteriosa, al borde  
 de la onda azul cuando la vió radiante  
 de Praxiteles la mirada artista,  
 ¡qué hermosa luce de esplendor orlada!  
 Aquí los sauces languidecen mustios  
 con una gran melancolía grave  
 como monarcas en destierro injusto.  
 Allá la palma en el distante linde,  
 corta del aire los sutiles velos  
 con la arrogancia de amazona joven.  
 Y aquí, bien cerca, telaraña verde,  
 la hiedra escala con su pie menudo  
 el viejo cerco de ladrillo rojo.  
 Vese del mar venir, tendida el ala,  
 un ave blanca de gigante forma,  
 es la vela latina de una nave  
 que viene á guarecerse perezosa  
 en el remanso del pequeño golfo...

\* \* \*

Madre del alma, la celeste Grecia,  
 de Mnemosina en la caricia viene  
 tal como el beso de un lucero blanco,  
 y se presenta ante los ojos míos  
 de frescos mirtos y laurel ceñida.  
 De Homero el verso en mis oídos suena  
 con el rumor de las abejas de oro  
 que en el Himeto sus panales forjan,  
 ó bien retumba como largo trueno,  
 cuando de Aquiles las sagradas iras  
 interpreta el cantor. Las naves parten  
 de la ribera de las altas islas  
 y al campo llevan enemigo el bando  
 de los argivos. El escudo fuerte  
 del héroe brilla al resplandor febeo,  
 y por los campos los mortales luchan  
 siendo testigos de su afán los dioses.  
 Noble Minerva, triunfadora casta,  
 austera diosa de pupilas hondas  
 y pensativas ¡cuánto eres amable!  
 La línea en tí se reveló en su augusta  
 omnipotencia; su arquetipo eres!  
 ¡Oh, madre Grecia! lo sublime hallaste;  
 la forma eterna del eterno encanto.  
 ¡Oh grata evocación de las deidades  
 jóvenes siempre, del Olimpo vida,

aún el cansado pensamiento bebe  
 de vuestras fuentes el frescor profundo!  
 Venus Urania majestuosa marca  
 el giro de los orbes y el amante  
 aún de Cupido el dardo de oro siente.  
 ¿Y quién no adora á la de amores madre,  
 nacida de las olas que en su misma  
 desnudez tiene el sello sobrehumano  
 de una divina castidad impreso  
 como la ardiente rosa de los valles?  
 ¡Cómo es de hermosa su sonrisa fina  
 relampagueando en su pequeña boca,  
 si en las cálidas noches de Cibeles  
 la copa del placer tiembla en sus manos!  
 Así de amor también la carne tiembla  
 cuando la tempestuosa Sapho pide  
 sus lúbricos perfiles al Deseo.  
 Así de Lesbos palpitando vaga  
 la nota de su afán en los verdores  
 al llegar la rosada Primavera.  
 El corazón, la mente, los sentidos,  
 todo se revelaba insuperable  
 bajo tu cielo de profundas combas!  
 De Maratón el llano pantanoso  
 donde encontró su tumba el persa altivo;  
 de Salamina las serenas aguas  
 que reflejaron el incendio rojo  
 al caer desmantelados los navíos  
 entre el crujir de leños crepitantes;  
 Platea, en fin, donde recoge y riñe  
 la libertad sus lauros y su fama,  
 bastaran á tu gloria si Belona  
 aún no hubiera ceñido á los trescientos  
 del rey Leonidas el laurel glorioso,  
 reverdecido en tus recientes hijos  
 en los de ayer, de Missolonghi bravos!

VÍCTOR ARREGUINE.

Montevideo, 1895.

—♦♦—  
EPIGRAMA

En una cuba cayó  
 Paco, adorador de Baco,  
 y en lugar de ahogarse Paco,  
 la cuba en seco quedó.



## BODAS DE ORO

- Juana... ¡Juanita!
- ¡Jesús, hombre! me has asustado.
- ¿Estabas dormida?
- Sí, me senté delante de la estufa para leer las noticias del día y me acometió el sueño.
- Pues me extraña que te hagan dormir las *noticias del día*... ¡si fueran *de la noche*!
- ¡Siempre con tus juegos de palabras!
- ¡Qué quieres! son los únicos juegos que me permite la edad. ¡Ay, Juana!... ¡*Al fin solos!*
- Vamos, estáte quieto.

—¿Te incomoda que estreche entre las mías tus manos... blancas? ¡Cruel! no eras así hace cincuenta años... ¡cincuenta! porque hoy hace medio siglo que el cura nos echó la bendición... ¿te acuerdas? cuando el sacerdote te preguntó si me querías por esposo, te pusiste del color de las cerezas, bajaste la vista al suelo, y tus labios, sellados por el pudor, apenas osaron despegarse para articular el monosílabo que me ha hecho más feliz en mi vida... de casado. ¿Y después, cuando por senda sembrada de rosas nos dirigimos á ese pedazo de cielo que se llama hogar? ¡Cómo temblabas apoyada en mi brazo! A mis amorosas palabras levantabas de cuando en cuando tus ojos grandes y hermosos, en los que leía mudas promesas de una felicidad sin límites... ¡Ah! ¡cómo has cambiado, físicamente, desde entonces! me cuesta creer que seas la misma.

—Cualquiera pensaría, al escucharte, que los años han respetado tu persona... ¡miren el presumido!

—Sí, pero yo me conservo más fresco; ya ves, no tengo un pelo blanco.

—¡Qué has de tener, si te has quedado calvo del todo!

—Creo que no tenemos nada que echarnos en cara, mujer.

—¡Vaya con el vejestorio!

—Pues ahí donde me ves todavía me miran las muchachas con afición.

—¡Angelito!

—¿Te burlas? pues hace cincuenta años no me habrías escuchado con la sonrisa en los labios.

—¡Bah! hace cincuenta años el ardor juvenil inflamaba tu sangre y era de temerse todo de quien gozaba fama de invencible en las guerras de amor, al paso que ahora...

—Sí, al paso que ahora no hay que temer nada. ¡Bien caras pagué mis galanterías con el bello sexo! porque nadie ha sentido la africana pasión de los celos como tú. Y eso que durante mi matrimonio procuré serte fiel... hasta donde me fué humanamente posible.

—¡Infame!

— ¡Ay!... no empecemos de nuevo con los pellizcos, Juana.

— ¿Te duelen?

— Sí, y además, á tu edad son un anacronismo; en la juventud, pase, porque algún desahogo debe permitirse á las mujeres, cuando, con razón ó sin ella, se creen suplantadas por una rival, ¡pero en la vejez!...

— ¿Crees que en la vejez mueren todos los afectos? El amor es la vida del corazón de las mujeres, y sólo cuando cesa éste de latir dejan las mujeres de amar...

— Y de pellizcar.

— Pero ¡ya se ve! los hombres sólo consideráis el amor bajo el punto de vista... fisiológico, y no comprendéis que pueda sobrevivir á la juventud.

— El amor, bien, ¡pero los celos!

— No hay amor sin celos, como no hay cielo sin nubes.

— No hablemos de eso, Juana... ¡bastantes tormentas han descargado sobre mí las nubes de tus celos! Déjame gozar del buen tiempo en la vejez; de ese invierno, lleno de sol, para los que se quieren como nosotros... ¡Ay, Juana! ¡qué diferencia entre la noche de nuestro casamiento y la de nuestras bodas de oro! Ya no revolotean, como doradas mariposas, las ilusiones en nuestra alma, ni la llama del deseo enciende en los labios el beso de la pasión. De la nieve del invierno brotan las rosas de la primavera, pero de la nieve de los años no vuelven á brotar las flores de la juventud. Sólo hay una primavera para las almas, sólo... ¡ay!

— ¿Qué tienes?

— No es nada... el pícaro reuma que viene á añadir un nuevo encanto á nuestras bodas de oro... ¡nuestras bodas de oro! ¡Vaya una luna de miel!

— Al menos no te incomodarán las moscas, porque el caso es...

— ¿Qué?

— Que no me faltaron galanteadores. ¿Te acuerdas de Paco?

— No me hables de él, Juana... le detesto todavía. ¡Valiente pillo!



— ¡Pobre Paco! ¡cuánto me amaba! ¡qué no hubiera dado por casarse conmigo!

— Pues hubieras hecho un mal negocio. A estas fechas, no te habría servido para nada absolutamente... ¡cómo que te has quedado calva!

— ¿Y eso qué tiene que ver?

— Tiene que ver mucho. Siendo calva, ¿qué hubieras hecho de semejante *peine*?

— Pues á mis padres les había entrado por el ojo derecho, ¡y qué no hicieron para torcer el curso de mis amorosos pensamientos! pero todo fué inútil; había tenido la desgracia de enamorarme de tí, y aun cuando me amenazaron con el claustro, tuvieron que deponer por fin las armas del enojo y sacrificar sus anhelos á mis inclinaciones.

— Sí, ya recuerdo la historia... ¡Bastantes malos ratos pasé con la dichosa oposición de tus padres! Como entonces estaba en auge el romanticismo, más de una vez me asaltó la idea de esperar una de esas noches negras en que no se ve parpadear ni una estrella, y escalar el balcón de tu casa para arrancarte de las garras de aquellos padres crueles, que, avaros de su tesoro, te robaban á mi amor y á mi ternura. Pero afortunadamente no cometí semejante barbaridad romántica, y ahora me alegro por tí.

— Es que el amor no me habría cegado nunca hasta el extremo de hacerme olvidar el decoro, y antes hubiera preferido el claustro...

— ¿Al matrimonio? pues hay mujeres que prefieren... la escala de cuerda.

— No era yo de esas.

— Y la verdad es que me había aficionado á mi proyecto, del más puro romanticismo... No podía ser más tentador... ¡Ascender por una escala de cuerda en busca de una mujer hermosa, es subir de la tierra al cielo!

— Sí, una escala de cuerda sirve al hombre para subir al cielo, pero á la mujer le sirve sólo para descender al abismo!

— En fin, que no hubo raptó, pero hubo boda, que fué mejor. Tus padres cedieron á tus ruegos y lágrimas, y al

cabo tuve la dicha de llevarte á la iglesia, donde el cura bendijo nuestra unión en medio del contento de todos... ¡Ah! ¡qué felicidad tan grande la nuestra! hasta la noche misma se había engalanado con sus más ricas joyas de plata... ¡cómo brillaban las estrellas! parecían los ojos de los ángeles que, allá en las alturas, se habían asomado para vernos pasar... La luna, por su parte, libre de importunos velos, prestaba nuevos encantos á la noche, alumbrándolo todo desde el zenit, inundándolo todo de luz, como si hubiera querido hacer desaparecer toda sombra del cuadro de nuestra felicidad.

— Pocas lunas duró la vehemencia de tu amor.

— No es extraño; el matrimonio no tiene más que una: la de miel.

— Para el amor verdadero, esa luna no descende nunca á su ocaso.

— ¿En qué latitudes?

— En cambio, yo te he querido siempre lo mismo.

— Yo también.

— Menos cuando me has engañado.

— Te juro...

— ¡Calla, infame!

— Pudo calmarse la efervescencia, la locura, el delirio de los primeros tiempos; pero nunca he dejado de quererte; lo sabes bien.

— Sin embargo, yo hubiera deseado verte siempre amante y rendido.

— ¿Cómo entonces? ¡hija! cada cosa en su tiempo...

— ¡Cuando recuerdo que juraste amarme con delirio eternamente!

— ¡Qué quieres! todo pasa... hasta la *eternidad*. Entonces éramos jóvenes, y...

— Suéltame la mano.

— Y me dejabas imprimir en ella mil ardorosos besos... ¡ah! no parece la misma... es la que me diste al pie del altar, la que estreché después contra mi corazón, la que acariciaba mi negra y rizada cabellera, la que me abrió las puertas del cielo, y la que, más tarde... me dió tanto feroz pellizco.

— Bien merecidos los tuviste, por haberte olvidado tan pronto de la Epístola de San Pablo.

— Sí, pero eso no era lo convenido con el cura... ¡Ah! entonces no huía tu mano, como blanca mariposa, de las mías, sino que se dejaba aprisionar por ellas, y no oponía la menor resistencia cuando el amor la llevaba á mis labios... ¡oh mano encantadora! ¡quién te ha visto... y te ve! entonces su dulce contacto aceleraba los latidos de mi corazón, y ahora... ahora... mira, Juana, echa carbón á la estufa; su fuego se extingue y siento frío, mucho frío... ¡buena noche de bodas! ¡estoy dando diente con diente!

— ¡Qué vergüenza! pues á mí no me sucede lo mismo.

— ¡Es claro! ¡qué has de dar diente con diente... si te has quedado sin ellos!

— ¡Qué galante!

— ¡Ah! comprendo que las mujeres hermosas tengan horror á la vejez. ¡Qué estragos los que causa el tiempo, y qué herida tan cruel la que reciben en su vanidad al ver que va deprimiéndose la amplia curva de su seno, y saltan, como de rota sarta, las perlas de sus dientes, y pierde el talle su esbeltez, y el cutis su tersura, y las mejillas sus rosas, y los ojos sus claridades de cielo!... ¿Quién no se explica el afán con que ocultan su edad y procuran engañarse á sí mismas! ¡Hay tan pocas que se resignen á ser viejas! No hay efeméride más triste en la vida de la mujer como la de la primera cana.

— ¿Y has esperado nuestras bodas de oro para decirme todas esas galanterías? pues yo he visto llegar la vejez con la sonrisa en los labios. La que es buena es siempre hermosa. ¿Qué importa que sus formas pierdan la morbidez y su rostro los encantos de la juventud, si el alma que anima la arcilla, sin mancharse, conserva la hermosura de la virtud? ¿y puede haber para tí mayor felicidad que la de celebrar tus bodas de oro con una mujer que te ha sido fiel hasta el sacrificio; que ha apartado los abrojos de tu camino; que cuando te has sentido arrebatado por la negra ola de los desengaños te ha señalado el celeste faro de la esperanza; que ha endulzado las lágrimas

de tus ojos con la miel de sus labios, y que, al caer vencido en los combates de la vida, ha curado con mano piadosa las sangrientas heridas de tu alma? ¿No es todo eso más hermoso que esos encantos físicos que tanto os fascinan en la mujer y que tienen la vida efímera de las rosas? ¡Nuestras bodas de oro! ¡benditas sean unas bodas que podemos celebrar, sino con el fuego de la pasión en los ojos, con la sonrisa del cariño en los labios, y sino con el corazón henchido de amorosos anhelos, con la satisfacción del que ha cumplido su misión sobre la tierra! Antes Himeneo presidió nuestros amores, y hoy...

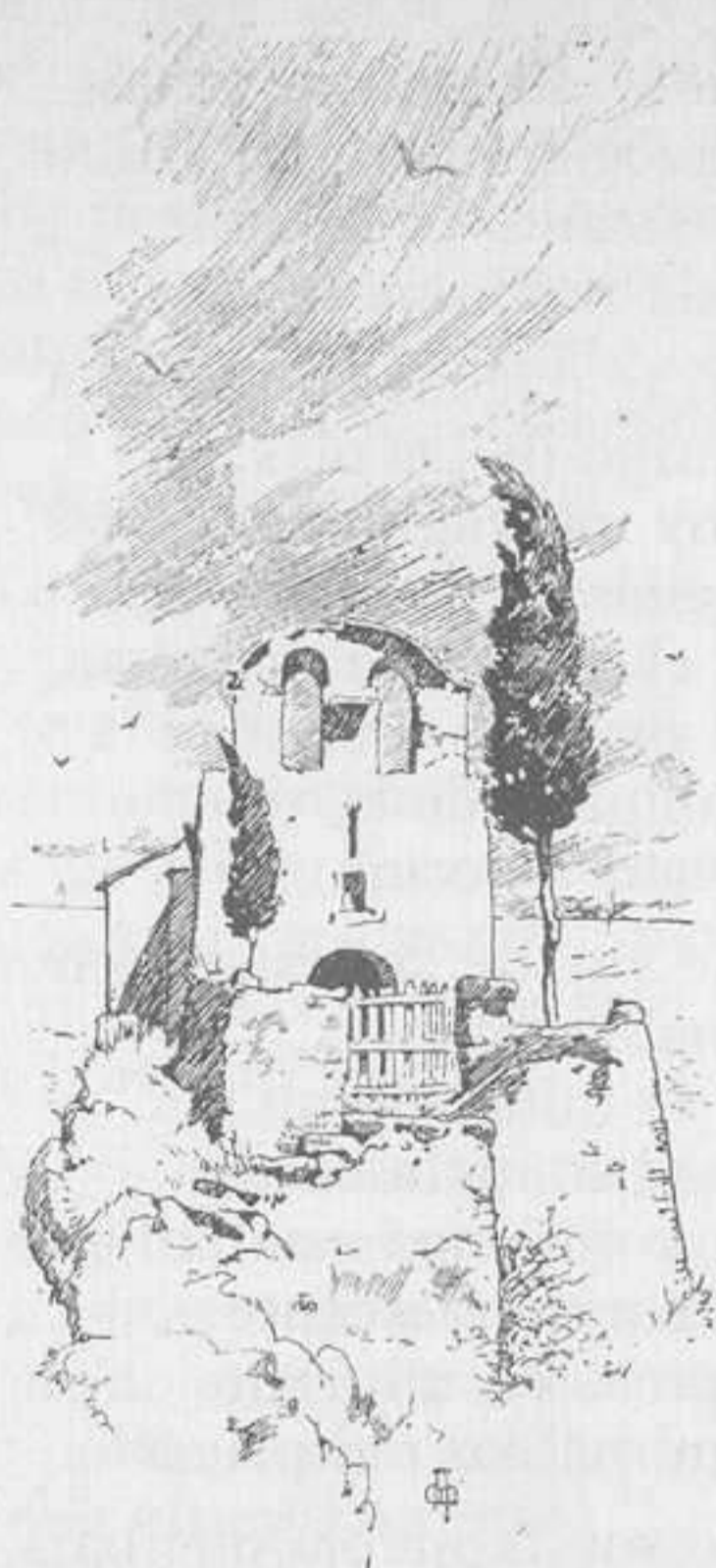
—Sí, y hoy es Morfeo... ¡que empieza á cerrarme los ojos!

—¡Felices aquellos que llegan al término de la jornada sin que el remordimiento ni las inquietudes turben su sueño! ¿Qué mejores bodas que las de oro?

—¡Bodas de oro! ¿quién habrá sido el infame que ha inventado las *bodas de oro*? ¡vaya una manera de *dorar* la píldora!

CASIMIRO PRIETO.





## UN ADIÓS

---

Ya es hora de que me aleje;  
ya es hora de que mi vida  
vaya, como el ave herida  
que arrastró la tempestad,  
á juntar, sobre la altura  
de lejanos horizontes,  
la soledad de los montes  
con su propia soledad.

Ya el viajero deja el oasis  
para tornar al desierto;  
yá la nave deja el puerto  
y se engolfa en plena mar;  
ya nadie alumbra la senda;  
solitaria está la ermita  
y la lámpara bendita  
moribunda ante el altar.

¡Adiós, luz de una mañana,  
adiós, sol de un bello día,  
postrer rayo de alegría  
que alboreó en mi corazón!

¡Adiós, imagen que tienes  
la atracción de lo imposible  
y el encanto irresistible  
que da la última ilusión!

Tú te quedas en la playa  
al abrigo de las olas;  
yo soy náufrago que á solas  
con ellas luchando estoy;  
¡á tí el mundo te reclama,  
á mí me deja y olvida;  
al banquete de la vida  
tú llegas y yo me voy!

Me voy de la fiesta, en hora  
prematura todavía,  
y en la mitad de mi día  
miro el sol palidecer.  
¡Y aun mi copa estaba llena  
del licor efervescente  
y lozanas en mi frente  
las guirnaldas del placer!

Yo soy la niebla que baja,  
tú la fragancia que sube,  
tú el iris y yo la nube,  
tú céfiro y yo aquilón;  
tú la aurora y yo el crepúsculo  
de luz pálida, indecisa;  
yo soy lágrima, tú risa,  
yo recuerdo, tú ilusión!

Yo soy abismo de sombra  
de borrascas agitado;  
tú, como el cielo estrellado,  
eres abismo de luz!  
Yo en la frente llevo espinas,  
tú en la frente llevas galas;  
tú llevas de ángel las alas  
y yo del mártir la cruz.

Yo no tengo en la desgracia  
dónde reclinar las sienes,  
y tú, cuando lloras, tienes  
quién alivie tu aflicción:  
yo, si lloro, es en silencio,  
y las lágrimas que escondo  
caen solitarias al fondo  
de mi herido corazón.

Sin hogar y sin amigos

y extraño en mi propio suelo,  
¡tú eras mi único consuelo  
y hoy tú me faltas también!  
Roto el lazo para siempre  
de un amor desventurado,  
¡ruedo al infierno, arrancado  
de las puertas del edén!

Tú entrarás en él un día  
¡ay, pero no ya conmigo!  
Yo te amo y quise contigo  
la ventura compartir;  
mas no quiero que compartas  
la desgracia á que me inmolo,  
y aunque más se sufre solo,  
¡solo prefiero sufrir!

No quiero arrastrar tu vida  
de mi vida en el naufragio;  
yo no quiero que el contagio  
de mi dolor llegue á tí.  
Del jardín abandonado  
de mis últimos amores,  
para tí guardo las flores,  
las espinas para mí.

Pasarán de estos instantes  
las tristezas y alegrías,  
y las horas y los días  
y los años pasarán;  
pero los dulces recuerdos  
que dejas en mi memoria,  
forman parte de mi historia  
y en mi vida vivirán!

Me acompañará tu sombra  
para siempre en la existencia  
y con tu nombre en la ausencia  
mi soledad llenaré.  
Te amaré desde el retiro  
hasta el día en que sucumba,  
¡y si hay amor en la tumba  
en la tumba te amaré!

¡Adiós, luz de una mañana!  
¡Adiós, sol de un bello día,  
postrer rayo de alegría  
que alboreó en mi corazón!  
¡Adiós, imagen que tienes  
la atracción de lo imposible

y el encanto irresistible  
de la última ilusión!...

JOAQUÍN CASTELLANOS.

Buenos Aires, 31 Mayo de 1893.

## EN EL ÁLBUM DE ANITA AVENGO

¿Conque es posible que de mí te acuerdes,  
niña traviesa de los ojos verdes,  
y una página en tu álbum me destines,  
cuando no hay una flor en mis jardines  
que en su marcha triunfal, el viento, Anita,  
no haya dejado sin piedad marchita?...

¿Para qué quieres flores deshojadas,  
dí, princesita de los cuentos de hadas?  
Si es capricho no más, cumplido sea...  
Cuando el incienso en el altar humea,  
la seca flor que al fuego se consume  
aún puede dar al aire algún perfume.

En alas de tu afán, á tu alma asoma  
la rosada ilusión, joven paloma  
que se desvive por tender el vuelo  
buscando otro horizonte y otro cielo.  
No así le pasa al pobre peregrino  
que sigue en el desierto su camino,  
y aunque la vista por el llano extienda  
no halla el oasis donde armar su tienda.  
Feliz de tí, graciosa criatura,  
que en plena luz de vida y de ventura,  
de tristes días y de noches negras  
nada conoces tú, y todo lo alegras.

El cielo quiera que al seguir tu marcha  
jamás penetres la región de escarcha,  
esa región de soledad y hastío  
donde se muere el corazón de frío.  
Que pase tu existencia mansamente  
como entre flores límpida corriente,  
sin que el cristal que tu contento espeja  
nunca se empañe, ni llegando á vieja.  
Y cuando al fin de la postrer jornada  
deje la muerte su obra terminada,  
recuerde con cariño tu memoria  
todo el que sepa tu sencilla historia.

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo, 1895.



BELLEZAS AMERICANAS



## MISA DE ALBA

A FEDERICO UHRBACH

¡Son las cinco! El vigilante de policía hace su última ronda hundida la barba en una bufanda á cuartos.

Un rayo de sol, pálido y gozoso, da los buenos días con una caricia que dura un segundo.

¡Y qué frío hay en la iglesia! No se distingue más que el altar mayor con cuatro cirios encendidos que parecen otras tantas estrellitas. La cortina de cuero de la entrada se levanta á ratos, y un fantasma negro se desliza junto con una bocanada de aire glacial que eriza los pelos de la nuca al sacerdote que masculla latinajos.

El ministro tiene casulla roja y el oro de la estola irisa con chispas que parecen exhalaciones. Detrás de mí hay un confesonario y en el ventanillo opuesto una mujer susurra sus pecados; á mis oídos llegan algunas palabras del confesor: «Corrójase, hermana; la envidia es el vicio...» y nada más, porque un grupo de pajaritos, posándose en el cristal roto de una ventana, inunda la iglesia con un rosario de gorjeos tan agudos, que el monago tiene que apretar los dientes para no reir.

Ya clarea: el presbiterio es de mármol, lívido é immaculado, como el camisolín de la Virgen que sostiene al Niño.

La cortina se alza y un grupo de muchachas cuchicheando, y con sombreritos de colores, se arrodillan ante un banco y abren ruidosamente los devocionarios.

El sacerdote vuelve la cara y bendice las cabezas de los fieles, cerrando sus ojillos tras los cristales de los espejuelos.

En la calle ya es de día; los mozos de un almacén abren las puertas, bostezando con dislocaciones de mandíbulas, y en la casa de tres pisos, frente á la iglesia, un piano suspira sus notas matinales.

Alguien estudia. Es un vals preciosísimo, que arranca á las muchachas de sus éxtasis religiosos; y el ramillete profano de notas que se deshoja es un rocío de bienestar que ensancha los pechos en aquella obscuridad mezclada al asfixiante humo del incensario.

El sacerdote rumía una frase besando el altar, y entra en la sacristía seguido del monago, que guiña á las muchachas cuando comulgan y pellizca á las beatas cuando se quedan dormidas.

El vals ritma sus cadencias, que recuerdan cotillones y diálogos de amor. Las jóvenes de sombreritos de colores mueven las cabezas llevando el compás, y una rubita de mejillas encendidas, cierra el devocionario, y me mira sonriendo, como preguntando:

— ¿Bailamos?

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS.

Habana, 1895.

---

## BUSTO REGIO

---

Á DOMINGO MARTÍNEZ LUJÁN

Ella es la reina blonda. La mágica heroína que surge de las salas fastuosas del Trianón, envuelta en roja seda joyante de la China, ó en la espumosa bruma del pálido Alençon.

Su azul pupila bella, nostálgica lumina el resplandor fosfórico de astral irradiación: rimando sus hechizos unió la bandolina á la áurea estrofa excelsa su dulce vibración.

Las rimas engarzadas en albos florilegios, las flébiles canciones de líricos arpegios de los brillantes bardos del clima provenzal;

No dieron á sus trovas bruñidas lindo tema, como la triunfadora ciñendo la diadema con perlas constelada de su blasón real.

CARLOS PÍO UHRBACH.

Matanzas (Cuba).

## ENTRE RATEROS



—Oye, Juan, ¿quieres decirme  
por qué á la iglesia no vas,  
que no te he visto jamás?  
—No voy... por no *descubrirme*.

## EPIGRAMA

—¡Qué gritos! ¡qué batahola!  
¿qué sucede aquí?  
—No es nada;  
es que festeja su santo  
la señora de la casa,  
mujer á quien gusta el ruido...  
—¡Demonio! ¿es hoy... *Santa Bárbara?*

## HISTORIA VIEJA (1)

No lo dudes, Gabriela: no hay memoria  
ni en la obscura leyenda ni en la historia,  
de un ser más sin ventura, que el marino  
que al buscar de las Indias el camino  
por la región sombría de Occidente,  
con las olas y el hombre en lucha homérica,  
vió surgir de repente  
del mar azul la esplendorosa América.  
Creando imaginario  
el mundo que ofrecía,  
su patria le llamaba visionario,  
y hoy que el orbe con creces galardona  
su genio, por fortuna,  
sobre quién meció ó no su humilde cuna,  
riñen tenaces Génova y Savona.  
Llorando de los suyos el desvío,  
y sin ceder un punto en su porfía,  
á Portugal marchó; pero su brío,  
si no perdido, vió menguado á poco,  
pues el sabio se rió de su teoría  
y el vulgo necio le trató de loco.  
Llena la alforja ya de desengaños,  
capaces de arredrar, Gabriela mía,  
á un hombre de más temple y menos años,  
fuese á tierra de España,  
donde una reina, de feliz memoria,  
cuyo nombre la gloria  
eternamente con su lumbre baña,  
le oyó, á despecho de la turba impía  
que bulle de la corte en el proscenio,  
y creyó en su teoría ciegamente,  
en cuanto le escuchó, — ¡que solamente  
es dado al genio comprender al genio!  
Y ¡ejemplo sin segundo!  
por proteger al pobre *visionario*  
que sueña con un mundo,  
viendo exhausto el erario,  
sus joyas vende y colma al navegante

(1) Composición escrita con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América.

de todo cuanto su ambición anhela,  
 gracias á cuyos dones  
 puede darse Colón presto á la vela  
 con los bravos é intrépidos Pinzones.  
 Y busca en las regiones no exploradas  
 del proceloso Océano profundo,  
 las tierras codiciadas,  
 y á punto de mirar desvanecida  
 la esperanza que alienta el Almirante,  
 tachada, injustamente, de ilusoria,  
 puede un rudo español, con voz tonante  
 en vez de gritar ; *Tierra!* gritar ; *Gloria!*  
 Mas, ¿á qué recordar, linda Gabriela,  
 los altos episodios de una historia,  
 que, aunque vieja, está fresca en la memoria  
 de los chicos más chicos de la escuela?  
 ¿Quién ignora los grandes sinsabores  
 que amargarón la vida  
 del que fué sólo digno de loores?  
 Pero no era bastante  
 la guerra que la envidia y la ignorancia  
 declararon al sabio navegante,  
 y quiso su triste hado  
 que se hiciese *inmortal* el desdichado...  
 ¿Que no es una desdicha? ¡poco á poco!  
 será gran desventura  
 oirse llamar loco  
 y verse objeto de constante mofa;  
 pero es mayor desgracia todavía  
 lo que sucede al Almirante hoy día,  
 pues víctima de su hado, siempre adverso,  
 hay quién le pone en solfa y quién en verso,  
 sin entender de música y poesía,  
 y acabarán por trastornarle el juicio...  
 A haber sido *mortal*, nada sería,  
 pero siendo *inmortal*, ¡vaya un suplicio!

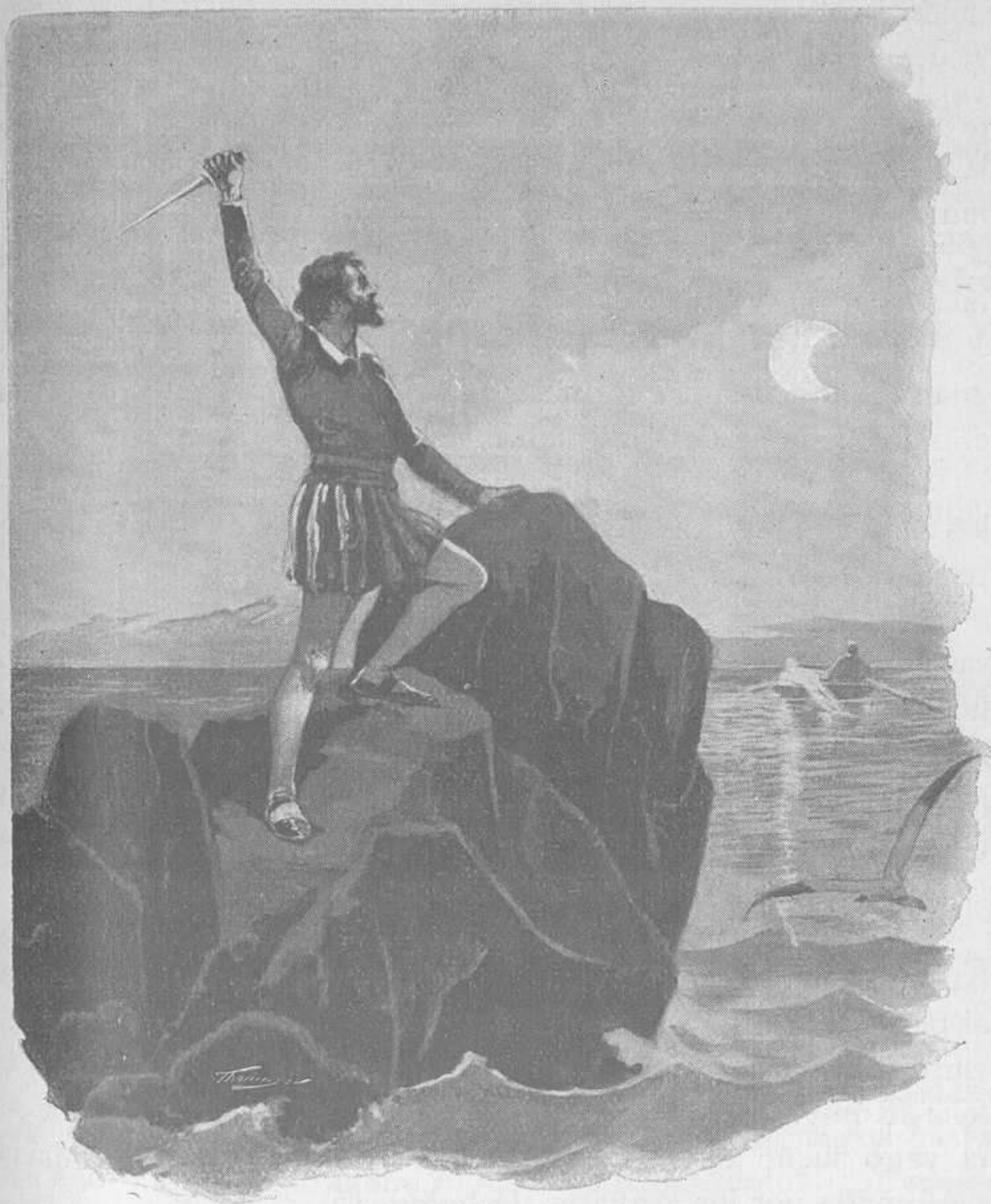
CASIMIRO PRIETO.

---

### EPIGRAMA

---

— Dí, ¿quién hace el chocolate?  
 — Clara...  
 — Pues tu idea alabo:  
 vale más que lo haga Clara,  
 que no que lo haga... *claro*.



## EL SUEÑO DE ROHTZ

### I

Era mentira.

El dormitorio de Rohtz estaba oscuro y en silencio.

En el fondo negro de la tiniebla había dos puntos fosforescentes: los ojos del buho, encaramado y quieto en el último palo de la percha, colocada en un ángulo del aposento, enfrente de la cama.

## II

Rohtz estaba en la cima de la roca, armado de un puñal pronto á caer sobre el corazón, la mano crispada oprimiendo la empuñadura de la hoja reluciente y el brazo en alto y recto, inmóvil bajo la augusta mirada de los astros.

Y sin una nube en el cielo, ni una espuma en el mar, ni un rumor en el aire.

El rayo de luz amarilla, que descendía de la luna en menguante, parecía una enorme espada de oro que, al clavarse en el mar, se había doblado sobre su tersa superficie.

Bajo aquel destello de luz lunar se detuvo la barca, con los remos extendidos, como dos arterias, sobre el agua azul y resplandeciente.

Ella, tendida en la popa, con su blanco vestido de desposada, ajado y descosido, sueltos en undosàs madejas los cabellos dorados sobre los hombros desnudos, echada hacia atrás la artística cabeza, la boca entreabierta al afán no agotado de los últimos besos, los ojos entornados ante la visión de una realidad, antes ignorada, y el pecho hinchado por los primeros sollozos de la virginidad asustada y vencida.

Y él, sentado en la proa, con los robustos brazos desnudos hasta el hombro, la camiseta de rayas azules y blancas ceñida al pecho, el corto y amplio calzón de marinero sujeto á la cintura, los cabellos desordenados sobre la frente, risueño y feliz, Romeo triunfador de aquella Julieta, medio dormida en el vago sueño de la primera embriaguez nupcial, y todavía perfumada por los azahares deshojados.

En el último límite del horizonte brillaba el mar como una extensa faja de plata, extendida bajo las lejanas fulguraciones de la noche.

Y era mentira.

## III

El brazo de Rohtz fué creciendo y creciendo, y se prolongó hasta la barca y quedó la mano armada de afilado acero suspendida sobre el pecho descubierto y de nieve de la hermosa desposada, inmóvil ante los innumerables ojos de lo



infinito, resplandecientes y abiertos en los espacios insondables.

Pasó un blanco jirón de bruma y otro detrás, y otro, y veinte, deslizándose sobre las aguas tranquilas como humaredas escapadas de un incendio, en fuga lenta, á manera de fantasmas que peregrinan uno tras otro en procesión misteriosa y solemne, perdiéndose lejos en las hondas quebraduras de la costa. Y por encima de la última faja del mar, aparecieron blancas pirámides de nubes, plateadas por la luna y semejantes á largas filas de fúnebres y nevados cipreses.

El primer soplo de viento, leve y templado, movió la primera ola mansa que fué á dormirse al pie de la roca, en el lecho de arena, sollozando como la virgen vencida y entregada.

Y era mentira.

#### IV

Rohtz vió desaparecer la luna, tornarse negras las nubes plateadas, apagarse los astros, caer la tiniebla sobre el mar, sepultarse todo en el abismo sin luz de la noche.

El rumor manso del viento se cambió en grito de amenaza, y el manso sollozo de la ola en rugido de fiera.

Oyó el golpe de los remos, el crujido de los tablazones de la barca, la voz de la desposada, que exclamó: — ¡Huye! — y el acento varonil del marinero, que gritó: — ¡Oé!

Sobre el agua del mar, negra como azabache líquido, brilló la luz del farol de proa. Después, las nubes negras descendieron hasta el mar, y las olas negras se empinaron hasta las nubes, bramando como monstruos hambrientos, con melenas de espuma, desordenadas y flotantes, levantándose en espantoso hervidero, tronando como la tempestad y relampagueando como ella, en el fondo de las profundas y turbadas lobregeces, donde se verificaba el acuerdo de las aguas enfurecidas con los huracanes desencadenados.

Mientras se hundían en el inmenso y tumultuoso remolino de las olas, la barca, el marinero que la conducía y la joven desposada, el brazo de Rohtz permanecía enhiesto é inmóvil en el espacio tenebroso.

Y también era mentira.

## V

Rohtz entreabrió los ojos. Estaba en su lecho, enfrente del buho, que cerraba los suyos á la primera luz del día y dormitaba en su percha.

Sintió movimiento en las ropas, y algo frío que se aproximaba á él.

Era su desposada Lilí, que se metía en la cama.

Palpó su carne y la encontró mojada y fría, como una superficie de hielo que empieza á licuarse.

— ¡Lilí! exclamó, oprimiendo fuertemente uno de sus brazos, ¿tú has estado en el mar, en una barca, con un joven marinero?

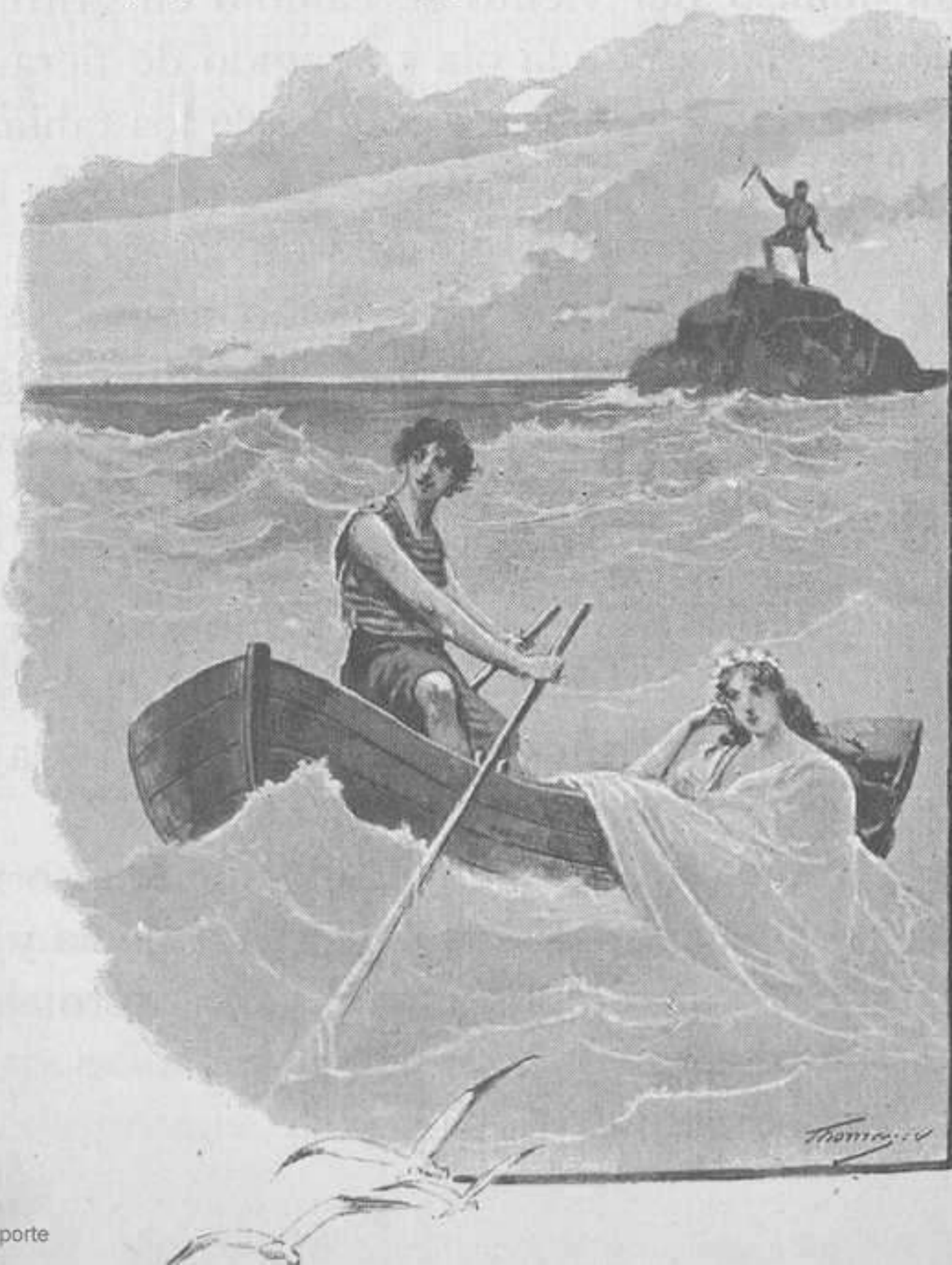
— ¡Bah! contestó Lilí. Déjame en paz. Ahora mismo salgo del baño.

Y le volvió la espalda.

Aquella fué la última mentira.

CHRISTIÁN ROEBER.

Buenos Aires, 19 Abril de 1895.





## SERENATA INDIANA

Como red de brillantes,  
 la errante luna  
 sus fulgores desata  
 sobre la mar,  
 y en la orilla demora  
 la sin fortuna  
 tribu indiana, en que alzan  
 este cantar:

« A la vista del puerto  
 corta la ola,  
 de un pirata que arriba,  
 raudo bajel,  
 que aborda suavemente  
 la peña sola,  
 do está un indio que, presto,  
 se embarca en él.

» Es Tamaire que deja  
 los patrios lares...  
 De una imagen cristiana  
 se enamoró.

Le han dicho que ella vive  
 tras de los mares  
 y por ella á su amada  
 fiel, olvidó.

» La *guaricha* está en vela,  
 pero le mira  
 en la sombra, llorosa,  
 traidor, huir,  
 cuando pudiera, en breve,  
 bajo la ira  
 del cacique más fiero  
 verle morir.

» ¡Ah! de pronto, en el barco,  
 que luchan siente...  
 ¡del marino extranjero  
 fué una traición!  
 Ella, al ver á su amado  
 morir valiente,  
 una flecha se clava  
 sin compasión.

» Cae un bulto en las aguas;  
 se oye un gemido;  
 al bajel, entre risas,  
 besa el terral:  
 —Soberbio esclavo, dicen,  
 hemos perdido.

La *guaricha* está inerte  
 bajo un zarzal.»

—  
 Como red de brillantes,  
 la errante luna,  
 sus fulgores desata  
 sobre la mar,  
 y en la orilla en que duerme  
 la sin fortuna  
 india tribu, doliente,  
 cesa el cantar.

F. D.

Coro (Venezuela).





## Sr. D. Gabriel Cantilo

DISTINGUIDO ESCRITOR Y CRÍTICO ARGENTINO

## GABRIEL CANTILO

Sr. D. Casimiro Prieto.

Mi distinguido amigo:

Le aplaudo y agradezco su pensamiento de publicar en este famoso ALMANAQUE el retrato de Gabriel Cantilo; y le agradezco, pero no le aplaudo, el de recurrir á mí para completar ese retrato físico con el moral y literario de nuestro común amigo, por más que con ello me haya usted hecho la doble honra, que vuelvo á agradecerle, de fiar tanto en mi pluma y en mi sinceridad.

Con respecto á este último ha acertado usted, porque tan incapaz soy yo de andar con lisonjas como Cantilo de pretenderlas ni tolerarlas. Pero se ha equivocado usted al imaginar que, como compañero que soy de Cantilo desde que aquí llegué, y amigo casi desde el mismo momento, estaría en aptitud de bosquejar su historia literaria y hasta de hacer su biografía entera.

Pues no, señor, no lo estoy. Será esto muy raro, pero es además muy cierto. Sé yo menos de él que acaso sepan muchos que no le han tratado ó que sólo le conocen de referencia ó fama. Y para no saber, ni siquiera sé la razón de esta anomalía.

¿Por qué no he sentido más interés ó curiosidad por conocer los antecedentes de un amigo á quien tanto quiero y por quien tanto me intereso? Pues ahí verá usted, como decía el otro. Quizá se explique esto, en parte, por la naturaleza misma del carácter de mi amigo. Es tan franco, tan abierto, tan leal, tan falto de repliegues y tan ajeno á toda mira de alucinar con falsas apariencias, que casi en el acto cree uno conocerle por completo, de toda la vida; y no se siente comoción de escudriñar antecedentes ni pormenores, que, sean cuales fueren, no se les puede suponer en desacuerdo con lo que promete y garantiza ese carácter.

Generalmente se escudriña la vida ajena, aun la del amigo, cuando inspira recelos ó dudas. Cantilo no puede inspirar una cosa ni otra, sino, por el contrario, esa gratísima confianza que precisamente se complace en renunciar á toda investigación. Su amistad es de las pocas que se aceptan sin beneficio de inventario; es una moneda de tan visible buena ley que se la toma sin hacerla sonar. Por eso no sé más cosas de este buen amigo que las que el azar, no mi diligencia, me ha hecho conocer.

En cuanto á sus cosas públicas, que casi se reducen á sus escritos, porque de la política activa le ha mantenido hasta ahora bastante apartado su aversión á lo que nuestro Castellar llamaba las «impurezas de la realidad,» de sus escritos, digo, apenas conozco una mínima parte de los muchísimos que ha esparcido en las inmensas páginas de *La Nación*, periódico al que ha pertenecido desde su mocedad.

Como no se le ha ocurrido nunca coleccionar siquiera algunos de sus artículos, porque una de las pocas injusticias que le he visto cometer es la de no darles valor ninguno, resulta que para leerlos hay que echarse á buscarlos venciendo el imposible de manejar los enormes volúmenes de la colección de dicho periódico. Y la dificultad de encontrarlos sube de punto por la circunstancia de no ir casi nunca firmados por su autor.

Salvo los de carácter político, que como de costumbre van sin firma alguna, los demás siempre llevan un seudónimo. ¡Qué quiere usted! Cantilo es así. No conoce ni por el forro la vanidad literaria que tan fundadamente podría tener. Una vez ha satisfecho el impulso de conciencia ó de humorismo que le llevan la mano á la pluma, ya nada le pide su amor propio y todo su empeño lo pone en desaparecer. Afortunadamente no lo consigue, y viera usted lo que esto le desespera. Como no abundan por esos trigos escritores que puedan pensar y sepan decir las muchas y buenas cosas que á él se le ocurren, y como «para mayor dolor,» su acerado estilo es lo bastante característico y personal para denunciar á su autor á los pocos párrafos, es de ver cómo le sigue el

lector la pista á Cantilo y cómo se afana en balde Cantilo por despistarle, pretendiendo ocultar tras los seudónimos, cada cuatro días distintos, una personalidad literaria que siempre es la misma. Es algo parecido á la ilusión de la codorniz, que cree ocultar el cuerpo escondiendo la cabeza bajo el ala. Cantilo no quiere convencerse de que allí donde esté su estilo está su firma, y que mientras no halle modo de suprimirse la preciosa cualidad de ser siempre quién es, habrá de resignarse á que le descubran, fírmese *Cándido Perdigones* ó *Bruno* ó *Do-Mayor*.

Si no le conociese tanto, casi sospecharía que ese inútil recato es pura coquetería literaria; pero ya he dicho que ni ésta ni ninguna otra doblez caben en su carácter. Él se oculta por objetivar más lo que escribe, por darle, á favor de esa impersonalidad, que tanto recomendaba Flaubert, mayor eficacia sobre el ánimo del lector. Lo que á él le interesa es el asunto, el objeto del escrito; no el escrito mismo, no su persona. Y como nunca escribe por mero placer de hacerlo, sino proponiéndose algún fin útil, ajeno á su lucimiento personal, como el de ensalzar méritos, censurar extravíos ó satirizar ridiculeces, ya del orden moral, ya del artístico, del literario ó del civil, acaso imagine que sería excesiva jactancia ejercer tales oficios á cara descubierta, porque esto equivaldría en cierto modo á erigir en modelos su persona y sus obras, á considerarse impecable en todos terrenos, á declararse á salvo de aquel precepto de la fábula que dice:

Procure ser en todo lo posible  
el que ha de reprender, irrepreensible;

cosas reñidas con su verdadera modestia, con su falta de pretensiones y también con su buen gusto.

Porque es el buen gusto el que generalmente le impulsa á hacer esos disparos que con tan buena puntería dirige contra todas las deformidades ó aberraciones de cualquier género, que tienen la mala suerte de pasar al alcance de su larga mirada, y que le quitan el sueño hasta que no se ha dado el placer de fustigarlas en uno de esos espirituales artículos que



hacen tanta mella por su causticidad como por sus fundadas razones.

Aunque la crítica es la materia casi constante de sus escritos, adonde la dirige de preferencia es al terreno del arte, objeto constante de sus preocupaciones, de sus goces, de sus estudios. Y es tal la fuerza de su temperamento artístico, que, aunque hubiese prescindido de estudios y reflexiones, él bastaría á guiarle fidelísimamente para la apreciación de la más complicada obra. Tiene la suerte y la desdicha de serle absolutamente imposible dejar de percibir una sola belleza ó un solo defecto, y esto le hace pasar la vida gozando y rabiando.

Pero aunque á todos los órdenes de manifestación artística ó literaria es igualmente sensible, en donde más se concentra su atención y se revela su instinto, su exquisito gusto y su terrible perspicacia, es en el teatro y sus varios géneros. Me atrevo á decir que en esta materia su criterio es infalible, como creo también que el gran error de su vida ha sido el de no consagrarse al cultivo directo de la literatura teatral. Sólo últimamente, y por puro compromiso ó á guisa de humorada, ha producido dos obritas, y en su hábil y certera factura se descubre al punto la destreza nativa de su autor y el error que ha cometido desdeñándola. No es tarde, sin embargo, y aún me prometo de él alguna gran sorpresa que para mí no lo será...

Y á todo esto ya va usted viendo cómo solo datos desperdigados y pocos son los que tengo sobre nuestro común amigo, y con ellos no puedo trazar cumplidamente su figura moral y literaria. Pero entre los pocos rasgos suyos de que puedo dar fe, hay uno que me compensa ó consuela de mi ignorancia de muchos otros; uno que es á mis ojos el que más le caracteriza y á la vez el que más le enaltece como hombre, como escritor y como argentino, y es el perfecto equilibrio con que su espíritu generoso y amplio ha sabido conciliar su amor patrio con su amor y respeto á lo que no es de su tierra. Ama á su patria sin ceguera, sin chauvinismo, sin ilusionarse ni ilusionar sobre sus verdaderas condiciones, ni

ocultarse sus defectos; la ama con ellos, que es como se debe amar á la patria. Y tal vez la ame más que los que alardean de un patriotismo exclusivista sólo por el placer de la exclusión ó por odio al merecimiento ajeno.

Si en el periodismo, si en la literatura y en toda la esfera intelectual argentina imperase como norma absoluta el noble y fecundo espíritu que anima á los Calixto Oyuela, Mariano de Vedia, Joaquín V. González, y ya lo he dicho, mi querido Gabriel Cantilo, muchas más que ahora serían las simpatías y las adhesiones útiles que lograría este interesante país.

Però concluyo, ya que al cabo no me es posible satisfacer los deseos de usted, porque en resumen yo no sé de Cantilo sino lo estrictamente preciso para admirarle como escritor, envidiarle como crítico y quererle entrañablemente como hombre.

ENRIQUE FREXAS.

Buenos Aires, 30 Junio de 1895.

## Á UN ATEO

### SONETO

No es sólo Dios el Creador modelo  
cuya justicia inapelable aterra:  
es perdón y es amor: fuente que encierra  
raudales de esperanza y de consuelo.

En vano, en vano con impío anhelo  
á ese Dios de bondad moverás guerra.  
¡Mientras haya dolores en la tierra  
brillarán recompensas en el cielo!

Dios estaba en tu alma; si no escuchas  
su voz en el insomnio triste y largo,  
¿quién mitiga la pena con que luchas?

Dios estaba en tu alma, y ya vacía,  
¿qué luz verá brillar en el amargo  
crepúsculo fatal de la agonía?

FERNANDO LÓPEZ BENEDITO.



## LAS MORAS

AL INSIGNE POETA Y DIBUJANTE ESPAÑOL

D. APELES MESTRES

Tenía quince años ella,  
yo, diez y seis ya cumplidos,  
y cuando en busca de nidos  
iba al campo la doncella,

A los rojizos fulgores  
de la tarde que moría,

con el delantal volvía  
lleno de nidos y flores.

En la vuelta de un camino  
que empieza en unos sauzales  
y entre cercas de rosales  
va á las tapias de un molino,

Forma umbría sin igual,  
cabe transparente alberca,  
el ramaje de la cerca  
que se copia en el cristal.

Yo esperaba su regreso  
allí en la umbría escondido,  
que por haberla ofendido  
robándole un día un beso,

Me ví sin remedio á errar  
lejos de ella, condenado...  
¡mas feliz si por mi lado  
lograba verla pasar!

Para no sentir las horas,  
que eran siglos esperando,  
empleábalas llenando  
un canastillo, de moras.

Y una vez... (era á la siesta;  
se estremecía el ramaje,  
y estaban en el follaje  
todas las aves de fiesta).

Pasaba, y el delantal  
se le enredó por descuido,  
y se le manchó el vestido  
con las moras de un zarzal.

Pronta á tomar el desquite,  
fué á romper la zarza espesa,  
cuando, roja de sorpresa,  
dió conmigo en mi escondite...

—¡Cómo! ¿qué hacías aquí?  
dijo, bajando los ojos;  
y exclamé, puesto de hinojos:  
—Coger moras para tí.

Mas con voz en que al desdén  
se unía el reproche: —¿Ignoras,  
repuso, que á mí las moras  
nunca me supieron bien?—

¡Era verdad! Lo sabía;  
mas ¿qué mucho, si turbado  
hasta olvidé que manchado  
de ellas el vestido había?

Mudos quedamos y heridos  
por nuestros propios agravios,  
cuando reparó en mis labios  
también de moras teñidos...

Tan turbado y tan confuso  
dejóme el descubrimiento,  
que al notar mi aturdimiento  
hecha una grana se puso.

El canastillo sentí  
de mis manos deslizarse...  
ví á la doncella turbarse  
y dar un paso hacia mí...

¡Y cuál no fué mi sorpresa  
al verla que recogía  
una mora que oprimía  
entre sus labios de fresa!

Temblaba; se sonrió,  
miró en torno con recelo,  
cerró sus ojos de cielo  
y en mis brazos se arrojó.

Y fué al ver la mora puesta  
entre su boca y la mía,  
que las aves de la umbría  
interrumpieron su fiesta.

¡Oh dulce idilio de amor,  
cuyas notas virginales  
aún vagan en los zarzales  
y los seibos en flor!

Desde entonces, en las horas  
en que del campo volvía,  
ella la boca solía  
traer manchada de moras!

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

Buenos Aires, 8 de Mayo de 1895.

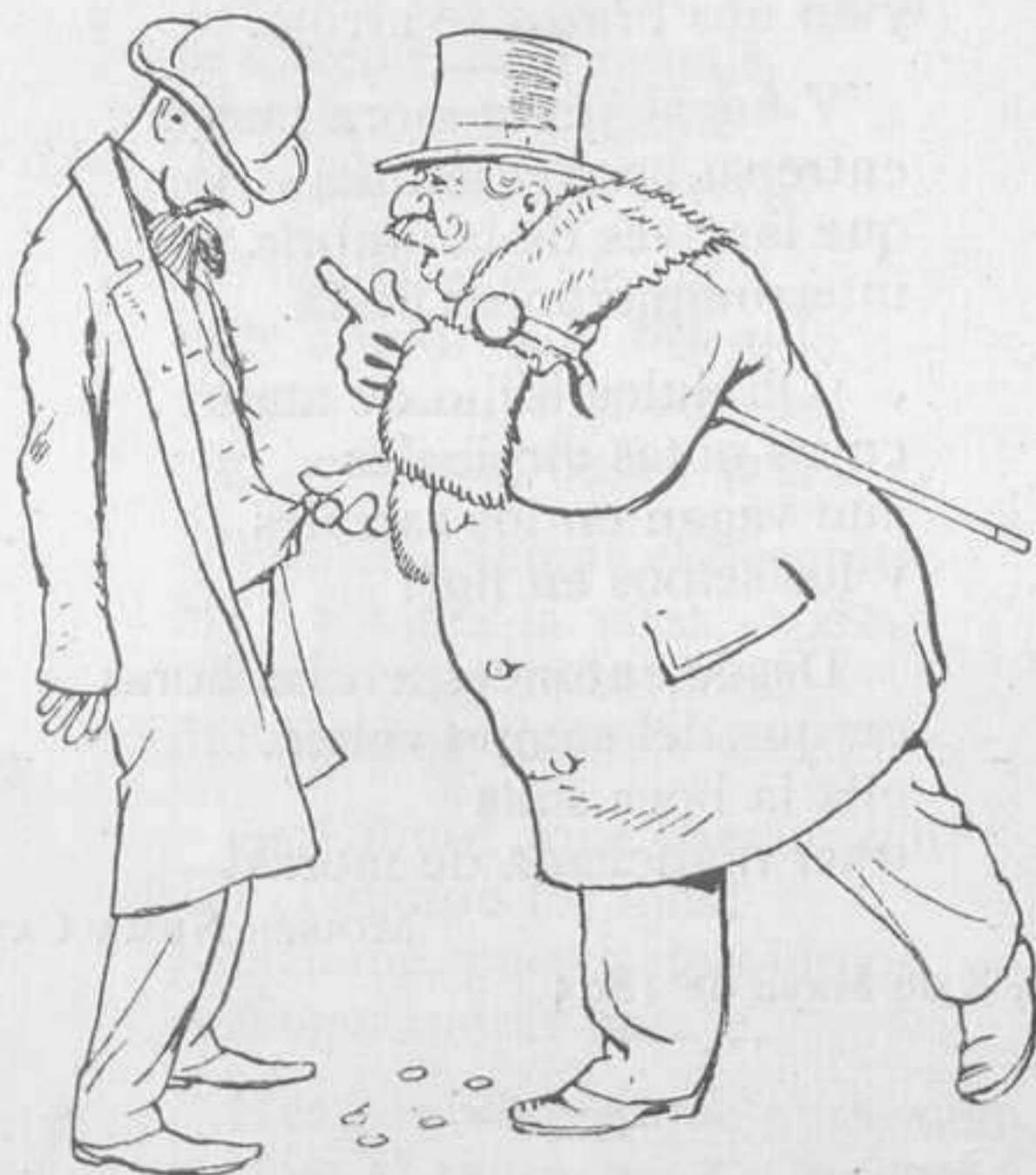


# Un hombre convencido

CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES



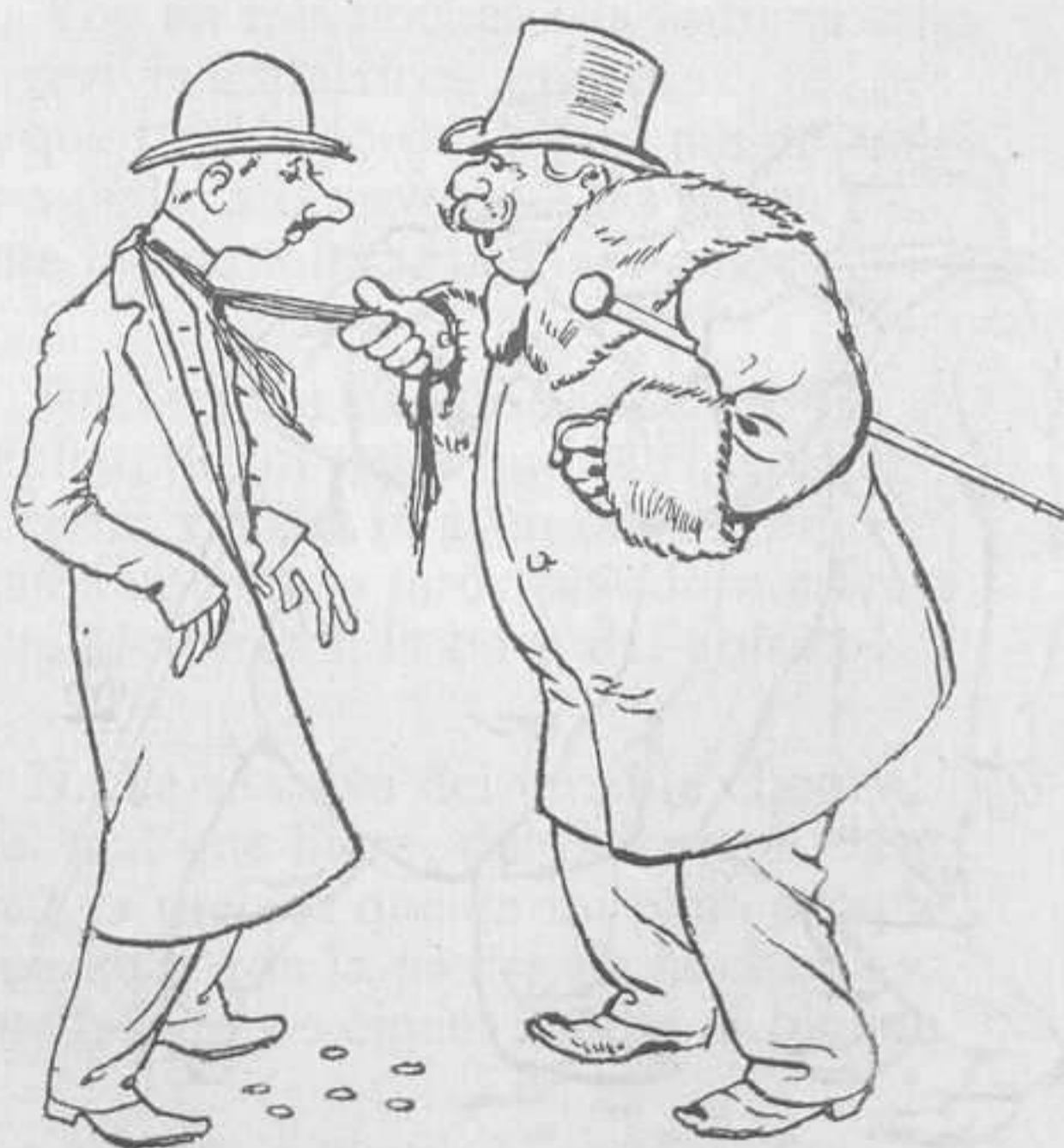
« Desde el primer ciudadano. .



hasta el último...



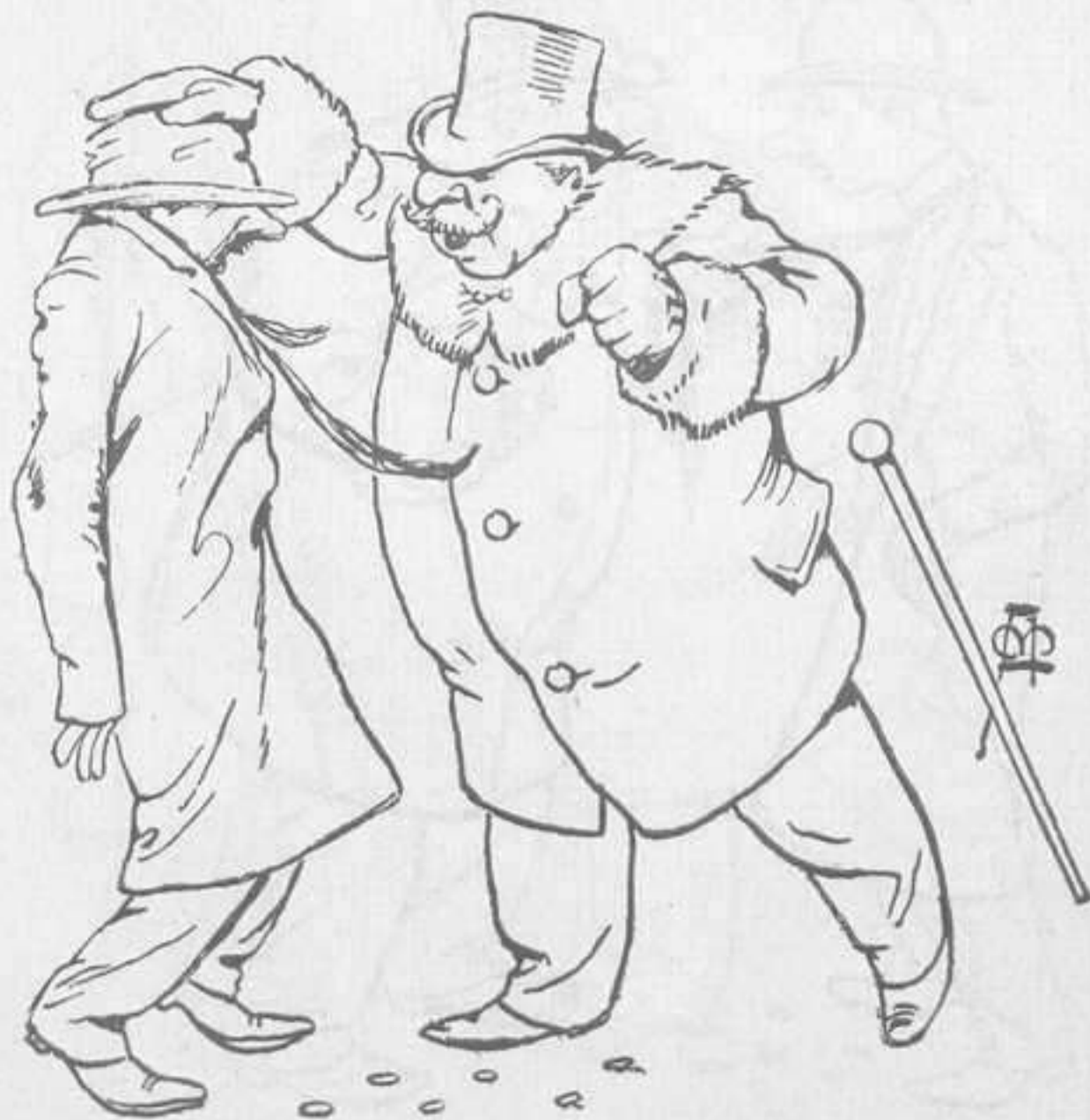
todos carecen de energía! ¡No hay resistencia!



El lazo de la familia está deshecho...



Y si los hombres pacíficos no hacemos un esfuerzo sobrehumano...



¡la anarquía nos aplasta!»



## Á MI ESPOSA

---

Aún vienen con sus vagas armonías  
sobre las alas del nativo viento  
y bañadas de azules lejanías,  
tu casta frase, tu amoroso acento,  
mis dichas viejas y mis claros días.

---

¡No puedes comprender lo que he sufrido!  
En la rabiosa tempestad deshecha,  
¡cuántas horas amargas he vivido  
hundida en mi alma la traidora flecha  
que me dejara solitario el nido!

---

Ignoras ¡ay! que en el combate rudo  
he regado con sangre mi sendero  
con alma fuerte, pero labio mudo:  
y al fin entrego mi mellado acero,  
pero aún conserva la virtud su escudo.

---

Voy en mis noches á la antigua selva  
á revivir fantásticos amores,  
á que tu aliento con su tul me envuelva,  
y á pedir á las aves y á las flores  
que la marchita primavera vuelva.

---

Recorro mi pasado refulgente  
repleto de un amor que es fanatismo,  
y es mi vida la imagen del torrente  
que aumenta su furor cuando presiente  
que se acerca á la boca del abismo!

---

Nadie se salva del terrible choque,  
del mal que hiere, del dolor que crispa,  
mas es preciso que en mi pena evoque,  
que ultrajada la piedra da la chispa,  
que herido de cincel irradia el bloque.

---

Llena de triste majestad escalas  
la colina del bien que me subyuga,  
muerta, vestida con obscuras galas...

¿Por qué la carne vil es una oruga  
que va al sepulcro á conquistar sus alas?

—  
Lejos de tu sepulcro idolatrado  
con mi memoria de rodillas llego  
á vivir en la aurora del pasado;  
¡ah! ¡si pudiera mi incesante ruego  
darle forma á tu seno inanimado!

—  
¿Qué importan de la vida los enojos?  
con la mirada en tu sepulcro fija  
apartaré en mi senda los abrojos,  
y haré fecunda la virtud de mi hija  
con las lágrimas puras de mis ojos.

—  
Quedo solo en la costa del destino,  
esperando que calmen las mareas  
para seguir en marcha, peregrino;—  
¡ah! recibe del borde del camino  
mi inconsolable ¡adiós! .. ¡Bendita seas!

JULIO N. GALOFRE.

Caracas.

---

## LA SABANA DEL TINTO

Inmensa como el mar, tocando al cielo  
silenciosa y desierta, una llanura  
extiende su oleaje de verdura  
en un confín de mi nativo suelo.

Nunca cuajó el invierno escarcha ó hielo  
sobre su agreste pompa y su hermosura;  
perenne brisa, susurrante y pura,  
en ella tiende sosegado vuelo.

A trechos, el verdor de la pradera  
suelen manchar las sombras oscilantes  
del sauce tembloroso y la palmera;

Y aquella soledad sólo es turbada  
por los mugidos broncos y distantes  
del hato que regresa á la majada.

J. CECILIO SANTA-ANNA.

Tabasco (Méjico).



## Sr. D. Emilio A. Caraffa

DISTINGUIDO PINTOR ARGENTINO

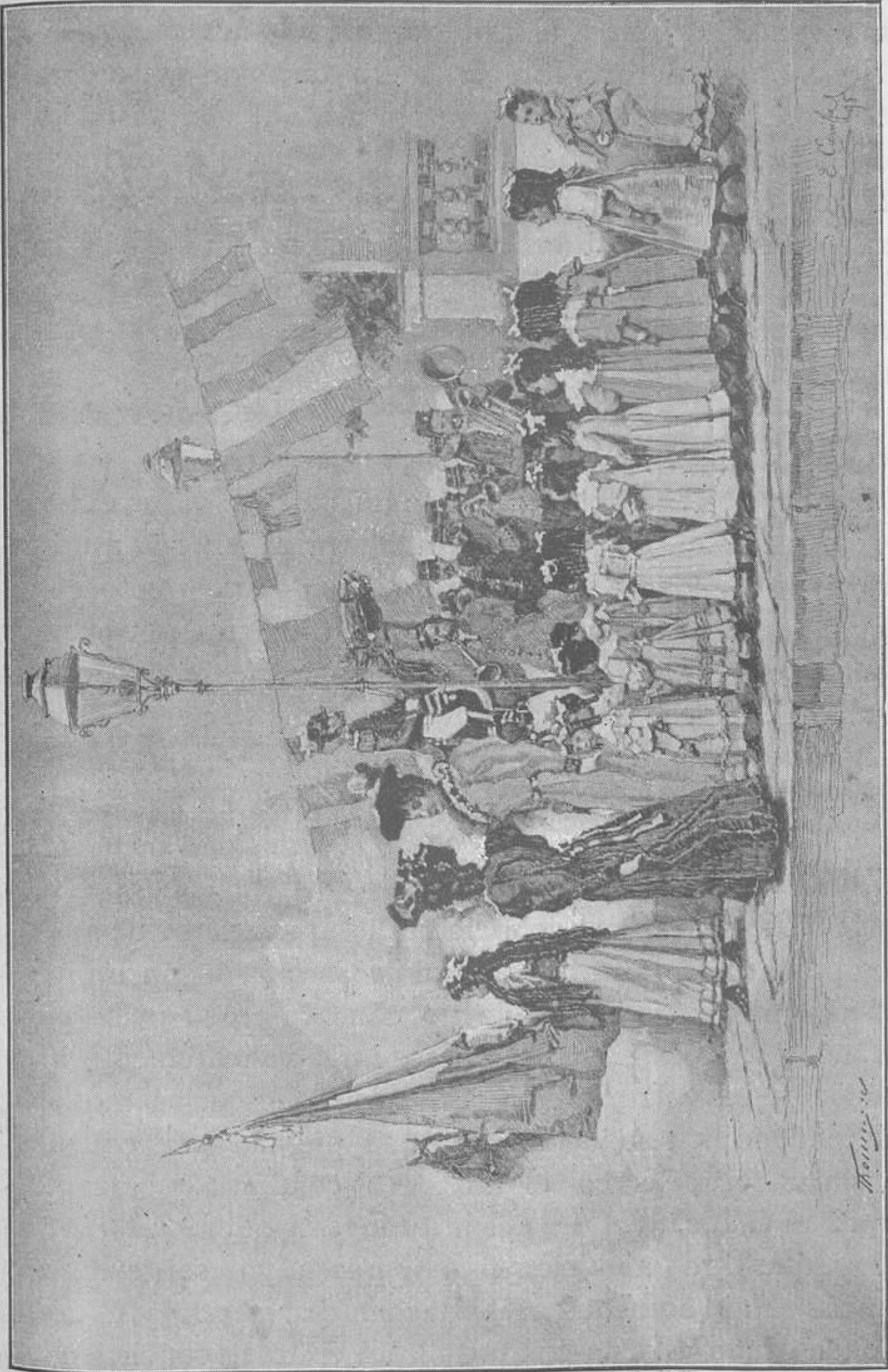
## EMILIO CARAFFA

---

Nervioso, — casi brusco de gesto y de palabra; — franco, ardoroso y batallador cuando se trata de su arte, al que ama con verdadera, intensísima pasión; — frío, reservado y hasta indiferente por todo aquello que con dicho arte no se relacione, — así se me presenta Emilio Caraffa cada vez que tengo el placer de tratarle.

Han pasado dos ó tres años desde su regreso del viejo mundo, Caraffa continúa siendo, por su tipo, por sus ideas y por su carácter, una mezcla simpática de criollo, de andaluz y de italiano. Y, en efecto: hanse reunido en él para determinar tal conjunto tres elementos que llamaré esenciales: la patria, la educación y la sangre. Argentino por la primera, español por la segunda y romano por la última; más de una lucha íntima ha debido trabarse en el fondo de su ser; lucha no provocada, fatal, irresistible, entre las influencias determinadas por el origen, por el medio ambiente y por la nacionalidad. Mas, como es lógico, ha tenido que quedar triunfante en ella el sentimiento de la patria. Es, pues, perfectamente explicable que el artista haya concluído por dedicar por entero á ese sentimiento las facultades más conspicuas de su espíritu. La sola enunciación de los títulos de sus últimos cuadros bastaría para probarlo y para justificar la idea que tengo de que á la fecha es Caraffa uno de los artistas más genuinamente *nacionales* — si me es permitido expresarme así — con que cuenta su país, que los posee tan estimables.

No es ésta (ya que sólo se me pide acompañe con unas cuantas líneas, escritas á escape, el retrato del joven pintor argentino que me ocupa), no es ésta la ocasión de anotar rasgos biográficos y hacer un estudio de la obra ya considerable del mismo. Por lo demás, pocos serán los lectores que no sepan que Emilio Caraffa ha cumplido apenas veintiocho años; que comenzó sus estudios en Nápoles bajo la dirección



EL 25 DE MAYO EN PROVINCIAS

Composición y dibujo del distinguido pintor argentino don Emilio Caraffa

del insigne Morelli; que pasó en seguida á Roma, á la Academia de San Lucas, y que, por último, se instaló en Madrid, donde estudió á Velázquez, su gran modelo favorito.

Juzgado en Europa con verdadero encomio por artistas y críticos de nota; felicitado, recompensado con distinciones honoríficas, — como la cruz de Carlos III que recibió del gobierno español, — puede decirse que el aventajado estudiante de entonces obtuvo la consagración del talento y capacidades que le daban derecho á regresar á su patria, incorporado definitivamente al gremio escaso de los artistas de alto vuelo.

Una palabra sobre los rasgos principales de ese talento y esas condiciones.

La nerviosidad del toque, la intensidad, el vigor del colorido; la facilidad, la soltura, la nítida brillantez son á mi entender sus cualidades descollantes. Luego lo correcto, lo distinguido de la entonación y un culto constante por la *regla*; un afán de método y de exactitud, esencialmente escrupuloso, —salvo en los casos en que voluntariamente se propone el artista obtener la verdad por medios diversos, que le alejan de su propio sistema, como, por ejemplo, en aquel boceto titulado *Una corrida de toros*, en que la fogosidad de la *impresión* hace olvidar la escasez de dibujo, —lo cual acusa estudio concienzudo, intención deliberada de no apartarse de sus clásicos predilectos, punto en el cual es Caraffa, según mi juicio, el artista más *convencido* que yo conozca en su país. No es extraño, pues, que se le vea demostrarse valientemente irrespetuoso de esas flamantes y pretendidas escuelas modernas con tendencias revolucionarias, que pugnan por entronizar novísimas fórmulas en el arte. No cuadraría, por tanto, á Caraffa el calificativo de «espíritu investigador» (*esprit chercheur*), que otros ambicionan ó merecen ya, sobre todo en Francia. Hay aquí quienes le tachan de *rutinero* y él acepta de buen grado y hasta con orgullo el epíteto, convirtiéndolo, allá en su fuero interno, con ánimo liviano y hasta con júbilo, en algo así como un preciado galardón que se complace en conservar, pues cree, — y no sin razón, — que en materia de

arte lo viejo, lo consagrado por el juicio universal, lo que no ha muerto al través de los siglos, ha sido, es y seguirá siendo, durante largos años aún, lo más digno de ser aplaudido é imitado.

Actualmente reúne Caraffa los materiales de que habrá menester para la composición de su obra de mayor aliento: aquella que cimentará una vez más, acentuándola, la reputación ya envidiable de que goza. El cuadro se llamará: *El paso del ejército libertador frente al Diamante*, y será una tela de grandes dimensiones, encargado especialmente al artista por el gobierno de Entre Ríos.

Cuando ese trabajo quede terminado del todo, habrá ocasión de juzgar si el joven artista, que se ha ensayado ya con éxito en tan diversos y variados géneros, tiene condiciones para el más difícil de todos ellos, aquel que lleva por título la *pintura de historia*. Por lo que le he oído, y por la forma en que se propone encarar el arduísimo problema de la composición, ordenación y arreglo de la escena y de los personajes, me atrevo á asegurarle un triunfo ruidoso. Desde luego he creído vislumbrar en él, como cualidad esencial para el caso, una muy importante: la del *poder de creación*, que, según los más notables críticos, es indispensable cuando se aspira á escalar en el género mencionado el alto rango á que tiene derecho el que salga vencedor en la tarea acometida con tal propósito.

ALBERTO DEL SOLAR.

Buenos Aires, Mayo de 1895.

---

## FLORES

---

Mi corazón fué un vaso de alabastro  
donde creció, fragante y solitaria,  
bajo el fulgor purísimo de un astro,  
una azucena blanca: la plegaria.

Marchita ya esa flor de suave aroma,  
cual virgen consumida por la anemia,  
hoy en mi corazón su tallo asoma  
una adelfa purpúrea: la blasfemia.

JULIÁN DEL CASAL.

Habana.

## UN... INFIEL



—¿Amor me juras y, cruel,  
huyes de mí?

—¡Por Alah!  
soy moro, y...

—No lo eres ya,  
aunque sigues siendo... *infiel*.

¿No vives de mí alejado,  
sin que te ablande mi lloro?

—¿Y por qué no soy ya *moro*?

—Porque estás... *desamorado*.





## EL ZÁNGANO Y LA LIBÉLULA

AL DISTINGUIDO POETA

FRANCISCO SOTO Y CALVO

De entre el brillante arrebol  
que encendía nube hermosa  
cayó en una blanca rosa  
dorado rayo de sol.  
Y un zanganote gandul,  
que vagaba por el prado,  
dijo con gesto irritado  
á una libélula azul:  
— ¿Le parece á usted decente  
que en nuestras propias narices  
cometa tales deslices  
ese rayo impertinente,  
que de impuras ansias lleno  
finge querer con vehemencia  
á una flor que, en su inocencia,  
le abre el nacarado seno?  
A mí... ¡vamos! estas cosas  
me parecen irritantes;  
¡creer hoy día en amantes!  
¡así se pierden las rosas!

Notó el rayo su hermosura,  
 la vió débil, sin apoyo,  
 y... ¿no oye usted? ya el arroyo  
 que anda por ahí, *murmura*  
 de estos livianos amores,  
 y con malicia no escasa  
 va contando lo que pasa  
 á las aves y á las flores.  
 ¿Qué se dirá en los verjeles  
 de idilio tan poco honesto?  
 ¡Demonio! ¡cómo se han puesto  
 de encendidos los claveles!  
 La indignación no declina...  
 ¡escuche usted! es tan grave  
 el escándalo, que hay ave  
 que está, en su nido... ¡que *trina!*  
 Pero usted nada contesta...  
 — ¿Y qué he de contestar yo,  
 la libélula exclamó,  
 si su crítica indigesta  
 prueba su infame perfidia,  
 mejor que ajenos deslices?  
 ¡ve usted dos seres felices  
 y se le come la envidia!  
 — Es que un hecho semejante  
 pide castigo, y no flojo.  
 — No fuera tanto su enojo  
 á ser usted el amante.  
 — ¿Yo amante, y siempre dudé  
 del amor? ¡vaya un error!  
 — ¡Qué ha de creer en el amor,  
 si nadie le quiere á usted!  
 — ¿No trinan las aves todas  
 contra ellos?  
 — Está usted en babilia;  
 lo que cree trinos... de rabia,  
 es dulce canto de bodas.  
 — ¿Y el arroyo que murmura?...  
 — Ni *murmura* ni se queja:  
 va, de tan gentil pareja,  
 pregonando la ventura.  
 Arroyos, aves y flores  
 hacen, de amor delirantes,  
 á nuestros regios amantes  
 objeto de sus loores.  
 Sólo usted aquí se ensaña,  
 atufadas las narices,

contra esos seres felices,  
y su actitud no me extraña,  
que aunque deba, por política,  
¡y así la envidia le roa!  
callar, sé que en toda loa  
mezcla el zángano su crítica.

CASIMIRO PRIETO.

## CONTRADICCIONES

DOLORA

### I

Se halla con su amante Rosa,  
á solas en su jardín,  
y ya en su empresa amorosa  
iba tocando á su fin,  
cuando ella entre la arboleda  
trasluce el grupo encantado  
en que, en cisne transformado,  
ama Júpiter á Leda;  
y encendida de rubor,  
viendo el grupo repugnante,  
se alza, rechaza al amante,  
y exclama, huyendo: — ¡Qué horror!

### II

Corrida del mal ejemplo,  
entra á rezar en un templo;  
mas al ver Rosa el ardor  
con que en el altar mayor  
una Virgen de Murillo  
besa á un niño encantador,  
volvió en su pecho sencillo  
la llama á arder del amor.

### III

¿Será una ley natural,  
como afirma no sé quién,  
que por contraste fatal  
lleva un mal ejemplo al bien  
y un ejemplo bueno al mal?

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



## EL FRAILE

Descalzo, con obscuro sayal de lana,  
sobre el lomo rollizo de su jumento,  
mendigando limosnas para el convento  
va el fraile franciscano por la mañana.

Tras él resuena el toque de la campana  
que á la misa convoca con dulce acento  
y se pierde en las nubes del firmamento  
teñidas por la aurora de oro y de grana.

Opreso entre la diestra lleva el breviario,  
pende de su cintura tosco rosario,  
cestas de provisiones su mente forja,

Y escucha que, á lo largo del gran camino,  
respondiendo al rebuzno de su pollino,  
silba el aire escondiéndose entre la alforja.

JULIÁN DEL CASAL.

Habana.

## LAS INCONSTANTES

### LA OLA

Allá viene la ola, la pérfida, la hija caprichosa del viejo ebrio: se estremece, es frágil como la nube, nerviosa como su hermana, la mujer. Viene rizada con su blanca blonda de espumas, cantando la canción del náufrago, y bromeando y riendo se tiende negligentemente sobre la playa y besa la arena; pero el anciano hecho de sal se enfurece y la llama con su voz ronca; ella, atemorizada, se retira melancólicamente y se aleja suspirando hacia otras playas, mientras que el viejo gruñe y siente celos.

Allá va la ola, la pérfida, la hija caprichosa del viejo ebrio: ya olvidó la orilla que besó al nacer el día. Se oculta el sol, y ella sigue su marcha, bromeando y riendo, con sus cadencias melodiosas, relampagueando plata, á otra costa de cerros muy verdes, donde hay caracoles, conchas, grandes peñas, moluscos que duermen...

### LA NUBE

Se despereza voluptuosamente bajo la arcada del misterio: ella ha creado el país de los sueños; es la encargada de hacer variar el panorama místico; creó las sombras y creó el amor; es la etérea errante, la bohemia mágica. Forma el alba, se mancha de carmín, se envuelve en peplos de oro luminoso, se tiñe de rubio... Es un velo de novia, luego una flecha, un león, un haz de espigas, un destello, una corona de laureles, un manto funerario; y se pierde, lejos, muy lejos, vaporosa, pálida, para aparecer en otras regiones salpicada de luz, sangrienta, tormentosa, vestida de negro.

Reina del aire: tú fecundas la madre tierra, tú adornas el traje blanco de la Aurora, tú traes la alegoría á la leyenda

bíblica que formó el cielo y divinizó el color azul; tú eres sagrada porque vives en la altura, tú eres diosa porque eres adorada; pero eres variable, eres deleznable. Simbolizas lo ideal: eres la ironía.

## LA MUJER

Hermosura y nervios, belleza, desdén, orgullo. Eres frágil porque te enamoras de un perfume, de una flor, de una piel teñida.

Eres frágil porque tus cabellos ondulan á merced del viento, porque tus ojos jamás descansan, porque tu vaho es la brisa del pudor convertida en voluptuosidad, el mareo de una virginidad fogosa, la huella silenciosa del misterio.

El amor es tu hoguera: allí te incendias. El amor es tu altar: allí está tu cáliz. El amor es tu crepúsculo: allí están tus esplendores y tus sombras.

Tú vives del recuerdo: eres la frívola adorable, la nodriza divina que reparte la ambrosía y da el brebaje á los profanos del santo himeneo.

Tú purificas ó corrompes; tú haces ablución en los ritos misteriosos del dolor, ó caes sensual abrazada del vicio en los mudos santuarios del placer. Eres ángel, eres estatua, eres esfinge.

## LA MUCHEDUMBRE

La carne hecha mármol, la masa inconsciente é histérica; un ronquido de beodo que acompaña las pantomimas de un payaso, glorificando lo que ayer despreció. La entusiasma la voz potente de un tribuno ó el sonido seco de un cuerno; se embriaga con la música y con la pólvora; es un tejido enorme de nervios excitados por la impresión del momento, dominados por la mueca exagerada de un saltimbanqui. Destroza por un símbolo, arroja incienso y flores ante la espuma criminal de un lago de sangre. Desaparece la idea de humanidad

ante un personalismo pasajero. Es un titán que se convierte en niño.

La animación de la fiebre, la voluntad en el decaimiento de las grandes crisis, el vértigo enervante de las agrupaciones; y después, nada, decepción; caen los falsos ídolos, y la misma masa que los elevó se alza poderosa para aplastarlos. Es la ola humana: tiene la ironía de la nube y los caprichos de la mujer.

PEDRO CÉSAR DOMINICI.

Caracas.



## CRISÁLIDA

Es el verbo crisálida en capullo,  
y fecunda sus celdas luminosas  
el alma inexcrutable de las cosas  
que desdeña por simples el orgullo.

Yo las sigo en el cósmico barullo  
y advierto en vibraciones misteriosas  
como un sordo incubar de mariposas  
en el fondo del rayo y del arrullo.

¿Qué aliento vivo las fecunda y crea  
y en ellas pone singular decoro?  
El alma de las cosas, que es la Idea;

Y si el soplo del arte las anima,  
al punto rompen el capullo de oro  
y vuelan con las alas de la rima!

JUSTO A. FACIO.

San José de Costa Rica.



## REMEMBER

ON, cuando muera, sobre mi féretro,  
aquel ramito de flores pálidas,  
de albos jazmines y de miosótides  
que hallé ¿recuerdas? en tu ventana.

Rayo de luna sobre las flores,  
blanco nenúfar sobre las aguas,  
¿por qué me envuelves en tu caricia?  
y con tu aroma ¿por qué me embriagas?

Tu imagen cruza por mis ensueños  
cual esas nubes de ópalo y grana  
que por la fúlgida región del cielo  
como los cisnes volando pasan.

En la penumbra de los salones  
te ví ¿recuerdas? como las hadas,  
toda de blanco como los lirios,  
como los lirios de la montaña.

¿Quién, al mirarte, no fué tu esclavo?  
Tu voz es trémula como las arpas,  
tu paso es rítmico, paso de diosa  
que á son de lira mueve la planta.

Tu cabellera tiene reflejos  
de sol poniente, fulgor de llamas;  
es el cabello de las princesas,  
de las Sibilas y de las Magas.

Y son tus ojos, ojos de náyade,  
ojos que besan con la mirada...  
¡Ay del que miran! ¡ay del que besan  
tus ojos verdes como esmeraldas!

¡Oh, quién me diera ser tu poeta,  
ser tu poeta de rimas áureas,  
y por la noche tañer la guzla  
en los jardines de Scheherezada!

¡Oh, quién me diera besar tus ojos,  
tus ojos verdes, tu frente cándida,  
tu cabecita llena de sueños,  
llena de sueños y de nostalgias!

Pon, cuando muera, sobre mi féretro,  
aquel ramito de flores pálidas,  
de albos jazmines y de miosótides  
que hallé ¿recuerdas? en tu ventana.

Buenos Aires, 1895.

LEOPOLDO DÍAZ.



BELLEZAS AMERICANAS



## Á MI HIJA MARÍA EUGENIA

EN SU ÁLBUM

Cuando de santo gozo el alma henchida,  
 ¡oh, mi Eugenia querida!  
 al seno te estreché por vez primera,  
 de mis labios brotó plegaria ardiente  
 al Ser Omnipotente  
 que rige al mundo desde la alta esfera.

Al noble impulso del amor materno  
 nacieron en lo interno  
 del corazón, sublimes emociones,  
 y, ver creía ante tu blanca cuna,  
 desfilan, una á una,  
 las hadas, prodigándote sus dones;

Como un rayo veloz el pensamiento  
 en un fugaz momento  
 horas y meses y años recorría,  
 y en una hermosa joven transformada  
 la niña idolatrada  
 se figuraba ver mi fantasía;

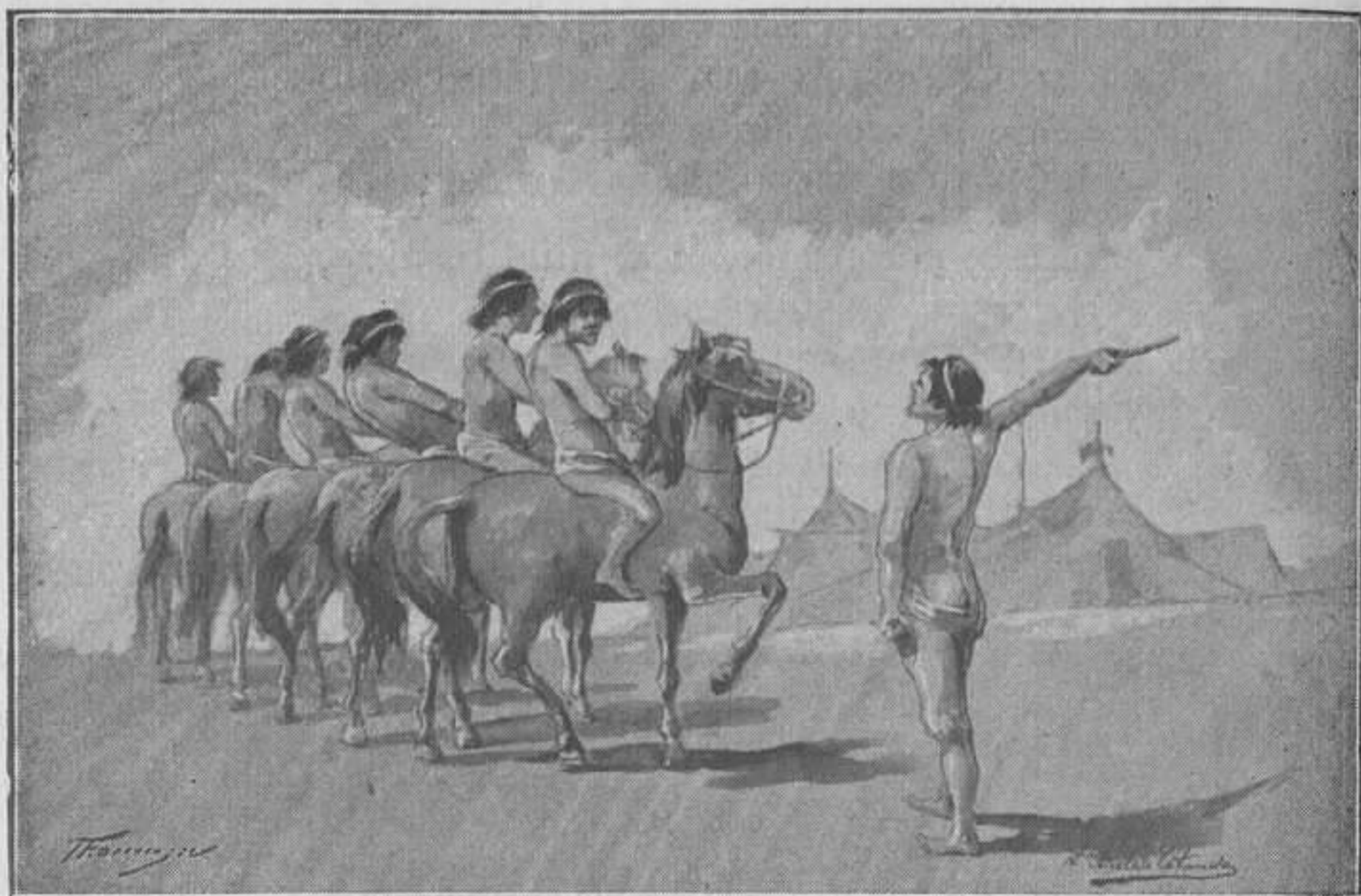
Y todo humano bien, toda ventura  
 sobre tu frente pura  
 irradiaba sus plácidos fulgores,  
 y, mi afecto sirviéndote de egida,  
 cruzábamos la vida,  
 marchando yo entre abrojos, tú entre flores.

Mas esas esperanzas lisonjeras  
 fueron sólo quimeras,  
 y ya he aprendido con dolor profundo  
 que por extraño, inexcrutable arcano,  
 del triste ser humano  
 sufrir es el destino en este mundo.

Hoy una gracia solamente al cielo  
 pido en mi ansioso anhelo  
 para la hija á quien adora el alma:  
 no codicio talento ni hermosura,  
 ni la riqueza impura  
 que acaso al dulce hogar roba la calma;

Mas cuando suene en tu existencia esa hora  
 que dichas atesora,





## LA CANCHADA

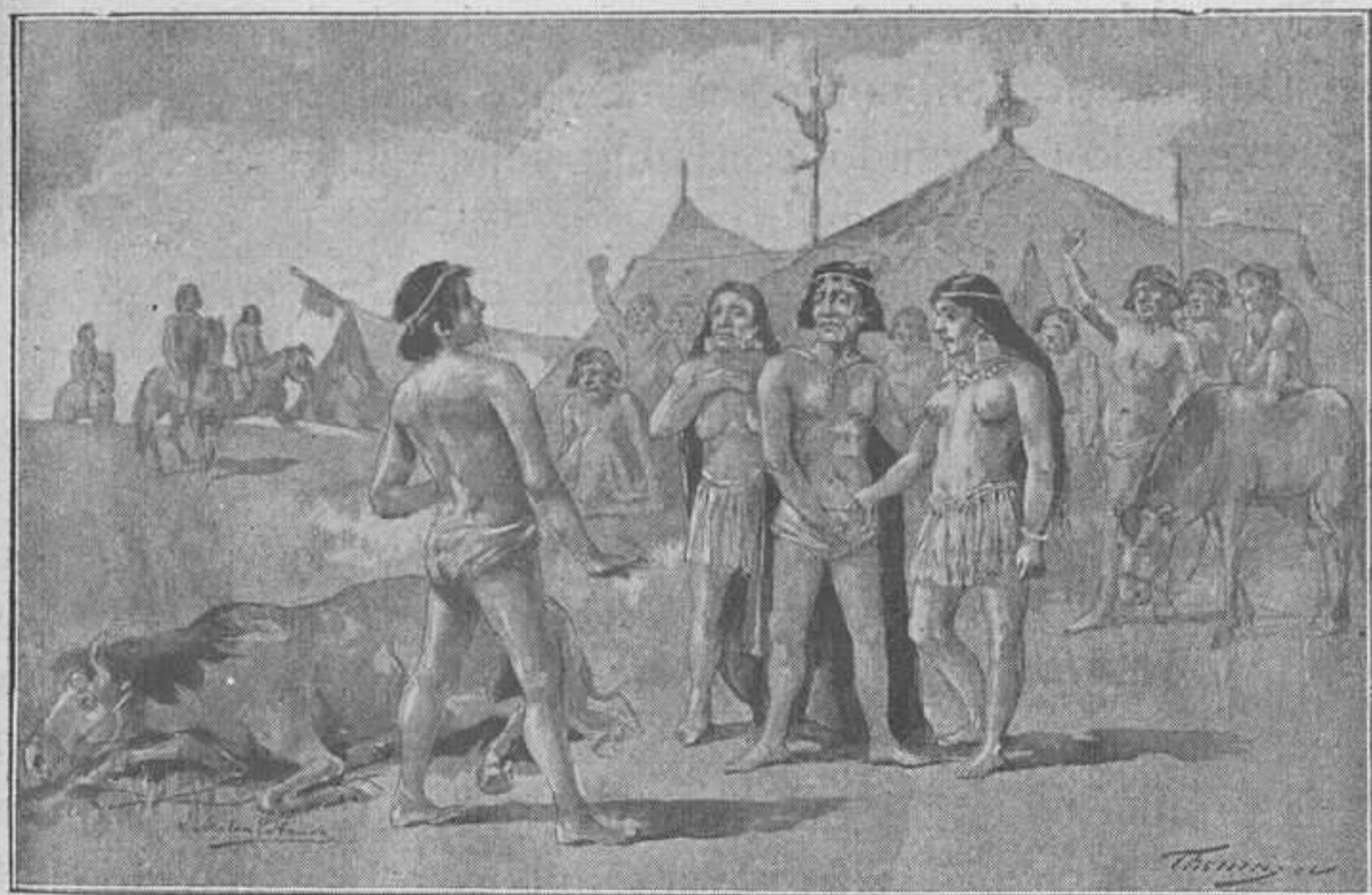
La *canchada* es apuesta ó desafío con que los indios del Sur de Buenos Aires, cuando enseñoreaban la Pampa, solían disputarse una joven casadera, que voluntariamente ofrecía su mano al que diese más patente muestra de superioridad en punto á destreza como hombre del desierto cuyo elemento principal es el caballo. Era una diversión caballeresca modelada en troquel salvaje. Por vía de entretenimiento, usáronla asimismo los cristianos de la frontera. Merece conocerse.

Cierto número de indios, ó caballeros, tienen noticia de que en un toldo ó casa de las comarcas vecinas hay una mujer joven y hermosa, una china bonita y guapa, que ofrece nada menos que su persona, en casamiento se entiende, al que en menor espacio de tiempo recorra mayor trayecto á caballo; pues la *canchada*, entre aquellas gentes bárbaras, no era un mero pasatiempo, sino una formal contienda de efectos reales y positivos.

Los caballeros aspirantes á la cobriza mano de la amable dama llegarán á contemplarla, acaso por vez primera, cuando,

allegándose precipitadamente á la delantera de su casa, desde cuya puerta observará ella con interés los rápidos movimientos de los obedientes caballos, los hagan *rayar* á su presencia con la acostumbrada destreza del hijo del desierto.

Los competidores (que concurren de diversas partes ó tolderías adonde ha llegado la noticia de la *canchada*) colócanse en hilera á un par de cuadras de la rústica mansión de la heroína, quien, tan luego como los ve en disposición de abalanzarse, se asoma á la puerta. Precipítanse en el acto



los corredores, *sentando* y haciendo *rayar* los caballos al llegar á su presencia. Sin la menor detención, revuelven los obedientes corceles, emprendiendo en dirección opuesta á la que trajeron impetuosa carrera. Corren y corren á todo correr, esforzándose por aventajarse los unos á los otros y dejando á la espalda cada vez más y más lejos el dulce objeto de su ambición amorosa, el cual ha pasado por ante sus ojos á manera de una visión encantadora; que los indios, no por ser indios, están privados del don de forjarse ilusiones.

El que durante la carrera queda rezagado tres cuerpos de caballo, tiene que apartarse de ella en el acto, pues no le es permitido continuarla. Ese ya no puede aspirar á la palma.

Los demás prosiguen su camino, que suele extenderse á seis, á ocho, á diez y aun á mayor número de leguas; y eso sin parar un instante, sin respiro, hasta que los sufridos caballos se rinden, *se aplastan*, no pueden más. Quien conozca el caballo rioplatense, y en especial el del indio, no se admirará de esta resistencia, de este aguante incomparable.

El último en rendirse, yendo delante de todos, ese gana la carrera, y con ella la novia el afortunado que le rige. Y la gana también el que, antes de aplastarse los *parejeros*, se adelanta á los otros corredores tres cuerpos de caballo.

El corredor victorioso acude ufano al palacio de la disputada Dulcinea, quien, complacida, sale á recibirle, después de haberle estado esperando con impaciencia largas horas, palpitante de gozo y de orgullo.

Finalmente, los padres ó parientes de la novia entrénganla al vencedor con las formalidades que para casos tales tienen por costumbre. El favorecido hace sendos regalos á los miembros de la familia de la desposada: á éste un caballo, á aquél una lanza, á otro una vincha, un poncho, cualquier objeto que le sea apropiado y de estima.

Por los últimos años del señorío de los indios en la Pampa, establecióse como ley del desafío, en junta de caciques, que la prometida joven no recibiese al ganador hasta que desde el comienzo de la carrera hubiesen transcurrido doce horas justas, que es el tiempo que se calcula puede durar á lo sumo. Adoptóse esta providencia, porque ocurrió tal cual vez que aspirantes que habían quedado rezagados en la carrera, tuvieron la desfachatez (perdonable por su objeto), de presentarse en la casa de la novia, diciéndose vencedores.

Por lo visto, las jóvenes pampas, en eso de dar su mano, no tienen, como suele decirse, escrúpulos de monja. Es verdad que también de las nuestras dijo un mal intencionado poeta (don Manuel del Palacio):

Una mujer y una liebre  
apostaron á correr;  
y como el premio era un hombre,  
se lo ganó la mujer.



## INCONTRASTABLE

### I

L arduo monte cuyo pétreo seno  
 germen fatal de cataclismos guarda;  
 el huracán que gemebundo emigra  
 quién sabe á qué región y á qué distancia;  
 los mundos del sistema ¡viejos mundos  
 que el astro rey desde ab eterno amansa!  
 y el mar,—el ancho mar de los contrastes,  
 de la onda azul y de las ondas bravas,—  
 que la estrella del cielo solicita,  
 que la ley del nivel doma y aplasta,  
 lo mismo que esos sueños de la gloria  
 encrespan la marea de las almas,  
 lo mismo que esas leyes de la carne  
 al espíritu audaz cortan las alas:—  
 no valen más que yo, porque yo siento  
 cataclismos horribles y nostalgias,  
 rebeliones salvajes y amarguras  
 allá en mi carne vil ¡y no me matan!  
 allá en mi corazón ¡y no me postran!  
 allá en mi pensamiento ¡y no me amansan!  
 allá en mi pequeñez ¡y no me anulan!  
 allá en mi pobre ser ¡y no me apagan!

### II

¡No! No tiene ese mar más amarguras,  
 á pesar de lo amargo de sus aguas;—  
 no albergan esos mundos más despecho,  
 á pesar de la ley que los amarra;—  
 no gime ese huracán más hondamente,

á pesar de su eterna resonancia;—  
 no encierran más dolor aquellos montes,  
 á pesar de sus lúgubres entrañas;—  
 que torturas diabólicas mi pecho,  
 ¡mi pecho ruin que de dolor no estalla!  
 que el profundo gemir de mis nocturnos,  
 ¡gemidos ¡ay! que al huracán espantan!  
 que la protesta eterna de mi vida,  
 ¡protesta que los mundos no levantan!  
 que la hiel de mis lágrimas feroces,  
 ¡de una sola siquiera de mis lágrimas!

## III

¡No! No son más que yo, ni nunca fueron  
 si se mide la mía y su desgracia,  
 si se pesa mi ser y su grandeza—  
 ¡vientos, mares, planetas y montañas!

Buenos Aires.

ALMAFUERTE.

## DON QUIJOTE

De admiración llenando al mundo entero,  
 cundió mi fama de una en otra gente;  
 quién, discreto me aclama; quién, valiente,  
 y todos á la par, buen caballero.

En desfacer agravios, el primero;  
 en amparar al débil, diligente;  
 en el hablar y el discurrir, prudente,  
 y en el amor y la amistad, sincero.

Por follón, malandrín, tenido sea,  
 quien no rinda gentil acatamiento  
 á mi sin par señora Dulcinea.

Y tema, temeroso, mi ardimiento,  
 si no confiesa, quien mi historia lea,  
 que debí el ser vencido á encantamiento.

GUILLERMO P. RODRÍGUEZ.

Montevideo.

## EPIGRAMA

De los versos que hice á Elena  
 está la tal muy quejosa,  
 porque no la llamo hermosa...  
 ¡y eso que la llamo buena!



## LA PESCA MARAVILLOSA

Gilles estaba de pesca. ¿Qué pescaba? ¿Pérticas? ¡Cá, no! pescaba planetas, y su gato, blanco como la nieve, le acompañaba.

Gillete había prometido á Gilles un beso en sus labios color de guinda, si Gilles le llevaba una canasta llena de planetas.

Al principio Gilles quería tirar el anzuelo al firmamento y de allí bajar los astros, pero la cuerda no alcanzaba al cielo, y no tuvo más remedio sino ir á un arroyo cercano y pescar los planetas que en el agua se reflejaban.

A poco, algo tira del anzuelo —era Venus lo que sacaba; —desprendiólo con mucho cuidado, y colocándolo en la canasta, volvió á probar fortuna. Marte, Neptuno, Júpiter, Mercurio, todos fueron pescados. Ya era tiempo de ir á recibir el premio ofrecido, y, la canasta debajo del brazo y acompañado de su gato, blanco como la nieve, se dirigió á casa de Gillette.

—¿Qué me has traído? preguntó ésta.

—La reflexión de los astros que me pediste.

—Está bien. Te pedí los astros, pero no su reflejo; puedes besar, si deseas, el reflejo de mis labios en aquel espejo que está allá.

Gilles, por supuesto, estaba chasqueado; pero como vale más algo que nada, iba ya á besar los frescos y rosados labios que en el espejo se reflejaban, cuando Gillette, que había abierto la canasta de mimbres, exclamó:

—¡Pero si la canasta está vacía!

Y desdeñosamente vuelve la espalda á Gilles.

¿Qué se había hecho el reflejo de los planetas pescados en el arroyo?

Imaginaos —mientras Gilles y Gillette hablaban, el gato, blanco como la nieve, había devorado el reflejo de los planetas pescados en el arroyo.

CÁTULO MENDES.



## ABANICO LUIS XV

Bajo las frondas de ideal Versalle  
ó en los boscajes de algún Trianón,  
entre floridas y angostas calles,  
triste y pausada cruza Manón.

Dan á su paso los brodequines  
de altos tacones, blando oscilar,  
y su amplia falda de albos satines  
*fru-frus*, y aromas deja al pasar.

Hasta el estanque va taciturna,  
donde á los rayos del áureo sol

negros tritones vuelcan su urna  
y airados soplan su caracol.

En vano un lirio del vaso regio  
prendió en las blondas de su corsé,  
leyó los versos de un Florilegio  
y al clavicordio tocó el minué.

Nada ha calmado su torva fiebre,  
ni el blondo paje, ni el fiero alcón,  
ni la diadema donde el orfebre  
grabó los lises de su blasón...

Es que la hiere su enamorado  
y Manón llora su infiel desliz...  
¡Por eso triste se ha doblegado  
y palidece la flor de lis!...

Al dulce nido que les espera  
ya no irán juntos, llenos de amor,  
en blasonada y azul litera,  
de las antorchas al resplandor!

Y ya en la ojiva llena de esmaltes  
que orna el escudo noble y condal  
no verán cómo los jerifaltes  
cazan al vuelo la garza real...

Y Manón sueña... ramajes finos  
tienden arcadas de pastoral;  
¡nunca crearon los Gobelinos  
en sus tapices pastora igual!

Y en el estanque de tonos glaucos  
se irisa el chorro de un caracol...  
¡y Manón sueña, bajo los saucos,  
á los postreros rayos del sol!

JOSÉ JUAN TABLADA.

Méjico.

—••—  
EPIGRAMA  
—

— De mi amargo sinsabor,  
al ver burlado mi amor,  
ya puedes hacerte cargo...  
— ¡Pero, hombre! si es *sin sabor*,  
¿cómo puede ser *amargo*?



## PRIMAVERAL

Los huracanes de Marzo se han acabado de llevar la sábana helada con que el invierno había amortajado á la Naturaleza. Abril es mensajero de la vida, y trae el encargo de resucitarla con sus dulces besos.

Fiesta tienen los campos, y fiesta hay en los jardines, paramentados como altares, para que officie en ellos la luz.

Jóvenes, ancianos y niños, celebran en estos momentos la renovación de la vida, el alumbramiento de la Naturaleza, la fecunda primavera.

Aquí quisiera yo ver á mi buena y querida madre, por estas calles pobladas de gente feliz, confundida con estas hermosas ancianas que lucen sus guedejas de nieve como joyas

de honor, y llevan en el pecho, á la par de las jóvenes coronadas de oro, su ramillete de flores, de las primeras que brotan al sol primaveral.

Yo no sé por qué nos parece, allá por nuestras tierras, profanación ó ridículo el que una anciana lleve como aquí flores sobre el corazón, cuando con ellas adornamos las imágenes y las tumbas, la santidad y la muerte. Cualquiera diría que entre nosotros, el haber dado la vida á otras criaturas, el haber vivido para levantarlas, educarlas y verlas reproducirse es extralimitar la medida de la humana existencia. Allá nuestras madres mueren socialmente cuando dejan de ser jóvenes. Aquí la vejez constituye ornamento venerable; es como sacra prenda de otro tiempo, que todos ponen con orgullo á la vista, para que sea bien admirada.

¿Y por qué razón han de ser, la gloria del salón, el aire de las avenidas, la sombra de los parques, el placer inocente de la vida en la sociedad y en la naturaleza, privilegio exclusivo de los que llevan todavía alta la frente y frescas las mejillas? ¿Por qué recluir nuestras madres á la labor y á la oración? ¡Si en sus años están sumados todos los de nuestra vida! ¡Si sus cabellos blancos son la corona de plata que, junto con el tiempo, le labraron los cuidados de nuestra existencia! Sus ojos no centellean, porque velaron mucho nuestro sueño; su tez no es tersa, porque por ella corrió mucho llanto para que nosotros riésemos siempre; y si su cuerpo se inclina, mucha parte tiene en ello el hábito de extendernos los brazos para ponernos de pie sobre el planeta.

Me encanta ver estas madres con sus cabezas escarchadas, y sobre el pecho un manojo de lilas, presidiendo la animación general en las mañanas de hermosa primavera. Me parecen ellas las legítimas sacerdotisas del culto de la vida en sus renovaciones, porque han vivido mucho; porque han llevado tributarios á las densas corrientes humanas; porque han ensanchado el espíritu de sus renuevos con el afán de la esperanza, que es la primavera perpetua de las almas; porque sólo ellas comparten con el Creador la divina satisfacción de sentir palpitar la vida de los seres antes que el sol los

alumbra y el aire los acaricie y la Naturaleza los reciba en sus brazos maternales.

Las Madonas de Rafael son cada día más hermosas y divinas, á proporción que el tiempo va fundiendo sus colores. Lo mismo sucede con nuestras madres. Aquella belleza singular que de niños se nos antojaba ideal de los cielos, no desaparece sino que á nuestra vista se transforma. El tiempo la va dorando con su maravilloso barniz, sacado de la esencia del misterio; la va dando transparencias y placideces místicas; —la va añadiendo á lo bello lo adorable. ¡Cuánto noble reposo en sus actitudes; cuánta sabia fijeza en sus ojos; cuánta dulce melancolía en sus sonrisas; cuánta augusta dignidad en todo su ser! Es que ahora el artista que anima el cuadro es el alma. Ya lo abandonó con sus últimos toques el pintor fogoso del colorido; el que pone sobre el rostro á nacer soles y á reventar claveles. Ahora viene el apacible pintor de los crepúsculos, el de las noches serenas, el de la belleza tranquila, y pasa sobre el cuadro su pincel empapado en luces vespertinas y en destellos siderales.

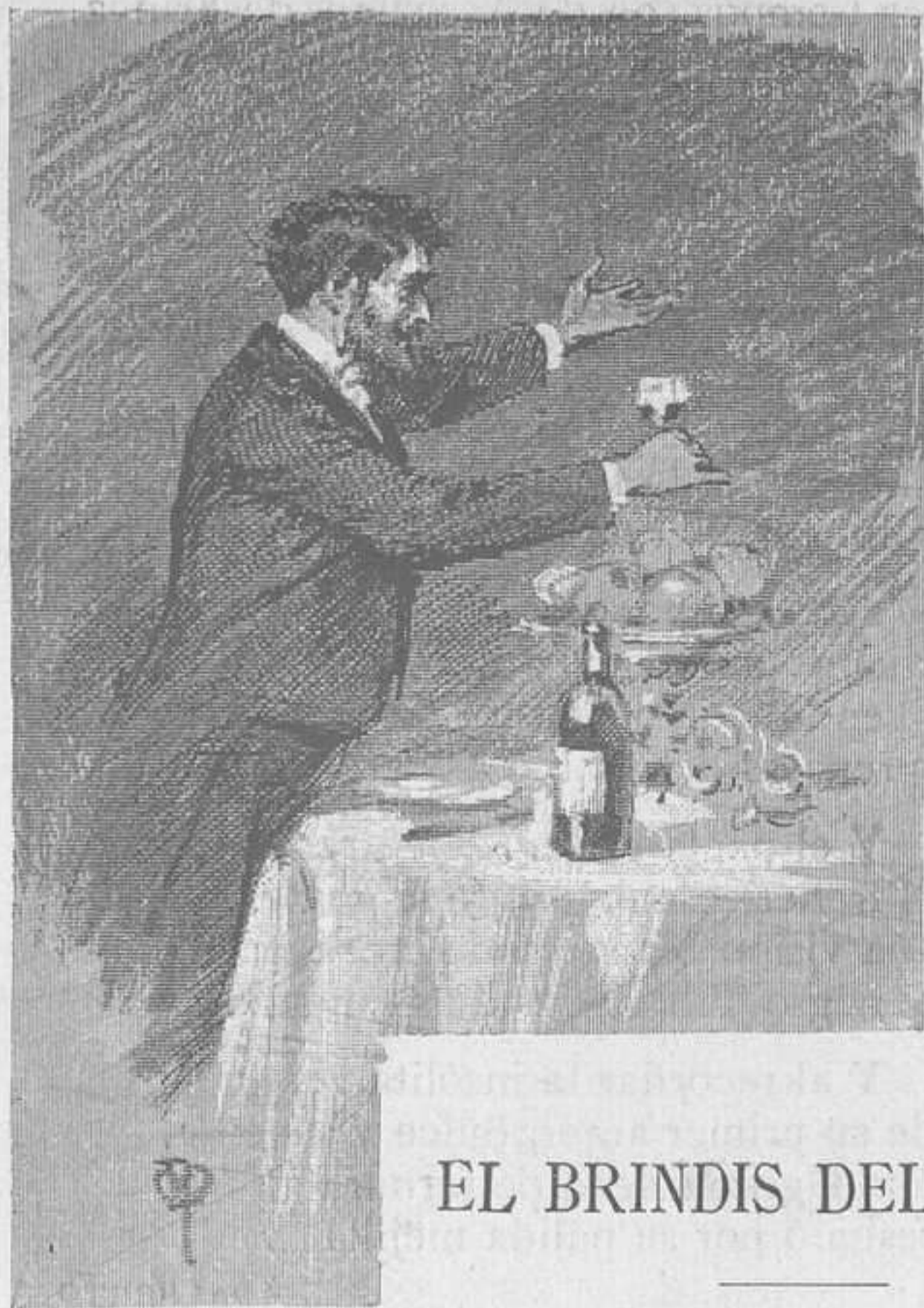
Sí, son hermosas, muy hermosas nuestras madres. Vengan rojos labios; vengan chispeantes ojos; vengan ebúrneas frentes, y yo preferiré poner mi beso, y con mi beso toda mi alma, en esos labios pálidos que pronuncian mi nombre en sueños; en esos ojos tranquilos que me ven ausentes; en esa frente surcada en que está escrito mi nombre hace más de cincuenta años!

Aquí quisiera yo verla, en esta procesión de la primavera, confundida con estas reinas de coronas de plata, llevando también como ellas á los altares de la Naturaleza inmortal su ofrenda de flores, que yo para su pecho arrancaríá á la rama de lilas más gallarda.

Nueva York.

NICANOR BOLET PERAZA.





## EL BRINDIS DEL BARDO

—¡Que brinde el trovador!—dijeron todos.—  
 ¡Que cante la caída de las bellas!—  
 Y apagaron sus gritos de beodos  
 al rumor de los vasos y botellas.

Y el poeta brindó. Con débil mano  
 alzó una copa, pálido y erguido,  
 y su voz, como cántico lejano,  
 sonó lúgubrementemente en el oído.

—Gusto os daré—exclamó.—Si es un espectro  
 de otra edad, la figura de Julieta,  
 debe el poeta transformar su plectro  
 como el histrión que cambia de careta.

» Si avara cubre á la postrer María  
 la tierra de la pampa americana,  
 brindemos por las flores de la orgía  
 que marchita el fulgor de la mañana.

» ¡Amar!... ¿Y para qué?... Muere la idea  
 y triunfa y vive la terrena forma:

los tiempos son de Aspasia y de Frinea,  
no son los tiempos de Lucrecia y Norma.

» Si todo es fango, vanidad, mentira,  
si todo es nada en el mundano suelo,  
¿por qué pedir purezas á la lira,  
amor á la mujer y Dios al cielo?

» Tenéis razón. El desengaño crece  
y no hay descanso en la batalla ruda...  
el ángel de la fe desaparece,  
sólo queda el demonio de la duda.

» Brindo porque nos halle la mañana  
cuando asistamos á nocturna cita,  
oyendo, como Fausto, en la ventana  
serenatas del diablo á Margarita.»

Y el poeta calló... Mientras sonaba  
el frenético aplauso de la gente,  
una visión blanquísima cruzaba  
el negro Tiberiades de su mente.

Y al recordar la insólita ventura  
de su primer amor, dulce y sencilla,  
una lágrima llena de ternura  
resbaló por su pálida mejilla!...

ADALBERTO A. ESTEVA.

Méjico.

---

## MINIATURA

---

En brazos de un doctor y un sacerdote  
un enfermo espiró,  
ateo que en sus últimos momentos  
creyó en la religión.

El cura entre sus notas escribía  
con entusiasta ardor:

« Aunque ateo vivió, se ha convertido;  
¡que lo bendiga Dios! »

El doctor, á su vez, en sus apuntes  
consignado dejó:

« El enfermo perdió el conocimiento  
desde ayer á las dos. »

JULIO DE LAS CURVAS.

Nueva York, 1895.





## LA TARDE

Á FRANCISCO SOTO Y CALVO

Es la hora del crepúsculo.  
 A su luz, incierta y pálida,  
 sobre el camino, la sombra  
 de los árboles se alarga.  
 En el ocaso, las nubes  
 se amontonan inflamadas,  
 y poco á poco, en la inmensa  
 extensión de la campaña,  
 los rumores de la tarde  
 se amortiguan y se apagan.

Sosteniéndose uno al otro,  
 por la senda solitaria  
 donde amantes y felices,  
 cuando jóvenes, vagaban,  
 ella y él, viejos y débiles,  
 con paso inseguro avanzan;  
 y cuanto ven, cuanto escuchan,  
 el viento, el ave, las ramas,  
 el rústico banco, todo  
 de muertas glorias les habla.

Y caminan pensativos,  
absortos, la frente baja,  
arrullados por el eco  
de aquellas memorias vagas  
que deleitan y conmueven  
como músicas lejanas.

Ella, de pronto, vencida  
por la emoción que la embarga,  
en él, dulce y lentamente,  
los pequeños ojos clava;  
y él, al sentir la caricia  
de esa profunda mirada,  
con mudo gesto, sacude  
la noble cabeza blanca.

Entretanto, allá, en el cielo,  
las aves volando pasan,  
y en el rojizo horizonte  
hunde el sol su inmensa llama.

DOMINGO D. MARTINTO.

Buenos Aires.

## EL TREN

Efluvios mil de vagaroso aroma  
llenán del campo la extensión florida;  
y la tarde parece adormecida  
por el blando arrullar de la paloma.

Huye la luz... Empínase la loma,  
con sus crespones fúnebres vestida;  
y allá del cielo en el confín perdida,  
la blanca estrella de la tarde asoma.

El río que tranquilo se dilata,  
en su linfa, la orilla, el bosque, el puente  
bajo profunda placidez retrata...

Mientras la roja cabellera ardiente,  
el tren, que los vagones arrebatá,  
pasa agitando en el tranquilo ambiente...

FRANCISCO SOTO Y CALVO.

Buenos Aires.



## D. Federico Chueca

CELEBRADO COMPOSITOR ESPAÑOL, AUTOR DE LA ZARZUELA  
«LA GRAN VÍA»

## FEDERICO CHUECA

Para poder apreciar bien la música alegre, juguetona, con olores de albahaca y azucenas y colorido igual al que ostenta la bandera española de Federico Chueca; para saber aspirar su musa eminentemente madrileña, es preciso haber vivido una temporadita en esos Madriles que con tan mágico primor interpreta en sus apuntes Martín Rico; haber asistido en día de verbena á la parroquia de la chinche; haber comido callos y caracoles en la fuente de la Teja; saberse de memoria las pinturas que Goya dejó en la ermita de San Antonio de la Florida y haber ido á ofrecer el niño recién nacido á la Virgen de la Paloma, al propio tiempo que un par de velas de cera olorosa y rizada, adornada de lazos que parecen divisas de toros y llenas de espirales de papel dorado que sujetan místicas calcomanías; hay que ser madrileño, pero no madrileño de los barrios aristocráticos de Salamanca y Pozas, sino del riñoncito de aquella capital donde las flores y las mujeres se confunden y donde debajo de cada piedra hay un recuerdo que venerar y una tradición que referir; hay que haber comido buñuelos en la verbena de San Antonio, *torraos* en la de San Juan, rosquillas tontas en la pradera de San Isidro, cabrito en la pastelería de Botín y castañas asadas en las Ventas del Espíritu Santo en compañía de unos pájaros fritos y un trago de vino pardillo.

Porque la música de Chueca tiene todos esos olores, todos esos encantos y todos esos sabores tan genuinamente propios de la villa del Oso y el Madroño.

Chueca fué en sus comienzos uno de tantos estudiantes de medicina desaplicados y *juerguistas*; hoy es casi una potencia en el mundo musical de España. Empezó organizando sociedades ocarinistas y tocando el piano en el café de Numancia de la calle de la Magdalena, y hoy es aplaudido en las poblaciones todas de España y América y en Francia é Italia donde su

*Gran Vía* es tan popular como entre nosotros. Es músico por naturaleza y sobre todo por gracia, sin que tenga que guardar el menor afecto á profesor alguno ni á ningún centro docente.

Chueca, el autor de tanta y tanta bonita música, el padre de *El año pasado* y su polka célebre, de la jota de los ratas y el tango de la *Menegilda*, del vals de los fuegos artificiales que ha popularizado Rosell, de tantas y tantas y tantas piecitas que destrozan los organillos y los ciegos... ¡apenas si sabe jota del divino arte! Es músico, porque sí, por la misma razón que lo son los pájaros y las fuentes y los pinos de Galicia: porque Dios quiere.

Esta circunstancia extraña le ha obligado á escribir siempre en compañía de Joaquín Valverde, distinguido profesor del que puede decirse que es exactamente lo que Chueca... sino que todo lo contrario.

Desde el divorcio de ambos, Chueca ha escrito poco relativamente; pero la calidad ha suplido á la cantidad y váyase lo uno por lo otro.

Chueca ha conseguido hacer una fortunita, que seguramente no hubiera logrado á haber sido un primer premio del Conservatorio y haber comenzado á componer óperas que figuran en los carteles, hasta dos ó tres noches ¡para que beba la tropa! Tiene hotel, lleva una vida regalada, y cualquiera al verle se figura que es un labrador acomodado antes que un músico inspiradísimo.

En Madrid ha llegado á gozar de una popularidad como la del pobre Felipe Ducazcal y Salvador Sánchez (Frascuelo), tres madrileños hasta la pared de enfrente.

No hace mucho tiempo al subir ó bajar del tranvía le fué robada una cartera que contenía algunos documentos y varios billetes del Banco. La noticia circuló rápidamente por la prensa, y en cuanto los rateros supieron que el objeto robado pertenecía al simpático autor del terceto de los ratas, se apresuraron á devolvérselo intacto con cinco duros encima, «¡para compensarle del disgusto que le hubieran podido ocasionar!» y acompañado de una tarjeta que decía poco más ó menos:

« A don Federico Chueca, devuelven esta cartera, que le ha sido robada, los Ratas agradecidos. »

¡*La Gran Vía* pudo más que todo el cuerpo de policía pública y secreta!

C. OSSORIO Y GALLARDO.

---

## PARA UN MENÚ

---

Las novias pasadas son copas vacías,  
 en ellas pusimos un poco de amor;  
 el néctar tomamos... huyeron los días...  
 ¡Traed otras copas de nuevo licor!...

Champaña las rubias de cutis de azalia;  
 borgoña los labios de vivo carmín;  
 los ojos oscuros son vinos de Italia;  
 los verdes y claros son vinos del Rhin!

Las bocas de grana son húmedas fresas;  
 las negras pupilas escancian café.  
 Son ojos azules las llamas traviesas  
 que trémulas corren como almas del té!

La copa se apura, la dicha se agota;  
 de un sorbo tomamos mujer y licor...  
 Dejemos las copas... Si queda una gota,  
 que tome el lacayo las heces de amor.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

Méjico.

---

## UNA BACANTE

---

— ¡Qué mujer! ¡qué desenfrenol...  
 ¡y qué cuerpo! ¡escultural!  
 la hallé en una... bacanal  
 y supe lo que era bueno.  
 — ¿Y aún de impuras ansias lleno  
 la sigues? ¡es repugnante!  
 — ¡Qué quieres! estoy cesante,  
 por mi desdicha, hace un año,  
 y nada tiene de extraño  
 que ande en pos de esa... *bacante*.

CASIMIRO PRIETO.

## EMBRIAGUEZ



—¿Por qué su rostro al mirar  
siento amorosa embriaguez?

—Pues es fácil de explicar:  
¿cómo no te ha de *embriagar*,  
si esa chica es *de Jerez*?

## FLORECIMIENTO...

Temblando todavía de amor en la mañana  
despierta de su sueño la espléndida Cibeles,  
y por el manto regio de mágica sultana  
arroja de sus hombros las deslumbrantes pieles...

Ya las undosas ramas revientan en renuevos  
y vibra por los aires el fecundante polen.  
La tórtola amorosa caliente ya sus huevos:  
que no hay granizo y nieve que el casto nido violen.

La luz es una diosa triunfal que loca y fatua  
derrocha sus colores con su pincel de artista:  
ya brilla el limpio mármol de la desnuda estatua  
y el verde con mil tonos su imperio reconquista.

La rumorosa fuente de los reflejos glaucos  
del antro de los gnomos semeja rica arteria;  
á sus orillas crecen anémonas y saucos  
y vive en sus cristales la amante valisneria.

Entre la verde grana titilan margaritas  
que esmaltan de oro y grana sus pétalos y estambres,  
á consultar su oráculo en amorosas citas  
vinieron los amantes en misterioso enjambre.

La druídica hoz de oro la esgrimen manos lindas  
de ninfa voluptuosa que en la vendimia es ágil.  
La viña brota sangre. Ya al peso de las guindas  
la rama se doblega, si no se quiebra frágil.

Y la preciosa virgen que sueña con amores  
por el florido campo va en busca de violetas.  
Su pie desnudo y breve no pisa sino flores  
y cántanle baladas los pájaros poetas.

De Venus ya las curvas bajo el humilde traje  
con tentadora gracia de lejos se vislumbran.  
Palpitan dos palomas tras el nevado encaje  
y sus ardientes ojos son soles que deslumbran.

El áureo néctar roba su boca á una naranja  
del árbol perfumado bajo la grata sombra.  
Caídos azahares, que forman como franja  
de blanco terciopelo, le brindan muelle alfombra.

Y en su embriaguez se entrega, desesperada y loca,  
al rubio dios hermoso que en el acecho espera;  
sensual palpita el labio de la divina boca  
que en éxtasis murmura: — ¡Bendita primavera!

ERNESTO O. PALACIO.

Bogotá.



## Á UN AMIGO

---

« Parce mihi, nunquam versificabo, pater. »  
OVIDIO.

Pedir peras al olmo  
será pedirme versos:  
locuras de muchacho  
los que compuse fueron;  
franquezas de mi alma  
que descubrí indiscreto  
á honrados mercaderes,  
de uno y de otro sexo,  
á quienes estas cosas  
no les importa un bledo.

En esta edad dichosa  
de innúmeros progresos,  
¿aún hay aquí poetas?

Tenía yo un jilguero  
que se murió de hambre  
un día que el encierro  
dejó donde criado  
fué desde pequeñuelo.  
El pobre no sabía,  
como sus compañeros  
salvajes de la selva,  
volar, buscar sustento.

Así van por el mundo,  
cantando y sucumbiendo,  
víctimas en la lucha  
por la existencia, esos  
anacronismos vivos,  
soñadores eternos.  
Tú sueñas todavía  
y yo te compadezco.

A veces, me domina  
no sé qué afán secreto  
que hay dentro de mi alma,  
pero otras veces venzo...  
y suelo ya reirme  
de tus hermosos versos.

· · · · ·  
La luz fosforescente,  
el pálido lucero

que brilla en la insondable  
región del pensamiento,  
poblándola de hermosos,  
pero imposibles sueños...  
chispa que Dios enciende  
y estalla en el cerebro,  
¡ya con vergüenza escondo  
si con dolor la llevo!

Apáguese al contacto  
del número, del hecho,  
del cálculo, los solos  
númenes del comercio.

Rompamos esta fibra  
que aquí, dentro del pecho,  
tiembla, y derrama lágrimas,  
siente, y prorrumpe en versos,  
recuerda, y entristece,  
piensa, y eleva al cielo,  
y ama, y padece, y sufre  
con el dolor ajeno.

¡Rompamos esta fibra  
que nos duele aquí adentro,  
y que estorba en el mundo  
para ser hombres cuerdos!

F. LÓPEZ BENEDITO.

Buenos Aires.



# MIGNON

6

EL AMOR VIRGEN

POR

**D. Pedro Huberto de Castrollano**

NOVELA INSPIRADA EN UNA DE LAS MÁS CÉLEBRES OBRAS DEL INMORTAL GOETHE

---

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ILUSTRADA CON RICAS LÁMINAS AL CROMO

Se reparte por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas, en 4.º prolongado.

---

# MARÍA

NOVELA AMERICANA

POR

**JORGE ISAACS**

---

OBRA ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS CROMOS

Se reparte por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas, en 4.º prolongado.

---

# AMALIA

NOVELA HISTÓRICA AMERICANA

POR

**José Mármol**

---

OBRA ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS CROMOS

Se reparte por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas en 4.º prolongado.

---

A todas estas obras se admiten suscripciones en la librería de *El Siglo Ilustrado*, calle Cerrito, 174.— Buenos Aires.

DICCIONARIO  
GEOGRÁFICO ARGENTINO

POR

Francisco Latzina

SEGUNDA EDICIÓN

MAGNÍFICAMENTE ILUSTRADA CON MÁS DE 80 VISTAS DE LA REPÚBLICA  
ARGENTINA

Contiene más de 22,000 descripciones y cinco apéndices estadísticos

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La importante obra DICCIONARIO GEOGRÁFICO ARGENTINO se publica por cuadernos de ocho entregas de cuatro páginas en folio, magníficamente impresas en papel glaseado, tipos nuevos y elegantes, y va adornada con preciosos grabados intercalados en el texto, y un magnífico mapa de la República Argentina.

Cada semana se reparte un cuaderno de ocho entregas con toda puntualidad.

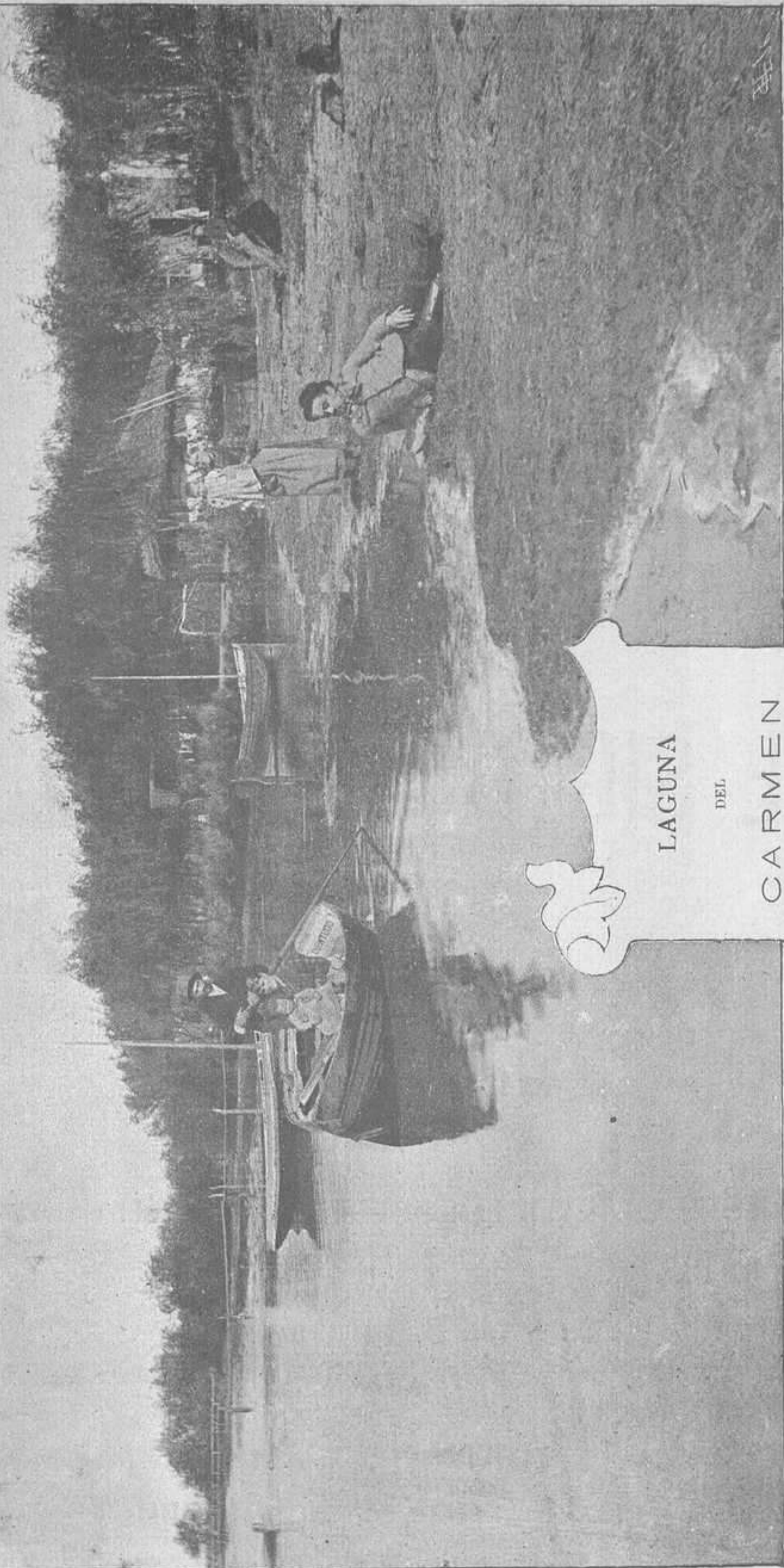
Toda la obra consta de unos 25 cuadernos.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

BUENOS AIRES

Librería de EL SIGLO ILUSTRADO

CERRITO, 170 Y 174



LAGUNA

DEL

CARMEN

DE LAS FLORES

Muestra de los grabados que adornan el

# GRAN CENTRO DE PUBLICACIONES

LIBRERÍA

PAPELERÍA Y EFECTOS DE ESCRITORIO

◆ VENTAS POR MAYOR Y MENOR ◆

TALLER DE ENCUADERNACIÓN

## EL SIGLO ILUSTRADO

CASA EDITORA

DE

RAMÓN ESPASA

ESPECIALIDAD EN OBRAS LITERARIAS

158 Á 174, CERRITO, 158 Á 174

CASILLA CORREO, 694

■ Unión telefónica, 3388 ■

BUENOS AIRES

FOTOGRAFIA  
El Caballito

356  
FLORIDA  
BUENOS AIRES

*Thompson*

La primera casa de Buenos Aires por su instalación *ad-hoc*, calidad de sus trabajos, numerosa clientela y baratura en los precios

ESPASA Y GUILIVART

BUENOS AIRES

DESPACHO:

CALLE CERRITO, N.º 130

DEPÓSITO:

CALLE VICTORIA, N.º 2772

# VINOS PUTEROS

DEL

## PRIORATO Y ARAGÓN

SERVICIO ESMERADO DE LOS MÁS RICOS VINOS DE LAS INDICADAS COMARCAS

COMPLETO SURTIDO DE VINOS DE MESA

Y ESPECIALES, LO MISMO EN LAS CLASES USUALES QUE EN LOS RANCIOS MÁS EXQUISITOS  
DE LOS PRINCIPALES COSECHEROS

SE SIRVE A DOMICILIO